

A sandcastle with a central tower and several smaller towers, built on a sandy beach. The scene is set at sunset or sunrise, with a bright, glowing sun partially obscured by clouds in the background. The sky is a mix of orange, yellow, and blue. The sandcastle is in the foreground, and the ocean is visible in the distance.

UN MAR DE ARMADURAS

LIBRO #10 DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

UN MAR DE ARMADURAS

(LIBRO #10 DE EL ANILLO DEL HECHICERO)

MORGAN RICE

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita www.morganricebooks.com para unirte a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!

Algunas Opiniones Acerca de Morgan Rice

"Es una fantasía animada que entrelaza elementos de misterio e intriga en su historia. *La Senda de los Héroes (A Quest of Heroes)* trata acerca de la realización del valor y de darse cuenta del propósito de la vida que conduce al crecimiento, madurez y excelencia... Para aquellos que buscan aventuras de fantasía sustanciosa, los protagonistas, estrategias y acción proporcionan un vigoroso sistema de encuentros que se centran en la evolución de Thor, de ser un muchacho soñador a convertirse en un joven adulto que se enfrenta a retos imposibles para sobrevivir... Es sólo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes".

Midwest Book Review (D. Donovan, Crítico de eBook)

"EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING) tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: tramas, conspiraciones, misterio, caballeros aguerridos y relaciones florecientes repletas de corazones rotos, decepciones y traiciones. Lo mantendrá entretenido durante horas y satisfará a las personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género de la fantasía".

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

"La entretenida fantasía épica de Rice [EL ANILLO DEL HECHICERO - THE SORCERER'S RING] incluye rasgos clásicos del género — una buena ambientación, grandemente inspirada en la antigua Escocia y su historia, y un buen sentido de la intriga de la Corte".

— *Kirkus Reviews*

"Me encantó cómo Morgan Rice construyó el personaje de Thor y el mundo en que vive. El paisaje y las criaturas que viven ahí, estuvieron muy bien descritos... La disfruté [la trama]. Fue corto y tierno... Tiene la cantidad adecuada de personajes secundarios, así que no me confundí. Contenía aventuras y momentos espeluznantes, pero la acción representada no era demasiado grotesca. El libro sería perfecto para un lector adolescente... Los inicios de algo increíble están ahí..."

--*San Francisco Book Review*

"En este primer libro lleno de acción de la saga de la fantasía épica de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring (que actualmente consta de 14 libros), Rice presenta a los lectores a Thorgrin, 'Thor' McLeod, de 14 años, cuyo sueño es unirse a la Legión de los Plateados, caballeros de élite que sirven al rey... La obra de Rice es sólida y el argumento es fascinante".

--*Publishers Weekly*

"[LA SENDA DE LOS HÉROES - A QUEST OF HEROES] es de lectura fácil y rápida. Los finales de los capítulos hacen que tengas que leer lo que sigue y no quieras dejarlo. Hay algunos errores en el libro y algunos nombres están mezclados, pero eso no distrae de la historia en general. El final del libro me hizo querer conseguir el siguiente libro inmediatamente, y eso es lo que hice. Las nueve series del Anillo del Hechicero (The Sorcerer's Ring) se pueden adquirir actualmente en la tienda Kindle y La Senda de los Héroes (A Quest of Heroes) ¡es gratis, para que uno empiece! Si está buscando algo rápido y divertido para leer mientras está de vacaciones, este libro es el adecuado".

--*FantasyOnline.net*

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)

AMORES (Libro # 2)

TRAICIONADA (Libro # 3)

DESTINADA (Libro # 4)

DESEADA (Libro # 5)

COMPROMETIDA (Libro # 6)

JURADA (Libro # 7)

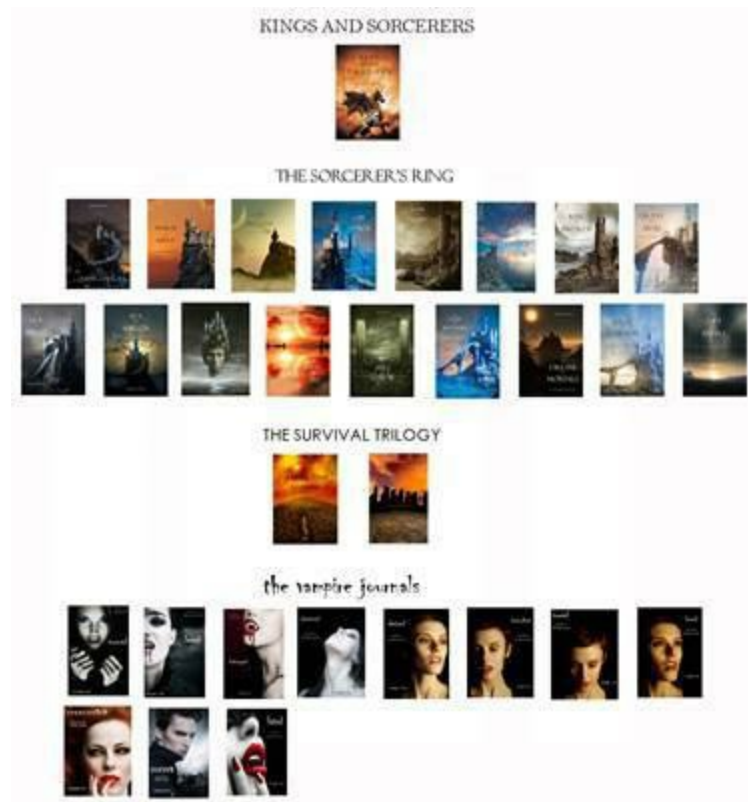
ENCONTRADA (Libro # 8)

RESUCITADA (Libro # 9)

ANSIADA (Libro # 10)

CONDENADA (Libro # 11)

[¡Descarga libros de Morgan Rice en Amazon ahora!](#)





Escuche la saga de EL LIBRO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Derechos Reservados © 2013 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos Reservados, Razoombgame, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPÍTULO DOCE](#)
[CAPÍTULO TRECE](#)
[CAPÍTULO CATORCE](#)
[CAPÍTULO QUINCE](#)
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
[CAPÍTULO VEINTE](#)
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO](#)

Earl: "Si tuviéramos aquí
Al menos a diez 10 mil de esos hombres en Inglaterra..."

Enrique V "No, mi primo justo...
Mientras menos hombres, mayor parte del honor.
¡Es la voluntad de Dios! Te lo ruego, no desees ni un hombre más".

--William Shakespeare
Enrique V

CAPÍTULO UNO

Gwendolyn gritó y gritó mientras el dolor la hacía pedazos.

Yacía de espaldas en el campo de flores silvestres, le dolía su estómago más de lo que imaginaba posible, destrozándola, pujando, tratando de sacar al bebé. Una parte de ella deseaba que todo terminara, que pudiera llegar a un lugar seguro antes de que el bebé llegara. Pero una parte mayor de ella sabía que el bebé estaba llegando, le gustara o no.

Por favor, Dios, ahora no, rezó ella. Sólo unas horas más. Déjanos llegar a un lugar seguro, primero.

Pero el destino no lo quería así. Gwendolyn sintió otro tremendo dolor a través de su cuerpo, y se reclinó y gritó cuando sintió al bebé girar dentro de ella, a punto de salir. Ella sabía que era imposible que pudiera detenerlo.

En cambio, Gwen pujó, obligándose a respirar como las enfermeras le habían enseñado, tratando de ayudarlo a salir. Sin embargo, no parecía estar funcionando, y gimió en agonía.

Gwen se sentó una vez más y miró a su alrededor buscando cualquier señal de que hubiera alguna persona.

"¡AUXILIO!", gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

No hubo ninguna respuesta. Gwen estaba en medio de los campos de verano, muy lejos de alma alguna, y su grito fue absorbido por los árboles y el viento.

Gwen siempre trató de ser fuerte, pero tuvo que admitir que estaba aterrorizada. Menos por sí misma y más por el bebé. ¿Qué pasaría si nadie los encontraba? Aunque pudiera parir por sí misma, ¿cómo sería capaz de irse de este lugar con el bebé? Tenía el mal presentimiento de que ella y el bebé morirían.

Gwen pensó en el Mundo de las Tinieblas, en ese momento fatídico con Argon cuando ella lo había liberado, la elección que tuvo que hacer. El sacrificio. La opción insoportable que había sido forzada a tomar, teniendo que elegir entre su esposo y su bebé. Lloró, recordando la decisión que había tomado. ¿Por qué la vida siempre exigía sacrificios?

Gwendolyn sostuvo el aliento mientras el bebé de repente cambiaba de

posición dentro de ella; un dolor severo resonó desde la parte superior de su cabeza hasta los pies. Sentía como si fuera un árbol de roble partiéndose en dos desde el interior.

Gwendolyn se acercó y gimió mientras miraba al cielo, tratando de imaginarse en cualquier lugar, menos aquí. Ella trató de aferrarse a algo en su mente, algo que le diera una sensación de paz.

Pensó en Thor. Se veía junto con él, cuando se conocieron por primera vez, caminando a través de estos mismos campos, agarrados de la mano, Krohn saltando a sus pies. Ella intentó llevar la imagen a la vida en su mente, tratando de concentrarse en los detalles.

Pero no estaba funcionando. Abrió los ojos con un sobresalto, el dolor la hacía volver a la realidad. Se preguntaba cómo había terminado aquí, en este lugar, sola — entonces se acordó de Aberthol, hablándole de su madre moribunda, de haber corrido para ir a verla. ¿Su madre también estaba muriendo en ese momento?

De repente, Gwen gritó, sintiendo que estaba muriendo, y miró hacia abajo y vio la corona de la cabeza del bebé emergiendo. Ella se reclinó y gritó mientras pujaba y pujaba, sudando, con la cara de un tono rojo brillante.

Hubo un último pujido, y de repente, un llanto atravesó el aire.

Era el llanto de un bebé.

De repente, el cielo se ennegreció. Gwen miró hacia arriba y vio con miedo cómo el día perfecto de verano, sin previo aviso, se convirtió en noche. Vio como los dos soles de repente fueron eclipsados por las dos lunas.

Un eclipse total de ambos soles. Gwen casi no lo podía creer: ella sabía que sólo sucedía una vez cada diez mil años.

Gwen observó con terror cómo se encontraba inmersa en la oscuridad. De repente, el cielo se llenó de relámpagos, los rayos parpadeaban, y Gwen sintió que le arrojaban pequeñas bolitas de hielo. Ella no entendía lo que estaba sucediendo, hasta que finalmente se dio cuenta de que estaba granizando.

Ella sabía que todo esto era un enorme presagio, que todo ocurría en el momento preciso del nacimiento de su bebé. Ella miró hacia abajo al bebé y supo de inmediato que era más poderoso de lo que ella podría entender. Que él era de otro reino.

Cuando nació, llorando, Gwen instintivamente estiró la mano y lo sujetó, tirando de su pecho antes de que pudiera deslizarse en el pasto y el lodo, protegiéndolo de la lluvia, mientras lo envolvía en sus brazos.

Él gemía, y al hacerlo, la tierra comenzó a temblar. Ella sintió la tierra temblar, y a lo lejos, vio rocas rodando por las laderas. Podía sentir el poder de este niño fluyendo a través de ella, afectando a todo el universo.

Mientras Gwen lo sujetaba con fuerza, se sentía más débil a cada momento; sentía que perdía mucha sangre. Se sintió mareada, demasiado débil para moverse, apenas lo suficientemente fuerte para sostener a su bebé, que no paraba de llorar en su pecho. Apenas podía sentir sus propias piernas.

Gwen tuvo un mal presentimiento de que moriría allí, en estos campos, con este bebé. Ya no se preocupaba por ella misma — pero no podía imaginar la idea de que su bebé muriera.

"¡NO!", gritó Gwen, convocando hasta el último poco de fuerza que tenía, para protestar a los cielos.

Mientras Gwen dejaba caer su cabeza hacia atrás, tirada en el suelo, un grito llegó en respuesta. No fue un grito humano. Era el de una criatura antigua.

Gwen comenzó a perder la conciencia. Ella miró hacia arriba, sus ojos se fijaban en ella y vio aparecer algo desde los cielos. Era una bestia enorme, bajando hacia ella, y se dio cuenta que era una criatura que ella amaba.

Ralibar.

Lo último que vio Gwen, antes de que sus ojos se cerraran para siempre, fue a Ralibar, bajando hacia ella, con sus enormes y brillantes ojos verdes y sus escamas rojas y antiguas, con sus garras extendidas y apuntando hacia ella.

CAPÍTULO DOS

Luanda estaba paralizada, en estado de shock, mirando el cadáver de Koovia, todavía con la daga ensangrentada en la mano, sin poder creer lo que había hecho.

Todo el salón de banquetes quedó en silencio y la miraron, sorprendidos, nadie se movió ni un instante. Todos miraban el cadáver de Koovia a sus pies, el intocable Koovia, el gran guerrero del Reino McCloud, segundo solamente en destreza al rey McCloud y la tensión era tan gruesa en la sala, que podría cortarse con un cuchillo.

Luanda era la más sorprendida de todos. Sintió su mano ardiente, con la daga todavía en ella, sintió una acometida de calor, entusiasmada y aterrorizada por haber matado a un hombre. Ella estaba, más que nada, orgullosa de haberlo hecho, orgullosa de haber detenido a este monstruo antes de que él pudiera poner las manos sobre su esposo o de la novia. Obtuvo lo que merecía. Todos esos McCloud eran salvajes.

Hubo un grito repentino y Luanda volteó a ver al guerrero líder de Koovia, a pocos metros de distancia, irrumpiendo repentinamente en acción, con la venganza en sus ojos y corriendo hacia ella. Levantó su espada por lo alto y la dirigió hacia su pecho.

Luanda estaba aún demasiado entumecida para reaccionar, y este guerrero se movió rápidamente. Ella se preparó, sabiendo que en un momento, sentiría el frío acero perforando su corazón. Pero a Luanda no le importaba. Lo que pasara con ella ahora ya no importaba ahora que había matado a ese hombre.

Luanda cerró sus ojos cuando el acero bajó, lista para la muerte — y en cambio, se sorprendió al escuchar un repentino sonido metálico.

Ella abrió los ojos y vio a Bronson avanzando, levantando su espada y bloqueando el golpe del guerrero. Eso la sorprendió; no pensó que él podía hacer eso, o que, con su mano buena, pudiera dar un golpe tan poderoso. Sobre todo, estaba muy emocionada para darse cuenta de que se preocupaba lo suficiente por ella para arriesgar su propia vida.

Bronson blandió hábilmente su espada alrededor e incluso con sólo una mano; tenía tal habilidad y fuerza que se las arregló para apuñalar al guerrero

en el corazón, matándolo en el acto.

Luanda casi no lo podía creer. Bronson, una vez más, le había salvado la vida. Ella se sentía profundamente en deuda con él y sintió un torrente fresco de amor por él. Tal vez era más fuerte de lo que había imaginado.

Estallaron gritos en ambos lados del pasillo, mientras los McCloud y los MacGil corrían unos hacia los otros, ansiosos por ver quién podría matar al otro primero. Todos los pretextos de civilidad que se habían producido a lo largo del día de la boda y la festividad de la noche, se habían ido. Ahora era la guerra: guerrero contra guerrero, todo calentado por la bebida, alimentada por la rabia, por la indignidad que los McCloud habían intentado perpetrar al tratar de violar a la novia.

Los hombres saltaban sobre la gruesa mesa de madera, ansiosos por matarse unos a otros, apuñalándose mutuamente, agarrándose unos a otros de la cara, luchando mutuamente en la mesa, tirando la comida y el vino. La habitación era tan estrecha, estaba tan llena de gente, que quedaban hombro con hombro, con apenas espacio para maniobrar, los hombres gruñendo y apuñalando y gritando y llorando mientras la escena era un caos completo y sangriento.

Luanda pretendía recuperarse. La pelea fue tan rápida y tan intensa, que los hombres llenos de esa sed de sangre, estaban tan concentrados en matarse unos a otros, que nadie tomó un momento para mirar alrededor y observar la periferia de la habitación. Luanda observó todo y asimiló todo con una perspectiva mayor. Ella fue la única persona que observó a los McCloud yendo hacia las orillas de la habitación, blindando lentamente las puertas, una a la vez y luego escabulléndose hacia afuera.

Los pelos se levantaron en la parte posterior de su cuello mientras Luanda se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Los McCloud encerraron a todos en el salón — y huyeron por una razón. Les vio tomar las antorchas de la pared, y sus ojos se abrieron de par en par, llenos de pánico. Se dio cuenta con horror que los McCloud iban a quemar el pasillo con todo el mundo atrapado dentro — incluso sus propios miembros del clan.

Luanda debió haberlo sabido. Los McCloud eran despiadados, y harían cualquier cosa para ganar.

Luanda miró alrededor, viendo cómo se desarrollaba todo ante ella, y vio una puerta que no estaba blindada.

Luanda se dio vuelta, se separó de los demás y corrió hacia la puerta

restante, dando codazos y empujando a los hombres fuera de su camino. Vio también a un McCloud, corriendo hacia esa puerta al otro lado de la habitación, y corrió más rápido, con los pulmones estallando, decidida a ganarle.

Los McCloud no vieron acercarse a Luanda cuando llegó a la puerta, agarraron una viga de madera, gruesa y se prepararon para blindarla. Luanda salió volando desde el costado, elevando su daga y apuñalándolo por la espalda.

El hombre McCloud clamó, arqueó la espalda y cayó al suelo.

Luanda agarró la viga, la arrancó de la puerta, la abrió y corrió hacia afuera, con los ojos ajustándose a la oscuridad, Luanda miró de izquierda a derecha y vio a los McCloud, alineados afuera de la sala, todos llevando antorchas, preparándose para prenderle fuego. Luanda estaba llena de pánico. No podía permitir que eso ocurriera.

Se dio vuelta, corrió hacia el salón, agarró a Bronson y lo alejó de la escaramuza.

"¡Los McCloud!", gritó desesperadamente. "¡Se preparan para quemar al salón! ¡Ayúdame!". ¡Saca a todos! ¡AHORA!".

Bronson, comprendiendo, abrió sus ojos de par en par, lleno de miedo, y sin dudar, se volvió, corrió hacia los líderes MacGil, les sacó de la pelea y les gritó, gesticulando hacia la puerta abierta. Todos se volvieron y se dieron cuenta, luego gritó órdenes a sus hombres.

Para satisfacción de Luanda, vio cómo los hombres MacGil de repente se separaron de la pelea, se volvieron y corrieron hacia la puerta abierta que ella había salvado.

Mientras ellos se estaban organizando, Luanda y Bronson no perdieron el tiempo. Él corrió hacia la puerta, y ella se horrorizó al ver a otro McCloud corriendo hacia ella, recoger la viga e intentar blindarla. Ella no creía que podía ganarle esta vez.

Esta vez, Bronson reaccionó; levantó su espada por lo alto, se inclinó hacia adelante y la lanzó.

Voló por el aire, agitándose de punta a punta, hasta que finalmente quedó empalada en la espalda de los McCloud.

El guerrero gritó y cayó al suelo, y Bronson corrió a la puerta y la abrió justo a tiempo.

Decenas de MacGil irrumpieron a través de la puerta abierta, y Luanda y

Bronson se unieron a ellos. Lentamente, el pasillo se vació de todos los MacGil, los McCloud miraban asombrados cómo sus enemigos se estaban retirando.

Una vez que todos estuvieron afuera, Luanda dio un portazo, recogió la viga con varios otros y cerraron la puerta desde el exterior, para que los McCloud no pudieran seguirlos.

Los McCloud que estaban en el exterior comenzaron a darse cuenta, y empezaron a dejar sus antorchas y sacaron sus espadas para ir al ataque.

Pero Bronson y los otros no les dieron tiempo. Se dirigieron hacia los soldados McCloud alrededor de la estructura, apuñalándolos y matándolos mientras bajaban sus antorchas y buscaban a tientas con sus brazos. La mayoría de los McCloud estaban todavía dentro, y las pocas docenas que estaban afuera no podían enfrentarse a las acometidas de los enfurecidos MacGil, quien, con ira en los ojos, mataron a todos rápidamente.

Luanda se quedó allí parada, Bronson a su lado, junto a los miembros del clan MacGil, todos ellos jadeando, emocionados por estar vivos. Todos miraron a Luanda con respeto, sabiendo que le debían sus vidas.

Mientras estaban allí, comenzaron a escuchar los golpes de los McCloud adentro, intentando salir. Los MacGil lentamente se dieron vuelta sin saber qué hacer, buscando el liderazgo de Bronson.

"Debes dejar la rebelión", dijo Luanda enérgicamente. "Debes tratarlos con la misma brutalidad con la que pretendían tratarte".

Bronson la miró, vacilante, y ella pudo ver la duda en sus ojos.

"El plan de ellos no funcionó", dijo él. "Están atrapados allí dentro. Como prisioneros". Vamos a arrestarlos".

Luanda meneó la cabeza enérgicamente.

"¡NO!", gritó ella. "Estos hombres buscan tu liderazgo. Esta es una parte brutal del mundo. No estamos en la Corte del Rey. Aquí reina la brutalidad. La brutalidad exige respeto. Esos hombres que están adentro, no pueden quedar vivos. ¡Se debe establecer un ejemplo!".

Bronson enfureció, horrorizado.

"¿Qué estás diciendo?", preguntó él. "¿Que debemos quemarlos vivos? ¿Que los tratemos con la misma carnicería con que nos trataron?".

Luanda apretó su mandíbula.

"Si no lo haces, recuerda mis palabras: seguramente un día te asesinarán a ti".

Los miembros del clan MacGil se reunieron alrededor, atestiguando su argumento, y Luanda se quedó allí, echando humo de frustración. Ella amaba a Bronson — después de todo, él le había salvado la vida. Y sin embargo ella odiaba lo débil e ingenuo que podía ser.

Luanda estaba harta de los hombres que gobernaban, de los hombres que tomaban malas decisiones. Ella ansiaba gobernar, sabía que sería mejor que cualquiera de ellos. Ella sabía que a veces se necesitaba una mujer para gobernar en un mundo de hombres.

Luanda, desterrada y marginada toda su vida, sentía que ya no podría sentarse en el banquillo. Después de todo, fue gracias a ella que todos estos hombres estaban vivos ahora. Y era hija de un rey — y primogénita, nada menos.

Bronson se quedó allí, mirando, vacilante y Luanda pudo ver que no llevaría a cabo ninguna acción.

Pero ella no podía aguantar más. Luanda gritó de frustración, corrió hacia adelante, arrebató una antorcha de manos de un ayudante, y mientras todos los hombres la observaban en silencio, ella corrió delante de ellos, sostuvo la antorcha por lo alto y la arrojó.

La linterna iluminó la noche, volando en el aire, de extremo a extremo y aterrizando en la cima del techo de paja de la sala de fiestas.

Luanda vio con satisfacción como las llamas comenzaron a esparcirse.

Los MacGil que estaban alrededor de ella soltaron un grito, y todos ellos siguieron su ejemplo. Cada uno recogió una antorcha y la lanzó, y pronto se levantaron las llamas y el calor se hizo más fuerte, chamuscando su rostro, iluminando la noche. Pronto, la sala estaba ardiendo en una gran conflagración.

Los gritos de los McCloud atrapados dentro se propagaron en la noche, y mientras Bronson se estremecía, Luanda estaba parada allí, fría, dura, despiadada, con las manos en las caderas y se sintió satisfecha de cada uno.

Se volvió hacia Bronson, que estaba allí parado, con la boca abierta en estado de shock.

"Eso", le dijo ella, desafiante, "es lo que significa gobernar".

CAPÍTULO TRES

Reece caminó con Stara, hombro con hombro, sus manos se movían y se sacudían y rozaban mutuamente, pero sin tomarse de la mano. Ellos caminaron a través de interminables campos de flores en la cordillera, rebosante de color, con una imponente vista de las Islas Superiores. Caminaban en silencio, Reece abrumado por sus emociones encontradas; no sabía qué decir.

Reece recordó ese momento fatídico en el que había trabado la mirada en Stara, en el lago de la montaña. Había alejado a su séquito, ya que necesitaba tiempo a solas con ella. Habían estado reacios a dejarlos solos — especialmente Matus, que conocía muy bien su historia — pero Reece había insistido. Stara era como un imán, atrayendo a Reece, y no quería que nadie estuviera alrededor de ellos. Necesitaba tiempo para ponerse al día con ella, para hablar con ella, para entender por qué tenía la misma mirada de amor que él sentía por ella. Necesitaba entender si todo esto era real, y lo que les estaba pasando.

El corazón de Reece se aceleró mientras caminaba, sin saber dónde empezar, qué hacer a continuación. Su mente racional le gritaba que se diera vuelta y echara a correr, que se alejara todo lo posible de Stara, que tomara el siguiente barco a tierra firme y nunca pensara en ella otra vez. Que regresara a casa con su futura esposa quien lo estaba esperando. Después de todo, Selese lo amaba y él amaba a Selese. Y su enlace matrimonial estaba a días de distancia.

Reece sabía que era lo más prudente. Era lo *correcto*.

Pero la parte lógica de él estaba siendo abrumado por sus emociones, por las pasiones que no podía controlar, que se negaba a ser servil de su mente racional. Eran pasiones que le obligaban a permanecer aquí, junto a Stara, caminar y caminar con ella a través de estos campos. Era la parte incontrolable de sí mismo que nunca había entendido, que lo había dominado toda su vida para hacer cosas impulsivas, para seguir su corazón. Eso no siempre le había llevado a tomar las mejores decisiones. Pero un rasgo fuerte, apasionado corría a través de Reece, y no siempre era capaz de controlarlo.

Mientras Reece caminaba al lado de Stara, se preguntaba si ella sentía lo

mismo que él. La palma de su mano rozó la de él mientras caminaba, y creyó detectar una ligera sonrisa en la comisura de sus labios. Pero ella era difícil de leer — siempre lo había sido. La primera vez que él la conoció, cuando eran niños, recordó haber quedado asombrado, incapaz de moverse, incapaz de pensar en nada más que en ella durante días. Había algo en sus ojos translúcidos, algo en la forma en que se conducía, tan orgullosa y noble, como un lobo, parado detrás de él, que lo hipnotizaba.

Siendo niños, ellos sabían que una relación entre primos estaba prohibida. Pero nunca pareció desconcertarlos. Algo existía entre ellos, algo tan fuerte, demasiado fuerte, que atraía uno hacia al otro, a pesar de lo que pensaba del mundo. Jugaban juntos como niños, como mejores amigos instantáneos, eligiendo su mutua compañía inmediatamente sobre cualquiera de sus otros primos o amigos. Cuando visitaban las Islas Superiores, Reece se encontraba pasando cada momento con ella; ella le había correspondido, corriendo a su lado, esperando en la orilla durante días hasta que llegaba su barco.

Al principio, sólo habían sido mejores amigos. Pero entonces crecieron, y una fatídica noche bajo las estrellas, todo había cambiado. A pesar de estar prohibida, su amistad se convirtió en algo más fuerte, más grande que ellos, y tampoco era capaz de resistir.

Reece dejaría las islas soñando con ella, distraído hasta el punto de la depresión, enfrentando noches de insomnio durante meses. Veía su cara cada noche en la cama y deseaba que ni un océano y ni una ley de familia, se interpusiera entre ellos.

Reece sabía que ella sentía lo mismo; había recibido innumerables cartas de ella, transportadas en las alas de un ejército de halcones, expresando su amor por él. Él también le había escrito, aunque no tan elocuentemente como ella.

El día de en que las dos familias MacGil tuvieron una pelea, fue uno de los peores días en la vida de Reece. Fue el día en que el hijo mayor de Tirus murió envenenado por el mismo veneno que Tirus había planeado para el padre de Reece. No obstante, Tirus culpó al rey MacGil. La desavenencia comenzó, y fue el día en el que el corazón de Reece — y de Stara — había muerto por dentro. Su padre era poderoso, como era el de Stara, y ambos les habían prohibido comunicarse con cualquiera de los otros MacGil. Nunca viajaron allí otra vez, y Reece había permanecido despierto en agonía, pensando, soñando, cómo podía ver a Stara otra vez. Él sabía por sus cartas

que ella sentía lo mismo.

Un día dejaron de llegar sus cartas. Reece sospechó que fueron interceptadas de alguna manera, pero nunca lo supo con certeza. Sospechaba que las suyas tampoco le llegaban a ella. Con el tiempo, Reece, incapaz de seguir adelante, tuvo que tomar la dolorosa decisión de alejar los pensamientos que tenía de ella de su corazón, había tenido que aprender a sacarlos de su mente. En los momentos más extraños, la cara de Stara volvería a él, y nunca dejó de preguntarse qué había sido de ella. ¿Todavía pensaba en él, también? ¿Se había casado con otra persona?

Ahora, al verla otra vez, todos los recuerdos regresaron. Reece se dio cuenta de cómo ardía todo todavía en su corazón, como si nunca se hubiera ido de su lado. Ahora era una versión mayor, más completa, más hermosa de sí misma, si era posible. Ella era una mujer. Y su mirada era aún más fascinante de lo que alguna vez había sido. En aquella mirada Reece detectó amor y se sintió restaurado al ver que todavía sentía el mismo amor por él que éste tenía para ella.

Reece quería pensar en Selese. Le debía eso a ella. Pero aunque lo intentara, era imposible.

Reece caminó con Stara a lo largo de la cresta de la montaña, ambos en silencio, sin saber qué decir. ¿Donde podría empezar uno a llenar el espacio de todos esos años perdidos?

"He oído que te casarás pronto", dijo finalmente Stara, rompiendo el silencio.

Reece sintió un agujero en el estómago. Pensar en casarse con Selese siempre le había traído un torrente de amor y entusiasmo; pero ahora, viniendo de Stara, lo hacía sentirse desolado, como si la hubiese traicionado.

"Lo siento", respondió Reece.

No sabía qué decir. Quería decir: *"No la amo. Ahora veo que fue un error. Quiero cambiar todo. Mejor quiero casarme contigo."*

Pero él *sí* amaba a Selese. Tenía que reconocerlo a sí mismo. Era un tipo diferente de amor, tal vez no tan intenso como su amor por Stara. Reece estaba confundido. No sabía lo que estaba pensando o sintiendo. ¿Qué amor era más fuerte? ¿Existía incluso tal cosa como un grado cuando se trataba del amor? ¿Cuando amas a alguien, no significa que lo amas, pase lo que pase? ¿Cómo podría ser un amor más fuerte?

"¿La amas?", preguntó Stara.

Reece respiró profundo, sintiéndose atrapado en una tormenta emocional, sin saber cómo responder. Caminaron por un tiempo, él cavilando, hasta que finalmente fue capaz de responder.

"Sí la amo", respondió, angustiado. "No puedo mentir".

Reece paró y tomó la mano de Stara por primera vez.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

"Pero también te amo", añadió él.

Vio que sus ojos se llenaron de esperanza.

"¿Me amas más?" preguntó suavemente, esperanzada.

Reece lo pensó mucho.

"Te he amado toda mi vida", dijo finalmente. "Tú eres el único rostro de amor que he conocido. Eres lo que el amor significa para mí. Amo a Selese. Pero contigo... es como si fueras parte de mí. Como mi propio ser. Como algo de lo que no puedo prescindir".

Stara sonrió. Tomó su mano y siguieron caminando uno al lado del otro, ella balanceándose ligeramente, con una sonrisa en su rostro.

"No sabes cuántas noches pasé extrañándote", admitió ella, apartando la mirada. "Mis palabras fueron llevadas en alas de muchos halcones — sólo para ser removidas por mi padre. Después de la ruptura, no podía llegar a ti. Incluso intenté una o dos veces a escondidas, ir en un barco al continente — y me atraparon".

Reece se sentía abrumado al escuchar todo esto. Él no lo sabía. Siempre se había preguntado qué había sentido Stara después de la ruptura. Oyendo esto, sintió un fuerte apego a ella, mayor que nunca. Él sabía ahora que no era sólo él quien se había sentido así. No se sentía tan loco. Lo que tenían, de hecho, era real.

"Y nunca dejé de soñar contigo", respondió Reece.

Finalmente llegaron a la cúspide de la cordillera, y se detuvieron y se quedaron allí uno al lado del otro, mirando juntos a las Islas Superiores. Desde este punto podían ver todo, a través de la cadena de islas en el océano, la niebla por encima de ella, las olas rompiendo abajo, los cientos de barcos de Gwendolyn alineados a lo largo de las costas rocosas.

Allí permanecieron en silencio por un tiempo muy largo, tomados de las manos, saboreando el momento. Saboreando finalmente, estar juntos, después de todos estos años y de toda la gente y sucesos de la vida que trataban de mantenerlos separados.

"Finalmente, estamos aquí, juntos — e irónicamente, es ahora que estás más prohibido, a unos días de tu boda. Parece como si siempre hubiera algo destinado a interponerse entre nosotros".

"Y sin embargo, estoy aquí hoy", respondió Reece. "¿Tal vez el destino nos está diciendo otra cosa?".

Ella apretó su mano fuerte, y Reece también apretó la de ella. Al mirarla, el corazón de Reece se aceleró, y se sintió más confundido que nunca en su vida. ¿Todo esto debía suceder? ¿Debía encontrarse con Stara, para verla antes de su boda, para prevenirlo de cometer un error y casarse con otra persona? ¿El destino, después de todos estos años, estaba tratando de reunirlos después de todo?

Reece no pudo evitar sentir que así era. Sintió que la había encontrado por algún golpe de suerte, quizás para darle una última oportunidad antes de su boda.

"Lo que el destino une, ningún hombre puede separarlo", dijo Stara.

Sus palabras se clavaron en Reece mientras ella lo miraba, hipnotizándolo.

"Muchos eventos en nuestra vida han intentado mantenernos separados", dijo Stara. "Nuestros pueblos. Nuestras patrias. El océano. El tiempo... Sin embargo, nada ha sido capaz de separarnos. Han pasado tantos años y nuestro amor sigue tan fuerte. ¿Es una coincidencia que me vieras antes de casarte? El destino nos está diciendo algo. No es demasiado tarde".

Reece la miró, con el corazón palpitando aceleradamente. Él la miró, con sus ojos translúcidos que reflejaban el cielo y el mar, conteniendo mucho amor por él. Se sentía más confundido que nunca e incapaz de pensar con claridad.

"Tal vez debería cancelar la boda", dijo él.

"No soy yo quien debe decírtelo", contestó. "Debes preguntarle a tu corazón".

"En este momento", dijo él, "mi corazón me dice que eres tú a quien amo. Eres a quien siempre he amado".

Ella lo miró con sinceridad.

"Nunca he querido a otro", dijo ella.

Reece no pudo evitarlo. Se inclinó y sus labios encontraron a los de ella. Sintió que el mundo se fundía alrededor de él, se sintió lleno de amor, mientras ella lo besaba también.

Mantuvieron el beso hasta que ya no podían respirar, hasta que Reece se dio cuenta, a pesar de lo que dentro de él protestaba lo contrario, que nunca

podría casarse con nadie más que con Stara.

CAPÍTULO CUATRO

Gwendolyn estaba parada en un puente dorado. Sujetando su barandal, ella miraba hacia abajo sobre el borde y vio un río arrasador debajo de ella. Los rápidos rugían con furia, siempre elevándose mientras observaba. Ella podía sentir su rocío desde aquí.

"Gwendolyn, mi amor".

Gwen se volvió para ver a Thorgrin de pie en la otra orilla, tal vez a seis metros de distancia, sonriendo, estirando la mano.

"Ven conmigo", suplicó. "Cruza el río".

Aliviada al verlo, Gwen comenzó a caminar hacia él — hasta que otra voz le hizo detenerse.

"Madre", se escuchó una voz suave.

Gwen giró para ver a un niño parado en la orilla opuesta. Tal vez de unos diez años, era alto, orgulloso, de hombros anchos, con un mentón noble, una mandíbula fuerte y brillantes ojos grises. Como su padre. Llevaba una armadura brillante, hermosa, de un material que no reconocía y tenía armas de guerrero en su cinturón. Ella podía sentir su poder desde aquí. Una fuerza imparable.

"Madre, te necesito", dijo.

El niño extendió una mano y Gwen empezó a ir hacia él.

Gwen se detuvo y miró hacia adelante y hacia atrás entre Thor y su hijo, cada uno extendiendo una mano y ella se sentía desgarrada, en conflicto. Ella no sabía hacia dónde ir.

De repente, mientras estaba ahí parada, el puente colapsó debajo de ella.

Gwendolyn gritó al sentirse caer en los rápidos.

Gwen cayó en el agua helada con un golpe y caídas y dio volteretas en las aguas embravecidas. Ella flotaba, jadeando en busca de aire, y miró hacia atrás para ver a su hijo y a su marido, de pie en la orilla opuesta, cada uno tendiendo sus manos, cada uno necesiándola.

"¡Thorgrin!", gritó. A continuación: "¡Hijo mío!".

Gwen trataba de alcanzarlos a los dos, gritando — pero pronto se sintió cayendo en picado sobre el borde de una cascada.

Gwen gritó mientras los perdía de vista y cayó cientos de metros hacia las rocas afiladas.

Gwendolyn despertó gritando.

Miró a su alrededor, cubierta de un sudor frío, confundida, preguntándose dónde estaba.

Poco a poco se dio cuenta de que yacía en una cama, en una habitación oscura del castillo, con antorchas parpadeando a lo largo de las paredes. Parpadeó varias veces, tratando de entender lo que había sucedido, todavía jadeando. Lentamente, se dio cuenta de que era sólo un sueño. Un sueño horrible.

Los ojos de Gwen se ajustaron, y ella vio a varias asistentes, de pie en la habitación. Vio a Illepra y a Selese de pie a ambos lados de ella, poniendo compresas frías a lo largo de sus brazos y piernas. Selese secaba suavemente su frente.

"Shhh", la consoló Selese. "Fue sólo una pesadilla, mi señora".

Gwendolyn sintió que una mano apretaba la suya y ella miró y se sintió emocionada al ver a Thorgrin. Se arrodilló al lado de su cama, sosteniendo su mano, con sus ojos brillando de alegría al verla despierta.

"Mi amor", dijo él. "Estás bien".

Gwendolyn parpadeó, tratando de averiguar dónde estaba, por qué estaba en la cama, qué estaba haciendo toda esta gente aquí. Entonces, de repente, mientras trataba de moverse, sintió un dolor horrible en el estómago — y recordó.

"¡Mi bebé!", gritó frenética, de repente. "¿Dónde está?". "¿El niño está vivo?".

Gwen, desesperada, estudió las caras a su alrededor. Thor le apretó firmemente la mano y sonrió ampliamente, y ella supo que todo estaba bien. Se sentía tranquilizada con esa sonrisa para toda la vida.

"Está vivo, sin duda", respondió Thor. "Gracias a Dios. Y a Ralibar. Ralibar los trajo volando, justo a tiempo".

"Está perfectamente sano", agregó Selese.

De repente, se escuchó un grito en el aire y Gwendolyn vio avanzar a Illepra, sosteniendo al bebé que lloraba, envuelto en una cobija, en sus brazos.

El corazón de Gwendolyn se sintió aliviado, y ella se puso a llorar. Ella comenzó a llorar histéricamente, al verlo. Se sentía tan aliviada, que corrieron lágrimas de alegría sobre ella. El bebé estaba vivo. Ella estaba viva. Habían

sobrevivido. De alguna manera, lo habían hecho a través de esta terrible pesadilla.

Ella nunca se había sentido más agradecida en su vida.

Illepra se inclinó hacia adelante y colocó al bebé en el pecho de Gwen.

Gwendolyn se sentó y lo miró, examinándolo. Se sintió renacer al tocarlo, con el peso de él en sus brazos, su olor, la forma en que se veía. Ella lo mecía y lo sostuvo firmemente, todo envuelto en mantas. Gwendolyn se sentía llena de olas de amor por él, de agradecimiento. Ella casi no lo podía creer; había tenido un bebé.

En cuanto lo colocaron en sus brazos, el bebé de repente dejó de llorar. Se quedó muy quieto, se dio vuelta, abrió los ojos y la miró bien.

Gwen sintió una sacudida por su cuerpo, mientras sus miradas se encontraban. El bebé tenía los ojos de Thor — de color gris, ojos brillantes que parecían venir de otra dimensión. Se miraron detenidamente. Mientras lo miraba, Gwendolyn sintió como si ya lo hubiera conocido en otro tiempo. De todo el tiempo.

En ese instante, Gwen sentía un vínculo más fuerte que con nada ni nadie en su vida. Ella lo apretó fuerte y juró que nunca lo dejaría ir. Caminaría a través del fuego por él.

"Se parece a ti, mi señora", le dijo Thor, sonriendo mientras se inclinaba y miraba junto con ella.

Gwen sonrió, llorando, abrumada por la emoción. Ella nunca había estado tan feliz en su vida. Esto era todo lo que ella siempre había querido, estar aquí con Thorgrin y su hijo.

"Sus ojos se parecen a los tuyos", respondió Gwen.

"Lo que aún no tiene es un nombre", dijo Thor.

"Tal vez deberíamos llamarlo como tú", le dijo Thor a Gwendolyn.

Él movió la cabeza, inflexible.

"No. Es hijo de su madre. Lleva tus rasgos. Un verdadero guerrero debe llevar el espíritu de su madre y las habilidades de su padre. Necesita las dos cosas. Va a tener mis habilidades. Y debemos llamarlo como tú".

"Entonces, ¿qué propones?", preguntó ella.

Thor pensó.

"Su nombre debe sonar como el tuyo. El hijo de Gwendolyn debería llamarse... Guwayne".

Gwen sonrió. Al instante le encantó su sonido.

"Guwayne", dijo. "Me gusta".

Gwen sonrió ampliamente mientras sostenía con firmeza al bebé.

"Guwayne", le dijo al niño.

Guwayne se dio vuelta y abrió los ojos nuevamente, y al mirarla, ella podría jurar haberlo visto sonreír. Sabía que él era demasiado joven para eso, pero vio un destello de algo y estaba segura de que aprobó el nombre.

Selese se inclinó hacia adelante y aplicó un bálsamo en los labios de Gwen y le dio algo de beber, un líquido espeso, oscuro. Gwen inmediatamente se sintió reanimada. Ella sintió que volvía lentamente a ser ella misma.

"¿Cuánto tiempo he estado aquí?", preguntó Gwen.

"Ha estado dormida casi dos días, mi señora", dijo Illepra. "Desde el gran eclipse".

Gwen cerró los ojos y recordó. De pronto recordó todo. Recordó el eclipse, el granizo, el terremoto... Nunca había visto nada igual.

"Nuestro bebé presagia grandes augurios", dijo Thor. "El reino entero fue testigo de los acontecimientos. Ya se había hablado de su nacimiento, en todos lados".

Mientras Gwen sostenía al niño con fuerza, sintió un calor a través de ella, y sintió lo especial que era él. Su cuerpo entero se estremeció mientras lo abrazaba, y supo que no era un niño común y corriente. Se preguntó qué clase de poderes corrían en su sangre.

Miró a Thor, sorprendida. ¿Este muchacho es un druida, también?

"¿Llevas aquí todo este tiempo?" le preguntó a Thor, al darse cuenta de que había estado a su lado todo este tiempo y llena de gratitud hacia él.

"Así es, mi señora. Vine en cuanto me enteré. Menos anoche. Pasé la noche en el Lago de las Tristezas. Orando por tu recuperación".

Gwen se puso a llorar otra vez, incapaz de controlar sus emociones. Ella nunca se había sentido más contenta en su vida; sostener a este niño la hacía sentir completa de una manera que no creía posible.

A pesar de sí misma, Gwen recordó ese momento fatídico en el Mundo de las Tinieblas, en la elección que fue obligada a tomar. Ella apretó la mano de Thor y sujetó al bebé con fuerza, queriendo a ambos cerca de ella, queriendo que ambos estuvieran con ella para siempre.

Sin embargo, sabía que uno de ellos tendría que morir. Ella lloraba y lloraba.

"¿Qué pasa, mi amor?", preguntó Thor, finalmente.

Gwen meneó la cabeza, incapaz de decirle.

"No te preocupes", dijo. "Tu madre todavía vive. Si por eso estás llorando".

Gwen recordó de repente.

"Ella está gravemente enferma", agregó Thor. "Pero todavía hay tiempo para verla".

Gwen sabía que tenía que hacerlo.

"Tengo que verla", dijo. "Llévame con ella ahora".

"¿Está segura, mi señora?", preguntó Selese.

"En su condición, usted no se debe mover", añadió Illepra. "Su parto fue anormal, y debe recuperarse. Tiene suerte de estar viva".

Gwen meneó la cabeza, inflexible.

"Voy a ver a mi madre antes de que muera. Llévenme con ella. Ahora".

CAPÍTULO CINCO

Godfrey estaba sentado en el centro de la larga mesa de madera, en la taberna, con una jarra de cerveza en cada mano, cantando con el grupo grande de los MacGil y los McCloud, aporreando sus tarros en la mesa, con el resto de ellos. Todos se balanceaban hacia adelante y hacia atrás, golpeando sus tarros para puntuar cada frase, la cerveza se derramaba sobre el dorso de sus manos y sobre la mesa. Pero a Godfrey no le importaba. Estaba inmerso en la bebida, como había estado todas las noches esta semana, y se sentía bien.

A cada lado de él estaban sentados Akorth y Fulton y al mirar de un lado a otro, se sintió satisfecho de ver a decenas de MacGil y McCloud alrededor de la mesa, antiguos enemigos, todos en este evento para consumir bebidas, que él había organizado. Godfrey había tomado varios días peinando la zona montañosa, para llegar a este punto. Al principio, los hombres habían sido cautelosos; pero cuando Godfrey había rodado los barriles de cerveza, entonces las mujeres empezaron a llegar.

Había comenzado con pocos hombres, desconfiando unos de los otros, manteniendo sus propios lados de la sala. Pero mientras Godfrey intentaba llenar la taberna, encaramada aquí en esta cumbre de la zona montañosa, los hombres empezaron a tomar confianza, a interactuar. Godfrey sabía que no había nada como el señuelo de cerveza gratis para reunir a los hombres.

Lo que los había llevado al extremo, lo que les había hecho ser como hermanos, fue que Godfrey había llevado mujeres. Godfrey había llamado a todos sus contactos en ambos lados de la zona montañosa para despejar los burdeles y había pagado a todas las mujeres generosamente. Llenaron la taberna con los soldados, la mayoría sentados en el regazo de un soldado, y todos los hombres estaban contentos. Las mujeres bien pagadas estaban felices, los hombres estaban felices, y en la taberna entera había alegría y ánimo, mientras los hombres dejaban de centrarse en los demás y en cambio se enfocaban en la bebida y las mujeres.

Mientras avanzaba la noche, Godfrey comenzó a escuchar la conversación entre ciertos MacGil y McCloud acerca de convertirse en amigos, haciendo planes para ir a patrullar juntos. Era exactamente el tipo de vinculación que su

hermana le había enviado a lograr, y Godfrey se sentía orgulloso de sí mismo por haberlo logrado. También se había divertido en el camino, sus mejillas estaban rosadas con tanta cerveza. Se dio cuenta de que había algo, en esta cerveza McCloud; era más fuerte en este lado del altiplano e y se subía directamente a la cabeza.

Godfrey sabía que había muchas maneras de fortalecer el ejército, de unir a la gente y gobernar. La política era una cosa; el gobierno era otra; la aplicación de la ley era otra. Pero ninguna llegaba a los corazones de los hombres. Godfrey, por todas sus faltas, sabía cómo llegar al hombre común. Él *era* el hombre común. Aunque tenía la nobleza de la familia real, su corazón siempre había estado con las masas. Tenía cierta sabiduría, nacido de las calles, que todos esos caballeros de Los Plateados brillantes nunca tendrían. Estaban por encima de todo. Y Godfrey los admiraba por eso. Pero Godfrey se dio cuenta de que había cierta ventaja al estar por debajo de todo, también. Le daba una perspectiva diferente a la humanidad — y a veces uno necesitaba ambas perspectivas para entender al pueblo. Después de todo, los mayores errores que los reyes siempre habían cometido, provenían de no estar en contacto con la gente.

"Estos McCloud saben beber", dijo Akorth.

"No defraudan", agregó Fulton, mientras dos tarros más se deslizaban por la mesa delante de ellos.

"Esta bebida es demasiado fuerte", dijo Akorth, dejando salir un gran eructo.

"No extraño a nuestro pueblo en absoluto", añadió Fulton.

A Godfrey le picaron las costillas, y miró y vio a algunos hombres McCloud, sacudiéndose demasiado duro, riendo demasiado alto, borrachos, mientras mimaban a las mujeres. Godfrey se dio cuenta de que estos McCloud, eran más bruscos que los MacGil. Los MacGil eran rudos, pero los McCloud — había algo a ellos, algo poco civilizado. Al examinar la taberna con su ojo experto, Godfrey vio a los McCloud sosteniendo a sus mujeres de manera apretada, golpeando sus tarros con demasiada fuerza, dándose codazos con fuerza. Había algo acerca de estos hombres que ponía nervioso a Godfrey, a pesar de todos los días que había pasado con ellos. De alguna manera, no confiaba totalmente en estas personas. Y cuanto más tiempo pasaba con ellos, más empezaba a entender por qué los dos clanes estaban separados. Se preguntaba si alguna vez podrían llegar a unirse.

La bebida alcanzó su apogeo, y pasaban más tarros, el doble que antes y los McCloud no disminuían, mientras los soldados generalmente lo hacían en este punto. En cambio, estaban bebiendo más, muchísimo más. Godfrey, sin quererlo, empezó a sentirse un poco nervioso.

"¿Crees que los hombres pueden beber demasiado?", le preguntó Godfrey a Akorth.

Akorth se mofó.

"¡Es una pregunta sacrílega!", dijo con brusquedad.

"¿Cómo se te ocurre?", preguntó Fulton.

Pero Godfrey vigilaba de cerca cómo un McCloud, tan borracho que apenas veía, tropezó con un grupo de compañeros, derribándolos con estrépito.

Por un momento hubo una pausa, mientras la gente se dio vuelta para mirar al grupo de soldados en el suelo.

Pero entonces los soldados se levantaron, gritando y riendo y aplaudiendo, y para alivio de Godfrey, la fiesta continuó.

"¿Creen que ya han tenido suficiente?", preguntó Godfrey, empezando a preguntarse si esto había sido una mala idea.

Akorth le miró sin comprender.

"¿Suficiente?", preguntó. "¿Existe tal cosa?".

Godfrey notó que él mismo tenía dificultad para pronunciar las palabras, y su mente no estaba tan aguzada como le hubiera gustado. Aún así, estaba empezando a sentir que algo giraba en la habitación, como si algo no estuviera bien, como debía ser. Fue demasiado, como si la habitación hubiera perdido todo sentido de la moderación.

"¡No la toques!", gritó alguien repentinamente. "¡Ella es mía!".

El tono de la voz era sombrío, peligroso, atravesando el aire y haciendo que Godfrey se diera vuelta.

Al otro lado del pasillo, un soldado MacGil estaba parado, erguido, discutiendo con un McCloud; McCloud extendió la mano y le arrebató a una mujer del regazo de MacGil, envolviendo un brazo alrededor de su cintura y tirando de ella hacia atrás.

"Ella *era* tuya. ¡Ahora es mía! ¡Búscate a otra!".

La expresión de MacGil se hizo sombría, y sacó su espada. El sonido distintivo se oyó en la habitación, haciendo que todos voltearan a ver.

"¡Dije que ella es mía!", gritó.

Su rostro era de un rojo brillante, el pelo enmarañado con sudor, y toda la

habitación observaba, notando el tono fúnebre.

Todo se detuvo abruptamente y la sala quedó en silencio, mientras en ambos lados de la habitación, todos miraban, paralizados. McCloud, un hombre grande y fornido, hizo una mueca, tomó a la mujer y la arrojó con fuerza a un lado. Ella salió volando hacia la multitud, tropezando y cayendo.

Era evidente que a McCloud no le importaba la mujer; estaba claro que el derramamiento de sangre era lo que realmente quería, no a la mujer.

McCloud sacó su espada y lo enfrentó.

"¡Va a ser tu vida por ella!", dijo McCloud.

Los soldados se alejaron en ambos lados, dejando un pequeño claro para pelear, y Godfrey vio que todos se ponían tensos. Sabía que tenía que parar esto antes de que se convirtiera en una guerra total.

Godfrey saltó sobre la mesa, deslizándose sobre jarras de cerveza, corrió por el pasillo hacia el centro del claro, entre los dos hombres, extendiendo sus manos para mantenerlos a raya.

"¡Señores!", gritó, arrastrando las palabras. Trató de concentrarse, para hacer que su mente pensara con claridad, y sinceramente lamentó haber bebido tanto como lo hizo.

"¡Aquí todos somos hombres!", gritó. "¡Todos somos un pueblo! ¡Un ejército! ¡No hay necesidad de una pelea! ¡Hay un montón de mujeres para todos! ¡Ninguno de los dos lo dijo en serio!".

Godfrey se dio vuelta hacia MacGil, y MacGil estaba allí parado, frunciendo el ceño, sosteniendo su espada.

"Si se disculpa, lo aceptaré", dijo MacGil.

McCloud se quedó allí parado, confundido, entonces repentinamente suavizó su expresión, y sonrió.

"¡Entonces me disculpo!", gritó McCloud, extendiendo su mano izquierda.

Godfrey se hizo a un lado, y MacGil la tomó con recelo, los dos se dieron la mano.

Sin embargo, al hacerlo, McCloud apretó la mano de MacGil, lo acercó de un tirón, levantó su espada y lo apuñaló en el pecho.

"Ofrezco disculpas", añadió, "¡por no matarte antes! ¡Escoria de MacGil!".

MacGil cayó al suelo, débil, la sangre brotaba hacia el suelo.

Estaba muerto.

Godfrey se quedó en estado de shock. Él estaba sólo a 30 centímetros de distancia de los soldados, y no podía evitar sentir que esto, de alguna manera,

era culpa suya. Él había alentado a MacGil a bajar su guardia; era quien había intentado negociar la tregua. Él había sido traicionado por este McCloud, había hecho el ridículo delante de todos sus hombres.

Godfrey no estaba pensando con claridad, y estimulado por la bebida, algo dentro de él lo hizo reaccionar.

Con un movimiento rápido, Godfrey se agachó, arrebató la espada del MacGil muerto, se acercó y apuñaló a McCloud en el corazón.

McCloud lo miró en estado de shock, y luego se desplomó al suelo, muerto, con la espada todavía incrustada en su pecho.

Godfrey miró su mano ensangrentada y no podía creer lo que había hecho. Era la primera vez que mataba a un hombre. No sabía que podía hacerlo.

Godfrey no había planeado matarlo; ni siquiera lo había pensado cuidadosamente. Algo dentro de él lo superó, una parte que exigía venganza por la injusticia.

La sala de repente entró en caos. Desde todos los ángulos, los hombres gritaban y se atacaban unos a otros, enfurecidos. Los sonidos de las espadas siendo sacadas llenó la habitación y Godfrey sintió que Akorth lo empujaba con fuerza fuera del camino, justo antes de que una espada le fuera a caer en la cabeza.

Otro soldado — Godfrey no podía recordar quién o por qué — lo agarró y lo arrojó a la mesa llena de cervezas y la última cosa que Godfrey recordaba era que se deslizó por la mesa de madera, que su cabeza chocó con cada tarro de cerveza, hasta que finalmente cayó al suelo, golpeando su cabeza y deseando estar en cualquier parte, menos aquí.

CAPÍTULO SEIS

Gwendolyn, en silla de ruedas, con Guwayne en sus brazos, se preparó mientras los asistentes abrían las puertas y Thor la llevaba hacia la habitación de su madre enferma. Los guardias de la reina inclinaron la cabeza y se hicieron a un lado, Gwen sostuvo al bebé con fuerza, mientras entraban a la habitación oscura. La habitación era silenciosa, sofocante, sin aire. Las antorchas brillaban débilmente en ambas paredes. Ella podía sentir la muerte en el aire.

Guwayne, pensó. Guwayne. Guwayne.

Dijo el nombre silenciosamente en su cabeza, una y otra vez a sí misma, tratando de concentrarse en otra cosa, menos en su madre moribunda. Al pensar en ello, el nombre le daba tranquilidad, la llenaba de calidez. *Guwayne.* El niño milagro. Amaba a este bebé más de lo que podría decir.

Gwen quería que su madre lo viera antes de morir. Ella quería que su madre estuviera orgulloso de ella, y quería la bendición de su madre. Tenía que admitirlo. A pesar de su problemático pasado, Gwen quería la paz y resolución de su relación antes de que muriera. Ahora estaba en un estado frágil, y el hecho de que se había vuelto más cercana a su madre estas últimas lunas, sólo hizo que Gwen se sintiera aún más angustiada.

Gwen sintió que su corazón se estrujaba mientras las puertas se cerraban detrás de ella. Miró alrededor de la habitación y vio una docena de asistentes junto a su madre, gente de la vieja guardia a quienes reconoció, que solían cuidar a su padre. La habitación estaba llena de gente. Era la guardia de la muerte. Al lado de su madre, por supuesto, estaba Hafold, su sirvienta fiel hasta el final, haciendo guardia, no dejando que nadie se acercara, como lo había hecho toda su vida.

Mientras Thor acercaba a Gwendolyn a la cabecera de su madre, Gwen quiso levantarse, inclinarse sobre su madre, para darle un abrazo. Pero su cuerpo todavía le dolía y en su estado, ella no podía hacerlo.

En cambio, extendió una mano y sostuvo la muñeca de su madre. Estaba fría al tacto.

Al hacerlo, su madre, allí acostada inconsciente, lentamente abrió un ojo.

Su madre miraba sorprendida y contenta a Gwen y lentamente abrió los ojos y la boca para hablar.

Pronunció algunas palabras, pero sonaban como un jadeo. Gwen no podía entenderla.

Su madre aclaró su garganta y agitó su mano hacia Hafold.

Hafold inmediatamente se inclinó, acercando su oído a la boca de la reina.

"Sí, mi señora". Hafold preguntó.

"Haz salir a todos. Quiero estar a solas con mi hija y Thorgrin".

Hafold miró brevemente a Gwen, resentida, entonces respondió: "como usted desee, mi señora".

Hafold inmediatamente rodeó a todos y los guió hacia la puerta; luego volvió y tomó otra vez su posición al lado de la reina.

"A solas", le repitió la reina a Hafold, con una mirada cómplice.

Hafold miró hacia abajo, sorprendida, y luego le dio una mirada de celos a Gwen y salió rápidamente de la habitación, cerrando la puerta con firmeza detrás de ella.

Gwen se sentó ahí con Thor, aliviada de que se hubieran ido. Había una manta pesada de muerte en el aire. Gwendolyn lo sentía — su madre no estaría con ella mucho tiempo.

Su madre apretó la mano de Gwen y Gwen apretó la de ella. Su madre sonrió, y una lágrima rodó por su mejilla.

"Estoy contenta de verte", dijo su madre. Salió como un susurro, apenas audible.

Gwen sentía ganas de llorar otra vez, y trató de ser fuerte, de contener sus lágrimas por el bien de su madre. Pero no podía evitarlas; las lágrimas brotaron de repente y ella lloró y lloró.

"Madre", dijo ella. "Lo siento. Lo siento mucho. Todo".

Gwen se sentía superada por la tristeza de no haber estado más cerca de ella en la vida. Las dos nunca se habían entendido. Sus personalidades habían chocado siempre y nunca pudieron ver las cosas del mismo modo. Gwen lamentaba la relación que habían tenido, aunque ella no tuviera la culpa. Ella deseaba, en retrospectiva, que hubiese habido algo que pudiera haber dicho o hecho para que fuera diferente. Pero habían estado en ambos lados del espectro con todo en sus vidas. Y parecía que ningún esfuerzo de ambas partes podría cambiar eso. Eran sólo dos seres humanos muy diferentes, atrapadas en la misma familia, atrapadas en una relación de madre e hija. Gwen nunca fue

la hija que ella hubiera querido, y la reina nunca fue la madre que hubiera querido Gwen. Gwen se preguntó por qué habían sido destinadas a estar juntas.

La reina asintió con la cabeza, y Gwen pudo ver que ella entendió.

"Soy yo la que lo lamenta", respondió. "Eres una hija excepcional. Y una reina excepcional. Una reina mucho mejor de lo que fui yo. Y una gobernante mejor de lo que fue tu padre. Él estaría orgulloso. Mereces a una madre mejor que yo".

Gwen se había secado las lágrimas.

"Fuiste una buena madre".

Su madre meneó la cabeza.

"Fui una buena reina. Y una esposa devota. Pero no fui una buena madre. Al menos no para ti. Creo que vi demasiado de mí en ti. Y eso me asustó".

Gwen apretó su mano, llorando, deseando que pudieran tener más tiempo juntas, deseando que pudieran haber hablado así antes en sus vidas. Ahora que era reina, ahora que las dos eran mayores, y ahora que ella tenía un hijo, Gwen quería a su madre aquí. Quería ser capaz de convertirla en su asesora. Pero irónicamente, el tiempo en que la quería más alrededor de ella, era la vez en que no podría tenerla.

"Mamá, quiero presentarte a mi hijo. Mi hijo. Guwayne".

Los ojos de la reina se abrieron de par en par por la sorpresa, y levantó la cabeza en la almohada y miró hacia abajo y vio, por primera vez, a Gwen con Guwayne en sus brazos.

La reina suspiró y se incorporó más, luego estalló en sollozos.

"Ay, Gwendolyn", dijo su madre. Es el bebé más hermoso que he visto".

Ella estiró la mano y tocó a Guwayne, poniendo sus dedos en su frente, y al hacerlo, lloró con más fuerza.

Su madre se volvió lentamente y miró a Thor.

"Serás un buen padre", dijo. "Mi esposo te amaba. He venido a entender por qué. Estaba equivocada acerca de ti. Perdóname. Me alegra que estés con Gwendolyn".

Thor asintió solemnemente, estiró la mano y apretó el hombro de la reina mientras ella alargaba la mano hacia él.

"No hay nada que perdonar", dijo.

La reina se volvió y miró a Gwendolyn, y su mirada se endureció; Gwen vio algo en su interior que cambiaba, vio a la exreina regresar a la vida.

"Te enfrentas a muchas pruebas ahora", dijo su madre. "He estado llevando la cuenta de todas ellas. Todavía tengo a mi gente en todas partes. Temo por ti".

Gwendolyn le acarició la mano.

"Madre, no te preocupes por eso ahora. No es momento para asuntos del estado".

Su madre meneó la cabeza.

"Siempre es tiempo para los asuntos del estado. Sobre todo ahora. Los funerales, no lo olvides, son asuntos de estado. No son eventos familiares; son políticos".

Su madre tosió durante mucho tiempo, luego respiró profundamente.

"No tengo mucho tiempo, así que escucha mis palabras", dijo, con su voz más débil. "Tómatalas en serio. Aunque no quieras escucharlas".

Gwen se inclinó más cerca y asintió solemnemente.

"Lo que sea, madre".

"No te fíes de Tirus. Te va a traicionar. No confíes en su gente. Esos MacGil, no son como nosotros. Sólo tienen el apellido. No olvides esto".

Su madre respiró con dificultad, tratando de recobrar el aliento.

"No confíes en los McCloud, tampoco. No pienses que puedes lograr la paz".

Su madre resolló, y Gwen pensó en eso, tratando de captar su significado más profundo.

"Mantén fuerte a tu ejército y a tus defensas más fuertes. Cuanto más te des cuenta de que la paz es una ilusión, asegurarás más la paz".

Su madre respiró con dificultad otra vez, durante mucho tiempo, cerrando los ojos, y le rompió el corazón a Gwen ver el esfuerzo que era esto para ella.

Por un lado, Gwen pensó que quizás esas eran las palabras de una reina moribunda que había estado harta demasiado tiempo; pero por otro lado, ella no pudo evitar admitir que había cierta sabiduría en ellas, tal vez la sabiduría que ella misma no quería reconocer.

Su madre abrió sus ojos de nuevo.

"Tu hermana, Luanda", susurró. "La quiero en mi funeral. Ella es mi hija. Mi primogénita".

Gwendolyn respiró, sorprendida.

"Ella ha hecho cosas terribles, merecedoras del exilio. Pero permítele esta gracia, solo una vez. Cuando me entierren, quiero que ella esté allí. No

rechaces la solicitud de una madre moribunda".

Gwendolyn suspiró, indecisa. Ella quería complacer a su madre. Sin embargo, no quería permitir que Luanda regresara, no después de lo que había hecho.

"Prométemelo", dijo su madre, sujetando firmemente la mano de Gwen. "*Pométemelo*".

Finalmente, Gwendolyn asintió con la cabeza, al darse cuenta de que no podía decir que no.

"Te lo prometo, madre".

Su madre suspiró y asintió, satisfecha, entonces se recostó en su almohada.

"Madre", dijo Gwen, aclarando su garganta. "Quiero que le des la bendición a mi hijo".

Su madre abrió los ojos débilmente y la miró, luego los cerró y movió lentamente la cabeza.

"El bebé ya tiene todas las bendiciones que un niño puede desear. Tiene mi bendición, pero él no la necesita. Ya verás, hija mía, que tu hijo es mucho más poderoso que tú o que Thorgrin o cualquier persona que haya venido antes o que vendrá en el futuro. Todo fue profetizado hace años".

Su madre respiró con dificultad durante mucho tiempo y justo cuando Gwen pensaba que había muerto, cuando se estaba preparando para salir, su madre abrió los ojos una última vez.

"No olvides lo que tu padre te enseñó", dijo ella, con su voz tan débil que apenas podía hablar. "A veces un reino están más en paz cuando está en guerra".

CAPÍTULO SIETE

Steffen galopaba por el polvoriento camino, hacia el este de la Corte del Rey, como había hecho durante días, seguido por una docena de miembros de la guardia de la reina. Honrado de que la reina le hubiese encomendado esta misión y decidido a cumplirla, Steffen había viajado de ciudad en ciudad, acompañado por una caravana de carrozas reales, cada una cargada con oro y plata, moneda real, suministros de construcción, maíz, grano, trigo y diversas provisiones y materiales de construcción de todo tipo. La reina estaba decidida a llevar ayuda a todas las pequeñas aldeas del Anillo, para ayudarles a reconstruir también, y en Steffen, había encontrado a un misionero decidido.

Steffen ya había visitado muchos pueblos, había llevado vagones llenos de suministros en nombre de la reina, con cuidado y precisión asignándolos a los pueblos y familias más necesitadas. Se había enorgullecido al ver la alegría en sus rostros mientras repartía suministros y asignaba mano de obra para ayudar a reconstruir las aldeas periféricas de la Corte del Rey. Un pueblo a la vez, a nombre de Gwendolyn, Steffen estaba ayudando a restablecer la fe en el poder de la reina, el poder de la reconstrucción del Anillo. Por primera vez en su vida, la gente no se fijaba en su aspecto, la gente lo trataba con respeto, como una persona normal. Le encantaba la sensación. Las personas estaban empezando a darse cuenta de que ellos no habían sido olvidados por esta reina, y Steffen estaba encantado de ser parte de la ayuda para difundir su amor y devoción a ella. No había nada que quisiera más.

El destino quiso que la ruta que la reina le había fijado a Steffen, después de muchos pueblos, lo llevara a su propia aldea, al lugar en que fue criado. Steffen tenía una sensación de temor, un hoyo en el estómago, al darse cuenta de que su propio pueblo era el siguiente en la lista. Quería dar la vuelta, hacer lo que fuera para evitarlo.

Pero él sabía que no podía hacerlo. Él le había prometido a Gwendolyn cumplir con su deber y su honor estaba en juego — aunque eso le exigía regresar al mismo lugar que ocupaban sus pesadillas. Era el lugar donde estaba toda la gente que había conocido mientras crecía, la gente que había sentido gran placer en atormentarlo, en burlarse de la forma que tenía. Las

personas que le habían hecho sentir profundamente avergonzado de sí mismo. Una vez que se había ido, había prometido no volver nunca, no volver con su familia otra vez. Ahora, irónicamente, su misión le llevaba aquí, requiriendo que les destinara todos los recursos que pudieran necesitar, en nombre de la reina. El destino había sido demasiado cruel.

Steffen llegó a una colina y tuvo el primer atisbo de su pueblo. Sintió un vuelco en el estómago. De sólo verlo, se sintió mal consigo mismo. Empezaba a disminuirse, a sentirse menos y era una sensación que odiaba. Se había estado sintiendo tan bien, mejor que nunca en su vida, especialmente teniendo en cuenta su nueva posición, su séquito, el responder directamente a la reina. Pero ahora, viendo este lugar, recordó la forma en que la gente solía percibirlo. Odiaba la sensación.

¿Estas personas estaban todavía aquí?, se preguntaba. ¿Eran tan crueles como siempre habían sido? Esperaba que no fuera así.

Si Steffen se topaba con su familia aquí, ¿qué les diría? ¿Qué le dirían a él? Cuando vieran el lugar que había logrado, ¿estarían orgullosos? Él había logrado un puesto y rango más alto que cualquiera de su familia, o aldea había logrado. Era uno de los asesores más altos de la reina, un miembro del Consejo interno real. Estarían atónitos al saber lo que él había logrado. Finalmente, tendrían que admitir que habían estado equivocados todo el tiempo acerca de él. Que no era un inútil, después de todo.

Steffen esperaba que tal vez, eso sería lo que sucedería. Tal vez, finalmente, su familia lo admiraría y lograría una reivindicación entre su pueblo.

Steffen y su caravana real se detuvieron ante las puertas de la pequeña ciudad, y Steffen se dirigió a todos para que se detuvieran.

Steffen se dio vuelta y enfrentó a sus hombres, una docena de guardias reales de la reina que lo miraron, esperando sus instrucciones.

"Me esperarán aquí", dijo Steffen. "Afuera de las puertas de la ciudad. No quiero que mi gente los vea todavía. Quiero enfrentarlos solo".

"Sí, Comandante", respondieron.

Steffen desmontó, queriendo caminar el resto del camino, para entrar en la ciudad a pie. No quería que su familia viera su caballo real, ni a su séquito real. Quería ver cómo reaccionarían al saber cómo estaba, sin ver su posición o rango. Hasta se quitó las marcas reales en su ropa nueva, arrancándolas y dejándolas en la silla.

Steffen pasó por las puertas hacia el pequeño y feo pueblo que recordaba, que olía a perros salvajes, pollos sueltos en las calles, ancianas y niños persiguiéndolos. Caminaba las hileras e hileras de casas, algunas hechas de piedra, pero la mayoría hechas de paja. Las calles estaban en mala forma, llenas de agujeros y desechos animales.

Nada había cambiado. Después de todos estos años, nada había cambiado en absoluto.

Steffen finalmente llegó al final de la calle, giró a la izquierda y su estómago se tensó al ver la casa de su padre. Se veía como siempre, una pequeña casa de madera con un techo inclinado y una puerta torcida. El cobertizo en la parte trasera estaba donde obligaban a dormir a Steffen. La visión lo hizo querer demolerlo.

Steffen se acercó a la puerta, que estaba abierta, se quedó en la entrada y miró dentro.

Se quedó atónito al ver a toda su familia ahí: a su padre y a su madre, a todos sus hermanos y hermanas, todos ellos hacinados en esa casita, como siempre habían estado. Todos ellos reunidos alrededor de la mesa, como siempre, peleando por las sobras, riendo unos con otros. Aunque nunca habían reído con Steffen. Sólo *de él*.

Todos se veían mayores, pero fuera de eso, seguían igual. Les miraba a todos, asombrado. ¿Realmente provenía de estas personas?

La madre de Steffen fue la primera en verlo. Se volvió, y al verlo, jadeó, dejó caer su plato, rompiéndolo en el piso.

Su padre volteó a continuación, luego todos los demás, todos en estado de shock al verlo de nuevo. Cada uno de ellos tenía una expresión desagradable, como si hubiese llegado un huésped inoportuno.

"Entonces", dijo su padre lentamente, con el ceño fruncido, rodeando la mesa para acercarse a él, limpiando la grasa de sus manos con una servilleta de una manera amenazadora, "has regresado, después de todo".

Steffen recordó que su padre solía hacer nudo esa servilleta, mojarla y azotarlo con ella.

"¿Qué pasa?", agregó su padre, con una sonrisa siniestra en su rostro. "¿No pudiste triunfar en la gran ciudad?".

"Pensó que era demasiado bueno para nosotros. ¡Y ahora tiene que venir corriendo a su casa como un perro!", gritó uno de sus hermanos.

"¡Como un perro!", repitió una de sus hermanas.

Steffen estaba en plena ebullición, respirando con dificultad, pero se obligó a sí mismo a cerrar la boca, para no descender a su nivel. Después de todo, estas personas eran provincianas, estaban llenas de prejuicios, era el resultado de pasar toda la vida encerrados en un pequeño pueblo; él, sin embargo, había visto el mundo y sabía más.

Sus hermanos — de hecho, todos en la sala — se rieron de él en la pequeña aldea.

La única que no se reía, y estaba mirándolo, con los ojos abiertos de par en par, era su madre. Se preguntó si tal vez era la única rescatable. Se preguntó si tal vez estaría feliz de verlo.

Pero lentamente meneó la cabeza.

"Ay, Steffen", dijo, "no debiste haber venido aquí. No eres parte de esta familia".

Sus palabras, dichas tranquilamente, sin malicia, hirieron a Steffen, más que nada.

"Él nunca lo fue", dijo su padre. "Es una bestia. "¿Qué haces aquí, muchacho?". ¿Vuelves por más sobras?".

Steffen no respondió. No tenía el don del habla, de responder ingeniosa y rápidamente y ciertamente no en una situación emocional como ésta. Se puso tan nervioso, que apenas pudo hablar. Había tantas cosas que deseaba decirles a todos. Pero no pudo pronunciar ni una palabra.

En cambio se quedó allí, furioso, en silencio.

"¿El gato te mordió la lengua?", dijo su padre burlescamente. "Entonces, aléjate de mi camino. Me estás haciendo perder el tiempo. Este es nuestro gran día, y no vas a arruinarlo".

Su padre empujó a Steffen fuera del camino mientras corría delante de él, afuera de la puerta, mirando a ambos lados. Toda la familia esperó y miró, hasta que su padre regresó, gruñendo, decepcionado.

"¿Ya llegaron?", preguntó su madre, esperanzada.

Steffen meneó la cabeza.

"No sé donde podrían estar", dijo su padre.

Luego se dirigió a Steffen, enojado, poniéndose de un rojo brillante.

"Quítate de la puerta", gritó. "Estamos esperando a un hombre muy importante, y estás bloqueando el camino. Vas a arruinarlo, ¿verdad?, como siempre lo arruinas todo. Qué inoportuno eres, aparecer en un momento como éste. El comandante de la reina llegará aquí en cualquier momento, para

distribuir alimentos y suministros a nuestro pueblo. Este es nuestro momento para solicitarle. Y mírate", se mofó su padre, "estás ahí, bloqueando la puerta. Si te ve, se seguirá de largo. Creerá que somos una casa de fenómenos".

Sus hermanos y hermanas rompieron en carcajadas.

"¡Una casa de fenómenos!", repitió uno de ellos.

Steffen se quedó allí parado, poniéndose de un rojo brillante, mirando a su padre, quien lo encaró con el ceño fruncido.

Steffen, demasiado nervioso para responder, lentamente le dio la espalda, meneó la cabeza y salió por la puerta.

Steffen salió a la calle, y al hacerlo, hizo una señal a sus hombres.

De repente, decenas de relucientes carruajes reales aparecieron, corriendo a través de la aldea.

"¡Ya vienen!", gritó el padre de Steffen.

Toda la familia de Steffen salió corriendo, yendo más allá de él, quien estaba ahí parado, haciendo espacio a los carros, a la guardia real.

Toda la guardia real se dio vuelta y miró a Steffen.

"Mi señor", dijo uno de ellos, "¿lo distribuimos aquí o continuamos?".

Steffen estaba parado allí, con las manos en la cadera y miró a su familia.

Al unísono, toda su familia se volvió y, sorprendidos más allá de las palabras, miraron a Steffen. Seguían mirando hacia adelante y hacia atrás entre Steffen y la guardia real, totalmente atónitos, como si fueran incapaces de comprender lo que estaban viendo.

Steffen caminó despacio, montó su caballo real y se sentó delante de todos los demás, en su silla de oro y Los Plateados, mirando a su familia

"¿*Mi señor*?", repitió su padre. "¿Es una especie de broma de mal gusto? ¿Tú? ¿El comandante real?".

Steffen simplemente se sentó allí, mirando a su padre y sacudió su cabeza.

"Es cierto, padre", respondió Steffen. "Yo soy el comandante real".

"No puede ser", dijo su padre. "No puede ser. ¿Cómo podría una bestia ser elegido como guardia de la Reina?".

De repente, dos guardias reales desmontaron, sacaron sus espadas y corrieron hacia el padre de él. Mantenían las puntas de sus espadas en su garganta, con firmeza, presionando lo suficiente para que su padre abriera sus ojos de par en par, de miedo.

"Insultar a un hombre de la reina, es insultar a la reina", gruñó uno de los hombres al padre de Steffen.

Su padre tragó saliva, aterrorizado.

"Mi señor, ¿encarcelamos a este hombre?", preguntó el otro a Steffen.

Steffen analizó a su familia, vio el asombro en todas sus caras y debatió.

"¡Steffen!". Su madre se acercó corriendo, abrazando sus piernas, suplicando. "¡Por favor! ¡No encarceles a tu padre! Y por favor, danos las provisiones. ¡Las necesitamos!".

"¡Tú nos debes!", espetó su padre. "Por todo lo que te di, toda tu vida. Nos debes".

"¡Por favor!", suplicó su madre. No lo sabíamos. ¡No teníamos idea de lo que habías logrado! ¡Por favor, no lastimes a tu padre!".

Ella cayó de rodillas y comenzó a llorar.

Steffen simplemente movió la cabeza hacia esa gente mentirosa, decepcionante, sin honor, quienes no habían sido nada más que crueles con él toda su vida. Ahora que se dieron cuenta de que era alguien, querían algo de él.

Steffen decidió que no merecían ni siquiera una respuesta de él.

También se dio cuenta de algo: toda su vida había puesto a su familia en un pedestal. Como si fueran los grandes, los perfectos, los exitosos, a los que quería imitar. Pero ahora se dio cuenta de que lo contrario era cierto. Toda su crianza había sido un gran engaño. Esta gente era simplemente patética. A pesar de su forma, estaba por encima de todos ellos. Por primera vez, se dio cuenta de eso.

Miró a su padre, a punta de espada y una parte de él quería hacerle daño. Pero otra parte de él se dio cuenta de una última cosa: no merecían su venganza, tampoco. Tendrían que ser alguien para merecerlo. Y ellos no eran nadie.

Se dirigió a sus hombres.

"Creo que este pueblo estará bien por su propia cuenta", dijo.

Pateó su caballo, y en una gran nube de polvo, salió de la ciudad, Steffen estaba decidido a no volver a este lugar.

CAPÍTULO OCHO

Los asistentes abrieron las puertas de roble antiguas y Reece se apresuró a salir del mal tiempo, mojado por el viento azotador y la lluvia de las Islas Superiores al refugio seco de la fortaleza de Srog. Inmediatamente se sintió aliviado de estar seco y cerró la puerta detrás de él, limpiando el agua de su pelo y cara, y vio a Srog apresurándose para darle un abrazo.

Reece lo abrazó también. Siempre había tenido un lugar cálido para este gran guerrero y líder, este hombre que los había conducido a Silesia tan bien, que había sido leal al padre de Reece y aún más leal a su hermana. Ver a Srog, con su barba rígida, hombros anchos y sonrisa amistosa, le trajo recuerdos de su padre, de la vieja guardia.

Srog se inclinó hacia atrás y puso su mano carnosa sobre el hombro de Reece.

"Cada vez te pareces más a tu padre conforme envejeces", dijo con calidez.

Reece sonrió.

"Espero que eso sea bueno".

"Lo es", respondió Srog. "No había hombre mejor. Hubiera caminado por el fuego por él".

Srog se dio vuelta y condujo a Reece a través de la sala, con todos sus hombres detrás de ellos, mientras se dirigían a la fortaleza.

"Eres una persona agradable de ver en este lugar miserable", dijo Srog. "Estoy agradecido con tu hermana por enviarte".

"Parece que elegí un mal día para venir de visita", dijo Reece mientras pasaban por una ventana al aire libre, con lluvia azotando a pocos metros de distancia.

Srog sonrió.

"Todos son malos días aquí", respondió. "Pero puede cambiar de un momento a otro. Dicen que en las Islas Superiores experimentan las cuatro estaciones en un solo día, y he venido a comprobar que es verdad".

Reece miró hacia el pequeño y vacío patio del castillo, poblado con un puñado de antiguos edificios de piedra, de color gris, que parecían mezclarse

en la lluvia. Pocas personas estaban afuera, y esos bajaban sus cabezas contra el viento y se apresuraban a ir de un lugar a otro. Esta isla parecía ser un lugar solitario y desolado.

"¿Dónde están todas las personas?", preguntó Reece.

Srog suspiró.

"Los de las Islas Superiores se quedan en casa. Guardan las distancias. Ellos están repartidos. Este lugar no es como Silesia, o como la Corte del Rey. Aquí, viven en la isla. No se congregan en las ciudades. Son un pueblo extraño, solitario. Terco y fortalecido — como el clima".

Srog guió a Reece por un pasillo y dieron vuelta en la esquina y entraron al Gran Salón.

En la sala estaba sentada una docena de los hombres de Srog, soldados con sus botas y armadura, sombríamente sentados alrededor de una mesa cerca de las llamas. Los perros dormían alrededor del fuego, y los hombres comían grandes trozos de carne y arrojaban los restos a los perros. Ellos miraron a Reece y gruñeron.

Srog condujo a Reece hacia la fogata. Reece se frotó las manos ante las llamas, agradecido por su calor.

"Sé que no tienes mucho tiempo antes de que tu embarcación salga", dijo Srog. "Pero al menos quería despedirte con calidez y ropa seca".

Un asistente se acercó y le entregó a Reece un conjunto de ropa seca y una malla, exactamente de su tamaño. Reece miró a Srog con sorpresa y gratitud mientras se quitaba la ropa mojada y la reemplazaba con esas.

Srog sonrió. "Tratamos bien a nuestra gente aquí", dijo. "Pensé que lo necesitabas, por como es este lugar".

"Gracias", dijo Reece, sintiéndose más abrigado. "Nunca lo había necesitado más". Él había estado temiendo navegar con la ropa mojada, y esto era exactamente lo que él necesitaba.

Srog empezó a hablar de política, un largo monólogo y Reece asintió amablemente, fingiendo escuchar. Pero en el fondo, Reece estaba distraído. Se sentía abrumado pensando en Stara, y no podía quitársela de la mente. No podía dejar de pensar en su encuentro, y cada vez que pensaba en ella, su corazón se agitaba de emoción.

Tampoco podía dejar de pensar, con temor, en la tarea que tenía delante de él en tierra firme, decirle a Selese — y a todos los demás — que la boda se cancelaba. No quería hacerle daño. Pero no tenía otra opción.

“¿Reece?”, repitió Srog.

Reece parpadeó y lo miró.

“¿Me oyes?”, preguntó Srog.

"Lo siento", dijo Reece. "¿Qué dijiste?",

"Pregunté si tu hermana había recibido mis envíos", dijo Srog.

Reece asintió, tratando de concentrarse.

"Por supuesto", respondió Reece. "Es por eso que me envió aquí. Me pidió venir contigo, para escuchar de primera mano lo que está pasando".

Srog suspiró, mirando a las llamas.

"He estado aquí seis lunas", dijo, "y te aseguro, que los de las Islas Superiores no son como nosotros. Son MacGil sólo de nombre. Carecen de las cualidades de tu padre. No son sólo tercos — no son de fiar. Ellos sabotean las embarcaciones de la reina diariamente; de hecho, ellos sabotean todo lo que hacemos aquí. No nos quieren aquí. No quieren nada del continente — a menos que sea invadirlo, por supuesto. He concluido que para vivir en armonía, no será a su manera".

Srog suspiró.

"Perdemos el tiempo aquí. Tu hermana debería retirarse. Dejarlos a su propio destino".

Reece asintió con la cabeza, escuchando, frotando sus manos ante la chimenea, cuando de repente, el sol salió de las nubes, y el tiempo sombrío y húmedo se transformó a un día de verano claro y brillante. Sonó un cuerno a lo lejos.

"¡Tu nave!". Srog gritó. "Debemos irnos. Debes navegar antes de que el clima regrese. Te veré salir".

Srog llevó a Reece por una puerta lateral del fuerte, y Reece estaba asombrado, mientras entrecerraba los ojos en la luz del sol brillante. Era como si el día perfecto de verano hubiese vuelto otra vez.

Reece y Srog caminaron rápidamente, lado a lado, seguidos por varios de los hombres de Srog, crujiendo las piedras debajo de sus botas, mientras andaban por las colinas y tomaban su camino por las sinuosas rutas hacia la orilla distante. Pasaron rocas grises y colinas rodeadas de rocas y acantilados salpicados de cabras que se aferraban a las laderas y mascaban malezas. Mientras se acercaban a la costa, alrededor de ellos sonaban las campanas del agua, advirtiendo a los barcos de la niebla.

"Puedo ver personalmente las condiciones que están enfrentando", dijo

Reece finalmente, mientras caminaban. No son fáciles. Has hecho funcionar las cosas aquí por mucho más tiempo de lo que otros habrían logrado, estoy seguro de ello. Has hecho un buen trabajo. Me aseguraré de decírselo a la reina".

Srog asintió con la cabeza, en agradecimiento.

"Agradezco que digas eso", comentó.

"¿Cuál es el origen del descontento de la gente?", preguntó Reece. "Ellos son libres, después de todo. Nos les hacemos ningún daño — de hecho, les traemos provisiones y protección".

Srog sacudió la cabeza.

"Ellos no descansarán hasta que Tirus quede libre. Consideran una vergüenza personal que su líder esté en la cárcel".

"Y tienen suerte de que sólo esté en la cárcel y no haya sido ejecutado por sus traiciones".

Srog asintió con la cabeza.

"Es cierto. Pero esta gente no entiende eso".

"¿Y si lo liberamos?", preguntó Reece. "¿Con eso habría paz?".

Srog sacudió la cabeza.

"Lo dudo. Creo que sólo los envalentonaría para otro descontento".

"Entonces ¿qué hay que hacer?", preguntó Reece.

Srog suspiró.

"Abandonar este lugar", dijo. "Y lo más rápidamente posible. No me gusta lo que veo. Siento que se agita una revuelta".

"Sin embargo, los superamos en hombres y barcos".

Srog sacudió la cabeza.

"Eso es nada más una ilusión", dijo. "Están bien organizados. Estamos en su terreno. Tienen un millón de formas sutiles de sabotaje que no podemos anticipar. Estamos aquí sentados en un nido de serpientes".

"Pero Matus no", dijo Reece.

"Es cierto", respondió Srog. "Pero él es el único".

Hay alguien más, pensó Reece. Stara. Pero mantuvo sus pensamientos para sí mismo. Oír todo eso lo hizo querer rescatar a Stara, sacarla de este lugar tan pronto como fuera posible. Juró que lo haría. Pero primero tenía que volver y arreglar sus asuntos. Luego podría volver por ella.

Mientras caminaban por la arena, Reece vio la embarcación ante él, sus hombres esperaban.

Se detuvo ante ella, y Srog se volvió hacia él y estrechó su hombro con calidez.

"Voy a contarle todo esto a Gwendolyn", dijo Reece. "Le diré tus preocupaciones. Sin embargo, sé que está decidida con estas islas. Las considera como parte de una estrategia mayor para el Anillo. Por ahora, al menos, debes mantener la armonía aquí. No importa lo que cueste. ¿Qué necesitas? ¿Más embarcaciones? ¿Más hombres?"

Srog sacudió la cabeza.

"Ni todos los hombres ni embarcaciones del mundo cambiarán a la gente de estas Islas Superiores. Lo único que lo hará, es el filo de la espada".

Reece lo miró horrorizado.

"Gwendolyn nunca mataría a gente inocente", dijo Reece.

"Lo sé", respondió Srog. "Es por eso que sospecho que muchos de nuestros hombres morirán"

CAPÍTULO NUEVE

Stara estaba parada en los parapetos de la fortaleza de su madre, una fortaleza de piedra cuadrada tan antigua como la isla, el lugar en el cual Stara había vivido desde que su madre había muerto. Stara caminó hasta el borde, agradecida de que el sol finalmente hubiera sido liberado en este día dramático y miró hacia el horizonte, con una inusual buena visibilidad y vio zarpar el barco de Reece a lo lejos. Ella vio su embarcación apartarse de la flota, la miró todo el tiempo que pudo mientras su barco navegaba en el horizonte, cada onda lo llevaba más y más lejos de ella.

Podía ver la embarcación de Reece todo el día, sabiendo que él iba en ella. No soportaba verla partir. Sentía como si una parte de su corazón, una parte de sí misma, se fuera de la isla.

Finalmente, después de tantos años en esta isla solitaria, horrible y estéril, Stara se sentía llena de alegría. Su encuentro con Reece le había hecho sentir viva otra vez. Había restaurado el vacío que sentía dentro de ella y que no sabía ni siquiera que la había estado carcomiendo todos estos años. Ahora que sabía que Reece podría cancelar la boda, que regresaría por ella, que los dos se casarían, que finalmente estarían juntos para siempre, Stara sentía que todo iba a estar bien en el mundo. Toda la miseria que ella había aguantado en su vida valdría la pena.

Por supuesto, tenía que admitir que había una pequeña parte de ella que se sentía mal por Selese. Stara nunca quería herir los sentimientos de los demás. Sin embargo, al mismo tiempo, Stara también sentía que su vida estaba en juego, su futuro, su esposo — y también sentía que era justo. Después de todo, Stara, había conocido a Reece toda su vida, desde que eran niños. Fue ella quien había sido el primer y único amor de Reece. Esta nueva chica, Selese, apenas conocía a Reece y sólo por un corto tiempo. Ciertamente no podría conocerlo como Stara.

Stara pensó que Selese eventualmente podría superarlo y encontrar a alguien más. Pero si Stara lo perdía, nunca podría superarlo. Reece era su vida. Su destino. Estaban destinados a ser pareja, lo habían estado toda su vida. Reece era su hombre primero, y en todo caso, según ella lo veía, Selese

se lo estaba quitando, y no al revés. Stara sólo estaba recuperando lo que era legítimamente suyo.

A pesar de todo, Stara no podía haber tomado otra decisión, aunque lo hubiese intentado. Lo que sea que le hubiera dicho su mente racional fuera bueno o malo, ella no le haría caso. Toda su vida, todos a su alrededor — y su propia mente racional — también le habían dicho que estaba mal que los primos fueran pareja. Y aun así, ella no podía escuchar. Ella amaba y adoraba totalmente a Reece. Siempre había sido así. Y nada de lo que dijera o hiciera alguien podría cambiar eso. Tenía que estar con él. No había ninguna otra opción.

Mientras Stara estaba allí parada, viendo cómo su embarcación se hacía más pequeña en el horizonte, repentinamente escuchó unos pasos, alguien estaba en el techo de la fortaleza, y se volvió para ver a su hermano, Matus, caminando rápidamente hacia ella. Estaba contenta de verlo, como siempre. Stara y Matus prácticamente habían sido amigos toda su vida. Ellos habían sido marginados del resto de su familia, del resto de las Islas Superiores; Stara y Matus despreciaban a sus hermanos y a su padre. Stara pensaba que Matus y ella misma eran más refinados, más nobles que los demás; ella veía a los otros miembros de la familia como traidores, indignos de confianza. Era como si ella y Matus tuvieran su propia pequeña familia dentro de la familia.

Stara y Matus vivieron aquí en plantas separadas en la fortaleza de su madre, aparte de los demás, que vivían en el castillo de Tirus. Ahora que su padre estaba en prisión, su familia se dividió. Sus otros dos hermanos, Karus y Falus, los culpaban a ellos. Sin embargo, ella siempre podía confiar en Matus, y siempre estaba ahí para él, también.

Los dos solían hablar a menudo de dejar las Islas Superiores hacia tierra firme, uniéndose a los otros MacGil. Y ahora, finalmente, toda esa charla estaba comenzando a parecer que podría convertirse en realidad, especialmente con todo el sabotaje que las Islas Superiores habían estado infligiendo a la flota de Gwendolyn. Stara no podía soportar la idea de vivir aquí ya.

"Hermano mío", Stara lo saludó, con un estado de ánimo de felicidad.

Pero la expresión de Matus era inusualmente sombría, y pudo ver inmediatamente que él estaba preocupado por algo.

"¿Qué ocurre?", preguntó ella. "¿Qué pasa?"

Él movió la cabeza con desaprobación.

"Creo que sabes lo que está mal, hermana mía", dijo. "Nuestro primo. Reece. ¿Qué ha pasado entre ustedes dos?"

Stara enrojeció y le dio la espalda a Matus, mirando hacia el océano. Ella se esforzó por ver la embarcación de Reece en la distancia, pero ya había desaparecido. Una ola de ira corrió por ella; se había perdido del último vistazo de él.

"No es asunto tuyo", dijo ella.

Matus siempre había desaprobado la relación con su primo, y ya estaba harta. Era el punto de discordia entre ellos, y amenazaba con separarlos. A ella no le importaba lo que Matus — o cualquier otra persona — pensara. No era de su incumbencia, hasta donde ella sabía.

"Sabes que está por casarse, ¿no?", le preguntó Matus, acusando, acercándose a su lado.

Stara meneó la cabeza, como queriendo alejar el pensamiento de su mente.

"Él no se casará con ella", contestó.

Matus parecía sorprendido.

"¿Y cómo lo sabías?", dijo él, presionando.

Ella se dio vuelta hacia él, decidida.

"Él me lo dijo. Y Reece no miente".

Matus la miró, sorprendido. Entonces su expresión se volvió sombría.

"¿Entonces le hiciste cambiar de parecer?"

Ella lo miró, desafiante, ahora enojada con ella misma.

"No necesité onvencerlo de nada", dijo. "Era lo que él quería. Lo que eligió. Él me ama. Siempre ha sido así. Y yo lo amo".

Matus frunció el ceño.

¿Y estás de acuerdo entonces con destruir el corazón de esta chica, quienquiera que sea?"

Ella frunció el ceño, no queriendo escuchar esto.

"Reece me amaba mucho antes de lo que amaba a esta chica nueva".

Matus no cejaría.

"¿Y qué hay de todos los planes cuidadosamente establecidos del Reino? Te das cuenta de que esto no es sólo una boda. Es un teatro político. Un espectáculo para las masas. Gwendolyn es la reina, y también es su boda. El reino entero y las tierras lejanas, estarán allí para observar. ¿Qué pasará cuando Reece cancele? ¿Crees que la reina lo tomará a la ligera? ¿Por todos los MacGil? Harás que todo el Anillo sea un caos. Les pondrás a todos en

nuestra contra. ¿Tus pasiones valen tanto?".

Stara miró a Matus, con frialdad, con endurecimiento.

"Nuestro amor es más fuerte que cualquier espectáculo. Que cualquier Reino. No podrías entenderlo. Nunca has amado como nosotros".

Ahora Matus enrojeció. Movi6 la cabeza, evidentemente furioso.

"Estás cometiendo el peor error de tu vida", dijo 6l. "Y tambi6n Reece. Van a hacer caer a todo el mundo con ustedes. Es una decisi6n tonta, ego6sta, infantil Tu amor infantil debe permanecer en el pasado".

Matus suspir6, exasperado.

"Escribir6s una misiva y la enviar6s en el siguiente halc6n a Reece. Le dir6s que has cambiado de parecer. Le pedir6s que se case con esta chica. Quienquiera que sea".

Stara sent6a hincharse de rabia hacia su hermano, una rabia como nunca hab6a sentido.

"Te pasas de la raya", dijo. "No pretendas darme un consejo. T6 no eres mi padre. Eres mi hermano. Si vuelves a hablarme as6 una vez m6s, no vuelvas a dirigirme la palabra".

Matus la mir6, claramente at6nito. Stara nunca le hab6a hablado as6 antes. Y lo dec6a en serio. Sus sentimientos por Reece eran mucho m6s profundos que su v6nculo con su hermano. Mucho m6s profundo que cualquier otra cosa en su vida.

Matus, conmocionado y herido, finalmente se dio vuelta y se march6 furioso.

Stara se dio vuelta y mir6 hacia el mar, esperando alguna se6al de la embarcaci6n de Reece. Pero sab6a que estaba muy lejos.

Reece, pens6. *Te amo. Mant6n el rumbo. Aunque enfrentes cualquier obst6culo, mant6n el rumbo. S6 fuerte. Cancela la boda. Hazlo por m6*". *Por nosotros.*

Stara cerr6 los ojos y apret6 sus manos, y rog6 y or6 a cada dios que conoc6a para que Reece tuviera la fuerza para llevarlo a cabo. Para que volviera por ella. Para que los dos finalmente estuvieran juntos para siempre.

Sin importar lo que costara.

CAPÍTULO DIEZ

Karus y Falus, los dos hijos de Tirus, bajaron rápidamente por la escalera de piedra de espiral, descendiendo más y más profundamente, hacia la mazmorra donde estaba su padre. Odiaban la indignidad de tener que descender a este lugar para ver a su padre, un gran guerrero que había sido el rey legítimo de las Islas Superiores. Y en silencio, juraron venganza.

Sin embargo esta vez, llevaban noticias, que podría cambiar todo. Noticias que finalmente les daba un motivo de esperanza.

Karus y Falus marcharon hacia los soldados que hacían guardia en la entrada de la prisión, sabían que eran hombres leales a la reina. Se detuvieron, enrojeciendo, odiando tener que sufrir la humillación de tener que pedir permiso para ver a su padre.

Los hombres de Gwendolyn los analizaron, como debatiendo, después asintieron con la cabeza unos a otros, y dieron un paso adelante.

"Extiendan los brazos", ordenaron a Karus y a Falus.

Karus y Falus lo hicieron, maldiciendo, mientras los soldados les quitaban sus armas.

Luego abrieron las puertas de hierro, lentamente y los dejaron entrar, cerrando y dando un portazo y poniendo llave a las rejas, detrás de ellos.

Karus y Falus sabían que tenían poco tiempo; sólo se les permitiría a visitar a su padre por unos minutos, como lo habían hecho, una vez por semana, desde que había sido encarcelado. Después de eso, los hombres de Gwendolyn les ordenarían irse.

Caminaron hasta el final del largo corredor de la mazmorra, todas las celdas estaban vacías, su padre era el único que estaba aquí, en esta antigua prisión. Finalmente, llegaron a la última celda de la izquierda, débilmente iluminada por una antorcha parpadeante contra la pared, y se dieron vuelta hacia los barrotes y se asomaron dentro, buscando a su padre.

Lentamente, Tirus surgió de los rincones oscuros de la celda y se acercó a los barrotes. Los miró, con su rostro demacrado, su barba descuidada, sombrío. Miró con la expresión desesperada de un hombre que sabía que nunca volvería a ver luz del día.

Los corazones de Karus y de Falus se desmoronaron al verlo. Les hacía sentirse más resueltos para encontrar una manera de liberarlo y para vengarse de Gwendolyn.

"Padre", dijo Falus, esperanzado.

"Traemos noticias urgentes", dijo Karus.

Tirus los miró, con una pizca de esperanza en su tono.

"Hablen entonces", gruñó.

Falus aclaró su garganta.

"Nuestra hermana, al parecer, ha vuelto a enamorarse de nuestro primo, Reece. Nuestros espías nos dicen que los dos planean casarse. Reece pretende cancelar su boda en tierra firme y casarse con Stara".

"Debemos encontrar una manera de detenerlos", dijo Karus, indignado.

Tirus los vio, inexpresivo, pero pudieron ver su mirada penetrante, escuchando todo.

"¿Debemos?", dijo Tirus lentamente. "¿Y eso por qué?".

Miraron a su padre, confundidos.

"¿Por qué?", preguntó Karus. "No podemos mezclar nuestra familia con la de Reece. El juego estaría en manos de la reina. Nuestras familias se fusionarían y ella ganaría el control completo.

"Eliminaría toda la independencia que todavía tiene nuestro pueblo", intervino Falus.

"Los planes ya están en marcha", añadió Karus. "Y debemos encontrar una manera de detenerlos".

Esperaban una respuesta, pero Tirus movió lentamente la cabeza.

"Muchachos estúpidos, estúpidos", dijo lentamente, con su voz sombría, sacudiendo la cabeza una y otra vez. "¿Por qué crié hijos tan estúpidos? ¿No les he enseñado nada en todos estos años? Todavía ven lo que está delante de ustedes, y no lo que está más allá".

"No entendemos, padre".

Tirus hizo una mueca.

"Y por eso estoy en esta posición. Es por ello que no gobiernan ahora. Detener esta unión sería la cosa más estúpida que harían y lo peor que podría suceder a nuestra isla. Si nuestra Stara se casa con Reece, eso sería lo mejor que podría ocurrirnos a todos".

Ellos lo miraron, confundidos, sin entender.

"¿Lo mejor? ¿Cómo es eso?".

Tirus suspiró, impaciente.

"Si nuestras dos familias se mezclan, Gwendolyn no puede tenerme encarcelado aquí. No tendría más remedio que liberarme. Todo cambiaría. No nos despojaría del poder — nos daría poder. Seríamos legítimos MacGil, estaríamos en la misma situación que en el continente. Gwendolyn estaría en deuda con nosotros. ¿No lo ven?", preguntó. "Un niño de Reece y Stara sería tan hijo nuestro como suyo".

"Pero Padre, no es normal. Son primos hermanos".

Tirus meneó la cabeza.

"La política no es normal, hijo mío. "Pero esta unión ocurrirá, insistió él, con determinación en su voz. "Y los dos harán todo lo que esté en su poder para que ocurra".

Karus aclaró su garganta, nervioso, incierto.

"Pero Reece ya salió hacia el continente", dijo. "Es demasiado tarde. Entendemos que Reece ya tomó la decisión".

Tirus se acercó y golpeó los barrotes de hierro, como si deseara golpear la cara de Karus, y Karus saltó hacia atrás, asustado.

"Son más tontos de lo que pensé", dijo Tirus. "Se asegurarán de que eso ocurra. Los hombres han cambiado de opinión en cosas menores que ésta. Y se asegurarán de que Reece cambie de parecer".

"¿Cómo?", dijo Falus.

Tirus se quedó pensando, acariciando su barba durante mucho tiempo. Por primera vez en muchas lunas, sus ojos estaban trabajando, con una mirada penetrante, pensando, formulando un plan. Por primera vez, había esperanza y optimismo en su mirada.

"Esta chica, Selese, con quien está a punto de casarse", dijo Tirus finalmente. "Deben llegar a ella. La encontrarán. Llevarán evidencia... evidencia del amor de Reece y de Stara. Se lo dirán a ella, antes de que él llegue. Se asegurarán de que ella se entere de que Reece está enamorado de otra persona. Así, en caso de que Reece cambie de opinión antes de que llegue a ella, será demasiado tarde. Nos aseguraremos de que se separen".

"Pero, ¿qué evidencia tenemos de su amor?", preguntó Karus.

Tirus frotó su barba, pensando. Finalmente, se avivó.

"¿Recuerdan esos pergaminos? ¿Los que interceptamos cuando Stara era joven? Las cartas de amor que ella le escribió a Reece. Las cartas que él le escribió a ella".

Karus y Falus asintieron con la cabeza.

"Sí", dijo Falus. "Interceptamos a los halcones".

Tirus asintió con la cabeza.

"Están en mi castillo. Llévanselos a ella. Díganle que son recientes y sean convincentes. Ella nunca sabrá de cuándo eran — y todo estará acabado".

Karus y Falus finalmente asintieron, sonriendo, dándose cuenta de la profundidad de la astucia y sabiduría de su padre.

Tirus les sonrió por primera vez en mucho tiempo.

"Nuestra isla resucitará".

CAPÍTULO ONCE

Thor estaba sentado sobre su caballo, yendo al mando de las filas de los reclutas de La Legión, todos los chicos ansiosos estaban alineados, en posición de firmes ante él, en la nueva arena de la Legión.

Thor miraba a las docenas y docenas de nuevas caras, examinando a cada uno cuidadosamente, y sintió el peso de la responsabilidad. Los nuevos reclutas habían llegado de todo el Anillo, todos deseosos de unirse a la Legión recién reconstruida. Era una tarea titánica elegir a la nueva cosecha de guerreros, a los hombres con quienes el Anillo contaría en los próximos años.

Una parte de Thorgrin sentía que él no merecía estar aquí; después de todo, no hacía tantas lunas atrás que él mismo esperaba ser seleccionado por la Legión. Cuando pensaba en ello, sentía que había ocurrido hacía mucho tiempo, antes de conocer a Gwen, antes de que hubiera tenido un hijo, antes de que se hubiera convertido en guerrero. Ahora se encontraba aquí, para reconstruirlo, para encontrar reemplazos de todas las almas valientes que habían muerto defendiendo el Anillo.

Mientras Thor miraba a los muchachos, vio el cementerio que había erigido, a todos los postes surgiendo de la tierra, brillando en los soles de la tarde, recordándoles siempre de la Legión que habían conocido. Había sido idea de Thor enterrarlos aquí, en la periferia de la nueva arena, así podrían estar siempre con ellos, siempre serían recordados y vigilarían a los nuevos reclutas. Thor podía sentir sus espíritus flotando encima de él, ayudándole, instándole.

Sabiendo que sus hermanos de la Legión, Reece y Conven y Elden y O'Connor, estaban en toda el Anillo en diversas tareas, Thor se sentía cómodo, al menos, de ser el único que permanecía aquí, cerca de casa, para concentrarse en esta tarea. Él también había sido capitán de la Legión, así que parecía normal ser el encargado de reconstruirlo.

Thor miró las decenas de muchachos ante él, y tenía grandes esperanzas para algunos, pero no para otros. Hicieron todo lo posible para cuadrarse mientras él se acercaba, y podía notar que algunos de ellos simplemente no eran guerreros; otros podrían serlo, sin embargo, necesitaban mucho

entrenamiento. Había una mirada de carácter en todos sus ojos, una mirada de ansiedad, de miedo de lo que estaba por venir.

"¡Señores!", gritó Thor. "Porque son todos *hombres* ahora, independientemente de su edad. El día que empuñen las armas para defender a su patria, para arriesgar su vida con sus hermanos, se convierten en hombres. Si se unen a La Legión, lucharán por el honor, por el valor. Eso es lo que constituye a un hombre, no su edad. ¿Entendido?"

"¡SÍ, SEÑOR!", respondieron todos.

"He luchado con hombres del doble de mi edad que han muerto a mi lado", continuó diciendo Thor. "Ser mayores no los hizo más hombres que yo. Tampoco los hizo mejores guerreros. Te conviertes en hombre al asumir las funciones masculinas; y te hace un mejor guerrero.

"¡SÍ, SEÑOR!"

Thor guió su caballo lentamente arriba y abajo de las filas, observando, sopesando a cada recluta, mirándolos a los ojos.

"Un lugar en la Legión es algo sagrado. No hay mayor honor que el que concede el Anillo. No se le entregará a nadie. Es más que la posición. Es un código. Un código de hermandad. Una vez que te unes a él, ya no vives para defenderte. Vives para defender a tus hermanos".

"¡SÍ, SEÑOR!"

Thor desmontó. Caminó lentamente, se volvió y miró al campo detrás de él, la arena recién reconstruida.

"Allí, en la distancia, hay una docena de objetivos. Ante ustedes, las lanzas están sobre el suelo. Hay una lanza para cada uno de ustedes. Tienen una oportunidad de dar en el blanco. Muéstrenme lo que saben hacer", dijo Thor, haciéndose a un lado, observando.

Los chicos se abalanzaron, cada uno corriendo a agarrar una de las lanzas alojadas en el suelo. Emocionados, cada uno aventó su lanza, cada uno queriendo ser el primero en dar en el blanco de heno a treinta y cinco metros de distancia.

Thor vio sus técnicas con ojo profesional. No se sorprendió al ver que casi todos fallaron.

Sólo un pequeño puñado de muchachos logró dar en sus objetivos. Y ninguno de ellos cayó en el centro.

Argon meneó la cabeza lentamente. Esto sería un proceso largo y doloroso, él lo sabía. Se preguntaba si alguna vez encontraría muchachos lo

suficientemente expertos para llenar los zapatos de los otros chicos. Tuvo que recordarse a sí mismo cómo eran él y sus hermanos en su primer día.

"Agarren sus lanzas, regresen e inténtelo de nuevo".

"¡SÍ, SEÑOR!

Corrieron a través de la arena, rumbo a las lanzas, y mientras Thor observaba, una voz le hizo sobresaltar:

"Thorgrin".

Thor miró y vio la cara de un niño que reconoció débilmente, un muchacho que lo miró con esperanza.

"¿Me recuerda?".

Thor entrecerró los ojos, tratando de ponerle un nombre a esa cara.

"Yo lo recuerdo", dijo el muchacho. Me salvó la vida". Quizá usted lo olvidó, pero es algo que nunca olvidaré".

Thor entrecerró los ojos, comenzando a recordar.

¿Dónde fue eso?, preguntó Thor.

"Nos conocimos en el calabozo", dijo el muchacho. "Usted había sido acusado de matar al rey MacGil. Yo estaba allí por cargos de robo. Salvó mi mano de ser cortada. Es un acto de bondad que nunca olvidaré".

Thor recordó todo de repente.

"¡Merek!", dijo Thor. "¡El ladrón!".

Merek asintió con la cabeza y sonrió. Extendió su mano, y Thor lo saludó.

"He venido para devolver el favor", dijo Merek. "Escuché que están reclutando para la Legión y quiero hacer un voluntariado".

Thor lo miró sorprendido.

"Creí que eras un ladrón", preguntó Thor.

Merek sonrió.

"¿Y qué mejor habilidad se puede pedir para la Legión? Después de todo, ganar la batalla es robar las armas de los hombres, robar el valor de los hombres. Un ladrón es rápido y audaz, está dispuesto a ir donde otros no lo harán, es astuto, audaz. Un ladrón roba lo que otros quieren. Él no pide permiso. Y no vacila. ¿No son los rasgos de la victoria?".

Thor lo examinó cuidadosamente, pensando.

"Tienes labia", dijo Thor. "Lo reconozco. Y has pensado mucho en esto. Pero te falta algo. De hecho, es lo más importante que le falta a un ladrón. El honor. El corazón y el alma de un guerrero es el honor. Y es el honor lo que le falta a un ladrón".

Thor suspiró.

"Podrías ser el mejor guerrero", dijo Thor. "Pero no puedo permitir una mancha en nuestro honor".

Thor se alejó, pero Merek colocó una mano sobre su hombro.

"Por favor", dijo Merek. "Deme una oportunidad. Me doy cuenta de que mis caminos han sido deshonrosos. Pero eran tiempos desesperados para mi familia, y no tuve otra opción para apoyarlos. Seguramente no puedo ser culpado por eso. Es fácil hablar de honor cuando uno tiene el lujo de sentarse en una torre y despreciar a los otros que no tienen nada. Nadie me dio nada en la vida. Tuve que tomar lo que era mío".

Thor hizo una mueca.

"Nadie me dio nada en la vida, tampoco", respondió. "Sin embargo, nunca he robado a nadie".

Merek tragó saliva, desesperado.

"Por eso estoy ofreciendo disculpas", dijo Merek. "Y prometiendo cambiar mis costumbres".

Thor lo miró.

"Es cierto", dijo Merek. "Me comprometo a nunca robar a alguien otra vez, si me acepta en su Legión. He venido aquí, no para robar. He venido porque quiero una vida mejor. Quiero dejar mi antigua vida. Quiero convertirme en una persona mejor".

Thor lo miró, debatiendo. Recordó cuando él mismo solicitaba un lugar, una oportunidad, la mereciera o no.

"Eres muy decidido", dijo Thor. "Y pareces ser sincero. Y creo que tienes razón en que todos cometemos errores, y todo el mundo merece una segunda oportunidad. Thor asintió con la cabeza. "Te daré la oportunidad. Puedes hacer la prueba. Si cometes un abuso, te aseguro que te sacaré a patadas de nuestra arena".

Merek le sonrió a Thor ampliamente y sujetó a Thor del hombro.

"¡Gracias!", dijo. "¡Gracias, gracias!".

Thor sonrió.

"Ahora toma una lanza con los demás y vamos a ver lo que puedes hacer".

Merek, jubiloso, corrió hacia el grupo de chicos y tomó una lanza.

Merek fue el último en lanzar, y Thor observó con interés, mientras la lanza de Merek navegaba a través del aire y caía en el blanco perfecto.

Una diana.

Todos los chicos lo vieron en estado de shock, y Thor lo miró con asombro. Él también estaba sorprendido. E impresionado.

"¡Otra vez!". Thor le gritó, queriendo ver si fue una casualidad, y si los demás podían acercarse más.

Los muchachos corrieron para recuperar sus lanzas otra vez, y al hacerlo, Thor se volvió mientras un chico caminaba hacia las puertas del campo de entrenamiento de La Legión directamente hacia él. Thor también reconoció a este chico, parado ahí, con su rostro y ropas cubiertas de mugre, pero no recordaba de dónde.

El chico lo miró.

"He venido a hacer la prueba para entrar a su Legión, ya que usted me invitó".

Thor analizó al muchacho, más joven y más pequeño que los demás y trató de ubicarlo.

"¿Te invité?", preguntó Thor.

"Me dijo que podría intentarlo. ¿No lo recuerda? En el Imperio. En casa de mi padre. Salvé a su grupo de los monstruos de la selva. He cruzado el océano para encontrarle. Sé que soy joven. Y pequeño. Pero déjeme intentarlo, con los demás".

Thor lo miró, anonadado, y de pronto recordó todo.

"¿Ario?", preguntó Thor.

Ario asintió con la cabeza.

Thor estaba en shock; apenas podía creer que este chico había cruzado el mundo para venir aquí. Eso le decía a Thor más que cualquier cosa. Recordó al muchacho en el Imperio, siendo ágil, audaz, en sintonía con todos los ruidos de la selva. Y recordó que los salvó del Gathorbeast. Si no fuera por él, todos estarían muertos.

Sin embargo, al mismo tiempo, Ario parecía tan pequeña, tan joven.

Thor mantuvo un ojo en el gran grupo de muchachos, que acababa de lanzar otra ronda de lanzas. Todos ellos se acercaron esta vez, muchos más atinaron al objetivo y Thor comenzó a sentir algo de esperanza.

"¡Arcos y flechas!", gritó Thor.

Todos los chicos se volvieron y corrieron a la larga extensión de arcos y flechas alineadas a lo largo de los jardines, y todos apuntaban a las dianas distantes.

Uno a la vez, dispararon todos, y Thor sacudió su cabeza ya que muchos de

ellos fallaron.

Thor miró a Ario, que todavía estaba ahí parado.

"Te recuerdo", dijo. "Y te debemos nuestras vidas. Sin embargo, eres muy joven. Y pequeño. Temo que salgas herido, muchacho. Te pido que regreses cuando seas mayor — y apenas eres mayor de edad.. Lamento que hayas cruzado el océano. "Pero no quiero verte lastimado".

Ario frunció el ceño.

"¡Yo soy más capaz que cualquiera de estos otros chicos!", gritó, decidido.

Thor sonrió.

"¿Lo eres?"

Thor asintió con la cabeza a los arcos.

"¿Entonces tu tino es más certero que el de los demás?"

Ario le sonrió.

"Deme una oportunidad".

Thor suspiró.

"Está bien", dijo, cediendo. "Una oportunidad".

Ario corrió, agarró un arco, puso una flecha y disparó, haciendo apenas una pausa para tomar puntería.

Thor vio cómo la flecha navegaba a través del aire, más allá del objetivo, y se dio cuenta de que el chico había elegido el objetivo más lejano en el campo — y dio en el blanco perfectamente.

Thor miró al chico, asombrado. Nunca había visto un tino tan bueno.

"¿Cómo lo hiciste?, preguntó Thor.

El muchacho se encogió de hombros.

"En la selva, se aprende a disparar. Es una forma de vida. Con estos chicos, es el entrenamiento. Conmigo, es la supervivencia".

Thor asintió con aprobación.

"Me demostraste que estaba equivocado", dijo él. "Ve con los otros".

Ario sonrió ampliamente.

"Gracias, señor", dijo, eufórico. "No lo defraudaré".

Ario corrió y se unió a los otros.

"¡Recuperen sus flechas y disparen otra vez!". Thor dio la señal y todos entraron en acción.

"¡Thorgrin!".

Thor se dio vuelta, reconociendo la voz y se sorprendió al ver a Erec y Kendrick ahí parados, con su armadura puesta, frente a él.

"¿Puedes dejar los asuntos de la Legión por unos momentos?", preguntaron. "Tenemos asuntos que atender. Únete a nosotros. Tenemos un asunto importante que discutir contigo".

Thor se preguntaba cuál sería el asunto; nunca lo habían llamado aparte.

Thor miró sobre su hombro a los muchachos.

"No te preocupes", dijo Kendrick. "Pronto volverás con ellos".

Thor se dirigió a los chicos.

"¡Hombres, sigan disparando!", gritó. "¡Y no paren hasta que regrese!".

Thor se dio vuelta y marchó con Kendrick y Erec, su corazón latía aceleradamente por el suspenso mientras se preguntaba adónde rayos estos dos hombres, a quienes respetaba más que cualquier hombre en la tierra, podrían llevarlo.

CAPÍTULO DOCE

Thor siguió a Erec y a Kendrick mientras lo llevaban por un camino serpenteante en el bosque, preguntándose adonde lo llevaban. Thor sabía que Kendrick y Erec estaban ocupados con su trabajo con Los Plateados, y se preguntó si algo había salido mal, si de alguna manera necesitaban su ayuda.

Kendrick, habitualmente parlanchín, apenas había dicho una palabra a Thor, profundizando el misterio mientras caminaban. Erec y él no dirían adónde iban, que no era normal en ellos. En el tiempo en que Thor había llegado a conocerlos, Erec y Kendrick habían aceptado a Thor como si fuera un hermano, lo trataban con respeto. No entendía lo que era esto. ¿Era una reprimenda? ¿Hizo algo malo mientras reconstruía la Legión? ¿Habían decidido elegir a otra persona?

Kendrick finalmente aclaró su garganta.

"Antes de que te cases con mi hermana", finalmente dijo Kendrick, caminando al lado de Thor, "algo muy importante debe ocurrir. Mi hermana ha encontrado en ti, a un hombre digno de su estado. Y ahora debes tener un rango digno de ti".

Thor los miró, perplejo, todavía sin entender.

Un claro del bosque se abría ante ellos, y Thor se sorprendió al ver a una docena de miembros de Los Plateados parados ahí, esperando recibirlo con su armadura brillante que reflejaba los soles de la tarde. Todos estaban inexpresivos y el sentido de aprehensión de Thor se hizo mayor. ¿Qué podría ser? ¿De alguna manera estaban disgustadas porque Andrónico había sido su padre?

Para hacer mayor la confusión de Thor, de pie entre ellos estaba Aberthol, junto con varios miembros del Consejo superior de la reina. Lo más sorprendente de todo, es que de pie, entre ellos, estaba Argon, quien miraba a Thor con gran intensidad, con sus ojos brillantes, mientras sujetaba su varita.

Thor no pudo evitar preguntarse si estaba a prueba por algo.

"¿He hecho algo mal?", Thor le preguntó a Erec y a Kendrick mientras se acercaban a él.

Kendrick meneó la cabeza.

"Por el contrario", respondió él. "Has sido un verdadero y noble guerrero desde el día que llegaste a la Corte del Rey. Has defendido la patria desinteresadamente. Has luchado contra el Imperio y nos trajiste a los dragones. Has restaurado al Escudo y regresaste la Espada del Destino. Y todo esto en algunas lunas".

Erec dio un paso adelante y colocó una mano sobre el hombro de Thor.

"Thorgrin, ya es hora de que tengas un título y rango apropiado por ser quien eres. Ya no eres un niño. Ya no eres un simple miembro de la Legión".

Erec lo analizó, y el corazón de Thor se aceleró, mientras se preguntaba qué estaba pasando.

"Thorgrin", dijo Kendrick, "es hora de que te unas a nuestras filas. Es hora de que te unas a nuestra fuerza de combate de élite de nuestro Anillo. Es hora de que te unas a los Plateados".

Thor se quedó allí parado, mirando hacia atrás, apenas capaz de pensar con claridad, las palabras resonando en sus oídos. Los Plateados. Esto no era lo que él había esperado — lo que había esperado *alguna vez*. Era un honor reservado para la élite del Anillo, para los hijos de los nobles, para los hijos de los reyes, guerreros legendarios de toda la vida. Los mejores guerreros que alguna vez habían servido al Anillo. Era un honor con el que la mayoría de la gente sólo soñaba, un honor que Thor apenas podía imaginar y que nunca esperaba tener en su vida.

Mientras estaba allí, frente a ellos, las palabras se atoraban en su garganta. No sabía qué pensar.

"¿De Los Plateados?, repitió Thor. "¿Yo?"

Erec y Kendrick sonrieron, asintiendo.

Si no fuera por todos estos grandes hombres aquí parados en este bosque abierto, ante este lago, Thor habría pensado que era una broma.

Pero por la seriedad de todas sus expresiones podrían decirse que esto no era ninguna broma.

Thor miró a todos los hombres, y nunca se había sentido más aceptado, más honrado, en su vida. No había privilegio mayor con que pudiera soñar que ser uno de estos grandes hombres, unirse a sus filas, vestir sus armaduras, sus insignias, sus armas, ser reconocido como miembro de Los Plateados.

¿Aceptas este honor?", preguntó Kendrick.

Thor asintió con la cabeza, apenas pudo contenerse.

"No pienso en mayor honor, mi señor", dijo, inclinando la cabeza.

Kendrick se hizo a un lado con los otros, todos ellos limpiando el camino, y al hacerlo, Thor vio detrás de ellos el lago rojo brillante. Había una pequeña, mística, y ligera niebla saliendo de él, y Thor lo reconoció inmediatamente: el Lago Sagrado. Era un lugar mágico, reservado para la élite, escondido en el bosque, donde uno llegaría a orar a los dioses, para transformarse.

Argon caminó a un costado del lago.

"Ven", le pidió a Thor.

Thor caminó despacio hacia él, los hombres se separaban, hasta que llegó a la orilla del agua. Argon se acercó y colocó su mano en la frente de Thor y cerró los ojos.

Thor sintió una intensa energía, un calor ardiente, recorriendo la palma de Argon, irradiando a través de su cuerpo, mientras cerraba los ojos y se enfocaba.

Argon comenzó a murmurar un canto antiguo, con su voz dura y retumbante, en la silenciosa tarde de verano.

"A la luz de los siete amaneceres, por la gracia del viento del oeste..."

Los cánticos de Argon siguieron, parando y comenzando, mientras Thor se encontró a sí mismo perdido en la ceremonia. Argon cambió a la lengua antigua y perdida, y Thor ya no entendía las palabras; pero reconoció su entonación, reconoció que eran parte del lenguaje formal y ritualizado del Anillo, la antigua lengua reservada para los Reyes, para eventos sagrados.

Argon cantó y cantó, y Thor sintió como si se estuviera derritiendo en la palma de Argon, como si estuviera entregando su cerebro, transformándose, convirtiéndose en otra persona.

Finalmente, Argon hizo una pausa y luego retiró lentamente la palma de su mano.

Thor abrió lentamente los ojos y el mundo se llenó de una luz intensa y brillante. Vio a Argon allí parado, mirando hacia abajo.

"Thorgrin del Reino Occidental del Anillo", proclamó formalmente Argon. "Estás siendo dotado con el honor más alto del Anillo. Estás ingresando a una sociedad a la que se han unido todos los reyes. Se te está permitiendo entrar en una hermandad sagrada, como un guerrero de todos los tiempos. Serás el miembro más joven que haya ingresado a Los Plateados. Esto es un honor que nunca podrá ser retraído, toda tu vida y en las vidas por venir. Ahora te pregunto: ¿es un honor que vas a aceptar?".

"Lo es", dijo Thor.

"¿Te comprometes a defender los principios de Los Plateados, proteger a los débiles, defender a los pobres, ofrendar tu vida por tu familia, por tu gente, por cualquier mujer en apuros?"

"Lo haré", respondió Thor.

"¿Prometes proteger a tus hermanos de armas, a dar tu vida por ellos?"

"Sí".

"¿Prometes que cualquier lesión a tus hermanos será un daño a ti mismo?"

"Sí".

Argon hizo una pausa, en el silencio, cerrando los ojos.

Finalmente, asintió.

"Sígueme", dijo él.

Argon se volvió y Thor miró, asombrado, mientras Argon caminaba en el agua. Thor no podía creer lo que estaba viendo: Argon siguió caminando en el lago sin hundirse, con sus pies sobre el agua, como si caminara sobre tierra seca.

Thorgrin lo vio irse y luego lo siguió, dando un paso adentro. Thor entró, incapaz de flotar como Argon, y el agua estaba demasiado fría para este día de verano. Él continuó caminando, más y más profundamente, con los dientes castañeando, hasta que finalmente le llegaba al pecho, parado al lado de Argon.

Argon tomó su vara, colocó la parte de abajo encima de la cabeza de Thor y suavemente tiró hacia abajo.

"Sumérgete, Thorgrin", le ordenó, y levantátate como miembro de Los Plateados. Levántate como un señor. Levántate como un caballero".

Thor sentía que Argon empujaba su frente hacia abajo en el agua, y Thor cedió.

Thor se sumergió y pronto, su cabeza estaba totalmente bajo el agua, y todo su cuerpo sentía frío. Se quedó allí durante varios segundos, la vara de Argon lo sostenía.

Mientras estaba bajo el agua, Thor sintió que toda su vida se transformaba, pasando ante sus ojos. Sentía como si dejara atrás a una persona y se convirtiera en alguien nuevo.

Argon levantó su bastón, y Thor se levantó, jadeando por aire, por encima del agua. Se quedó allí parado, con el agua goteando en sus ojos, respirando profundamente.

Al levantarse, el sol salió a través del cielo sobre el lago, y Thor ya no

sentía el frío. Se volvió y miró a todos sus hermanos en armas, mirándolo desde la orilla, con la cara de aprobación en sus rostros, y se sintió renacer.

Finalmente, Thor sentía que pertenecía.

Todos levantaron sus puños en el aire.

"¡THORGRIN!", gritaron. "¡THORGIN!".

*

Thorgrin, aún eufórico por la ceremonia, se sentó en el pequeño taller de piedra de Brendan, el armero real, calentándose al lado del fuego ardiente de la chimenea, usando ropa nueva y seca que le dieron mientras veía trabajar al armero. En el cuarto estaban sentados Erec y Kendrick con él, quienes lo habían llevado aquí después de la ceremonia y veían también la obra.

Brendan, un hombre robusto, corto de estatura, como de unos cincuenta y tantos años, orgulloso, con una gran barriga, una cabeza calva y una barba larga y oscura, se sentó encorvado sobre su forja, escudriñando su trabajo como si fuera su único hijo. Mientras estaba ahí sentado, Brendan explicaba minuciosamente cada pieza de armadura, para qué servía, cómo se hacía. Trabajaba en una docena de pequeñas piezas a la vez, sosteniéndolas, reexaminándolas, colocándolos sobre Thor, luego quitándoselas y ajustándolas.

Brendan estaba dando los últimos toques a la más brillante, la más hermosa, la más adornada armadura de Los Plateados que Thor había visto en su vida. Brillaba junto a la chimenea, y Thor apenas podía creer que la estuvieran haciendo solo para él. Mientras Brendan la golpeaba con un martillo, aplanándola contra la piedra en el ángulo derecho, el sonido sonaba en toda la habitación.

"Los miembros de Los Plateados deben usar la mejor armadura conocida por el hombre", explicó Erec, sentado cerca de Thor, observando al armero trabajar al lado de las llamas.

"Ninguna armadura normal será suficiente. Debe ser la más fuerte, reforzada mil veces, más fuerte que cualquier armadura de cualquier lugar".

"Y también más ligera", añadió Kendrick.

"Por no mencionar más brillante", agregó Brendan, dándose vuelta hacia ellos, con una sonrisa mientras limpiaba el sudor de su frente. "La armadura no sólo debe ser la mejor, también debe parecer la mejor. El aspecto exterior es

una cuestión de orgullo para Los Plateados".

"Enorgullécete de tu apariencia", dijo Kendrick, y "te sentirás orgullo de tí mismo".

Thor observaba, paralizado, emocionado de usarla, mientras el armero seguía martillando.

"Este metal proviene de un lugar muy especial", continuó, "antes de que ser recubierto de Los Plateados. El proceso de refinamiento lleva años".

El armero finalmente terminó con una pieza de su satisfacción, y estiró la mano y la puso en el hombro de Thor, tomando otra medición de su hombro y brazo, realizando ajustes más precisos.

"La hombrera", explicó Brendan, analizándola con su vista. "Protege tu hombro, y también debe proteger las articulaciones. Una buena armadura te permite moverte y respirar. También custodia tus puntos vulnerables".

Brendan bajó la hombrera, la puso boca abajo, tomó una herramienta para suavizarla y luego la pulió, trabajando tan rápido, que todo parecía como magia en Thor. La sala estaba llena con los sonidos de su trabajo y los olores del metal ardiente y el esmalte de Los Plateados. Thor observó con asombro cómo trabajaba.

Pronto, Brendan se dio vuelta y levantó la coraza contra el pecho de Thor. Él la colocó, luego fue rápidamente hacia Thor, puso la mano bajo su brazo y la amarró alrededor de él. Entonces puso la hombrera sobre su hombro y brazo, ajustándolo.

"¿Y cómo te sientes ahora?", preguntó.

Thor dobló el codo varias veces, estiró su brazo arriba y abajo, a la izquierda y a la derecha y se sorprendió. Él nunca había usado armadura tan ligera, pero tan fuerte. Como se movía, su brazo brilló en la luz, como un pez saltando a través del agua. Se sintió diferente al tenerla. Ahora se sentía invencible.

"Es perfecta", dijo Thorgrin.

"Por supuesto", dijo Brendan, con un guiño y una sonrisa, "mi trabajo es siempre perfecto".

Brendan recogió el traje y lo colocó ante Thor.

"Estamos listos, señores", le dijo a Erec y a Kendrick.

Kendrick dio un paso al frente.

"Es una tradición, que cuando un caballero obtiene su primera armadura, su padre lo ayude a ponérsela", le dijo Kendrick a Thor. "Pero como tu padre no

está aquí, Erec y yo lo haremos. Si nos permites el honor".

Thor se sintió lleno de gratitud.

"No habría mayor honor", contestó.

Erec y Kendrick juntos comenzaron a poner a Thor todas las piezas de la armadura, de una en una. Al hacerlo, Thor sintió que lo estaban reconstruyendo. Se sentía apoyado, no sólo por la armadura, sino por estos dos hombres, que eran como un padre para él. Lo recompensaba por no tener un verdadero padre que lo aceptara.

"Aunque estuviera vivo", dijo Thor, "con el padre que tengo, no quisiera que estuviera aquí para esto. "Para ciertas cosas", dijo él al darse cuenta, "no tengo padre".

Kendrick asintió con la cabeza.

"Entiendo", dijo. "No tengo madre — por lo menos no una que haya conocido. Me han conocido como el bastardo de la Corte Real toda mi vida. Existe un vacío dentro de uno cuando te falta un padre — o incluso peor, cuando tienes un padre que no entiendes, o no te gusta".

Kendrick suspiró.

"Pero te voy a contar algo que me dijeron cuando era joven, algo que me acompañó toda mi vida, algo que me ha sostenido. Una vez que aprendí esto, cambió mi manera de ver el mundo".

Thor lo miró, curioso, y pudo ver a Kendrick pensando, con las cejas fruncidas, serio.

"Tenemos la posibilidad de elegir a nuestros padres", dijo él.

Thor lo miró, perplejo.

"¿Elegir?", preguntó Thor.

"Tenemos padres biológicos. "Pero en tu interior, mentalmente", dijo Kendrick, apuntando con un dedo a la cabeza de Thor", en tu mente, puedes elegir a tus padres. Puedes elegir a tu padre. Puedes elegir a uno que admires, a uno que respetes. Y no necesitas tener sólo a un padre. Puedes elegir a muchos padres. En tu mente, pueden sentarse alrededor de una mesa, como un Consejo. Como Consejo del rey. Juntos, pueden ser tu nuevo padre. A los que admires y respetes. Quienes te admiren y respeten también. Como los que quisieras ser".

Thor pensó en eso.

"Cada vez que pienses en el padre que no tienes o no te gusta", añadió Kendrick, "mejor piensa en esos hombres. Imagínalos claramente en tu mente.

Ponlos en tu mente como si fueran tu padre. Tu verdadero padre. Con el tiempo, se convertirán en tu verdadero padre. Tan real para ti — si no es que más, que tu padre biológico. Y entonces verás que tu padre biológico no es tan importante, después de todo. No es ninguna autoridad para ti. Tarde o temprano, llegarás a ver que estos hombres no son tampoco una autoridad para ti. Tú elige tu propia autoridad".

Thor había reflexionado acerca de todo esto cuidadosamente, y trató de hacer lo que dijo Kendrick. Imaginó a la mesa de Consejo, y alrededor de él, puso a la gente que amaba y admiraba y respetaba. Allí puso a Kendrick. Y a Erec. Puso a Argon y al rey MacGil y a Aberthol. Puso a algunos de los grandes guerreros que había conocido y con quienes había luchado.

Thor cerró los ojos y en su mente, todos estos hombres estaban en la mesa, y lentamente comenzó a verlos como su padre. Cada uno de ellos componía piezas del padre que nunca tuvo. Lentamente, sentía que tenía un padre. Un nuevo padre. Kendrick tenía razón.

Terminaron asegurando la armadura de Thor, y no podía creer lo bien se sentía, lo ligero, el traje plateado le quedaba a su cuerpo, conformando cada contorno. Vio el reflejo de sí mismo ante un espejo alto y se sorprendió. No se reconocía. Ya no veía a un niño. Veía a un hombre. A un miembro de la Legión. Un gran guerrero y caballero. Le quitaba el aliento, y lo hacía sentir diferente acerca de sí mismo.

Thor se puso el casco, decorado, con un corte en los ángulos agudos, con su nariz llegando a un punto, y fue lo más hermoso que Thor había visto. Mientras se lo ponía, vio que era un hombre al cual temer.

Thor se quitó el casco y lo sostuvo en sus manos, sintiendo el poder que irradiaba de él.

"Ninguna armadura está completa sin esto", dijo Kendrick.

Thor miró hacia abajo para ver a Erec colocar un puñal en la mano, una daga hermosa, decorada, tallada con la inscripción del rey.

"Lleva la inscripción de la familia MacGil. Pronto te casarás con mi hermana. Ahora eres un miembro de la familia real. Somos hermanos. Te mereces esto".

Thor sintió que sus ojos lloraban mientras sostenía la daga, sentía su peso, honrado de tenerla, de tener a estos grandes hombres en su vida. No había nada más que pudiera querer.

Abrieron la puerta y lo llevaron al pasillo antiguo del armero, con las

espuelas nuevas de Thor tintineando al caminar, y Thor se sentía como un hombre entre los hombres. Mientras Thor se preguntaba hacia dónde lo llevaban, dos asistentes abrieron una serie de enormes puertas dobles y Thor se encontró siendo guiado hacia un gran salón.

Se sorprendió por lo que vio: adentro estaban sentados todos los miembros de Los Plateados, cientos de hombres, todos con su armadura, esperando para saludarle, todos mirando a su nueva armadura con gran respeto. Los mejores guerreros del Reino, todos deseosos de darle la bienvenida a las filas.

"¡Thorgrinson!", cantaron todos al unísono, elevando sus espadas para honrarlo.

"Thorgrinson".

"¡THORGRINSON!".

CAPÍTULO TRECE

Rómulo marchaba por el sendero de grava, a través de la tierra estéril en las afueras de la capital del Imperio, flanqueado por sus nuevos concejales y una docena de generales. Estaba preocupado mientras marchaba, con su mente pensando en todos los informes que se habían filtrado durante todo el día, de la rebelión, apareciendo a través del Imperio. Las noticias de la ascensión de Andrónico y de Rómulo se habían continuado difundiendo, y las provincias de todas partes veían esto como su oportunidad de ser libres. Algunos de sus propios comandantes, de sus batallones, habían hecho rebeliones, también. Rómulo había estado enviando a sus soldados a todos los rincones del Imperio para aplastarlos. Parecía estar funcionando. Cada día, llegaban informes frescos de revueltas. Rómulo sabía que necesitaba algunas medidas decisivas para poner fin a la inestabilidad para siempre, para reafirmar la dominación del Imperio. Sin eso, temía él, el Imperio podría comenzar a fragmentarse.

Las rebeliones no preocupaban demasiado a Rómulo. Su ejército era inmenso y leal hasta el momento, y con el tiempo se sentía seguro de que los aplastaría despiadadamente y consolidaría su poder. Lo que más le preocupaba — mucho más — eran los informes de los dragones. Decían que buscaban vengarse desde el robo de la Espada, y se difundía el caos a través del Imperio, incendiando pueblos y ciudades, tomando venganza. Se había desatado una gran ira como no se veía desde la época de su padre, y se propagaba cada día que pasaba. Con ella se extendía el clamor de la gente para sofocarla. Rómulo sabía que si no hacía algo pronto, los dragones llegarían a la capital — e incluso esos que eran leales a él podrían rebelarse.

En esas últimas lunas, Rómulo había enviado a sus hombres en una búsqueda por todos los rincones del Imperio para encontrar un hechizo mágico para combatir a los dragones. Habían seguido innumerables pistas falsas, a través de pantanos oscuros y bosques, escuchando pacientemente a los hechiceros que le dieron varios hechizos y pociones y armas. Todos resultaron ser callejones sin salida. En su furia, Rómulo había asesinado a cada uno de los hechiceros — y las pistas habían dejado de llegar.

Sin embargo, había llegado otra pista, y Rómulo hizo una mueca conforme

caminaba, siguiendo otra pista, a través de los páramos desolados. Sus esperanzas eran bajas; lo más probable era que se trataba de otro charlatán. Marchó rápidamente, impaciente, vagando por el sendero serpenteante, a través de un campo de espinas, ya de mal humor. Si este hechicero era falso, Rómulo decidiría asesinarlo él mismo.

Finalmente, Rómulo fue a un risco y vio delante de él una gran piedra caliza de la cueva, con un extraño brillo en el interior.

Se detuvo ante él, y fue algo que lo puso nervioso. Este lugar se sentía diferente a los demás — sintió un escalofrío subir por sus brazos. Su asesor apareció junto a él.

"Este es el lugar, Comandante Supremo", informó. "El brujo se encuentra adentro".

Rómulo lo fulminó con la mirada.

"Si éste también me hace perder el tiempo, no sólo lo mataré a él, sino a ti con él".

Su asesor tragó saliva.

"Muchos han jurado por él, comandante. Dicen es el mago más grande del Imperio".

Rómulo marchó hacia adelante, llevando al grupo de hombres directamente a la cueva. Las paredes verdes luminiscentes dejaban un resplandor, lo suficientemente brillante para ver, y Rómulo entró más y más adentro de la cueva. Se escucharon ruidos extraños en las paredes, como gemidos, chillidos, como espíritus atrapados e hizo que Rómulo, un hombre que no temía a nada, lo pensara dos veces. El aire era espeso y húmedo, y un hedor flotaba en el aire desde un lugar en la distancia.

Rómulo sintió una creciente sensación de premonición y empezaba a perder la paciencia mientras marchaba más profundamente hacia la oscuridad.

"Si me quieres hacer perder el tiempo...", dijo Rómulo, dando vuelta hacia su asesor, enrojeciendo, preparándose para dar la vuelta, comenzando a preguntarse si era otro callejón sin salida.

Su asesor tragó saliva.

"Le juro que no está perdiendo su tiempo, comandante. Me dijeron que..."

De repente, Rómulo se detuvo en seco, todos sus hombres junto a él, al sentir una presencia a pocos metros de distancia. El hedor era abrumador.

"Acércate más", se escuchó una voz áspera, sombría, desde el otro lado de la cueva. Parecía la voz de un demonio.

Rómulo se asomó en la oscuridad, y de repente la cueva se iluminó como un anillo de fuego en el piso, delante de ellos. Iluminó a un hombre pequeño, de pie, en el lado opuesto, sin piernas, con sus pulgares descansando en el suelo, usando una capa roja sin capucha, con su cabeza calva cubierta de verrugas. Sus manos encogidas también estaban llenas de verrugas, su cara era redonda y estaba hinchada, y tenía hendiduras como ojos. Los abrió mientras miraba a Rómulo, con sus ojos negros brillando en el resplandor.

"Tengo lo que buscas", agregó el hombre.

Rómulo avanzó varios pasos hacia adelante, hasta el borde del anillo de fuego y miró a través de las llamas al hechicero.

Mientras miraba a esta criatura, Rómulo sentía algo diferente dentro de él. Sintió un hormigueo de emoción. Sentía como si, por primera vez, este hechicero fuera de verdad.

"¿Tienes alguna manera de detener a los dragones?", preguntó Rómulo.

El hechicero meneó la cabeza.

"No", contestó: "Tengo algo más poderoso".

"¿Y qué podría ser más poderoso que eso?", preguntó Rómulo.

El hechicero lo miró, con sus ojos demoníacos, aterradores, brillando de manera intermitente contra las llamas.

Rómulo, en el interior, se estremeció.

"Es una forma de controlarlos".

Rómulo lo miró, inseguro, tratando de entender. Había algo en él, algo auténtico. Auténticamente malvado.

"¿Controlarlos?", preguntó.

"Por el ciclo de una luna", respondió el mago: "los dragones serán tuyos. Los controlarás como quieras. Los dirigirás adonde quieras. Será tu ejército personal. Es una oportunidad para cambiar para siempre al Imperio. Para hacer cualquier cosa que desees. Serás el hombre más poderoso del mundo".

Rómulo entrecerró los ojos, sorprendido, con el corazón acelerado. ¿Tal cosa podría ser verdad?, se preguntaba.

"Y si esto es cierto", dijo Rómulo: "¿Qué quieres de mí a cambio?".

El hechicero se rió, con una carcajada estridente, sonando como mil ardillas.

"Sólo tu alma", dijo. "Nada más".

"¿Mi alma?", preguntó Rómulo.

El mago asintió con la cabeza.

"Después de tu muerte, tu alma será mía. Mía, para hacer lo que yo quiera. Verás, yo colecciono almas. Es mi pasatiempo".

Rómulo entrecerró los ojos, los pelos de sus brazos hormigueaban.

"¿Y qué haces con estas almas?", preguntó.

El brujo frunció el ceño, disgustado.

"Eso no te importa", su voz subió de tono, amplificadas de repente, haciéndose eco en las paredes, tan fuerte que casi rompe los oídos de Rómulo.

Rómulo miraba a la criatura y se preguntaba qué era. Sintió un intenso escalofrío en esta cueva, y una parte de él quería girar y correr.

"Maestro, no lo haga", le dijo el asesor de Rómulo. "Dejemos este lugar de inmediato".

Pero Rómulo meneó la cabeza y miró al hechicero. Podía sentir que era real. Que tenía lo que necesitaba. Y él no podría dejarlo ir tan fácilmente.

Controlar a los dragones. Rómulo imaginaba todo lo que podía hacer con ese tipo de poder. Él podría aplastar todas las revueltas. Consolidar su poder para siempre. Controlar el Imperio. E incluso tomar control del Anillo. Él sería el hombre más poderoso que había pisado la tierra. Sería más poderoso de lo que siquiera había imaginado. Aunque fuera sólo por el ciclo de una luna, valdría la pena dar su alma. Después de todo, él iría al infierno, de todos modos. ¿Una vez que estaba muerto, a quién le importaba lo que le pasara a su alma?

"¿Qué debo hacer?", preguntó Rómulo.

El hechicero sonrió.

"Mira hacia abajo. A mi anillo de llamas. Al agua que se refleja. Eso es todo lo que debes hacer".

¿Eso es todo?, preguntó Rómulo, incrédulo. No podía ser tan fácil.

Rómulo miró hacia abajo, lentamente y vio su reflejo mirándolo en la luz del fuego. Al mirar, su cara se volvía desencajada, cambiando de formas y tamaños. Estaba aterrado de verla.

"Bueno", ronroneó el brujo. "Ahora pon los brazos a los lados del cuerpo".

Rómulo lo hizo, poco a poco, con recelo.

"Ahora, cae. Cae de boca en la piscina de agua que se refleja".

"¿Caer?", preguntó Rómulo.

Por primera vez en su vida, sintió temor.

"Cuando llegues al agua, serás transformado. Te erigirás como el Maestro de los Dragones".

Rómulo sintió todo su cuerpo vibrar, y sintió que era cierto. Se quedó ahí parado, con los brazos a los lados, y poco a poco, cayó de frente, preparándose para impactar contra la piscina de poca profundidad, de sólo unas pocas pulgadas. Esperaba que su cara chocara con el suelo duro.

Rómulo cayó más allá de las llamas, se sorprendió al sentir que se sumergía al caer en el agua. Él sabía que era imposible; el agua era de solo una pulgada de profundidad. Sin embargo, se sumergía más y más profundamente, hasta que todo su cuerpo estaba sumergido. Sintió que su cuerpo entero era penetrado por una fuerza, como si lo atravesaran mil pequeñas agujas. Gritó bajo el agua, pero no salió ningún sonido.

De repente, Rómulo se levantó, salió del agua, intempestivamente en la cueva, con el agua chorreando a su alrededor.

Aterrizó en los pies, sorprendido, y se sintió del doble de su tamaño, con el doble de fuerza de la que tenía antes. Se sentía como un gigante. Se sentía lleno de fuerza. Sentía que nada en el mundo podía detenerlo.

Rómulo se inclinó de nuevo y rugió, sintiendo el nuevo poder corriendo por sus venas, un rugido estremecedor que rebotó en las paredes de la cueva.

Y al hacerlo, podía escuchar, a lo lejos, el rugido de los dragones, respondiéndole, listos para lo que él les ordenara.

CAPÍTULO CATORCE

Thor sostenía a Guwayne en sus brazos mientras caminaba al lado de Gwen, los dos guiaban la procesión de miles de personas a la cima de la montaña. Krohn estaba a sus pies y detrás de ellos le seguía una fila interminable de gente dedicada a Gwen, simpatizantes, todos emocionados al presenciar la ceremonia de iniciación del bebé, el ritual sagrado que marcaría la transición del bebé en la vida. Guwayne nació en la clase guerrera, y como era miembro de la familia real, Argon sería el que presidiría la ceremonia ancestral y mística, que se celebraría en la cima de la Colina del Rey.

Generalmente, la iniciación de un bebé era presenciada por algunos devotos; pero Gwen y Thor eran tan amados por el pueblo — que estaban emocionados por su hijo — que el rebaño detrás de ellos fue creciendo y creciendo. El Anillo estaba extasiado. Finalmente, después de toda la penumbra, la gente tenía un motivo, un verdadero motivo para celebrar. Había nacido un heredero al trono y mejor aún, era hijo de Gwendolyn, la hija de una reina que amaban más que cualquiera que hubiera llegado antes que ella. Toda la efusión de amor que tenían por Gwendolyn, ahora podían dirigirla también a su hijo.

Thor también era igualmente amado entre las personas — la mayoría de los cuales lo veían como su salvador, como el guerrero más grande que habían tenido, ya era materia de leyenda — y para que un niño naciera producto de la unión Thorgrin y Gwendolyn, también podría haber sido el hijo de la gente misma. Todos siguieron a Thor y a Gwen con entusiasmo, como abuelos ansiosos, y mientras Thor miraba sobre su hombro, vio miles y miles de personas, que serpenteaban alrededor de la montaña, todo el camino de vuelta a las puertas de la Corte del Rey.

La iniciación era más que una simple ceremonia; era también un momento sagrado, una época de grandes augurios y todo el Reino vigilaría cuidadosamente para ver si había algún signo o presagio que marcaría el inicio de este niño. Ya se había extendido la leyenda a lo ancho y a lo largo, acerca del augurio del nacimiento de Guwayne, de los signos y presagios que habían aparecido con la llegada del niño; el Reino ya veía a este niño como

algo más que una persona. Ya existía rampante especulación sobre el destino de este chico, y sin duda estas personas estaban deseosas de ver por sí mismos si algún presagio estaba presente en la iniciación del niño.

El corazón de Thor latía aceleradamente de emoción y anticipación. Mientras sostenía a su hijo en sus brazos, envuelto en su manta, cerca de su pecho, sintió calor y energía correr a través de él. Thor sentía un enorme vínculo con su hijo, más de lo que podía expresar. Thor miró hacia abajo a la cara de su hijo, Guwayne abrió los ojos y miró a Thor y éste sintió una conexión con él de otro tiempo, de otro reino. Tenía un hijo. *Un hijo*. No lo podía creer. Sintió una abrumadora fiebre de amor por él y se sentía más protector de él de lo que podría decir.

Thor también se sentía protector de Gwendolyn, quien caminaba lentamente a su lado, recuperándose del parto. Caminaron tan lentamente como podían, al ritmo de ella, haciendo una pausa a menudo para que ella pudiera recobrar el aliento. Thor estaba eufórico al ver que ella estaba bien, de pie. Habían sido unos días emotivos para ella, no sólo con el nacimiento del bebé, sino por la inminente muerte de su madre. Aún vivía, pero todo el reino estaba anticipando que las campanas reales sonarían en cualquier momento, cualquier día, a cualquier hora, para anunciar su muerte. Era una época amenazadora. Pero también era el momento propicio, y todo mantenía a Gwendolyn en una tormenta emocional.

Thor pensó en lo intenso que había sido, en la madre de Gwen enferma, viendo a los dos interactuar. Había hecho que Thor pensara en su propia madre. Ver muriendo a la madre de Gwen de esa manera, hacía que Thor se diera cuenta de lo valiosa que era la vida, le había hecho sentir un renovado sentido de urgencia para ver a su propia madre. ¿Qué pasaría, pensó con temor, si su madre muriera antes de que tuviera la oportunidad de verla?

Nunca podría volver a vivir consigo mismo, lo dejaría con un vacío y un sentimiento de culpa, que no podría entender. También le haría sentir como si su propio destino estuviera incompleto. Thor resolvió, una vez más, ir a buscarla en cuanto pudiera. Ahora que había nacido su hijo, sintió que ya era hora de hacerlo. En primer lugar, por supuesto, debía quedarse para casarse con Gwen; no podría irse antes de eso. Pero tan pronto terminara, decidió que se iría. No tenía otra opción. Amaba desesperadamente a Gwen y a Guwayne, y regresaría por ellos y estarían a su lado toda su vida. Pero primero, tenía que completar su destino. Sentía, no sabía por qué, que el futuro del Anillo estaba

en juego.

"Estoy orgulloso de ti", Gwen le susurró, volviéndose hacia él y sonriendo y poniendo una mano suave sobre su muñeca.

"¿Por qué, mi amor?", preguntó Thor, perplejo.

"Los Plateados", dijo. "Me enteré". *Señor Thorgrinson*", añadió ella, ampliando su sonrisa.

Thor sonrió, había estado tan preocupado por Guwayne, que ni siquiera lo había pensado. Pero ahora que ella lo mencionaba, recordó todo, y reprodujo en su mente la ceremonia, la armadura. Se sentía como un hombre nuevo por dentro. Más fuerte. Más sustancial.

Mientras caminaban, yendo más y más arriba en la montaña, Thor estaba desconcertado por las vistas panorámicas, las vistas desde aquí arriba, en el Valle de Fuego. Era un lugar extraño e inquietante, al oeste de la Corte del Rey, un valle de volcanes antiguos y secos, docenas y docenas de ellos, alzándose de la tierra, inactivos, como lo habían hecho durante miles de años. Ellos se elevaban en la Corte del Rey, un antiguo recordatorio de lo que una vez había sido. También, por supuesto, eran una defensa natural para la ciudad, que era el motivo, pensó Thor, por el cual la Corte del Rey se había construido aquí, para empezar.

Mientras Thor ascendía más y más alto, pudo ver las cimas de los volcanes secas, ninguna de los cuales había visto él en su vida. Eran hermosas, te dejaban boquiabierto. Hubo un leve olor en el aire, como de azufre que había existido, que se había filtrado en la tierra. Las botas de Thor se deslizaron por la tierra seca y la grava bajo sus pies cuando se acercaron a la cima de la montaña, una brisa fuerte se hacía cada vez más fuerte al llegar a la cima, llevado por un viento fresco, a pesar del día de verano.

Thor miró hacia abajo y vio la generosidad del verano extendiéndose por toda la Corte del Rey, con los campos de grano meciéndose en el viento, con valles de huertos enteros, con una abundancia increíble. Excepto aquí, en este Valle de Fuego, como un severo recordatorio de que toda esta generosidad podría acabarse algún día.

"Él está aquí", dijo Gwen, a su lado.

Thor miró y vio parado a Argon en la parte superior, ataviado con su manto blanco y capucha, sosteniendo su vara, mirándolos a todos, inexpresivo, como un pastor a la espera de su rebaño. Thor se llenó de alivio. Sin Argon, la ceremonia no podría llevarse a cabo — y nunca se sabía si aparecería Argon.

Llegaron a la cima del volcán antiguo, y mientras Thor y Gwen tomaban su lugar al lado de Argon, los tres se volvieron y miraron hacia el centro del volcán. El terreno estaba un poco inclinado, unos seis metros, había arena suelta y piedras, después se nivelaba en una meseta en la parte superior, formando un círculo perfecto, tal vez de noventa metros de diámetro, en el cual había un lago azul. Reflejaba el cielo, las nubes y los dos soles, y verlo dejaba a Thor sin aliento. Se dirigieron a la orilla del agua, y detrás de ellos, Thor escuchó los pasos suaves de miles de personas llegando a la cima, subiendo detrás de ellos a las orillas del lago.

Mientras estaban ahí parados, Argon se dirigió hacia Thor, extendió ambas manos y miró al niño.

Thor se encontró sosteniendo a su hijo, reacio a dejarlo ir; sintió una mano suave en su antebrazo y miró a Gwen, y ella asintió.

"Está bien", dijo. "Entrégalo".

Thor renuientemente extendió la mano y colocó a Guwayne en brazos de Argon.

En el segundo que lo hizo, el cielo silencioso se llenó de gritos del sonido del llanto de Guwayne. Thor sintió que su corazón se rompía ante ese sonido. Thor sentía un vacío, una sensación de vacío, mientras el calor de Guwayne dejaba sus brazos.

Argon abrazó a Guwayne, y poco a poco, su llanto se detuvo. Argon le fue quitando pieza por pieza de ropa, hasta que Guwayne quedó completamente desnudo. Entonces Argon elevó al chico por lo alto, hacia el cielo, sobre su cabeza, y se volvió y enfrentó a la gente.

"En nombre de los siete antepasados, en nombre de los antiguos pilares, en nombre de los campos de la luz y de los cuatro vientos y la gran división, hago un llamamiento a todos los dioses que existieron y que existirán para que bendigan a este niño. Denle toda la fuerza de su padre, el espíritu de su madre. Infúndanle continuar con el linaje real de los MacGil. Denos a un gran guerrero y a un gran líder de hombres".

La congregación ovacionó en aprobación y Argon se dio vuelta, se arrodilló a un lado del agua, puso al bebé boca arriba y lo sumergió en el agua.

Gwen jadeó y se abalanzó instintivamente para salvarlo, pero Thor agarró su muñeca. Ahora era el momento para tranquilizarlo.

Argon lo levantó del agua y Guwayne gritó. Argon lo sumergió otra vez.

Luego, una tercera vez.

Mientras Argon finalmente lo levantaba por lo alto, la multitud se arrodilló y bajaron sus cabezas. Guwayne gritó, y al hacerlo, Thor se sorprendió cuando la tierra debajo de él comenzó a temblar. Todos se miraron mutuamente con miedo y asombro, mientras un gran terremoto sacudía la tierra, todos ellos dando tumbos, Gwen agarró la muñeca de Thor.

"¿Qué está pasando?", preguntó. "¿Es por el niño?".

De repente, alrededor de ellos, hubo explosiones tremendas.

Thor miró hacia arriba y se sorprendió al ver todos los volcanes alrededor de ellos explotando, estallando en el aire, con grandes columnas de humo llenando el cielo de verano y chispas y fuego fundido. Los volcanes estaban lo suficientemente lejos, tanto, que Thor no podía sentir su calor desde aquí. Pero estaba asombrado ante lo que veía, ante su belleza, docenas de volcanes disparando fuego derretido en el aire, volcanes que habían estado inactivos durante siglos. Había sucedido en un momento feliz, y Thor sabía tenía un gran significado. Toda la gente se miraba unos a otros con terror y asombro. Incluso Argon miró al chico asombrado, claramente asombrado.

¿Quién era este niño?

Thor no lo sabía. Pero él sabía, podía sentirlo en cada gramo de su ser, que su hijo era más poderoso que cualquier cosa que había conocido.

CAPÍTULO QUINCE

Alistair estaba parada en el techo de la pequeña fortaleza, corriendo la mano a lo largo de los antiguos parapetos de piedra y miraba hacia la campiña del Anillo en este día de verano brillante y hermoso. Desde aquí, rodeado de nada más que colinas, ella vio campos de hierba verde y violeta, meciéndose en el viento, bamboleándose en el sol, susurrando, como si estuviera feliz de estar viva. El clima era perfecto, los dos soles brillaban y Alistair se reclinó y respiró profundamente y disfrutó todo.

Por primera vez, Alistair se sentía relajada, contenta, cómoda con el mundo. Finalmente, tenía amor en su vida, había conocido a un hombre que la amaba y también había conocido a su hermano. Pronto se casaría. Y Argon quiso ayudarla a comprender quién era realmente. Por primera vez en su vida, Alistair empezaba a sentir que no era una especie de monstruo ni una marginada. Ella estaba empezando a entender que lo diferente en ella era lo que la hacía especial. Que sus poderes eran una parte normal y natural de ella. Una parte de ella no tenía que avergonzarse de reclamar. Se sintió poderosa, especialmente después de su viaje al mundo de las tinieblas, después de su batalla contra el Imperio, y viendo lo poderosa que era.

Desde que Thor había matado a su padre, Alistair había sentido una inmensa sensación de paz en el mundo. Se sintió aliviada de que todo el mundo, especialmente Erec, supo su secreto, sabía que su padre era un monstruo. Ella había estado tan asustada de que si él lo descubriera, la dejaría. Y ella no podría culparlo. Pero Erec había permanecido leal a su lado. Ni una vez la había culpado ni mirado de manera diferente; por el contrario, su compasión hacia ella se había profundizado y ella podía sentir que él no la veía de manera diferente. Después de todo, él había insistido en que no somos nuestros padres. Por primera vez en su vida, ella estaba empezando a darse cuenta de eso.

Alistair había tomado un descanso de todos los preparativos de la boda para bajar aquí y visitar a Erec, a medio día de distancia de la Corte del Rey, mientras se hallaba inmerso en el trabajo de Los Plateados, reconstruyendo y volviendo a armar las fortificaciones, como había hecho durante muchas lunas.

Alistair miraba los parapetos y vio por debajo a decenas de miembros de Los Plateados, sus armaduras brillando en los soles de la mañana y a Erec en medio de ellos, como siempre, dirigiendo a los hombres mientras estaban trabajando duro para reconstruir las fortificaciones. Otros caballeros iban corriendo en sus caballos, en sus improvisados campos de entrenamiento, haciendo ejercicios, combatiendo, manteniendo sus habilidades.

Alistair vio cuatro carreteras principales pasando a través de este pequeño pueblo, vio cuán estratégicamente situado estaba, aquí en el centro del país y sabía que Erec tenía un trabajo importante que hacer aquí, mantener seguros a todos estos aldeanos. Erec había colocado cuidadosamente a sus hombres en diferentes puntos de la campiña, ayudando a reparar los caminos, a elevar las puertas, a profundizar los fosos y a extraer la piedra que necesitaban para reparar el daño que Andrónico había causado. Era increíble que no quedara nada en absoluto en este fuerte. En muchos de los otros pueblos a lo largo del Anillo, las fortalezas que habían existido durante siglos fueron completamente arrasadas, insalvables.

Alistair escuchó un estruendo a lo lejos. Ella miró al horizonte y vio a un jinete solitario yendo hacia la torre, levantando polvo en el camino. Vio cómo cabalgó hasta Erec, se arrodilló ante él y le entregó un pergamino. Se preguntó qué podría ser lo que le hacía cabalgar con tanta prisa.

Erec estuvo muy quieto durante mucho tiempo, leyendo. Finalmente, se volvió y caminó hacia el fuerte. Parecía perdido en sus pensamientos, con la ceja fruncida, y fuera lo que fuera, Alistair había percibido de su lenguaje corporal, que no era bueno.

Alistair oyó que arrastraban los pies, subiendo la escalera de piedra de espiral, y luego Erec apareció en el techo de la fortaleza, sosteniendo el pergamino, con una expresión sombría.

"¿Qué pasa, mi señor?", preguntó Alistair, apresurándose hacia él.

Erec miró hacia abajo y sacudió su cabeza. Podía ver sus ojos llenos de lágrimas.

"Mi padre", dijo tristemente. "Está gravemente enfermo".

Alistair se sentía abrumada de compasión por Erec y se acercó y lo abrazó, y él también la abrazó. Él nunca había hablado con ella de su padre, o de su pueblo, y ella no sabía mucho sobre ellos. Todo lo que sabía era que Erec provenía de las Islas del Sur.

"¿Qué vas a hacer?" preguntó.

Erec miró al horizonte, pensando.

"Debo ir con él", dijo. "Tengo que verlo antes de que muera".

Los ojos de Alistair se ensancharon.

"¿A las Islas del Sur?", preguntó.

Asintió, serio.

"Es un largo viaje, mi señora", dijo. "Duro e implacable. Tendré que cruzar el Mar del Sur, que tiene más vidas que las que deja pasar. Será más seguro que permanezcas aquí. Volveré a tu lado".

Alistair sintió un torrente de determinación, y meneó la cabeza.

"Nunca volveré a apartarme de ti", dijo. "Me lo prometí a mí misma. Y tengo la intención de cumplirlo. Sea cual sea el precio. Me reuniré contigo".

Erec la miró, viendo su determinación, conmovido.

"Pero la boda de Gwendolyn", respondió. "Tú eres la dama de honor".

Alistair suspiró.

"Si tienes que irte ahora", contestó, "entonces debo ir contigo. Gwendolyn comprenderá".

Erec la abrazó, y ella también lo abrazó. Lo abrazó fuerte y quiso saber. ¿Cómo sería su viaje? ¿Cómo eran las Islas del Sur? ¿Cómo era su familia? ¿Les agradararía a ellos? ¿La aceptarían? ¿Llegaría a tiempo para ver a su padre antes de morir?

Y sobre todo, ¿cómo afectaría esto a su boda? ¿Retrasaría todo?

¿Realmente entendería Gwen? ¿También Thor? ¿Nunca vería a su hermano otra vez? ¿Volverían al Anillo?

Por alguna razón, tenía la sensación de que no lo harían.

*

Alistair pasó por la Corte del Rey, después de haberse despedido de Gwendolyn, y todavía sentía su corazón roto. Había sido doloroso darle la noticia, a pesar de que Gwen la había recibido bien. Se sentía terrible por decirle a Gwen, especialmente en este momento, justo antes de su boda. Pero como lo veía, no tenía otra opción. Erec sería su esposo, y no soportaría separarse de él otra vez. Gwen había sido comprensiva, estoica, y había facilitado las cosas a Alistair. Pero Alistair sentía, en el fondo, que Gwen estaba herida, que ella habría querido que estuviera presente en su boda. Alistair deseaba que las cosas pudieran ser diferentes; pero esta era la mano

que la vida le había repartido.

Cuando Alistair salió de la Corte, estaba decidida, antes de ir con Erec, ver a su hermano una vez más, para darle también la noticia de que se iba. Se preparó a sí misma. Cuando todo esto terminara, Alistair juró silenciosamente volver, encontrar una manera de regresar al Anillo, para estar con Gwendolyn y Thor y con toda su gente, de nuevo. Después de todo, ella y Gwendolyn habían pasado juntas por muchas cosas en el Inframundo, y Gwen sentía que era una verdadera hermana para ella, como la hermana que nunca había tenido. Alistair también se sentía protectora de Gwen. Se sentía cerca de ella, especialmente desde que supo la noticia de su nuevo hijo.

Alistair apenas podía creer que tenía un sobrino. Cuando lo sostuvo en sus brazos, sintió su energía corriendo a través de ella y había sentido una mayor conexión con el niño de lo que había imaginado. El hijo de su hermano. Era difícil de imaginar. Mientras lo sostenía, sabía sin duda que los dos tendrían una relación estrecha de toda su vida.

Alistair pasó por las nuevas puertas de piedra recientemente reconstruidas que conducían al terreno de entrenamiento de La Legión de entrenamiento, más allá de todos los nuevos reclutas alineando el campo, todos con la esperanza de captar la atención de su hermano por un puesto en la codiciada Legión. Ella vio a su hermano y avanzó por el patio y desmontó ante él.

Thor debe haber intuido su llegada, porque incluso antes de que se acercara a él, giró y se dio vuelta y encontró su mirada, sus ojos de color gris claro se encendían en el sol de la mañana; parado ahí tan noble y orgulloso, todos los guerreros esperanzados de La Legión lo miraban. Su hermano era claramente un líder, y todos estos chicos, algunos un poco mayores que él, lo admiraban como si fuese un dios. Ella pudo entender por qué. No sólo era un guerrero experto, sino también emanaba una energía, algo místico, casi como una luz que brillaba a su alrededor. Era difícil señalar exactamente lo que tenía. Era casi como si mirara a una leyenda, cuando aún no estaba vivo. También tenía un aire fugaz en él, como si de alguna manera, él, ardiendo de manera brillante, podría no vivir mucho tiempo, como una estrella fugaz corriendo a través del cielo. Ella se estremeció al pensarlo e intentó suprimirlo.

Pero cuando Alistair se acercó a él, de repente se atragantó. Ella tuvo una visión, vio algo que no podía suprimir. Era una visión: vio a su hermano muerto. A una edad temprana. Vio la muerte — y la gloria — alrededor de él.

Alistair se detuvo ante Thor, a punto de abrazarlo, y su sonrisa se

transformó en un ceño fruncido, ya que apenas se contuvo para no llorar. Se habían vuelto muy cercanos en estas últimas lunas, y Thor era la única familia que ella tenía, y la idea de perderlo ahora, después de que acababa de conocerlo, era demasiado para soportarlo.

"¿Qué pasa, hermana mía?", Thor le preguntó, mirándola, desconcertado.

Alistair solamente meneó la cabeza, mordiéndose la lengua. En cambio, se acercó y lo abrazó, y él también la abrazó. Estando sobre su hombro, rápidamente limpió las lágrimas y se obligó a sonreír.

Ella retrocedió.

"Nada, hermano mío", dijo.

Ella miraba escéptica, preocupada.

"Pero pareces preocupada", dijo.

"He venido a despedirme", respondió.

Thor la miró, con sorpresa y decepción en su rostro.

"Erec sale hacia las Islas del Sur", dijo, y debo unirme a él. Lo siento. No estaré aquí para verte casado".

Thor asintió, comprendiendo.

"Es al lado de Erec donde debes estar", dijo. "Él es el mejor guerrero de nuestro Anillo — y sin embargo, te necesita. Tú eres todavía mejor. Protégelo".

"Tú también lo eres", dijo.

Thor se sonrojó de vergüenza.

"Soy solamente un chico de una pequeña aldea agrícola", respondió humildemente Thor.

Alistair meneó la cabeza, alejándose.

"Eres mucho más que eso".

Thor suspiró y miró a lo lejos, a sus reclutas entrenando.

"Pronto también me iré", dijo él.

Alistair repentinamente pudo penetrar en su mente, como a menudo lo hacía cuando estaba cerca de él.

"Irás a buscar a nuestra madre", dijo, fue más una afirmación que una pregunta.

Thor la miró, sorprendido.

"¿Cómo lo supiste?", preguntó.

Ella se encogió de hombros.

"Eres un libro abierto a mi alrededor", dijo ella. No sé por qué. Es como si

pudiera ver lo que ves".

"¿Qué ves?", Thor preguntó, emocionado, estrechando sus ojos. "¿Encontraré a nuestra madre?"

Alistair tuvo un repentino destello del futuro de Thor. Ella vio que sin duda la encontraría. Pero entonces la visión fue oscurecida, como si estuviera siendo enmascarada deliberadamente por el destino. Vio a Thor en una gran batalla, una más allá incluso de sus poderes. Ella vio la oscuridad alrededor de ellos, y rápidamente cerró los ojos y movió la cabeza, queriendo acallar la visión. Estaba muy oscuro, era demasiado aterrador.

No quería asustar a Thor, y se obligó a sí misma a permanecer serena. Ella se estremeció por dentro, pero no lo dejó que se diera cuenta.

"La encontrarás", respondió.

Thor la miró, sin estar convencido.

"Y sin embargo... dudas", dijo.

Alistair meneó la cabeza y miró hacia otro lado.

"La última vez que hablamos de mamá", dijo ella, "empezaba a decirte que tengo algo de ella. Quiero que lo tengas. No sé si alguna vez la veré".

Alistair buscó en su bolsillo y extrajo un objeto.

"Extiende tu muñeca", dijo.

Thor lo hizo, y miró hacia abajo mientras Alistair tendía una pulsera de oro, de quince centímetros de ancho y la abrochó alrededor de su muñeca. Ésta cubría la muñeca de Thor, a mitad de su antebrazo, brillaba, cambiaba de colores en la luz.

Thor la examinó con estupor. Ella podría decir que estaba asombrado.

"La tierra de los Druidas es un lugar terrible", dijo. "Un lugar de gran poder. Pero también de gran peligro. La necesitarás más que yo".

"¿Qué es?" preguntó, pasando un dedo a lo largo de su superficie lisa de oro.

Ella se encogió de hombros.

"Es la única cosa que mamá me dejó. No sé lo que es, o lo que hace. "Pero sé que lo necesitarás adonde vas".

Thor se inclinó y, claramente agradecido, abrazó con fuerza a Alistair, y ella también lo abrazó.

"Cuídate", dijo Thor.

"Dale mis saludos a mamá", dijo. "Dile que la amo. Y un día, espero encontrarme con ella, también.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Los asistentes abrieron las puertas dobles y Reece se preparó cuando entró a la habitación de su madre enferma. Sintió un hoyo en el estómago cuando el cuarto oscuro lo acogió, iluminado sólo por una antorcha parpadeante. Las enfermeras rondaban la cama de su madre, dándole palmaditas en su frente, con pomadas. Hafold se quedó parada muy cerca de ella. Reece había estado preocupado todo su viaje hasta aquí, de no llegar con ella antes de que muriera — y estaba muy agradecido de hacerlo. Él había venido aquí antes, en cuanto la embarcación tocó la costa, antes de ir incluso a dar la noticia de la boda a Selese.

El pensamiento de la muerte de su madre había destrozado a Reece. De todos los hijos, Reece, el más joven, siempre había sido el que era más cercano a su madre. Eran confidentes uno del otro, y ella había sido más amable y más gentil con él que con los demás. Ella lo había protegido de la ira ocasional de su padre y siempre se había asegurado de que tuviera lo mejor de todo. El pensamiento de ella muriendo lo hacía sentir como si una parte de él estuviera muriendo también. Habría querido más que nada que ella estuviera viva para su boda.

Pensar en la inminente boda confundía a Reece. Durante todo el viaje en barco a casa, su mente había estado lleno con pensamientos de Stara, de su encuentro, de su amor por ella. Durante el viaje, permaneció decidido a convertirla en su esposa, en decirle a Selese las noticias.

Pero ahora que había llegado a casa otra vez, que había entrado en la Corte del Rey, que había visto todos los preparativos de la boda, le dio qué pensar. Era un espectáculo. La Corte del Rey parecía más hermosa que nunca, y finalmente, miles y miles de personas llegaban desde todos los rincones del Anillo y del mundo, preparándose para observar. Y Reece estaría en el centro de todo. Él podría estar defraudando no sólo a Selese, sino también a su hermana y a Thorgrin, arruinando el día especial de todos, por el cual habían trabajado tan duro para prepararlo. Él podría también estar defraudando a las miles de personas que esperaban este gran evento.

¿Cómo podría hacer eso? ¿Cómo podría traicionar a su pueblo? Y sobre

todo, ¿cómo podría traicionar a Selese? La idea de lastimar a Selese le dolía infinitamente. A ella, sobre todo, que había sido tan amable y leal a él. ¿Hacía bien en seguir sus pasiones, su corazón? ¿O estaba siendo egoísta, se equivocaba al traicionar a todos a su alrededor?

Reece ahora se sentía completamente perdido en cuanto a qué hacer. Se sentía como un traidor, como el peor traidor del mundo.

Excepto, por supuesto, a Stara.

Reece pensaba en ella, y un torrente de amor lo arrasaba, tan fuerte, como una ola en todo su mundo. Era un amor que le empujaba, un amor lo suficientemente fuerte como para desafiar a todo el mundo y todo lo que conocía y amaba.

Mientras Reece se acercaba a la cama de su madre, se obligó a sí mismo a despertar y centrarse en ella. Ella abrió los ojos cuando le puso una mano en la muñeca e hizo un gesto a Hafold, quien reunió a todos los sirvientes y rápidamente salieron de la habitación.

Reece y su madre estaban solos, y Reece, como había hecho toda su vida, quería confiar en ella, preguntarle qué pensaba, cuál era su opinión. Pero no sabía si podría hacerlo. No sabía si ella estaba en un estado para escucharlo todo, o para responder y aunque esto era urgente, y se sentía devastado, no quería molestarla ahora mismo, en sus últimos momentos. Además, ella le había dado su anillo real para proponerle matrimonio a Selese, junto con su bendición. ¿Cómo podría decirle que quería casarse con otra persona?

Reece tomó la mano débil de su madre en las suyas, y una lágrima rodó por su mejilla mientras él bajaba su frente a la parte posterior de su mano. Estaba abrumado por un torbellino de emociones.

Su madre se sentó un poco en la cama, lo miró, y luego tosió y tosió, el sonido reverberaba en su pecho. Era una tos que nunca había oído; la tos de una anciana. Eso le aterrorizaba y le apretó la mano.

"Mamá, lo siento", dijo. "Lamento no haber podido venir antes".

"Estabas lejos atendiendo asuntos importantes", dijo ella. "Asuntos de la reina. Después de todo, las Islas Superiores son importantes, también".

Su madre lo vio con una mirada que conocía bien.

"Y escuché que tenías otros asuntos además de eso", añadió.

Reece la miró aturdido. ¿Cómo pudo saberlo? Incluso aquí, ahora, más allá del océano. Le había subestimado. Nada se le escapaba. Él debería haberlo sabido; toda su vida, su madre siempre había sabido todo. Tenía espías en

todos los rincones del Reino, y siempre sabía algo antes que él, incluso antes que su padre. Él no podía salirse con la suya en nada. Había un dicho en la Corte del Rey: cuando los pasillos susurraban, la reina MacGil lo escuchaba antes que el eco.

"¿Cómo lo supiste?", Reece preguntó, sabiendo que era una pregunta estúpida.

Ella simplemente meneó la cabeza.

"¿Cómo podrías hacer eso?", preguntó ella, disgustada.

Reece enrojeció, avergonzado.

"Te di mi anillo", agregó su madre. "El anillo que tu padre me dio. Un anillo de honor. Un anillo que significa tu palabra de que no traicionarías a otra persona. Por ningún motivo. Era un anillo para toda la eternidad, el anillo que bendije para que se lo dieras a Selese, y te has burlado".

Ella lo miró con desprecio y Reece miró hacia otra parte, humillado, incapaz de volverla a mirar. Su confusión aumentaba, y se sentía cada vez más inseguro.

"Lo lamento, madre", dijo. "No quise decepcionarte. No quise enamorarme de Stara. Ni siquiera fue mi intención buscarla".

"Aunque la viste, no te alejaste. Esa fue tu decisión. Esas fueron tus acciones. Podrías hacer feliz a una mujer solitaria. Pero piensa a cuántos otros lastimarás".

Su madre meneó la cabeza.

"Ya no se trata de ti", dijo ella. "Ya verás, con el tiempo, que la lujuria se confunde frecuentemente con el amor y la lujuria es una cosa infantil. Conforme envejecas, verás que el amor, el verdadero amor, se trata de compromiso, de responsabilidad. Especialmente para ti — un miembro de la familia real. No somos gente común; todos somos actores aquí. Todo el Reino recurre a nosotros. Somos un espectáculo para las masas y un poco más. No te engañes. Si las masas están en paz, significa que la familia real puede gobernar. Tu vida no es privada. La gente cuenta contigo. No puedes hacer un acto de deshonor en la familia real. Has dado tu palabra, y debes cumplirla, por encima de todo. Sin eso, ¿qué seríamos? ¿Qué valor tendría el linaje real?".

La frente de Reece estaba cubierta de un sudor frío, y lo limpió con el dorso de su mano. Su boca se secaba mientras escuchaba las palabras de su madre, tan punzantes, como siempre.

"Lo lamento, madre", dijo otra vez. "He vivido toda mi vida por el honor. No pretendo deshonrar a nadie".

"Por supuesto que sí", replicó ella.

"No fue mi intención deshonrar a Selese", insistió. "Pero amo a Stara. ¿No es malo ignorar los sentimientos?".

"Los sentimientos son temporales", dijo ella. "Las acciones son permanentes. Podrías seguir tus pasiones si fueras un plebeyo. "Pero no lo eres". Eres hijo de un rey. No puedes darte el lujo de seguir tus sentimientos. Haz lo que es correcto, lo que se espera de ti. No traiciones a aquel a quien diste tu palabra, que ha puesto su fe en ti".

Ella suspiró.

"Stara estará dolida, es cierto. Pero es una persona. El resto del reino será feliz. Podrías lamentarlo toda tu vida. Podrás odiarlo, podrás odiarme. Pero ese es el precio que pagas por estar en la familia real. Hay muchas formas de honor. El honor cantado en la batalla es el más fácil. El honor en la vida cotidiana — ése es difícil. Debes demostrar el honor tanto en el amor, como lo harías en el campo de batalla. Uno no es más importante que el otro. Muéstrame a un guerrero honorable que ha traicionado a su esposa, y te mostraré a un hombre que vale menos que nada".

El tono de su madre era el más duro que Reece había escuchado, y se dio cuenta de que eran los sonidos de una mujer en su lecho de muerte, una mujer que ya no tenía tiempo, sin nada que perder y con urgencia en su mensaje. Fue un tono que Reece apenas reconoció.

Lo peor de todo, es que sabía que ella tenía razón. Bajó su cabeza, deseando estar en cualquier parte, menos en esta habitación sofocante. Él deseaba no haber tenido que estar en este dilema. ¿Cómo es que su vida se había vuelto tan complicada tan rápido?

"No eres un niño", dijo. Ahora eres un hombre. Por eso los hombres enseñan el honor. No las mujeres. Pero eso significa que sólo te van a enseñar la mitad de lo que el verdadero honor significa. Ya era hora de que lo aprendieras de una mujer. Porque solo entonces te convertirás en un verdadero hombre".

Reece sintió que su cara se sonrojaba. Se sintió más avergonzado que nunca en su vida.

"Tienes razón", dijo finalmente, con la voz quebrada, haciéndose difícil pronunciar las palabras. "Mis acciones han deshonrado nuestro nombre real.

Le di mi palabra, y la debo mantener. Cueste lo que cueste. Sea cual sea el precio".

Reece bajó la cabeza, su mundo giraba y deseaba morir. Sobre todo, le dolía haber dañado así a madre, especialmente en su lecho de muerte. Deseaba poder retractarse. Deseaba nunca haber visitado las Islas Superiores.

Reece sintió que su madre apretaba su mano con una fuerza sorprendente, y la miró, con lágrimas en los ojos. Se sorprendió al verla sonriéndole — era la anciana madre cariñosa que siempre había conocido.

"Estoy orgullosa de ti, hijo mío", dijo. "Tu padre también lo estaría". Has escuchado, y harás lo correcto. Ahora vete y cástate con Selese. Usa mi anillo con honor. Y borra a Stara de tu mente. Las Islas Superiores sólo engendran problemas — siempre lo han hecho".

Reece sonrió, sintiendo un torrente de amor por su madre; al mismo tiempo, también se sintió devastado porque estaría perdiendo pronto a su mejor asesora, a la persona en quien confiaba por encima de todo.

Se inclinó y la abrazó fuerte, llorando sobre su hombro ante la idea de perderla, y ella lo abrazó también, sujetándolo con sus frágiles brazos.

"Eres a quien más amo, Reece", dijo. "De todos mis hijos. Siempre lo he hecho.

Reece lloró, superado por la emoción, sabiendo lo que tenía que hacer. Tenía que ir pronto con Selese, antes de que pasara otro momento, y decirle cuánto la amaba. Decirle que quería que ella y sólo ella, fuese su esposa.

CAPÍTULO DIECISIETE

Selese salió de la casa de los enfermos y se quitó su bata de trabajo, con una amplia sonrisa en su cara, habiendo terminado con sus labores de curación del día. Era una hermosa tarde de verano, ambos soles brillaban, el viento soplaba su pelo, y respiró profundamente. Pasó a través de un campo de flores, sintiendo un optimismo como no había sentido en años, soñando con cada minuto de su boda.

Sintió mariposas en el estómago. Su boda con Reece, el amor de su vida, sería dentro de unos días, y no se le ocurría pensar en nada más. Toda la mañana, mientras cuidaba a los enfermos, las horas habían volado al imaginar su boda cercana, se veía a ella y a Reece caminando juntos por el pasillo y veía a los miles de espectadores que estarían allí para presenciar la alegre ceremonia, la boda doble de Gwendolyn y Thorgrin. Sobre todo, se imaginaba a Reece besándola, sosteniéndola, haciendo sus votos para estar juntos por el resto de sus vidas. Imaginaba la alegría que sentiría al saber que finalmente sería su esposa, después de todas esas lunas de espera, que nada nunca les podría separar.

Era todo lo que Selese quería. Reece había robado su corazón en el momento en que ella había puesto los ojos en él y estar oficialmente casada con él sería el mejor día de su vida — y el comienzo de su nueva vida. En cierto modo, sintió que su vida había comenzado el día en que lo conoció.

Selese empezó a correr, saltando a través de los campos, ansiosa por volver a la Corte del Rey y terminar todos los preparativos de su boda. Había que hacerse la prueba del vestido de último minuto, elegir las flores y ramos de flores y varios otros asuntos le esperaban y ella no quería llegar tarde a ninguno de ellos.

"¡Selese!", se escuchó una voz que no reconoció.

Selese se dio vuelta, desprevenida por la voz del extraño y se sorprendió al ver, montando a caballo yendo hacia ella a través de los campos, a un hombre que no conocía. Vestía una armadura de otro lugar, y le tomó un momento reconocer que era el uniforme de los MacGil de las Islas Superiores. Se preguntó qué podría estar haciendo aquí con un asunto tan urgente, y cómo

sabía su nombre.

"Usted es Selese, ¿verdad?", preguntó, mientras él se acercaba y desmontaba, con dificultad para respirar.

Su corazón se agitó al ver la expresión seria en su rostro. Ella sabía que Reece había viajado recientemente a las Islas Superiores — esperaba ansiosamente su regreso — y de repente se preguntó si este hombre venía a traer malas noticias, quizá de que Reece estaba enfermo o herido, o que algo malo le había pasado.

"¿Está todo bien?", preguntó rápidamente, alarmada.

"Mi nombre es Falus. Yo soy el hijo mayor sobreviviente de Tirus, de la casa de los MacGil de las Islas Superiores. Temo ser portador de malas noticias".

El corazón de Selese se agitó ante su tono sombrío. Ella sintió que sus manos comenzaban a temblar.

"¿Malas noticias?", preguntó.

Inmediatamente se detuvo, congelada, preparándose para la noticia de que algo malo le había pasado a Reece.

Se abalanzó y agarró la muñeca del hombre.

"Debe decirme — ¿él está bien?", le preguntó.

Falus asintió con la cabeza y ella suspiró con alivio.

"Reece está bien. No es la noticia que traigo".

Ella lo miró, confundida. ¿Qué otra noticia podría tener, posiblemente, para ella?

Falus extendió un pergamino, luego lo puso en la mano. Selese lo miró, confundida.

"Lamento tener que ser portador de esta noticia pero nosotros, la familia MacGil de las Islas Superiores, tomamos muy en serio nuestro honor, y creemos que es pertinente que deba saber esto ahora mismo. El hombre al que ama, Reece, se apresta a traicionarla. Está enamorado de otra persona".

Selese sintió un frío en todo su cuerpo al escuchar esas palabras, mientras lo miraba, desconcertada, tratando de procesar lo que estaba diciendo. Ella perdió todo sentido del tiempo y del lugar; era como una pesadilla terrible desplegándose delante de ella.

Se sentía incapaz de hablar.

"Mi hermana, Stara", continuó, "la prima de Reece, está enamorada de él. Y él está enamorado de ella. Su historia de amor ha florecido desde que eran

niños. Años antes de que ustedes dos se conocieran. En su reciente viaje a las Islas Superiores, Reece buscó a Selese y le prometió su amor y se comprometieron para casarse. En secreto".

Él suspiró.

"El pergamino que sostiene es la prueba de su amor. Es la carta de ella a él y de él a ella, cada uno profesando su amor al otro. Sin duda, reconocerá la caligrafía de Reece".

El corazón de Selese martillaba sus oídos con tal fuerza, que apenas podía pensar. Con la mano temblorosa, desenrolló los pergaminos, esperando que esto fuera una horrible mentira, un terrible error.

Pero comenzó a leer, y reconoció la letra de Reece enseguida. Sentía ganas de vomitar cuando leyó que le profesaba amor a Stara. El pergamino parecía viejo, quebradizo, sin embargo, de alguna manera, ella no se dio cuenta de ello. Sólo se centró en las palabras de Reece.

Sintió que su mundo entero se partía en dos.

¿Cómo podría ser esto posible? ¿Cómo podría alguien como Reece, tan orgulloso y honorable, tan noble y dedicado, hacer tal cosa? ¿Cómo podría traicionarla así? ¿Cómo podría haberle mentido? ¿Cómo podría amar a otra persona?

Su cabeza se arremolinaba, tratando de entender. Nada de eso tenía ningún sentido. Hacía un momento estaba dispuesta a casarse con él. Este era el hombre al que había amado con cada fibra de su ser, un hombre que era toda su vida, y que ella estaba segura de que él también la amaba. ¿Ella había estado tan equivocada? Ella no había considerado a Reece como una persona deshonesto. ¿Había sido tan tonta?

"Lamento traer esta noticia", dijo Falus. "Pero pensamos que debería saberlo de nosotros primero. Reece la ha humillado ante ambos reinos".

Selese se puso a llorar. Era más de lo que podía procesar. Ella quería responder, decirle a Falus que la dejara sola, caer muerta.

Pero su voz se atoró en su garganta, y él ya se había dado vuelta, como un mensajero de la muerte y se había ido en su corcel negro, pateándolo y yéndose más y más lejos, desapareciendo en el horizonte. Cabalgó a través de los campos de flores, pero ahora ya no podía ver su color. Ahora aparecieron como campos de espinas.

Selese miró los pergaminos en su mano, sollozando, humedeciéndolos con sus lágrimas, haciendo que se corriera la tinta. Ella se agachó y los rompió en

pedazos, una y otra y otra vez.

"¡NO!", gritó ella.

Con cada lágrima, sentía que toda su vida se hacía pedazos. Ahora todo lo que había imaginado, todo lo que había pensado que conocía, ahora se reducía a la nada.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Kendrick se detuvo ante el puente, sobre el Cruce Occidental del Anillo, supervisando a sus hombres, supervisando a Los Plateados mientras trabajaban con ganas, para asegurarlo, para reconstruirlo a su estado anterior. Acompañado de varios de sus amigos ilustres, incluyendo a Atme y a Brandt, Kendrick ayudaba a los hombres mientras rodaban una roca, ponían una nueva piedra en su lugar, reparaban la barandilla. Este puente había sufrido grandes daños desde que el Escudo se había desactivado, y demasiadas criaturas de la selva habían aprovechado la oportunidad para cruzar hacia el Anillo durante la invasión del Imperio.

Kendrick se quedó parado un momento y miró, y en su lado del Cañón, vio a los innumerables cadáveres de esas bestias esparcidos sobre el césped. Al mirar, varios de sus hombres los recogieron y los lanzaron sobre el borde del Cañón. En estas últimas lunas, se había filtrado informes de una bestia que había aterrorizado a un pueblo. Ahora, después de todas estas lunas en que Kendrick y Los Plateados los habían perseguido, matando a cualquier bestia que se hubiese filtrado mientras el Escudo estaba desactivado, los informes habían dejado de llegar. Kendrick estaba decidido a hacer que el Anillo fuese tan seguro como siempre lo había sido. Día con día reparaban todo el daño que Andrónico había causado.

Kendrick estaba encantado de estar con sus hombres, con Los Plateados, fortaleciendo el Anillo — era para lo que él sentía que había nacido. Estaba emocionado de que Gwendolyn le hubiese encargado guiar a Los Plateados, junto con Erec, y hacer que el Anillo fuera más fuerte, más seguro. Erec se había dirigido hacia el sureste para reconstruir las fortalezas en puntos estratégicos a lo largo del Anillo y se había llevado a la mitad de Los Plateados con él, mientras que Kendrick había tomado el resto de los hombres para fortificar el Cañón.

Kendrick se volvió y miró por encima del Cañón y vio, en el otro lado, a varias bestias al acecho en el bosque, observando su trabajo. Con el escudo activado, estas criaturas no se atreverían a cruzar. Pero todavía estaban allí, la selva llena de ellos, esperando su oportunidad, cuando llegara, para cruzar

otra vez. Kendrick estaba decidido a no dejar que eso sucediera.

"¡Levanten más alto esa piedra!", gritó Kendrick a varios caballeros, y ellos levantaron una roca particularmente grande y la aseguraron en su lugar.

Kendrick analizó el paisaje y seguía viendo el tremendo trabajo que tenían por delante. Quedaban innumerables pueblos aquí que necesitaban asegurar, paredes que necesitaban ser reparadas, puentes que debían ser reconstruidos, cruces que necesitaban guardias. Necesitaría distribuir a los caballeros de Los Plateados estratégicamente en determinados puestos, hacer su presencia conocida para prevenir la anarquía y recordar a la gente del poder de la Corte del Rey. La gente necesitaba saber que estaban siendo protegidos, custodiados. Y Kendrick debía prepararse, en caso de que por alguna razón hubiera otra invasión del Anillo.

"Mi señor", se escuchó una voz.

Kendrick se volvió para ver a su nuevo escudero corriendo hacia él, sin aliento mientras se arrodillaba. Kendrick se sorprendió al verlo; no lo había visto desde hacía muchas lunas, y pensó en la última vez que lo había enviado. Kendrick lo había enviado lejos, a atravesar el Anillo para ver si él podía descubrir alguna noticia sobre la madre biológica de Kendrick, a quien nunca había conocido. Había estado carcomiendo a Kendrick, y había sentido un deseo ardiente de conocerla, de saber de quién provenía. Odiaba la idea de ser un bastardo en el mundo. Y saber que el rey MacGil era su padre, no era suficiente para él.

Ver a este Escudero, hizo que el corazón de Kendrick se acelerara con expectación. ¿Había conseguido alguna noticia?

Kendrick siempre había esperado y soñado con que su madre sería una princesa en su propio derecho, tal vez en otras tierras, lejanas. Tal vez eso podría explicar por qué no había regresado nunca por él. Tal vez la separaba un vasto océano. Más que nada, sólo esperaba que ella estuviera viva. Esperaba poder verla, sólo una vez, si no era por ninguna otra razón que para preguntarle por qué lo había abandonado. ¿Por qué ella nunca lo había reclamado? ¿Ni siquiera sabía que existía?

El corazón de Kendrick se aceleró mientras su escudero estaba parado, tratando de recuperar el aliento. Por la mirada en su cara, Kendrick sintió que era portador de noticias.

"Mi señor", dijo su escudero, jadeando, "creo que la he encontrado".

La garganta de Kendrick se secó mientras su escudero estiraba la mano y le

colocaba la mitad de un medallón en la palma de su mano. Miró el medallón de bronce, lo acercó a la luz y lentamente extrajo el collar que había usado desde que recordaba — medio medallón de bronce. Su padre siempre le había dicho que la otra mitad pertenecía a su madre.

Los sostuvo en lo alto y se sorprendió al ver que eran idénticos. Había un agujero en el centro, y los agujeros alineados, con suficiente espacio para que un hilo pasara a través de él y para que se convirtiera en un collar.

Era auténtico. Le temblaban las manos al sostenerlo; había soñado con este día toda su vida.

"¿Dónde encontraste esto?", Kendrick preguntó, apenas capaz de hablar.

"En un pequeño pueblo en la parte norte del Anillo, mi señor. En una tienda. Lo compré. Me dijeron que una mujer se lo había vendido a ellos".

"¿Una mujer?", preguntó Kendrick. "¿Lo vendió?".

¿Era su madre?, se preguntaba. ¿Podría vender la única conexión que había tenido con él? ¿Eso había ocurrido muchos años atrás?

Su escudero asintió con la cabeza.

"Hace sólo unas lunas", dijo. "Me dijeron de dónde provino ella. Y su nombre: Alisa".

Kendrick lo miró, pasmado.

"Su madre está viva, mi señor".

Kendrick sintió que su mano se aflojaba, que el medallón le quemaba por dentro, mientras miraba al horizonte.

Su madre. Estaba viva.

Después de todo este tiempo, quería sacarlo de su mente; por un momento, incluso lamentó haber enviado a su escudero a esta misión.

Pero mientras más lo consideraba, más sabía que no podía hacer nada. Una ardiente curiosidad surgió dentro de él. Su madre. Estaba viva. ¿Qué apariencia tenía? ¿Se parecía a él? ¿Estaría feliz de verlo?

Kendrick miraba hacia el horizonte y sabía que no tenía elección.

Tenía que encontrarla.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Luanda, finalmente en el lado derecho del Altiplano, en el Reino Occidental del Anillo, respiró con alegría mientras cabalgaba con Bronson por el largo camino que la conduciría hacia la Corte del Rey. Se sentía muy bien estar en casa otra vez. Sentía oleadas de alivio al ver su casa, el lugar en el que ella había crecido, ver a toda la gente — a su pueblo — apiñados, las multitudes dirigiéndose a la ciudad para el funeral de su madre. Finalmente estaba en casa.

Luanda se sorprendió al ver la Corte del Rey tan resplandeciente, reconstruida, y magnífica como nunca. Le hacía darse cuenta de cuánto tiempo había estado ausente. Durante muchas lunas había sido desterrada, como una exiliada común. Ella apenas podía creer lo que había hecho su hermana.

Y sin embargo ahora se sintió reivindicada, al ser convocada aquí por su hermana para el funeral de su madre. Obviamente, Gwendolyn había tenido un cambio de sentimiento, se había dado cuenta de que se había equivocado, y estaba cambiando su manera de pensar y permitiéndole regresar a casa.

Luanda respiró profundamente mientras montaba detrás de Bronson, agarrada a su cintura, los dos cabalgando por la pendiente hacia la Corte del Rey, sintiéndose rejuvenecida a pesar del sombrío evento. Pronto, Luanda podría volver a entrar por las puertas de la Corte del Rey, finalmente de regreso a una ciudad civilizada. Tal vez, también había otras razones por las que Gwendolyn la había invitado a regresar — tal vez se había extendido el rumor sobre el fantástico trabajo que Luanda había hecho para ayudar a acabar con la rebelión, al matar a todos esos McCloud y prenderle fuego a ese salón. Entre los MacGil cerca de las tierras altas, Luanda ahora era considerada una heroína. Tal vez Gwen se dio cuenta de eso y estaba cediendo a la demanda popular de tenerla de regreso.

Desde aquella noche, desde que acabó despiadadamente con la rebelión, ningún McCloud se había rebelado. Los MacGil ahora tenían mucho más control sobre la ciudad de los McCloud que nunca.

Ella sabía que cada vez más y más, los MacGil, ahora la veían a ella, a Luanda, como su verdadera lideresa. Bronson había flaqueado, había mostrado

debilidad y Luanda había sido quien había mostrado la fuerza necesaria y la decisión. La dinámica había cambiado y eran vistos como marido y mujer gobernando una ciudad, siendo Luanda la jugadora decisiva. Bronson parecía estar de acuerdo con eso; se sentía abrumado por la situación, y no era un hombre inclinado a usar la fuerza. Sin embargo, Luanda no vacilaba.

Bronson nunca le había agradecido o aplaudido por sus implacables acciones de esa noche; sin embargo, tampoco la había reprendido. Tal vez estaba todavía en shock; o tal vez, en el fondo también admiraba lo que ella había hecho.

Cuando Luanda recordaba esa noche, se daba cuenta de que también le debía mucho a Bronson. Después de todo, si no fuera porque Bronson se acercó a salvarla, ahora estaría muerta. Se aferró más a la cintura de él, cuando pasaron por las puertas. Mientras más convivían, más se daba cuenta ella de que Bronson era el único hombre a quien amaba en el mundo — el único con quien podía contar, el único, a pesar de cualquier debilidad que pudiera tener, y se preocupaba por él y lo respetaba. Ella le debía su vida. Y eso no era algo que tomaba a la ligera. Estaba decidida a seguir a su lado. Y si la crueldad y la brutalidad eran cosas que le faltaban para gobernar, entonces ella se lo proporcionaría con gusto.

Entraron por las puertas levadizas de la Corte del Rey, uniéndose a una multitud vestida de negro. Desmontaron, y al hacerlo, Luanda tenía previsto ser recibida como una heroína que retornaba. Qué diferencia hicieron algunas lunas, cuando no hacía mucho tiempo que había entrado aquí en desgracia. Ahora era invitada a volver por la reina, después de sus acciones heroicas a nombre de los MacGil, y ahora ella participaría en el funeral de su madre. Volvería a tomar su lugar como honorable miembro de la familia real.

Luanda, sonrió de par en par, mientras comenzaba a darse cuenta de que su tiempo de exilio había acabado. Ella anticipó que sus hermanos la recibirían para saludarla, todos ellos aplaudiéndole, permitiéndole tener de nuevo un lugar en la corte, con Bronson. Luanda no podía esperar para saber qué rango y posición le había dado Gwen, y para establecerse. Juró nunca volver a salir de la Corte del Rey — y sobre todo, nunca volver a cruzar la zona montañosa.

Luanda y Bronson saludaban a las masas a su paso por la Corte del Rey, atravesando otro arco, saliendo por el otro lado de la ciudad y siguieron el cortejo fúnebre hasta una colina. Las campanas sonaban con cada paso que daban.

Finalmente, todos se detuvieron. La multitud era tan grande, que Luanda apenas podía ver sobre sus cabezas, apenas podía echar un vistazo a la tumba de sus antepasados.

Decidida, Luanda se abrió camino a través de las masas, agarrando la mano de Bronson. Mientras la gente se volvía para ver quién era ella, le daban paso y se le permitió llegar hasta el frente, los guardias haciéndose a un lado.

Luanda se detuvo en el claro, observando todo. Ante ella estaba la antigua tumba de mármol de sus antepasados, construida en la ladera, con su techo cubierto de hierba — la última morada de su padre y del padre de él y de todos los demás antes que ellos. Allí había un pequeño claro, en el que yacía el sarcófago de su madre, tallado en mármol y, afortunadamente, cerrado.

Al lado estaba parado Argon, frente a las masas, y a su alrededor, en un semicírculo, estaban sus hermanos: Kendrick, Godfrey, Reece — y, por supuesto, Gwendolyn. Luanda miró dos veces cuando vio a Gwendolyn sosteniendo a un infante. Estaba sorprendida. La última vez que Luanda la había visto, no se le notaba el embarazo.

Ver al bebé llenó de envidia a Luanda. Ella había estado tan fuera del círculo, que no le habían informado del bebé, de su sobrino, de su nacimiento. Lo peor de todo, es que allí estaba parada Gwendolyn, su hermana menor, sosteniendo un bebé — mientras ella, Luanda, la mayor, quedó estéril. Era injusto. Eso causó una nueva oleada de resentimiento en Luanda, que decidió duplicar sus esfuerzos para tener un hijo con Bronson — si no era por ninguna otra razón que por imponerse a su hermana.

Al lado de Gwendolyn estaba parado Thorgrin; al lado de Godfrey, Illepra; y al lado de Kendrick, Sandara. Abajo, a los pies de Gwendolyn, estaba Krohn, ese animal que a Luanda nunca le había gustado. Krohn se dio vuelta y gruñó a Luanda, cuando se acercó al claro para tomar su lugar junto a los demás, en este lugar reservado sólo para la familia, con Bronson a su lado.

Bronson se quedó allí, como si tuviera miedo de entrar a los reservados para la familia, pero Luanda tomó su mano y tiró de él, y los dos se acercaron al sarcófago, tomando su lugar al lado de los otros.

La multitud guardó silencio, miles de ellos, todos de pie, mirando, mientras Gwendolyn y sus hermanos se volvieron y enfrentaron a Luanda, viéndola por primera vez en muchas lunas. Había una mirada de sorpresa cautelosa en sus caras; ciertamente no era la gran bienvenida que ella había esperado. Por otra parte, pensó ella, este era un evento sombrío.

Luanda miró a Gwendolyn, y se sorprendió al ver cómo se veía desde su embarazo. Gwen parecía mucho mayor ahora, de más allá de su edad. Vio las líneas en la frente, debajo de sus ojos — y podría decir que la vida había pasado factura a la reina. Sin embargo, era algo que Luanda había querido para ella misma.

Luanda buscó la mirada de Gwen, buscó alguna señal de disculpa o arrepentimiento; estaba desconcertada al no ver ninguna. Gwen la miró, fría y duramente, con la misma mirada que llevaba el día que ella la había desterrado. Toda la calidez y la compasión de la hermana más joven que ella había conocido, ya no existía. Pero no sabía por qué. Después de todo, ¿no la había convocado aquí? Ella sentía que su hermana menor, se estaba volviendo más y más difícil de entender conforme pasaban los años.

No había tiempo para hablar con ella. Argon se acercó al sarcófago y levantó ambos brazos por lo alto, y todos bajaron sus cabezas y cerraron los ojos.

"Hemos venido hoy a celebrar la muerte de un miembro querido de la familia real de los MacGil", dijo, con su voz al viento. "La matriarca de la familia, esposa devota de nuestro amado rey MacGil. Una amada reina durante tantos años. Una mujer que todos conocíamos y amábamos. Una mujer que finalmente tendrá la oportunidad de estar al lado de su marido, quien fue arrebatado de ella muy pronto".

Las palabras de Argon hicieron a Luanda pensar en su madre y en su relación. Había sido una relación en la que Luanda siempre había confiado, que siempre había pensado que ella entendía. Pero cuando Luanda creció, había comenzado a preguntarse si tal vez había leído mal. Cuando era joven, Luanda siempre pensó que ella, siendo la primogénita, era la favorita de su madre, su orgullo y alegría, la que ella había preparado para convertirse en una gran gobernante y reina. Nunca se habían peleado.

Gwendolyn, por otro lado, siempre había sido con quien su madre tenía más dificultades, era con la que siempre había estado discutiendo y gritando. Pero Luanda y su madre siempre se habían llevado bien. Cuando Luanda se había casado con McCloud, naturalmente había asumido que había sido porque su madre había esperado que fuera una mujer de gran poder y había condonado ese casamiento, que daría a Luanda la posición de fuerza que se merecía. Al mismo tiempo, ella había asumido que su madre no había pensado en Gwendolyn para alguna gran posición, y que la había conservado aquí, para

permanecer en la Corte del Rey, donde ninguna mujer podría obtener poder, para una vida vacía.

Sin embargo ahora, siendo mucho mayor, Luanda se preguntaba si estaba equivocada. Ahora, en retrospectiva, veía las cosas diferentes. Ahora ella vio que la relación pudo haber sido todo lo contrario. Tal vez Gwendolyn era en quien su madre había tenido fe todo el tiempo, al igual que su padre. Quizás todos sus pleitos y gritos con Gwen habían sido una señal de que ella estaba, paradójicamente, más cerca de ella. Tal vez la falta de lucha de Luanda con ella no era una señal de su vínculo sino más bien una señal de la decepción de su madre y de indiferencia; y tal vez su madre la había casado para sacarla del lado del reino de los MacGil.

Luanda estaba asombrada. Ella siempre había asumido que su madre había admirado su ambición; pero ahora, mirando hacia atrás, viendo el gran lugar reservado para Gwendolyn, Luanda se preguntaba si su madre realmente detestaba su ambición. Luanda estaba empezando a mirar a todos sus hermanos con una nueva perspectiva; ahora vio que no era la líder, la más respetada — sino la marginada, y la menos amada. Le dolía darse cuenta de ello. Y darse cuenta de cuán delirante había sido. ¿Cómo podría ella no haberlo visto? ¿Cómo podría haber estado equivocada tanto tiempo?

Luanda sentía que los viejos sentimientos subían a la superficie, y sintió una nueva ola de ira e indignación. Miró al sarcófago de piedra de su madre, y no tenía lágrimas para derramar, como sus hermanos. Sintió una oleada fría de neutralidad.

Tal vez, Luanda razonó, ella había nacido en la familia equivocada. Debió haber nacido en una familia que la apreciara. Se lo merecía. Después de todo, ¿qué tenía de malo? ¿Qué tenía de malo ser ambiciosa? Ella había nacido en una familia real con una gran ambición. ¿No era eso lo que se supone que tenía que tener? ¿Por qué no había sido apreciada su ambición? Ella había intentado ser ejemplo para todos a su alrededor, y sin embargo, de alguna manera, había fallado.

Argon bajó lentamente las manos, terminando su canto y recitación, y los hermanos dieron un paso adelante. Cada uno colocó una pequeña roca en la tapa del sarcófago, como era la costumbre antigua.

Luanda dio un paso adelante y lentamente colocó en la tapa una hermosa y pequeña roca blanca que había encontrado a orillas de un río, una piedra hermosa que había llevado por todo el Reino. Ella se sentía satisfecha. Pero

luego Gwendolyn se acercó y colocó una piedra justo después de la suya, y Luanda vio que era una roca grande, amarilla, reluciente y que brillaba en el sol, la roca más hermosa que jamás había visto y Luanda sintió una nueva ola de resentimiento y envidia. Incluso en la muerte, Gwendolyn la superaba a cada paso del camino. ¿No quedaba nada para Luanda? ¿No dejaron algún lugar donde ella podría sobresalir? ¿Ni en esto?

Varios asistentes se adelantaron y llevaron el sarcófago a la tumba, y pronto, se deslizó en la oscuridad, y el cuerpo de su madre se había ido.

Luanda liberó su respiración, al darse cuenta de lo ansiosa que estaba. Se dio vuelta para enfrentar a Gwendolyn, esperando, ahora que la ceremonia había terminado, que todos sus hermanos le dieran la bienvenida.

Pero Luanda se sorprendió al ver que Gwendolyn le daba la espalda y empezaba a alejarse.

"¡Gwendolyn!", gritó Luanda, con su voz estridente, cortando el aire.

Gwendolyn se dio vuelta y la enfrentó, al igual que todos sus otros hermanos y hubo un grueso y tenso silencio alrededor de ellas.

"¿No tienes nada qué decirme?", preguntó Luanda, aturdida. "¿No me darás la bienvenida a casa?"

"¿Bienvenida a casa?", repitió Gwen, sonando desconcertada. "No estás en casa". Y no eres bienvenida aquí.

Luanda se quedó allí parada, aturdida.

"¿De qué hablas?". Me invitaste a volver a casa", declaró Luanda, sintiendo lentamente que su mundo se derrumbaba a su alrededor. ¿Era una especie de broma de mal gusto?

Gwendolyn meneó la cabeza, con firmeza.

"Se te convocó a que vinieras para el funeral de nuestra madre", corrigió Gwen. "A petición de nuestra madre. "No mía. No se ha levantado tu sentencia. Volverás a tu casa, en tu lado de la zona montañosa, ahora".

Luanda sintió que todo su cuerpo se llenaba de ira, una picazón en la piel. Sintió como si una daga hubiera sido sumida en su estómago. Ni siquiera podía procesar las palabras de Gwendolyn, su mundo entero giraba a su alrededor. ¿Podría ser cierto?

"¡Yo estoy en mi *casa!*". Luanda insistió, apenas pensando claramente, "¡y nunca volveré al otro lado de la zona montañosa. ¡Nunca!"

Ahora Gwendolyn enrojeció, enfrentándola, con la misma determinación.

"La elección no es tuya", dijo. "Tu tomaste la decisión el día en que nos

traicionaste a todos. Tu castigo merecía la muerte. Fui piadosa y te di el exilio".

Luanda sentía ganas de llorar.

"¿Y por cuánto tiempo?", preguntó Luanda. "¿Nunca me dejarás volver?".

"Estás viva", dijo Gwendolyn. "Sé agradecida por ello".

Luanda quería matar a su hermana.

"Te has convertido en una reina cruel, insensible", dijo Luanda. "Una hermana horrible que se ha olvidado de la misericordia".

Gwendolyn se burló.

"¿Y tú mostraste misericordia el día que le ofreciste a Andrónico que nos matara a todos?".

Luanda frunció el ceño.

"Eran otros tiempos", respondió ella.

Gwendolyn meneó la cabeza.

"No has cambiado, Luanda. Y nunca lo harás".

Luanda miró fijamente a su hermana, queriendo hacerle daño de alguna manera. Ella no sabía cómo, pero tenía que decir algo antes de irse, algo que realmente le doliera. Luanda, tambaleándose, miró hacia abajo y fijó sus ojos en el bebé de Gwendolyn.

"¡Maldigo a tu hijo!". Luanda gritó en voz alta.

Un terrible grito de asombro se propagó a través de la multitud.

"¡Lo maldigo para que sufra el mismo castigo que me hacen sufrir! ¡Que nunca disfrutes de su presencia mientras vivas! ¡Que te lo quiten, que sean divididos, que nunca lo disfrutes!". Luanda gritó, señalando a Guwayne y temblando.

Gwendolyn enrojeció, como si fuera a darle una estocada a su hermana.

"Llévense a esta criatura fuera de mi vista", le dijo Gwendolyn a sus hombres.

Los guardias se abalanzaron, agarraron a Luanda y se la llevaron arrastrando.

"¡NO!". Luanda pateó y gritó mientras las masas de espectadores la miraban fijamente, arrastrada hacia atrás a través de la multitud, Bronson trataba de que los guardias se alejaran de ella, pero no pudo. "¡No puedes enviarme allá! ¡A cualquier lugar, menos ahí!".

Luanda sintió que su corazón se partía, mientras era arrastrada, sabiendo que sería escoltada hasta el otro lado de las Tierras Altas, a su visión del

infierno, y que nunca le permitirían poner un pie en su casa otra vez.

CAPÍTULO VEINTE

El segundo sol estaba en la parte baja del horizonte, era una enorme bola roja en el cielo, y Selese miró hacia arriba y lo observó, con su rostro cubierto de lágrimas. En su mano, ella sostenía los pedazos de pergamino que había roto, las letras dobladas en su palma, las que demostraban que Reece amaba a otra persona. Después de romperlas en pedazos, ella había guardado el pergamino hecho pedazos. Después de todo, era todo lo que le había quedado de Reece en el mundo. Era su letra, y a pesar de todo, a pesar de cómo la había lastimado, todavía lo amaba — más de lo que podía decir. Y necesitaba aferrarse a algo de Reece cuando vino aquí, al Lago de las Tristezas.

Selese miró el sol rojo y no alejó la mirada, sosteniendo la mirada lo suficiente hasta que le lastimaban los ojos. Pero ya no le importaba. Este, decidió, sería el último sol que presenciaría alguna vez.

Selese miraba hacia el Lago de las Tristezas, con un brillo de color rojo brillante, reflejando el sol. Parecía vivo, como si se tratara de un lago de fuego. Estaba totalmente inmóvil, sólo pasaba un solitario viento, los árboles chirriaban, con un ruido agudo, como si lloraran, como si supieran lo que Selese iba a hacer.

Selese lloró y lloró, mientras daba su primer paso en el agua, agarrando los fragmentos de la carta de Reece. Pensaba en todo el tiempo que había pasado con él, en cuán viva la había hecho sentir, en cuánto había estado esperando su boda, en su vida juntos. Su amor por él era tan fuerte, que apenas podía comprenderlo, ella cruzaría el Anillo por él, haría cualquier cosa por él. Pero si él no la amaba igual, no tenía ningún deseo de vivir.

Su amor le había dado a su vida un nuevo propósito, y todas estas lunas preparando su boda la había levantado, había sido el mejor momento de su vida. Sin embargo, estaba a punto de ser públicamente humillada, despreciada por Reece, retractando su propuesta de matrimonio. Sería avergonzada delante de todo el Reino cuando él la dejara sola en el altar.

Era demasiado para que Selese lo entendiera. Ni la humillación ni el desprecio — ella no podría manejar eso, sobre todo, la falta de amor de Reece por ella. Le dolía demasiado pensar que él no la amaba también. Aún

peor, que amara a otra persona.

Selese dio otro paso en el agua, y luego otro.

Pronto, estaba hasta las rodillas, sosteniendo los fragmentos de pergamino. El agua estaba fría, implacable, a pesar de la temporada de verano y ella comenzó a temblar.

Selese oyó el chillido de un ave, en lo alto, y estiró el cuello para ver a un halcón dando vueltas, chillando. Apenas lo reconoció, era el halcón de Thorgrin. Estopheles. Chilló y chilló, como si tratando de convencerla de que no diera un paso más.

Selese trató de acallar sus gritos. Ella miró al agua que estaba ante ella y dio otro paso, ahora hasta los muslos.

Selese extendió ambos puños agarrando el pergamino rasgado y suavemente colocó los pedazos en el agua tranquila del lago. Al abrir sus manos y soltarlo, vio cómo los pequeños trozos de pergamino se iban flotando, más y más lejos, hasta que el pergamino se llenó de agua, y los pedazos empezaron a hundirse, uno a la vez. Selese extendió las palmas vacías y dejó que el agua fría las tocara.

Ella dio otro paso.

Luego otro más.

Ahora estaba hasta su pecho. Se escuchó a sí misma llorando y llorando, su cuerpo se sacudía con los sollozos. Nunca pensó que acabaría con su vida de esta manera. En este lugar. En este momento. Sola. Sin Reece.

La vida había sido muy amable con ella. Y sin embargo, también había sido muy cruel.

Selese oyó otro chillido, arriba en el cielo. Ella se volvió y flotó sobre su espalda, a la deriva, sin gravedad, hacia el centro del lago. Yacía inmóvil, flotando sobre el agua y miró al cielo.

Se llenó de un millón de líneas rojas, los dos soles casi se tocaban, era el cielo más hermoso que jamás había visto. Flotó sobre su espalda quién sabe cuánto tiempo, hasta que finalmente, lentamente, sus miembros se enfriaron más, se hicieron pesados, se entumecieron y sintió que empezaba a hundirse.

Ella no luchó. Dejó que el agua la hundiera, hasta que su cara estaba sumergida. Cerró los ojos y en la oscuridad del hielo, sintió que su cuerpo se hundía poco a poco, más y más profundamente, hasta las profundidades del Lago de las Tristezas.

Un último pensamiento llegó a ella, antes de que su mundo se volviera

negro:

Reece. Te amo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Reece corrió por el sendero del bosque, rasguñado por ramas, sin importarle, su corazón palpitaba mientras iba hacia el Lago de las Tristezas. Después de su visita a su madre, Reece había comprendido el error de su proceder, y había corrido a través de la Corte del Rey buscando a Selese, decidido a decirle que la amaba y que no podía esperar a casarse con ella.

Reece había decidido que su amor por Stara había sido una locura momentánea. Si sus sentimientos habían sido reales o no, se dio cuenta de que necesitaba quitarse a Stara de su mente. Tenía que estar con Selese, independientemente de sus sentimientos hacia Stara. Era lo correcto, lo honorable, lo que debía hacer. Y también quería a Selese, mucho, mucho. Se dio cuenta de que tal vez no sentía el mismo nivel de pasión por ella, pero también amaba a Selese de una manera diferente y mientras que en algunos aspectos, su amor por ella podría no ser tan fuerte, en otros podría serlo más.

Cuando Reece había llegado a la Casa de los Enfermos buscando a Selese, se había encontrado con Illepra, que le había dicho la terrible noticia: uno de los hijos de Tirus la había venido a visitar, le había mostrado un pergamino, y desde ese momento, Selese no había sido la misma persona. Ella había quedado devastada. Se había vuelto introvertida y no le diría a Illepra de qué se trataba. Todo lo que Illepra sabía era que ella había huido hacia el Lago de las Tristezas. Illepra estaba desconcertada.

Illepra le entregó uno de los fragmentos rotos de los pergaminos a Reece y su sangre se heló y su piel se enfrió al reconocer su propia letra. Se dio cuenta, impactado, que era un viejo pergamino, de su infancia, profesando su amor a Stara.

Pero se dio cuenta de que Selese no lo habría sabido. Ella asumiría que era reciente.

Reece se dio cuenta — todo llegó a él en un terrible momento — que Tirus había puesto en marcha una traición elaborada; él había enviado a uno de sus hijos para convencer a Selese de que Reece amaba a Stara. Para separar a Reece y a Selese, para asegurar que Reece terminara con Stara. Sin duda, para lograr sus propósitos. Tirus quería el poder — y la unión de Reece con Stara

le aseguraba eso.

Reece se llenó de rabia y humillación cuando se dio cuenta de todo, cuando se dio cuenta de que Selese ahora pensaba que él amaba a Stara e iba a cancelar su boda. La idea de pensar cuánto le había dolido, especialmente escuchándolo de un desconocido, lo destrozó.

Cuando Illepra mencionó el Lago de las Tristezas, Reece inmediatamente pensó lo peor. Había dado vuelta y corrió para allá y no había dejado de correr desde entonces.

Por favor, Dios, pensó mientras corría. Deja que esté viva. Dame una oportunidad, una oportunidad para decirle que la amo, que me casaré con ella, que el pergamino de Tirus era una traición, que todo era un error.

Reece corrió hasta que sus pulmones parecían reventar, y finalmente, cuando el segundo sol empezó a meterse en el horizonte, salió del bosque, a la orilla del Lago de las Tristezas. Reece tenía esperanza y había rezado para ver a Selese ahí parada.

Pero cuando Reece llegó, su corazón se rompió al ver la orilla vacía. Miró hacia abajo a la arena, y se sintió descorazonado al ver los fragmentos rotos del pergamino. Se dio cuenta de que Selese había estado aquí. Que ella había sostenido el pergamino. Que lo había roto. Nada de esto podía ser bueno.

Reece miraba hacia el agua, presa del pánico, esperando alguna señal de ella. Pero no vio nada. Examinó los árboles, desesperado por cualquier indicio de ella, alguna señal de hacia dónde pudo haber ido. Pero no había nada.

Mientras el sol bajaba más y el crepúsculo se extendía en el cielo, Reece entrecerró los ojos en la oscuridad, y vio un esbozo de algo en la orilla del lago, una figura tumbada en la arena.

Reece corrió, con su corazón palpitando, orando para que fuese Selese y para que estuviera bien.

"¡Selese!", gritó.

Pero ella no se movió.

Reece alcanzó el cuerpo y cayó de rodillas en la arena al lado de él, jadeando. Volteó el cuerpo, rezando para que estuviera bien.

Por favor, Dios. Que sea Selese. Deja que esté bien. Te daré lo que sea. Lo que sea.

Mientras Reece le daba vuelta, sintió que todo su mundo se entumecía.

Ahí estaba Selese. Con los ojos bien abiertos. Con su piel demasiado

pálida. Su piel, helada al tacto.

Reece se reclinó y gritó a los cielos.

“¡SELESE!”

Reece rompió en sollozos mientras se agachaba y la abrazó, levantando su cuerpo, sujetándola firmemente en sus brazos mientras él la balanceaba hacia adelante y hacia atrás. Quería con todas sus fuerzas que su calor se filtrara en ella, para que su cuerpo frío y sin vida resucitara. Él daría cualquier cosa. Había sido un tonto. Demasiado tonto". Y ahora esta pobre chica, a quien había amado tanto, había pagado el precio.

"Selese", gimió él, una y otra vez. "Lo siento".

Reece la sostuvo, con más y más fuerza, preguntándose cómo podía ser tan cruel el destino. "¿Por qué?". ¿Por qué todo había tenido que suceder así? ¿Por qué no pudo haber llegado aquí pocos minutos antes? ¿Por qué no pudo tener la oportunidad de explicar?

Ahora era demasiado tarde para eso. Mientras sostenía su cadáver, se desplomó en la arena con ella, su cuerpo entero se llenó de sollozos, sabiendo que él nunca, nunca, sería el mismo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Gwendolyn estaba parada al lado de Thor, rodeada de los asistentes, en los extensos terrenos de la Corte del Rey, viendo los últimos preparativos para su boda desplegarse en la noche. La plaza estaba iluminada por mil antorchas, casi como la luz del día y un ejército de sirvientes corrían de un lado al otro, arrastrando miles de flores, formando setos, incluso trayendo exquisitas hileras de árboles florecientes. Otros trabajadores ponían sillas, decoraciones, mientras que otros más ponían los toques finales en los altares para la ceremonia. No había solo un altar, sino dos, uno para Gwendolyn y Thorgrin, y otro para Reece y Selese. El Anillo entero estaba preparado para su boda en conjunto. Sería la boda más grande y más grandiosa que habría visto la Corte del Rey y Gwendolyn determinó que ese fuera el caso.

Gwendolyn sabía que esto era lo que necesitaba su pueblo. Le gustaba este esplendor para ella misma también, por supuesto, pero era su deseo agradar a la gente que la llevaba a hacer de este espectáculo lo que era, hacer que fuera lo máximo. A veces, ella sabía, su gente necesitaba cobijo y protección; otras veces, sin embargo, lo que necesitaba era alegría, distracción, entretenimiento, después de todo, era una necesidad humana vital, como cualquier otra. ¿Qué sería la vida simplemente con alimento y refugio? La vida necesita un alma, una distracción suprema. Su padre siempre le había dicho que los buenos gobernantes consideran las necesidades de las personas; que los grandes gobernantes consideran sus sentimientos.

Gwen caminaba lentamente por el espacio de la ceremonia, era lo suficientemente grande para una ciudad, supervisando a los trabajadores y haciendo pequeños ajustes al ejército de sirvientes creando decoraciones, poniendo su sello en la boda para hacerla tan bella como pudiera ser. Deseaba que su madre pudiera estar con ella ahora para ver todo esto, para celebrar con ella. Era difícil ir de un funeral a una boda, y una parte de ella se preguntaba si debían hacerlo, pero otra parte de ella sabía que eso era exactamente lo que tenían que hacer, lo que la gente necesitaba y lo que su madre habría querido.

A Gwen también la motivaba su amor por Thor y por su nuevo bebé. Ella

quería que esta celebración fuera la más hermosa que se había llevado a cabo. Thor se lo merecía. Su amor se lo merecía. Thor y ella habían pasado juntos por demasiadas cosas para que fuera algo menor a esto.

Reece quería que también fuera magnífico para Reece y Selese. Después de todo, Reece era su hermano, miembro de la familia real y él, también, merecía la boda más bonita que el reino les ofreciera. Ella estaba segura de que su padre y su madre, si estuvieran vivos, seguramente no desearían menos que esto. Y puesto que no estaban aquí para verlo, como habían estado para la boda de Luanda, todo recaía sobre los hombros de Gwendolyn. Sentía que tenía que actuar no sólo como la reina, no sólo como una novia, sino también como el padre desaparecido para Reece. Sin embargo era fácil, ya que se llevaba muy bien con Reece, y siendo tan amiga de Selese, a quien ya sentía como si fuera una hermana.

Las asistentes siguieron a Gwen, detrás de ella, poniéndole un vestido de novia espectacular. Había estado trabajando en el vestido durante muchas lunas, y ahora le estaban dando los toques finales. Gwen intentó no moverse mientras hacían los ajustes, torciendo las sedas finas alrededor de sus brazos y piernas y muñecas, midiendo, ajustando.

Gwendolyn lo miró por todos lados y estaba contenta, pero en el fondo, estaba inquieta. Se encontró pensando, meditando, igual que su padre solía hacer. Miró hacia afuera, más allá de la plaza, a la Corte del Rey, a su reino y más allá, y ponderó los asuntos de estado. Estaba preocupada. Se preocupaba como una buena reina debía preocuparse. Todo estaba perfecto, brillante, resplandeciente, más bello que nunca. Aún así, de alguna manera, ella no pudo evitar sentir como si una terrible tormenta se estuviera formando.

"¿Mi señora?", dijo un asistente. "No debemos esperar más tiempo".

Gwen lo miró y se dio cuenta de que tenía razón. Se sintió superada con una ola de ansiedad al preguntarse, por millonésima vez, dónde podrían estar Reece y Selese. Selese debería haber estado aquí hacía varias horas y ella sabía que Reece había llegado recientemente desde las Islas Superiores y había visto a su madre antes de que ella muriera. Reece, también debería estar aquí. ¿Dónde estaba? ¿De alguna manera lo habían olvidado?

Ella no lo creía probable.

Ya era tarde y Gwen sabía que el ensayo debía continuar, y asintió para dar su consentimiento.

Sonó un cuerno y Gwen y Thor caminaban hacia el interminablemente largo

altar de boda, tomados de la mano, y cada uno sosteniendo una antorcha encendida a cada lado de ellos. Les seguían varios asistentes mientras caminaban por el pasillo para su ensayo, dirigiéndose lentamente hacia los altares. A cada lado de ellos, había miles de sillas vacías, esperando. Gwen sabía que pronto estaría repleto de gente. Sintió mariposas. Todo se estaba volviendo real.

Era el último ensayo antes del gran día, y el corazón de Gwen estaba revoloteando de entusiasmo, pero también estaba nerviosa. Sería el día más importante de su vida, y quería que todo estuviera bien. El reino entero estaría observando y conociendo a su gente, podrían estar buscando signos de presagios.

Llegaron a los altares y colocaron sus antorchas en los soportes, y Thor ayudó a Gwen mientras subían a la plataforma.

Gwen miró a los altares y se preguntó. ¿Dónde está Argon? Tenía que estar aquí, para presidir los rituales y la ceremonia. ¿No había ido porque era sólo un ensayo? ¿Asistiría el día de la boda?

Gwen se quedó allí parada, con una corazonada creciente. Vio las dos antorchas en el altar, colocadas donde habían estado toda la noche — de Reece y de Selese — y Gwen se volvió y miró en la oscuridad.

Sintió que algo andaba mal. No era normal que su hermano no fuera, y a diferencia de Selese, quien había estado aquí con ella todas estas lunas, en cada paso de los preparativos. Todos se iban a casar juntos, después de todo, y ella sabía cuánto significaba para Selese.

¿Los dos se habían ido a alguna parte?

Gwen se asomó en la oscuridad y comenzó a sentir que su estómago daba vueltas. *No en este día*, pensó Gwen. Más que nada, ella quería que nada saliera mal en este día.

Cuando Gwen miró en la oscuridad, más allá de las filas y filas de antorchas, empezó a ver algo. Su mensajero real se dirigía hacia ella. Corrió más rápido que nunca, y estaba flanqueado por dos asistentes. Ella notó, por la mirada en su cara, que cualquier noticia que llevara, no era buena.

Gwendolyn tomó la mano de Thor y bajó las escaleras, hacia el pasillo. Todos sus asistentes se apartaron mientras miraban, perplejos, al mensajero. Él llegó corriendo y Gwendolyn observó, tuvo un mal presentimiento en su pecho, cuando él se arrodilló delante de ella.

Él inclinó su cabeza, después la miró con los ojos inyectados de sangre.

"Mi señora, tengo noticias", dijo, después vaciló. "Son noticias que nadie debería tener que traer".

El corazón de Gwen se aceleró, mientras su mente volaba con un millón de escenarios.

"Entonces habla", dijo Gwendolyn con dureza.

"Es..." El mensajero se detuvo, limpiándose las lágrimas. Reece respiró hondo. "Mi señora, se trata de Selese. Ha sido encontrada muerta".

Gwen dio un grito ahogado, al igual que Thor que estaba junto a ella — al igual que todos sus asistentes. Ella puso su mano en su pecho, sintiendo como si hubiera sido apuñalada.

"¿Selese?", dijo. "¿Qué?". ¿Cómo? No es posible.

Gwen miró a su alrededor a los preparativos de la boda, la mitad de ellos eran para Selese. Nada de esto tenía sentido. Ella estaba viva. Tenía que estarlo.

"¿La atacaron?". Thor exigió decirle, su frente estaba surcada en ira cuando él agarró la empuñadura de su espada.

Pero el mensajero movió la cabeza tristemente, para sorpresa de ella.

"No, mi señora". Lamento decirlo... su vida fue tomada por su propia mano".

Gwen suspiró otra vez, horrorizada por la noticia. Ella agarró la mano de Thor, y él también apretó la de ella. No podía entenderlo.

"No entiendo", dijo ella. "¿Por qué Selese... se quitaría la vida? Nuestra boda... está a sólo un día de distancia. Ella ansiaba este día, más que nada en la tierra..."

"No sé, mi señora", continuó el mensajero. "Todo lo que sé es que su hermano está a su lado. En el Lago de las Tristezas.

¿Su amiga íntima estaba muerta, la noche antes de su boda? ¿La noche antes del día más importante de su vida? ¿Cómo podría ser posible?

Gwen se sentía aturdida, sentía que todos sus planes cuidadosamente trazados se derrumbaban a su alrededor.

Se volvió y miró Thor, quien también la miró, con la misma seriedad, igualmente perplejo. Esta noche de mayor alegría, de pronto se había convertido en la noche de duelo más profundo.

"Llévame con él", exigió Gwen, ya caminando, con su gente detrás de ella, decidida a entender lo que había ocurrido.

*

Gwendolyn sostuvo la mano de Thor mientras caminaban, apretándola, dándole la tranquilidad que necesitaba desesperadamente. Ella cerró los ojos y esperaba que esto fuera una pesadilla, un terrible error, mientras todos se dirigían hacia el camino del bosque, hacia el Lago de las Tristezas. Pero una parte de ella no podía evitar sentir que todo era real.

Gwen estaba llorando en silencio y rápidamente se secó una lágrima, sabiendo que necesitaba demostrar la fuerza de una reina. Pero por dentro, su corazón estaba destrozado conforme se confirmaban las noticias. Selese, muerta. Una de sus amigas más cercanas. Su futura cuñada. El amor de la vida de Reece. Su compañera de boda. Y su vida tomada por su propia mano.

¿Cómo pudo suceder?

No tenía sentido. Gwen sabía cuánto había estado deseando Selese este día. ¿Por qué haría tal cosa? Selese siempre había estado llena de alegría, era la primera en ayudar a alguien necesitado, en ofrecer su tiempo en la casa de los enfermos.

Gwen suspiró. Justo cuando había previsto la oscuridad detrás de ellos, justo cuando había previsto estar libres de la tristeza y en tiempos de alegría, ahora, los tiempos de oscuridad parecían haber vuelto. Era como si una maldición permaneciera sobre la familia real, de la que nunca podían escapar.

Finalmente llegaron al claro del bosque, y Gwen dio un grito ahogado cuando vio el Lago de las Tristezas ante ella y a su hermano, de rodillas en la orilla, acurrucado sobre el cuerpo de Selese. Se heló la sangre en sus venas cuando escuchó los gritos de Reece. Ella sabía, con pavor, que todo esto era real.

Gwen se acercó, con Thor junto a ella, con toda su comitiva, y cuando ella se acercó, vio el rostro pálido de Selese, con su pelo largo sobre la arena, iluminada bajo la luz de la luna. Gwen sujetó con firmeza la mano de Thor.

Gwen se detuvo a treinta o sesenta centímetros de distancia y miró a su hermano. Nunca lo había visto tan devastado, sollozando, pareciendo como si toda su vida hubiese sido destrozada.

Gwendolyn, llorando, se arrodilló y puso una mano tranquilizadora sobre el hombro de Reece. No sabía qué decir. Ella quería respuestas, por supuesto. Pero ahora no era el momento.

Reece se volvió y la miró, con los ojos rojos, y sus lágrimas rodando.

"Hermano", dijo ella.

Se inclinó, pero en vez de darle un abrazo, Reece se volvió y miró a Selese, fijamente, corriendo su mano a lo largo de su rostro, como si todavía intentara resucitarla.

"Yo la maté", dijo Reece, con la voz de un hombre destrozado.

Gwen lo miró atónita.

"¿Tú la mataste?", repitió.

Él asintió.

Estaba perpleja.

"Me dijeron que se suicidó", dijo Gwen.

Reece movió la cabeza.

"Ella lo hizo", dijo. "Pero la culpa es mía. Yo podría haber empuñado la daga".

Gwen frunció el ceño.

"No lo entiendo. ¿Cómo que la culpa es tuya?"

Reece suspiró.

"Selese recibió la noticia, por medio de subterfugios, de que yo estaba enamorado de otra mujer. Que nuestra boda se había cancelado".

Gwen jadeó, conmovida.

"¿Y es cierto?", preguntó.

Reece se encogió de hombros.

"Era una verdad parcial, una verdad oscurecida por mentiras. Es cierto, me enamoré otra vez de mi prima, Stara. Pero desde entonces, he cambiado de opinión. Había venido a encontrar a Selese, para decirle que la amaba solamente a ella. Que quería casarme con ella. Pero Tirus la engañó. Envío a su hijo, quien la convenció de que yo no la amaba. Fui traicionado. Pero la culpa es mía".

Reece sollozó.

"Si tan sólo pudiera volver atrás, le daría lo que fuera. "Pero ahora es demasiado tarde".

Reece sollozó, y Thor puso una mano tranquilizadora sobre su hombro.

"No importa cuál sea la situación", dijo Thor. "Tú no la mataste. Como dices, fue engañada. Y quien estaba detrás de esta traición deberá ser llevado ante la justicia".

Pero Reece lo ignoró, sollozando.

Gwendolyn sintió que su corazón se partía, cuando intentó procesar esta

terrible tragedia. Sintió la necesidad de tomar medidas, hacer *algo*. Ella vio que el cadáver de Selese estaba rígido de frío, y que Reece había estado aquí demasiadas horas, y sabía que algo debía hacerse.

"Se le dará un entierro apropiado", dijo Gwendolyn. "Con todos los honores y glorias de nuestro reino".

Reece movió la cabeza.

"No, no lo tendrá. El cementerio real no la aceptará. Los suicidios no están permitidos, ¿recuerdas?".

Gwendolyn pensó, y se acordó. Era la única regla con la que su padre había sido terminante: nadie que se quitara la vida sería enterrado con sus antepasados reales.

Se le ocurrió a Gwen que había llegado el momento de tomar una decisión fuerte.

"Yo soy la Reina", dijo, con confianza, y "yo dicto la ley. Selese será enterrada con todas las glorias y honores en el Cementerio Real".

Reece la miró, y por primera vez, parecía tener algún sentido de paz.

"Mi señora, eso sentaría un precedente terrible", dijo Aberthol, acercándose.

"Soy la reina, y será enterrada como yo digo", dijo ella, dando a Aberthol una mirada fulminante hasta que finalmente él retrocedió.

Gwen puso una mano sobre el hombro de su hermano, y se volvió y la miró, ligeramente apaciguado.

"Ella será enterrada, hermano mío, como le corresponde. Nuestra boda será cancelada, y mañana, en su lugar, haremos su funeral. ¿La traerás al cementerio, para que su cuerpo pueda ser preparado?".

Gwen necesitaba encontrar una manera de incluir a Reece, para que él pudiera sentirse parte de él, y que pudieran comenzar a avanzar.

Reece la miró, como debatiendo, y finalmente asintió, pareciendo satisfecho.

"Si será enterrada como dices, con todos los honores, entonces sí, la llevaré".

Los asistentes de Gwen se adelantaron para llevar el cadáver, pero Reece los empujó. Estaba furioso por el dolor, y no dejaría que nadie más se acercara a ella.

En cambio, Reece se agachó y la levantó él mismo. Se quedó allí, sosteniéndola en sus brazos, y lentamente se fue con ella, por la senda forestal;

sus hombres iban con antorchas detrás de ellos.

Gwendolyn y Thor se quedaron atrás. Permanecieron allí y se miraron mutuamente, con sus rostros llenos de dolor y conmoción bajo la luz de la luna.

"Nuestra boda tendrá que ser aplazada", dijo Gwen, con su voz llena de tristeza y decepción. "El dolor que habrá en nuestro reino será profundo. Me temo que la boda no podrá llevarse a cabo durante muchas lunas más".

Thor asintió con la cabeza, estando de acuerdo.

"Nuestras campanas de boda serán reemplazadas por las campanas del funeral", dijo. "Así es la vida".

Thor la abrazó y ella lo abrazó también, con fuerza.

Sobre su hombro, Gwen lloró en silencio, abrumado por el dolor, por la pérdida. No pudo evitar pensar que éste era el principio del fin, de una peor época de oscuridad, y que nada volvería a ser igual en la Corte del Rey.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Rómulo marchaba por el amplio sendero, con la grava crujiendo bajo sus pies, llevando a miles de soldados, una división entera de su ejército siguiéndole a la guerra. Rómulo marchaba con confianza, dando pasos largos, sin miedo, con la camisa abierta y su gran amuleto verde y brillante prominentemente visible en su pecho.

Rómulo se sentía como un hombre nuevo desde esa ceremonia en la cueva. Después de que había salido de las aguas, su iniciación en el charco de fuego, ese hechicero le había dado este amuleto, junto con la profecía que usaría para convertirse en el señor de los dragones. Le aseguró que, para el próximo ciclo de la luna, nada en este planeta lo detendría, ni siquiera los dragones y ni siquiera el Anillo. Todo sería suyo — cualquier cosa que imaginara.

Rómulo sintió que era cierto. Desde que dejó la cueva había puesto a prueba consolidar su poder sobre el Imperio, asesinar despiadadamente a todos sus enemigos, infundiendo temor en todos sus hombres y asumir, por la fuerza, todas las legiones que habían pertenecido a Andrónico. Él había abolido al Consejo del Imperio, y ahora gobernaba solo con puño de hierro, dejando una estela de sangre en su camino. Él había tenido éxito, no había nadie capaz de detenerlo, logrando que todo el Imperio se encogiera de miedo al verlo. La ceremonia había funcionado.

Sin embargo, hoy en día, Rómulo sabía que sería la prueba definitiva de su poder. La gente de Rómulo ahora creía en él, debido a la profecía, debido a los rumores que se habían escuchado. Todos ellos ya lo veían como el señor de los dragones.

Pero Rómulo no lo había demostrado aún, y su gente lo sabía. Sabía que esta prueba final sería la más importante: convertirse en un gobernante de leyenda, de una vez por todas, asegurarse un lugar que ningún hombre podría derrocar, necesitaría un deslumbrante despliegue de poder. Necesitaría demostrar a su pueblo que sí podría detener a los dragones.

Rómulo marchó con todos sus hombres a través de los campos del sur del Imperio, hacia la ciudad de Ganos, que antes fue una gran ciudad del Imperio, que ahora yacía en ruinas, saqueada por una multitud de dragones. En estas

últimas lunas los informes se habían filtrado en el camino de la devastación dejada por los dragones, que habían sido provocados cuando Rómulo había entrado en su territorio y tratado de recuperar la Espada del Destino. Ahora, los dragones se estaban vengando. Estaban arrasando con el Imperio, lloviendo fuego, eliminando una gran ciudad del Imperio tras otra. No había habido ninguna forma de detenerlos; Rómulo había enviado muchas divisiones para intentarlo, sólo para verlos ser eliminados. El Imperio fue perdiendo terreno, y la gente fue perdiendo la fe en él. Si no hacía algo rápido, habría una revuelta.

Ahora, era hora de que Rómulo ofreciera una exhibición impresionante de su nuevo poder. Para demostrar a su pueblo que, en efecto, era el señor de los dragones. Si podía detener y controlar a los dragones, eso significaba que la otra profecía era verdadera, también: que haría pedazos al Escudo y entraría al Anillo. Sonrió ante ese pensamiento. Él controlaría cada centímetro de todos los rincones del mundo y sería el mejor gobernante de todos los tiempos.

El corazón de Rómulo se aceleró al marchar a Ganos, preparándose para arriesgar su vida para hacer frente a los dragones. Si moría, por lo menos sería en un momento de gloria — y si sobrevivía, su vida nunca sería la misma.

"Mi señor, ¿está seguro de que desea intentar esto?"

Rómulo se volvió para ver a sus generales al mando detrás de él, lleno de pánico cuando empezaron a subir la colina final, antes de su llegada a Ganos. Podía ver el miedo en sus ojos, estos hombres que nunca tenían miedo. Él entendía; tan pronto como llegaran a esta colina, serían descubiertos y no tendrían más remedio que enfrentar a los dragones. Y si les iba igual que a todos los otros ejércitos del Imperio, ellos, también, pronto estarían muertos.

"Mi señor, por favor, dé la vuelta", dijo otro general. "Todos nuestros hombres han muerto por el soplido de los dragones. ¿Qué pasa si la profecía es falsa? Después de todo, usted es un hombre solo".

Rómulo los ignoró, marchando más y más rápido, llegando a la cima de la colina, sonriendo para sí mismo. Creía que ganaría. Pero si no, no le importaba. Estaría encantado de ser quemado vivo, con todos sus hombres. De hecho, lo encontraría bastante divertido. No tenía ningún miedo a la muerte como estos hombres. Sabía que pronto irían por él. Y si él no estaba destinado a ser el gobernante del mundo, preferiría aceptar ahora su muerte.

Rómulo llegó a la colina y se detuvo, quedando sin aliento ante el paisaje.

Se abrió todo el panorama y Rómulo vio decenas de dragones batiendo sus enormes alas en el aire, chillando, arqueando sus espaldas, entrecruzándose en el aire, planeando, yendo en picado, levantándose, saqueando la ciudad que estaba abajo. Algunos de ellos soplaban fuego hacia los edificios ardiendo. Otros bajaron en picado con sus grandes garras y destrozaron los edificios antiguos, como juguetes, llevándolos al cielo y luego soltándolos. Ellos estaban disfrutando su destrucción.

Los hombres de Rómulo aparecieron junto a él y se detuvieron y él escuchó su resuello audible. Él podía sentir su miedo, mientras el aire estaba lleno de olor a azufre, mientras el calor les llegaba desde aquí, y mientras alrededor de ellos los dragones chillaban.

Pero Rómulo se quedó parado sin temor. Él podía sentir su amuleto nuevo latiendo en su pecho, podía verlo palpitando verde y él se sintió lleno de una fuerza que no comprendía. Era una fuerza primordial. La fuerza de otros reinos. Él no temía un encuentro con los dragones; ansiaba uno.

El líder de los dragones, como si presintieran su presencia, de pronto se dio vuelta en su dirección. Dejaron de hacer lo que estaban haciendo, arquearon sus espaldas y rugieron, enfurecidos. Entonces todos llegaron volando hacia él, a la velocidad del rayo, yendo en picado hacia él.

Rómulo se mantuvo firme, sin temor, mientras muchos de sus hombres se daban vuelta y huían gritando. Rómulo esperó y esperó, mientras estas criaturas enormes y antiguas ennegrecieron el cielo, yendo en picado hacia él. Abrieron sus grandes bocas y soplaron fuego.

Rómulo sintió el calor mientras una oleada de fuego iba hacia él. Sabía que éste era su momento.

Pero todavía no tenía miedo. En cambio, levantó una mano, la sostuvo hacia el fuego y vio cómo los dragones se detuvieron en el aire, a varios metros antes de llegar a él. Lanzó su mano hacia delante, y al hacerlo, la lluvia de fuego que descendía hacia él, de pronto se invirtió, disparando hacia arriba en una tormenta, envolviendo a los dragones.

Los dragones rechinaron, después todos se elevaron, alejándose de Rómulo, llenos de ira.

Dieron círculos alrededor, decididos, bajando nuevamente en picado hacia él, con sus grandes garras extendidas, con sus enormes mandíbulas abiertas — y esta vez, Rómulo extendió ambas palmas.

Una luz azul se disparó hacia el cielo, envolviendo a todos los dragones.

Sintió el amuleto palpitante, la nueva fuerza recorrió su cuerpo, y en pocos momentos, sintió cómo controlaba a los dragones. Levantó sus brazos, y al hacerlo, todos los dragones se congelaron en el aire. Rómulo los hizo subir más y más alto, hasta que los detuvo exactamente donde quería que estuvieran.

Lo miraron, confundidos, agitando sus alas, incapaces de moverse, incapaces de soplar fuego hacia él.

Lo miraban con una nueva expresión. Era la mirada de una bestia mirando a su amo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Reece se arrodilló en la oscuridad de la noche, en la cima de los acantilados, acunando el cuerpo de Selese en sus brazos, como había hecho durante horas, adormecido por el frío y el viento y el mundo que lo rodeaba. Miles de personas sostenían antorchas en la noche, era una procesión de funeral enorme, todos apiñados alrededor de la tumba abierta, todos esperando silenciosamente, con paciencia, a que Reece soltara el cadáver de Selese.

Pero Reece no podía soltarla. La había estado sosteniendo durante horas, llorando tanto, que ya no le quedaban lágrimas para derramar y tenía una sensación de vacío.

Todavía sentía que había sido su culpa. ¿Cuán estúpido e imprudente e irresponsable había sido al ceder a sus pasiones en las Islas Superiores, cómo se había incluso atrevido a mirar dos veces a Stara? Cuán estúpido había sido ante su falta de razonamiento.

Debido a sus tontos sentimientos, debido a su pasión por Stara, esta hermosa chica que había sido tan dedicada a él, que había arriesgado todo por él, ahora yacía muerta.

Todo lo que Reece quería era una oportunidad para compensar su error. Si no hubiera sido por el hijo de Tirus, Reece seguramente habría tenido esa oportunidad. Después de todo, nadie sabía de su encuentro con Stara, de su afecto por ella. Selese nunca lo hubiera sabido, y hoy estaría viva. Si no hubiera sido por el hijo de Tirus, Reece estaría casado con Selese ahora, en vez de enterrarla.

Reece se odiaba a sí mismo. Más aún, él odiaba a Tirus y a sus hijos.

Mientras Reece se arrodillaba allí, sentía que el alma de Selese clamaba venganza. Y él no descansaría hasta lograrlo.

"Reece", se escuchó una voz suave.

Reece sintió una suave mano sobre su hombro, y miró a Gwendolyn arrodillada junto a él.

"Es hora de dejarla ir. "Sé que no quieres hacerlo. Pero detenerla aquí, no la traerá de vuelta con nosotros. Ella ya se fue". Los destinos deben tomar lo

que nos exigen".

Reece estaba lleno de angustia ante la idea de soltar su cuerpo. Sólo quería que ella despertara otra vez. Sólo quería que esta pesadilla terminara. Sólo quería una oportunidad más para hacer las cosas bien. ¿Por qué no podía tener una oportunidad más? ¿Por qué un error en la vida tenía que ser fatal?

Reece le asió fuertemente, sabía, de alguna manera que Gwendolyn tenía razón. Él no podía resucitarla. Ya había pasado el tiempo para eso.

Reece se inclinó y lentamente, suavemente, bajó el cuerpo de Selese en la tumba abierta, en la tierra.

Lloró cuando su cuerpo se deslizó hacia abajo, a la tierra fresca. El cuerpo de Selese se dio la vuelta y cayó boca arriba, mirando hacia el cielo, con sus ojos abiertos. Uno de sus brazos estaba levantado, apuntando su dedo hacia Reece. Sintió un frío recorrer su sangre. Sentía que le apuntaba acusadoramente. Él lloró y lloró.

Reece observaba mientras los demás empezaban a palar tierra fresca en el cadáver de Selese.

"¡NO!". Reece gritó.

Varios hombres fuertes lo detuvieron, y pronto, el cuerpo de Selese desapareció bajo la tierra. Todo parecía una pesadilla. Débilmente, Reece notó a la gente que conocía y amaba, Gwendolyn y Thorgrin, sus hermanos de La Legión, rostros que ahora eran sólo una mancha de dolor. Todos trataron de consolarlo. Pero no podía ser consolado.

El amor de su vida — el verdadero amor de su vida — ahora estaba muerta y enterrada. Él no podía resucitarla. Pero podría exigir venganza. Reece lentamente comenzó a endurecerse por dentro, y comenzó a tomar una decisión. Miró a la oscuridad de la noche, al viento que aullaba y prometió que, sin importar lo que costara, la venganza sería suya.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Steffen estaba sentado en la cima de la montaña, en una pequeña meseta, mirando el campo extendido y, todavía aturdido por su encuentro con su familia, dejó salir una lagrima. Después de dar instrucciones a la caravana real a que esperaran abajo, él había caminado hasta aquí arriba, solo, a este lugar que recordaba de su infancia, el lugar al que siempre volvía para estar solo. La cima, hecha de rocas y grava, subía abruptamente en el aire, el cráter en la cima, ahora había un pequeño estanque reflectante, poco profundo, con un radio de tal vez seis metros. Era un lugar tranquilo, vacío, un lugar para reflexionar con nada más que el cielo, piedras, agua y el viento.

Una ráfaga de viento hacia volar su cabello hacia atrás, y Steffen miró hacia abajo a las aguas ondulantes, reflejando los dos soles en el cielo. Estar aquí le traía recuerdos de su infancia. Demasiadas veces había venido aquí para alejarse de todos ellos, para mirar estas aguas y esperar ver a una persona distinta mirándolo. Una persona que no estaba desfigurada. Una persona con un cuerpo perfecto y una forma perfecta, como todas las demás. Una persona que era alta y fuerte y ancha; una persona de la que su padre podría estar orgulloso.

Generalmente, después de cierto momento, dejaba de mirar. Pero alejaba su mirada, decepcionado de sí mismo, como de costumbre, y entendiendo por qué otros estaban decepcionados de él también.

Esta vez, mientras estaba ahí sentado, Steffen se sentía obligado a seguir mirando, observando las aguas. Él vio su forma torcida, su corta estatura, y se examinó cuidadosamente. No tenía la apariencia de todos los demás; y sin embargo, esta vez, también vio algo más. Vio que sus ojos, de un color crema, no eran poco atractivos; tampoco que su pelo castaño, grueso y ondulado, caía más allá de sus orejas. Si no fuera por su forma, por su cuerpo, él no era el hombre más feo del mundo.

Cuando miró su cara, vio un rostro demasiado grande para su cuerpo, pero también vio una larga y fuerte mandíbula y mentón, vio a un hombre orgulloso y decidido. Un hombre que no dejaría que otros lo hicieran menos. Un hombre que no sería capaz de tratar a los demás como lo habían tratado a él. Steffen se

sentía orgulloso de eso. Él tenía un corazón más grande que todos ellos, que toda esa gente cruel de esa aldea. Le hizo preguntarse: ¿Quién, en realidad, era el que estaba deforme? ¿Por qué empoderaba a esas personas?

Nunca tendría la aprobación de su familia, pero podría vivir sin eso. Él empezaba a darse cuenta de que con su propia aprobación, era suficiente.

"¿Steffen?", se escuchó una voz.

Steffen se dio vuelta, sorprendido de que alguien estuviera aquí arriba — y aún más sorprendido al ver a una mujer hermosa ahí parada, como de veinte años, vistiendo el atuendo simple de los aldeanos.

Ella lo miró dulcemente, no con el odio de los demás, con la misma dulzura que había detectado en su voz. Muy poca gente hablaba con él en ese tipo de tono, amable y compasivo. Él miró hacia arriba, parpadeando y se preguntó por un momento quién era ella.

"¿No te acuerdas de mí?", preguntó.

Steffen la analizó detenidamente. Su rostro era hermoso, sus ojos almendrados, su mandíbula y pómulos cincelados, con grandes labios gruesos, ojos marrón claro y cabello castaño haciendo juego. Era alta y delgada, y cuando él la miró, notó que a su mano derecha le faltaban dos dedos.

Sus ojos se iluminaron cuando la reconoció mientras recordaba todo.

"¿Arliss?", preguntó.

Arliss asintió dulcemente y sonrió.

"¿Puedo sentarme contigo?", preguntó.

Steffen la miró, asombrado. Apenas podría pronunciar palabra. Él apenas podía comprender cuánto tiempo había pasado desde que la había visto, qué hermosa se había vuelto — y el hecho de que ella hubiera subido hasta aquí y que hubiera querido sentarse con él. Él miró hacia arriba, con los ojos bien abiertos, asombrado.

"¿Cuándo fue la última vez que te vi?", preguntó, tambaleándose.

Ella sonrió dulcemente.

"Cuando teníamos seis años", dijo.

Él la miró, estupefacto.

"Has crecido", dijo él.

Ella se rió.

"Igual que tú".

Él se ruborizó, sin saber qué decir.

Steffen nunca la había olvidado. Al crecer, Arliss había sido la única en su

pueblo que había sido amable con él. Tal vez fue porque a ella le faltaban dos dedos — era imperfecta, como él, le hacía entender que los demás también habían sido crueles con ella. Pero Steffen siempre la había visto muy hermosa, era la chica más hermosa del pueblo — y siempre había estado muy agradecido por su amabilidad. De hecho, había sido lo que lo había sostenido hasta el tiempo que le quedaba, se había llevado su más oscuros momentos. Él nunca la había olvidado y siempre se había preguntado si alguna vez la vería otra vez.

"¿Puedo sentarme contigo?", repitió ella.

Steffen se recordó a si mismo, inmediatamente se hizo a un lado, haciendo espacio para que ella se sentara a su lado.

"¿Qué haces aquí arriba?", le preguntó él.

"Dijeron que vendrías a la ciudad, y pensé que aquí es donde estarías", respondió ella.

Steffen suspiró y sacudió la cabeza.

"Algunas cosas nunca cambian", dijo él.

"¿Viste tu familia, entonces?", preguntó ella.

Él asintió con la cabeza, mirando hacia abajo.

"Debí haberlo imaginado", dijo él.

"Lo siento", dijo ella, con un tono de comprensión en su voz, sabiendo todo de inmediato, como siempre había hecho. Ella entendía todo muy bien.

"Yo ya no vivo cerca de aquí", dijo él. "Ahora vivo en la Corte del Rey. Sirvo a la Reina".

"Lo sé", dijo ella, sonriéndole. "Los rumores se propagan rápidamente, aquí".

Steffen sonrió.

"Lo olvidé. Las casas en este pueblo no tienen muros".

Ella rió, con un sonido despreocupado que restauró a Steffen, que le hizo olvidar sus penas.

"Venir aquí con ese séquito real es probablemente lo más emocionante — y humillante — que le ha ocurrido a esta excusa de pueblo. Creo que todos están sentados allí abajo, avergonzados — al menos, espero que lo estén".

Steffen frunció el ceño.

"No es mi intención avergonzar a nadie", dijo con humildad. "Vine aquí porque me envió la reina. De lo contrario, nunca habría venido".

Arliss puso una mano en la muñeca de él.

"Lo sé", dijo ella, tranquilizándolo. "Sé quién es eres. Crecimos juntos. Nunca te he olvidado".

Steffen se volvió y la miró, y vio que ella también lo miraba con los ojos llenos de amor y compasión. Nadie lo había mirado así antes, y su corazón comenzó a acelerarse. ¿Era posible? En toda su vida, Steffen nunca había recibido la mirada de afecto de una mujer; no tenía idea de lo que se sentía. Pero ahora, a menos que sus ojos le engañaran, pensó que era exactamente lo que estaba viendo.

"Yo nunca te olvidé, Arliss", dijo. "Supuse que habías crecido y habías desaparecido. Que probablemente te habías casado con algún lord local".

Arliss se rió.

"¿Yo? ¿Casarme con un lord? ¿Estás loco?".

"¿Y por qué no? Eras la mujer más hermosa de este pueblo".

Arliss se ruborizó.

"Para ti, tal vez. No para los demás. Para ellos", dijo ella, sosteniendo su mano hacia arriba, con los dos dedos faltantes, "yo soy un bicho raro".

Steffen se rió.

"¿Y yo no lo soy?", respondió.

Arliss se rió, y ambos rieron juntos. Steffen se sentía muy bien riendo, que era algo que rara vez hacía, y toda la tensión del día comenzó a disiparse. Estar sentado al lado de Arliss le hacía sentir bien. Era alguien que se preocupaba por él; alguien que compartía algo con él, que también estaba oprimida por este lugar; alguien que entendía.

"¿Y entonces?", preguntó Steffen. "¿Te casaste?".

Arliss meneó la cabeza, mirando hacia abajo.

"Es un pequeño pueblo. No hay muchos hombres para elegir. Nadie aquí me miró alguna vez con otra cosa que no fuera desprecio".

Steffen sintió una oleada de esperanza al enterarse de que era soltera.

"¿Te gustaría dejar este lugar?", preguntó él.

Era lo más audaz que había dicho alguna vez, y las palabras sólo salieron de su boca, sin tomar siquiera un momento para pensar en lo que estaba diciendo. Sólo se sentían bien. Arliss claramente estaba atrapada aquí, y Steffen quería liberarla de esta esclavitud, de este horrible lugar de gente mezquina. Pero, si lo hubiera pensado, probablemente no habría tenido la confianza para preguntárselo. Pero fue más que eso; él también la amaba, como siempre.

Arliss lo miró, con sus ojos de sorpresa y maravilla.

"¿Y cómo podría hacerlo?" preguntó.

"Ven conmigo", se encontró diciendo, sintió que su mundo se volvía borroso mientras hablaba, las palabras salían tropezando, cambiando su vida y la de ella, para siempre. "Ven conmigo a la Corte del Rey. Puedes quedarte en el Castillo del Rey. Hay muchas habitaciones".

"Estoy segura de que a la reina le encantaría", dijo sarcástica.

Steffen negó con la cabeza.

"Tú no entiendes. Soy la mano derecha de la reina. Si pido algo — y nunca pido nada — ella me lo concedería. Más que eso, ella ve a través de las personas. Ella vería tu bondad. Le encantaría. Estoy seguro de eso. De hecho, estaría feliz de tenerte allí".

Los ojos de Arliss se inundaron de lágrimas, y se rió mientras las lágrimas resbalaban por su rostro. Las secó rápidamente y alejó la mirada, luego miró a Steffen.

"Nadie ha hablado conmigo como lo haces tú", dijo ella. "No sé si creerlo. Estoy muy acostumbrada a ser objeto de burlas".

Yo también", dijo él.

Steffen se dio cuenta de que necesitaba hacerle saber lo grave que era.

Él se levantó y tendió una mano, mirando hacia abajo con seriedad. Poco a poco, tímidamente, Arliss la tomó.

"Esos días ya quedaron atrás", dijo él. "Nunca, en mi presencia, serás objetivo de burla nuevamente".

Arliss se levantó, sosteniendo la mano de Steffen y lo miró a los ojos, largamente y con fuerza. Cada uno sostuvo la mirada, y Steffen sintió perderse en su mirada, se perdió en otro mundo, se perdió en algo más grande que él mismo — algo que nunca había experimentado antes.

Arliss no alejó la mirada y Steffen, de repente, se encontró abrumado por la emoción y se inclinó para besarla.

Arliss no retrocedió. Al contrario, esperó, y en el último segundo, también se inclinó, con sus labios temblando sobre los de él.

Se besaron, fue la primera vez que Steffen había besado a una mujer, y le pareció que duró para siempre. Cuando todo terminó, se sentía como un hombre cambiado. Sintió que entendía lo que significaba el amor.

"Perdóname, mi señora", dijo él, inseguro. "No quise ser atrevido".

Arliss miró hacia abajo, apretó su mano y la sostuvo firmemente. Entonces

ella lo miró y sonrió.

"Nada", dijo ella, "me ha hecho más feliz".

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Alistair caminó al lado de Erec, cada uno con teniendo a su caballo por sus riendas, con una docena de Los Plateados detrás de ellos. Ella estaba emocionada de desmontar finalmente y tener tiempo para caminar tranquilamente con Erec. Este viaje hacia el sur para poder embarcar hacia las Islas del Sur, había sido agotador, sobre todo porque Alistair no había tenido tiempo de tener mucha tranquilidad con Erec. Ahora, finalmente, ella y Erec salieron al frente, los dos solos, caminando cerca uno del otro. Todos habían cabalgado la mayor parte del camino, pero cuando llegaron a este angosto desfiladero, todos habían desmontado para caminar con los caballos, el sendero era muy rocoso, la caída demasiado empinada en cualquier dirección.

Alistair agradeció la pausa, agradeció la oportunidad de ser capaz de caminar al lado de Erec, de finalmente tener la oportunidad de hablar con él sin el sonido del galope en sus oídos. Había tantas cosas que quería decirle. Sobre todo, quería estar cerca de él. Estaba un poco nerviosa por dejar el Anillo, cruzando el océano, por la gran aventura que había por delante. Iban a dejar su tierra natal, entrando en un reino extranjero. ¿Le agradaría a la gente de él?

Alistair sentía como si nunca hubiera tenido la oportunidad de pasar tiempo a solas con Erec, de estar muy cerca de él, siempre hubo algunos eventos que se interponían entre ellos. Y ahora que estaban por fin solos, había tantas cosas que quería preguntarle. Muchas, de hecho, que paralizaban su mente, y no se le ocurría ninguna.

Pero eso estaba bien, estar con él en silencio era suficiente.

Mientras caminaban uno al lado del otro, Alistair estaba asombrada por la vista que se extendía ante ellos. Ella miró los amplios valles y crestas, encendidas bajo los hermosos soles de verano, los campos de hierbas altas, naranjas, meciéndose en el viento. Cuán increíblemente hermoso era el Anillo, pensó ella, especialmente ahora, en verano, todo el valle estaba lleno de árboles de todos los colores. Era un lugar de increíble bonanza, de mucha prosperidad y paz. Una parte de ella no quería irse nunca.

Alistair se sentía abrumada con emociones contradictorias, al pensar en

todo lo que iba a dejar atrás. A su hermano, Thorgrin, justo cuando estaba empezando a conocerlo. Una parte de ella quería desesperadamente buscar a su madre, también.

También estaba su nueva cuñada y amiga, Gwendolyn. Alistair había esperado con ansias su boda, y una gran parte de ella quería quedarse y estar allí para presenciarla, como le había prometido a Gwendolyn. Sentía como si estuviera defraudándola a ella y a su hermano.

Lo que más molestaba a Alistair era su premonición, sin importar cuánto intentara sacudirlo, esas cosas terribles iban al Anillo. Trató de ignorarlo, para descartarlo como absurdo. Después de todo, el Anillo nunca había sido más seguro. ¿Qué mal podría posiblemente venir aquí?

Alistair alcanzó a tomar la mano de Erec, y al hacerlo, podía sentir el calor saliendo de él y ella sabía, sobre todo, que tenía que estar aquí, al lado de su marido. Ella quería estar aquí. A pesar de todo, no había otro sitio donde ella quisiera estar. La gente la necesitaba, pero su esposo la necesitaba más — y ella no sería feliz si no estaba a su lado.

Erec apretó su mano.

"Gracias por acompañarme", dijo. "Es un viaje que no quisiera hacer sin ti. No puedo esperar a que conozcas a mi gente".

Erec le sonrió, y ella sonrió mientras le sostenía su mano. Fue la decisión correcta. Después de todo, su padre se estaba muriendo, y ya era hora de que regresara a su tierra natal. Y una vez que llegaran a las Islas del Sur, se casarían. Nada significaba más para Alistair que eso.

"Viajaría contigo hasta los confines de la tierra, mi lord", respondió.

Caminaron hasta la bifurcación del sendero, y todos se detuvieron. A la izquierda, en la cima de la colina por la que habían estado caminando, el sendero continuaba — pero también había una bifurcación hacia la derecha, hacia abajo, en curva hacia una dirección diferente.

Erec y sus hombres empezaron a tomar el camino hacia abajo, pero Alistair se detuvo de repente, su cuerpo de pronto se enfrió. Sus ojos se abrieron de par en par cuando sintió algo — un sentimiento poderoso. Se quedó allí parada, congelada.

Finalmente, Erec y los hombres se dieron cuenta, y también se detuvieron, y se dieron vuelta y la miraron.

Erec la miró con preocupación.

"¿Qué pasa, mi señora?", preguntó él.

Alistair miró hacia abajo con terror al camino que estaban a punto de emprender.

"No podemos bajar allí", dijo. "El camino no es seguro".

"¿Por qué lo dices, mi señora?", dijo uno de Los Plateados. "Esta ruta se ha recorrido durante siglos. Y contra guerreros como nosotros, ningún ladrón tendrá una oportunidad".

Alistair miró fijamente al camino, y no se retractó. Ella presentía algo malo.

"No sé lo que es", respondió, "pero sé que no es seguro. Si toman ese camino, van a morir".

Todos se volvieron y miraron hacia abajo al camino, sorprendidos, escépticos.

Erec se acercó a ella y tomó su mano. Se enfrentó a los hombres.

"Si mi señora dice que el camino no es seguro, entonces no es seguro. La seguiremos a ella".

"Pero mi señor", uno de ellos protestó, "ese camino ofrece la manera más directa a la embarcación. Ir por otro camino, nos haría perder varios días. Podríamos perder el barco. ¿Y por qué? ¿Por una premonición?".

Erec apretó la mandíbula en defensa de Alistair.

"Dije que no tomaremos ese camino", repitió Erec firmemente.

Erec se volvió y, tomando la mano de Alistair, tomó el camino superior. A regañadientes, todos sus hombres fueron detrás de él.

Mientras caminaban, Erec apretó su mano, se inclinó y susurró al oído de Alistair: "Confío en ti, mi señora".

Alistair iba a contestar, pero antes de que pudiera hacerlo, de repente, hubo un gran estruendo. Todos se dieron vuelta y miraron hacia abajo y vieron cómo, de repente, hubo un enorme desprendimiento de rocas, enormes rocas se separaron de la escarpada, rodando hacia abajo. En momentos, llenaron completamente el camino por debajo de ellos — el sendero que todos habrían tomado, si hubieran elegido la bifurcación opuesta unos minutos antes.

Todos se detuvieron y giraron a ver a Alistair, sorprendidos.

Ella podía sentir todas las miradas sobre ella. Todos sabían que si hubieran ido por el otro camino, ahora todos estarían muertos.

Alistair no sabía de donde provenía su poder. Una parte de ella no quería saberlo.

¿Era incluso mayor de lo que ella podía imaginar?

CAPÍTULO VEINTISIETE

Kendrick desmontó cuando llegó a este pueblo pequeño y solitario en la parte norte del Anillo, esta parte desolada del país donde las aldeas estaban lejos entre sí y eran pocas. Él había recorrido un camino largo y polvoriento, yendo hacia el norte, y había pasado todo el camino preguntándose si la noticia podría ser cierta. Kendrick siguió tantas pistas falsas durante años, cada una llevándola a una mujer que evidentemente no era su madre.

Esta vez, se sentía diferente. El corazón de Kendrick se aceleró cuando agarró las dos mitades del medallón en la palma de su mano.

Kendrick había seguido las instrucciones meticulosamente, abriéndose paso a través del Anillo, galopando en este solitario pueblo en el norte del país, hasta que lo había conducido aquí. Esta localidad era ligeramente más grande que las demás, con muchas tabernas; Kendrick pasó por demasiados tipos ordinarios vagando por las calles, tropezando, ebrios, incluso en el día. Su corazón se aceleró mientras analizaba las caras de todas las personas, preguntándose si alguna de ellas podría ser su madre.

Otra parte de él le decía que no era posible. ¿Por qué su madre viviría en un lugar como éste? ¿No era una princesa? Siempre había imaginado que ella viviría en un castillo, pero al mirar alrededor, no vio nada más que humildes viviendas. No tenía sentido para él. ¿Su escudero había cometido un error?

Kendrick se preguntaba, por enésima vez, si su madre había sabido de él. Sin duda, ella lo habría hecho. Después de todo, Kendrick era famoso por ser el hijo bastardo del rey. ¿Por qué, se preguntaba, ella nunca lo había reclamado? ¿La gente del Rey la había asustado?

Kendrick secretamente esperaba que así fuera. Secretamente esperaba que encontraría a una mujer que estaba sola, triste sin él, jubilosa de verlo, nuevamente restaurada de la profunda tristeza que había sufrido todos estos años. Ella tendría la perfecta explicación de por qué se había ido. Él esperaba que le dijera que ella lo había buscado toda su vida, que había querido venir a verlo, pero se lo habían prohibido, la habían mantenido lejos por alguna razón.

Kendrick caminó por las calles con grandes esperanzas, sintiendo como si uno de los momentos decisivos de su vida estuviera a punto de suceder.

Examinó las caras, sin saber a quién buscar. Él buscaba a una mujer de mediana edad que se pareciera a él. Buscaba la cara que había imaginado en sus sueños, toda su vida.

Sin embargo, no encontró a nadie.

Kendrick se apresuró hacia una anciana que estaba sentada delante de una taberna y observaba pasar a todos los que deambulaban por ahí y se preguntó si tal vez ella sabría algo.

"Disculpe", dijo, "pero ¿conoce a una mujer llamada Alisa?".

La mujer lo miró con recelo.

"¿Alisa?", repitió lentamente. "Todo el mundo la conoce. ¿Qué quieres de ella?".

El corazón de Kendrick se aceleró.

"Por favor, dígame dónde está. Yo soy su hijo".

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

"¿Su hijo?".

La anciana rió a carcajadas, con un cacareo que puso los pelos de punta a Kendrick.

"¡Su hijo!", repitió, riendo, como si le pareciera la cosa más divertida del mundo.

Kendrick se ruborizó, molesto y desconcertado por su respuesta y comenzó a perder la paciencia. No entendía por qué le parecía gracioso.

"Me insulta de una manera que no entiendo", dijo Kendrick. "Soy un miembro de Los Plateados. Muestre respeto y cuide lo que dice".

El cacareo de la mujer se aplacó lentamente, en su rostro apareció el temor.

"Su madre se encuentra en el Red Horse Inn", dijo. "El último edificio al final de la calle".

Kendrick se dio vuelta y se alejó, y la risa de ella volvió a escucharse. Él no comprendía lo que significaba todo eso, y pensó que eran razonamientos de una anciana loca. Después de todo, era un pequeño pueblo, alejado de cualquier gran ciudad y la gente aquí parecía ser grosera con él. Nuevamente se preguntó lo que su madre podría estar haciendo aquí. ¿Estaba en el lugar equivocado?

Kendrick finalmente llegó al Red Horse Inn y ató su caballo a un poste. Su corazón se aceleró, sus palmas sudaban, se dirigió a la puerta, cuando de repente, tres hombres salieron, luchando entre sí hasta caer al suelo. Kendrick se hizo a un lado, justo a tiempo, ya que se tiraron mutuamente al suelo,

revolviendo el polvo. Estaban borrachos, maldiciendo y pateándose mutuamente.

Kendrick se dio vuelta y miró dentro de la puerta abierta y escuchó gritos y risas viniendo desde adentro y se preguntó si éste podría ser el lugar adecuado. Esta parecía ser una taberna de mala reputación, que no correspondía a un miembro de Los Plateados entrar — mucho menos el líder de Los Plateados.

Kendrick se preparó, entró pavoneándose y abrió la puerta de un golpe con el dorso de su guantelete de Los Plateados, pegándole tan fuerte que hizo que todos voltearan a ver.

El salón quedó en silencio mientras todos los hombres se detuvieron y examinaron a Kendrick. Había una mirada de respeto y miedo en sus ojos, mientras Kendrick irrumpía en la habitación, con sus espuelas tintineando en los suelos de madera. Caminó hacia el cantinero.

"Busco a una mujer llamada Alisa", dijo Kendrick.

El camarero hizo un gesto con la cabeza.

"En el cuarto de atrás", dijo. "Es la pelirroja. ""Pero creo que es demasiado temprano para ella, añadió.

Kendrick no entendía lo que el cantinero quería decir, pero antes de que pudiera preguntarle, ya se había ido a atender a otro cliente.

Kendrick se volvió y se apresuró a la trastienda de la taberna, con un creciente presagio dentro de él. Todo esto parecía estar mal. Nada de esto tenía sentido. Estaba seguro de que su escudero debía haberse confundido. ¿Qué haría su madre, la pareja de un rey, aquí?

Kendrick empujó una cortina de terciopelo negro que dividía el cuarto, y se detuvo en seco, sorprendido ante lo que vio.

Ante él había docenas de mujeres ligeras de ropa, formando parejas con hombres detrás de las divisiones de velo fino. Otras docenas de mujeres deambulaban por el lugar, y Kendrick enrojeció al darse cuenta inmediatamente de qué lugar era éste: un burdel.

Antes de que pudiera darse vuelta para salir, la sangre de Kendrick se heló cuando vio a una mujer caminando hacia él, con una sonrisa en su rostro, de mediana edad, la única persona en la habitación con el pelo rojo. Sintió su mundo desmoronándose lentamente al analizar su rostro y se dio cuenta de que se parecía exactamente a él. Era la versión femenina, más vieja de él.

Ella sonrió mientras se acercaba.

No, pensó él. *Esto no puede ser. Ella no. No es mi madre.*

"¿Cómo podemos servirte?", le preguntó a Kendrick, sonriendo, poniendo una mano sobre su hombro. "Un miembro real de Los Plateados en nuestra casa. ¿A qué se debe el honor?"

La cara de Kendrick fue de consternación cuando miró a la mujer, sintiendo que todas sus esperanzas, desde que era niño, se aplastaban.

"He venido a ver a mi madre", respondió, con su voz suave, humilde, quebrada, con sus ojos llenos de tristeza.

De repente, la cara de la mujer se volvió sombría; dejó de sonreír cuando lo miró con confusión, reconociéndolo entonces. Ella se estremeció y retiró su mano, como si hubiera tocado una serpiente, y su rostro se llenó de vergüenza mientras se cubría, envolviendo el chal sobre sus hombros, con modestia.

Subió una mano temblorosa a su boca, mientras lo miraba, con los ojos abiertos de par en par.

"¿Kendrick?", preguntó.

Kendrick se quedó allí parado, congelado, entumecido, sin saber qué decir. Se sintió lleno de temor y horror. Con vergüenza. Repulsión.

Sobre todo, decepción. Una desilusión aplastante. Había pasado toda su vida siendo un bastardo, y secretamente, siempre había esperado demostrar al mundo que era un error, demostrar que provenía de una madre de la realeza, demostrar que no tenía nada de qué avergonzarse.

Pero ahora vio que los demás tuvieron razón todo el tiempo. No era más que un bastardo. Nunca se había sentido tan humillado.

"¿Cómo me encontraste?", preguntó.

Pero Kendrick no tenía nada más que decirle. Él no podía reconciliar la imagen que veía delante de él con la visión que él siempre había tenido en su mente. Esta mujer no podía ser su madre. No era justo.

"Te he buscado toda mi vida", dijo lentamente, con la su voz quebrada. "A diferencia de ti — que nunca te molestaste en buscarme. Ahora entiendo por qué".

La cara de su madre enrojeció de vergüenza.

"No deberías verme aquí", dijo ella.

"Tú eres mi madre", dijo él, acusando. "¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo podrías vivir tu vida así? ¿No tienes sangre noble corriendo por tu cuerpo?"

Ella frunció el ceño, enrojeciendo. Era una mirada que reconoció; tenía la misma mirada que cuando él se enojaba.

"¡No sabes la vida que he vivido!", respondió, indignada. "¡No eres nadie para juzgarme!".

"Sí lo soy", dijo él. "Yo soy tu hijo. Si no lo hago yo, ¿entonces quién?"

Ella lo miró, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

"Debes irte ahora", dijo. "No deberías estar en este lugar".

Él la miraba, con sus ojos llenos de lágrimas.

"¿Y tú sí?", preguntó él.

De repente, ella empezó a sollozar. Ella sostuvo su rostro en sus manos.

Kendrick no podía soportarlo más; se dio vuelta, apartó la cortina de terciopelo y se apresuró a salir de la taberna.

"¡Hola!", dijo un hombre fornido, extendiendo la mano y agarrando la muñeca de Kendrick, con firmeza. "Fuiste detrás de la cortina y no pagaste. Todo el mundo paga, pruebes la mercancía o no".

Lleno de ira, Kendrick giró el brazo del hombre, torciéndolo por detrás de su espalda y bajó la cara del hombre hasta su rodilla, golpeándola con la armadura y rompiéndola.

El hombre se desplomó al suelo, y el resto de los hombres en la taberna se quedaron congelados, pensando dos veces antes de acercarse a él. Todo el bar se quedó inmóvil, mientras los hombres miraban, en silencio.

Kendrick se volvió y salió por la puerta, a la luz del día, decidido a borrar este lugar de su memoria y nunca volver a pensar en ello.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Conven, finalmente en casa, se dirigió a su aldea, harapiiento, cansado, con sus piernas entumecidas de caminar todos esos kilómetros. Conven había llegado hasta aquí solo, a pie, caminando desde que había salido de La Legión, decidiendo que no tenía adónde ir mas que aquí. A su hogar. Seguía inundado de dolor por la muerte de su hermano, necesitaba tiempo para despejar su mente. Para estar a solas lejos de todo y de todos.

Una parte de Conven quería estar de regreso en la Corte del Rey, celebrando con sus otros hermanos de la Legión; pero otra parte de él, la parte más grande, estaba todavía adormecida para el mundo. Los pensamientos de su hermano gemelo muerto lo consumían, dificultando concentrarse en otra cosa. Era incapaz de sacudir su dolor — y no quería hacerlo. Su hermano gemelo era como una parte de sí mismo, y cuando murió en el Imperio, la mejor parte de Conven había muerto con él.

Conven había estado adormecido para el mundo todo el tiempo que había marchado aquí, andando sin rumbo, apenas pensando a dónde iba, no queriendo participar en celebraciones.

Pero ahora que había llegado, ahora que había puesto un pie a través de las puertas de su vieja aldea, por primera vez en mucho tiempo, algo dentro de él se agitó. Él miró hacia arriba, reconoció las viejas calles, los edificios antiguos, el lugar donde él y su hermano habían crecido, habían pasado tantos años y empezó a recordar por qué había venido aquí. Algo dentro de él comenzó a despertar, y por un momento, empezó a sentir otra vez un propósito. Por primera vez, los pensamientos de otra cosa, aparte de su hermano muerto, entraron en su mente.

Alexa. Su esposa.

A lo largo de sus viajes por el Imperio, cuando su hermano había estado vivo, pensar en Alexa había sostenido a Conven; no había pensado en otra cosa que en ella, era triste haber tenido que dejarla. Había prometido regresar con ella, volver a este pueblo cuando regresara del Imperio.

Conven y su hermano se habían casado en una boda doble, y desde entonces, cada uno había hablado interminablemente de regresar por sus

novias, de empezar una nueva vida en su pueblo. Conven se sentía culpable de venir aquí sin su hermano; sin embargo, al mismo tiempo, al mirar las calles, regresaron los pensamientos hacia Alexa, y recordó por qué vino aquí. Pensar en ella le hizo sentir una chispa de optimismo por primera vez.

Alexa era la única cosa que Conven sentía que había dejado en el mundo, la única cosa a la que podía aferrarse, que le hacía sentir que tenía una oportunidad de empezar de nuevo una vida. Después de todo, Alexa siempre entendía; siempre tenía una manera de hacerlo sentir mejor en todo. Ella conocía a su hermano, ella lo entendería, mejor que nadie. Ella podría identificar el dolor de Conven. Tal vez, sólo tal vez, ella podría traerlo de vuelta. Tenía la capacidad de hacerlo. Siempre lo había hecho.

Conven caminó por el pueblo, haciendo caso omiso de la gente que estaba animada alrededor de él, yendo directamente hacia su vieja cabaña, donde sabía que encontraría a Alexa. Dio vuelta a la esquina y la vio, la pequeña cabaña blanca brillante, con la puerta amarilla, que estaba abierta. Desde adentro podía escuchar una voz de mujer, cantando alegremente — y su corazón se alegró con el sonido. Alexa. Era la voz de su esposa.

Ella estaba cantando, y le hizo recordar todo, Conven la recordaba cantando, como siempre, el sonido le daba más alegría que nada en la tierra.

El corazón de Conven latió más rápido y corrió, ansioso por ver su cara, por abrazarla con fuerza, por contarle todo. Sentía que una vez que sacara todo de su pecho, se sentiría mejor, mucho más ligero. Entonces tal vez, sólo tal vez, podría volver a empezar una vida.

Conven corrió hacia adelante y abrió más la puerta. Él entró, con su corazón latiendo aceleradamente, tan ansioso por darle una sorpresa, anticipando el gozo que encontraría en su rostro. Él entró sin tocar y se quedó allí parado, esperando verla parada de espaldas a él, limpiando sus arcos en la ventana, cantando para sí misma, como ella siempre hacía.

Pero Conven se detuvo de repente al verla ante él, incapaz de procesar lo que vio. Ahí estaba Alexa. Cantando, sonriendo. Feliz, como siempre.

Pero ella no estaba limpiando. Por el contrario, miraba a los ojos de otra persona. A los ojos de un hombre.

Alexa se inclinaba hacia adelante, sonriendo, y besando a un hombre, quien también la besaba.

Conven quedó congelado, entumecido, queriendo acurrucarse y morir por dentro.

¿Cómo podría ser posible? ¿Alexa? ¿Su esposa? ¿Con otro hombre?

De repente, Alexa se dio vuelta, miró a Conven con una expresión horrorizada y gritó. El hombre que estaba junto a ella también saltó, ambos sobresaltados.

Conven se quedó ahí parado, mirándolos, inexpresivo. No sabía qué decir. Sintió que la tierra se hundía por debajo de él.

"¿Quién eres?", le gritó el hombre a Conven.

"¿Quién eres tú?", gritó Conven, tratando de controlar su ira.

"Yo soy el marido de Alexa. ¿Cómo se atreve entrar a nuestra casa?"

Conven sintió que su corazón se congelaba ante las palabras del hombre.

"¿Esposo?", dijo, desconcertado. "¿De qué hablas?". ¡Yo soy su marido!"

El hombre se volvió y miró hacia adelante y hacia atrás entre Alexa y Conven, perplejo.

Alexa se puso a llorar, rápidamente se cubrió con un chal y miró a Conven con una expresión horrorizada.

"Conven", dijo ella: "¿Qué haces aquí? Pensé que estabas muerto".

Conven se sentía incapaz de hablar, demasiado perplejo para hablar.

"¡Me dijeron que habías muerto!", agregó, suplicante.

Conven meneó la cabeza.

"No, mi hermano murió. Sin embargo, al ver esto, ojalá hubiera sido yo".

Alexa lloró y lloró.

"¡Esperé por ti!", gritó, entre lágrimas. "¡Esperé por ti durante tantas lunas! Nunca volviste a casa. ¡Me dijeron que estabas muerto, Conven!"

Llorando, ella cruzó la habitación hacia él.

"Tienes que entender. ¡Me dijeron que estabas muerto! Me casé con otra persona".

Conven sintió sus ojos llenarse de lágrimas.

"¡Debes entender!", dijo suplicando, llorando, corriendo hacia adelante y agarrando sus manos. "¡No lo sabía! Lo siento. ¡Lo siento tanto!"

Conven quitó sus manos, como si fueran mordidas por una serpiente.

"¿Entonces así están las cosas?", Conven preguntó, con la voz quebrada. "¿Nuestro matrimonio ya no significa nada? No regreso en tiempo, ¿y corres a casarte con otro?"

Alexa se puso a llorar, con su rostro enrojecido.

"¡No tenía idea!", dijo ella gritando. "¡Debes creerme".

"Bueno, aquí estoy", dijo Conven. Vivo. De regreso a casa. He vuelto por

ti. Yo soy tu marido, después de todo. Esta era mi casa".

Alexa cerró los ojos y movió la cabeza una y otra vez, como si estuviera dispuesta a que todo desapareciera.

"Lo siento mucho", dijo. "Tenía que seguir adelante. Todo fue muy doloroso. Ahora tengo una nueva vida. Lo siento. Pero ahora no puedo regresar. Tengo una nueva vida. Es demasiado tarde".

Conven bajó la cabeza, desesperado, y Alexa se acercó y puso su brazo alrededor de él. Se maravilló por la injusticia del mundo, en cómo la desesperación traía más desesperación. ¿No había sufrido lo suficiente?

Sobre todo, se sentía como un tonto, sentía mucha vergüenza. Él había asumido que su amor por él todavía estaba vivo, que era tan fuerte como siempre. Él había asumido que sus viajes no cambiarían eso.

Ahora, finalmente, no tenía a nadie. Ni a su hermano. Ni a su esposa. A nadie.

Sin decir otra palabra, Conven se dio vuelta y salió de la cabaña.

"¡Conven!". Alexa gritó detrás de él.

Pero él ya había cerrado la puerta de un golpe detrás de él, de la voz de ella, de su mundo y de todo lo demás.

*

Conven caminaba en las nubes por su pueblo, sin ver o sentir el mundo que le rodeaba. La gente se topaba con él, y él se los quitaba de encima como muerto viviente, sin darse cuenta. ¿Cómo podría ser posible? ¿Como podía ser que todo lo que había amado en el mundo le había sido arrebatado?

De alguna manera, tal vez por instinto, Conven se encontró entrando en una taberna, y se sentó en el bar. No recordaba ni siquiera haber pedido jarras de cerveza, pero aparecieron delante de él, y las bebió, una tras otra. Se sentó allí, cerrando los ojos, moviendo la cabeza, tratando de olvidar todo.

No podía ser. Sólo hacía unas lunas atrás, Conven lo había tenido todo. Estaba felizmente casado, en una boda doble, con su hermano. Le habían ofrecido un lugar codiciado en la Legión, junto con su hermano. Tenían un plan para regresar con éxito de su búsqueda por la gloria en el Imperio, volviendo como héroes, Thorgrin recuperando la Espada del Destino. Tenían un plan para convertirse en caballeros, para volver a casa y vivir una vida encantadora.

¿Cómo es que había salido todo tan mal? Conven no podía procesarlo en absoluto.

Mientras Conven bebía otra cerveza, tuvo pensamientos de terminar con todo. Después de todo, la manera en que él lo veía, la vida ya no tenía nada para él.

De repente, Conven casi se cae de su silla, cuando fue golpeado por un hombre gordo, alto, que se sentó junto a él, dándole la espalda. Conven recuperó su equilibrio cuando el hombre se volvió hacia él.

"Fíjate dónde te sientas, flaco", dijo.

Conven lo miró, con su mente hirviendo de rabia en su estado de ebriedad.

"No me mires así", el hombre sonrió. "A menos que quieras que te quite esa expresión de tu cara".

Conven estaba allí, indignado, en plena ebullición, debatiendo qué hacer, cuando el hombre repentinamente saltó de su silla, giró, y antes de que Conven pudiera ver lo que estaba pasando, lo abofeteó en la cara con su palma rolliza, sudorosa.

El golpe sonó en toda la habitación, y la barra de repente quedó en silencio, y todas las cabezas voltearon a ver.

Varios hombres se reunieron lentamente cerca del hombre gordo, evidentemente eran amigos suyos, como si quisieran que hubiera una pelea.

Fue entonces cuando sucedió. Algo dentro de Conven le hizo despertar. Había sido empujado demasiado lejos, demasiada cerca del borde de la desesperación, y ya no pudo contenerse más.

Conven arremetió como un animal arrinconado, y se dirigió hacia el hombre, agarrando su silla de madera, levantándola por lo alto y estrellándola en la cara del hombre.

El hombre gritó, subiendo las manos y agarrando su cara ensangrentada mientras tropezaba — pero Conven no esperó. Saltó hacia adelante y pateó al hombre gordo en la barriga, con tal fuerza, que se desplomó, después Conven le dio un rodillazo en la cara.

La nariz del hombre se rompió con un crujido y luego cayó al suelo, como un árbol muerto, sacudiéndolo.

Los amigos del hombre, que eran tan grandes como él, corrieron hacia Conven, con evidentes ansias de pelear.

Conven, deseoso de causar más estragos, no se hizo esperar; por el contrario, saltó primero hacia ellos.

El primer hombre se acercó a Conven con un garrote y Conven se lo arrebató de las manos, lo abofeteó, después utilizó su palo para golpearlo en la cabeza.

Conven luego giró y golpeó con el garrote a los otros tres hombres, quitándole los cuchillos que llevaban en sus manos y tirándolos al suelo.

Otra docena de hombres, evidentemente amigos de estas personas, fueron hacia Conven, rodeándolo.

Conven luchó como poseído, dando patadas y puñetazos y codazo y aporreando a todos en el salón, derribando a un hombre tras otro. Él recogió a un hombre y lo lanzó por lo alto sobre su cabeza, a través del cuarto, rompiendo una mesa del bar por la mitad. Dio un cabezazo a uno, dio un codazo a otro, golpeó en la mandíbula a uno más y lanzó a otro sobre su hombro.

Conven era una máquina demoledora, sin importarle nada, dispuesto a arrojarse imprudentemente a la muerte. Ya no tenía nada de qué preocuparse, y no tenía ningún motivo para vivir. A él le daría gusto morir en este lugar y llevarse a tantos hombres como pudiera con él.

Conven mostró sus habilidades como miembro de la Legión; incluso cuando estaba borracho, él era un mejor luchador que el mejor hombre de aquí, y antes de terminar, Conven había conseguido derribar a casi todos los clientes del lugar — cuando, sin aliento, escuchó un sonido metálico detrás de él, de cadenas.

Conven miró sobre su hombro, pero fue demasiado tarde, vio a una docena de policías saltando sobre él por detrás, levantando garrotes, bajándolo en la parte posterior de su cabeza. Luchó con estos hombres, también, a pesar de las probabilidades, dando patadas y luchando.

Pero él ya estaba agotado y ellos eran demasiados. Uno tras otro, le llovieron los golpes, y en unos momentos Conven sintió que le ponían grilletes por detrás, primero en las muñecas y luego en los tobillos.

No se podía mover, cada vez le llovían más y más golpes. Pronto, sus ojos se estaban cerrando, le pesaban por los moretones y cuando su mundo se volvió negro, escuchó el sonido de golpes suaves. Su pensamiento final, antes de que sus ojos hinchados se cerraran, era que deseaba que su hermano estuviera aquí para luchar a su lado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Matus, molesto, marchó al antiguo castillo de su padre, apretando su mandíbula, mientras se preparaba para hacer frente a sus dos hermanos. Marchó a través de los pasillos de este lugar, un lugar que solía estar lleno con la presencia de su padre, solía ser el lugar de reunión de las Islas Superiores, pero ahora era utilizado por los dos hermanos de Matus, Karus y Falus, como sala de reunión, un lugar para fomentar la revolución y la rebelión desde el encarcelamiento de su padre.

Matus simplemente no veía el mundo como sus hermanos. Nunca lo había hecho. Él estaba cortado de una tela distinta que Karus y Falus, que eran casi clones de su padre en todos los sentidos, incluso físicamente, alto y delgado, con los mismos ojos intensos y brillantes y el pelo lacio. Matus, por el contrario, era más bajo de estatura, con los ojos marrones y cabello rizado que heredó de su madre fallecida. Siendo el más joven, siempre había estado un poco apartado de ellos, y desde que su padre estaba en prisión, nunca había estado más alejado de ellos que ahora.

Matus nunca había estado de acuerdo con las acciones de su padre, con su artera traición a Gwendolyn. Matus sentía que si su padre había tenido desacuerdos, debió haberlos emitido abiertamente — y que si no pudo llegar a un acuerdo, entonces debería haber llevado abiertamente su causa al campo de batalla, no de un modo engañoso, no en un acto de traición. Fue un error de su padre violar el código de honor, por cualquier razón. A los ojos de su familia, el fin justifica los medios. Ante los ojos de Matus, nunca lo hizo. El honor era más sagrado.

Ante los ojos de Matus, su padre se merecía ser encarcelado, que era un acto generoso de parte de Gwendolyn.

Sus hermanos, sin embargo, no podían sentirlo más diferente — y mientras Matus se dirigía a la sala, fue recibido por el fulgor hostil de Karus, quien estaba sentado alrededor de su larga mesa de madera, con el ceño fruncido, debatiendo con varios otros soldados sentados con ellos. Intrigando, como de costumbre. Matus se preguntaba dónde estaba Falus. Seguramente, supuso él, en nada bueno.

"¿Por qué intentaste envenenar a Srog?", Matus exigió saber.

"¿Por qué eres leal a ese tonto?", preguntó Karus.

Matus hizo una mueca.

"Es el regente de la Reina".

"No es nuestra reina", contraatacó Karus. "Tu razonamiento se ha nublado. No sabes dónde están tus lealtades. Tu tarea es defender a tus hermanos. A tu padre".

"Nuestro padre ya no es quien gobierna", dijo Matus. "Ya es hora de que te enfrentes a la realidad. El cambio está aquí. Srog ahora es nuestro gobernante, y le responde a Gwendolyn. Nuestro padre se encuentra en la cárcel, y él nunca se levantará otra vez".

"Oh, lo hará", dijo Karus, determinado, yendo de un lado al otro, mientras se acercaba y le echaba más leña al fuego. La tiró con tal furia que por poco y le pega a un perro, que saltó y corrió fuera del camino mientras volaban chispas en el piso de piedra.

"Si crees que él se va a quedar ahí sentado, pudriéndose en la cárcel por el resto de su vida, estás completamente equivocado".

Matus lo miró, perplejo. Sus hermanos nunca se detuvieron.

"¿Qué estás tramando, exactamente?", preguntó Matus.

Karus se volvió y miró a sabiendas a los otros soldados en la sala, hombres ordinarios, mercenarios, que eran leales a su padre. Karus vaciló, como si tuviera algún secreto y debatiendo si dejaba o no hacerlo saber a Matus también.

"Tengo planes", respondió enigmáticamente.

"¿Qué clase de planes?". Matus presionó. "Sería absurdo arriesgarse a cualquier tipo de rebelión. El ejército de Gwendolyn, Los Plateados, los MacGil, son mucho más poderosos que nosotros. ¿No has aprendido la lección?".

"¿Estás con nosotros o en contra nuestra?". Exigió Karus, cerrando el puño sobre la mesa, avanzando. "Necesito saberlo".

"Si te atreves a desafiar a la Corona, estaré contra ti", respondió orgullosamente Matus.

Karus dio un paso adelante y abofeteó con fuerza a Matus.

Matus, aturdido, lo miró.

"Eres un traidor a nuestro padre", dijo Karus. "Eliges a la reina sobre tu familia, que son extraños para nosotros. Dejarás que tu padre se pudra en la

cárcel por el resto de su vida para intentar avanzar en nuestra causa, por tratar de inculcarnos ser gobernantes del Anillo, por tratar de darnos un futuro mejor. Si te gusta tanto el continente MacGil, ve a vivir con ellos. Ya no eres parte de esta familia".

Matus se sorprendió por las palabras, así como por el golpe.

"Tú tampoco eres leal a nuestro padre", respondió Matus, con su voz sombría, de acero. "No pretendas serlo. Eres fiel a ti mismo. A la traición. Me repugnas. Estoy a favor del honor, sea cual sea el costo. Si eso me hace estar en contra de mi padre o en contra tuya, entonces lo haré".

Karus se burló.

"Eres joven e ingenuo. Siempre lo has sido. Tú y tu caballerosidad y tu honor. ¿Dónde te ha llevado? Tú no eres mejor que cualquiera de nosotros".

Karus apuntó con un dedo amenazador.

"Si interfieres en nuestros asuntos otra vez, Srog no será el único que tendrá que vigilar su bebida".

Varios de los nobles se quedaron parados sombríamente, apoyando a Karus.

Matus, disgustado por todos ellos, se sintió traicionado, como un extranjero en su propia familia, entre su propio pueblo, se dio vuelta y comenzó a salir de la habitación.

Pero de repente, más soldados se acercaron a la puerta, bloqueando su camino.

"No he terminado contigo, hermano", gritó Karus.

Matus, indignado, cerró sus puños y se dio vuelta lentamente.

"¡Abran esta puerta!", gritó.

Karus sonrió.

"Lo haré". Cuando esté listo. Pero antes de que te vayas, hay algo que deseo saber".

Karus caminó de un lado al otro, ampliando su sonrisa, y Matus tuvo un presagio con esa mirada. Sintió que, fuera lo que fuera, la noticia sería muy, muy mala.

*

Stara subió la escalera de piedra de espiral, hacia el techo del castillo, deseosa de ver algún halcón, para ver si había llegado algún pergamino nuevo

de tierra firme. Estaba desesperada por saber lo que había sucedido con Reece, si ya le había dado la noticia a Selese — y cuándo regresaría por ella.

Stara subió los escalones de tres en tres, y repentinamente se detuvo, a mitad de camino, cuando oyó un grito ahogado procedente de una de las habitaciones del castillo.

Se dio vuelta de la escalera y se apresuró para ver lo que pasaba.

Stara pasó a varios soldados hasta que llegó al salón de su hermano. Dos guardias estaban frente a la puerta, impidiendo su paso.

"Mi señora, sus hermanos están en una agria discusión. Yo no le aconsejaría entrar".

Stara podía oír los gritos detrás de la puerta, y se preguntó qué rayos estaba pasando.

Ella miró sombríamente al soldado.

"¡Ábrame la puerta de inmediato!", ordenó.

El soldado se hizo a un lado y abrió la puerta y Stara entró en una habitación llena de gritos.

Se sorprendió al ver a Matus y a Karus discutiendo, acaloradamente, cara a cara, sin ceder los dos ni una pulgada. Estaban tan absortos, que ni siquiera se volvieron para mirarla.

"¡Es la cosa más estúpida que pudiste haber hecho!". Matus gritó, con la cara roja.

Karus, por el contrario, parecía satisfecho de sí mismo.

"No sabes lo que estás diciendo. Son las órdenes de papá. Todo va a cambiar. El camino está libre para su matrimonio".

Matus movió la cabeza.

"Se considerará como un acto de traición", dijo él. "Nuestro país ahora tendrá que prepararse para la guerra".

Karus se mofó.

"¿Qué está pasando aquí?". Stara interrumpió finalmente, confundida, con un mal presentimiento, al escuchar la palabra "matrimonio", que todo esto tenía algo que ver con ella.

Ambos se volvieron y la miraron, sorprendidos por su presencia, y ambos se callaron. Estaban allí parados, respirando con dificultad, cada uno lleno de furia.

"Hemos logrado tu objetivo, mi querida hermana". Karus sonrió, sosteniendo un pergamino. "Es del halcón de hoy".

Stara sintió una vaga sensación de catástrofe cuando tomó el pergamino, lo abrió rápidamente y lo examinó. Leyó las palabras, pero las líneas eran borrosas, y sintió como si girara.

"¿Selese está muerta?", preguntó en voz alta, al leerlo, apenas creyendo las palabras. "Por su propia mano... un funeral real".

"Es exactamente lo que esperabas, ¿no?", Karus preguntó con una sonrisa de satisfacción. "Tu rival desapareció de tu camino. Reece es tuyo ahora para casarse".

Las manos de Stara comenzaron a temblar, y su cuerpo se enfrió mientras se le caía el pergamino, con incredulidad. Miró a Karus.

"Es cierto", dijo él. "Falus le hizo una visita en tierra firme le entregó la noticia del cortejo de Reece contigo. Hizo un trabajo muy eficaz, al parecer. Ella se mató antes de que Reece pudiera llegar a ella".

Stara sintió temblar su mundo entero. Ella no podía creer lo que estaba oyendo. Amaba a Reece. Pero ella nunca querría a su rival muerta. Especialmente por culpa de ella.

Peor aún, cuando pensó en las implicaciones de todo esto, se dio cuenta de que esto sólo perjudicaría su relación con Reece. Un funeral real... Reece estaría abrumado por la culpa... todo el Reino podría culparlo. Culparla a ella... Eso los separaría.

Stara sentía ganas de llorar por dentro. Todo esto obligaría a Reece a *nunca* casarse con ella. Ahora ya no tendría elección.

"¡TONTOS!", gritó ella, lanzando el pergamino a la cara de Karus. "¡Has arruinado todo!".

Karus, la miró, sin comprender.

"¿Por qué?", preguntó él.

"¿Realmente crees que Reece querrá casarse conmigo después de que la vida de su amada ha sido tomada por su propia mano? ¿Debido a la traición de nuestra familia? Acabas de hacerme, de hacer que nuestro amor, sea el enemigo del Anillo. ¡Has destruido nuestra oportunidad de casarnos!".

"¿A qué te refieres?", dijo Karus. "Deberías estar feliz. Esto era lo que querías. Era lo que mi padre quería. Dijo que aseguraría tu matrimonio".

"¡Mi papá es un tonto!", gritó ella. "¡Un tonto miope! No sabe nada de los asuntos del corazón. Ha arruinado todo. Es un idiota. Y por eso está donde está hoy".

"No hables mal de nuestro padre", advirtió Karus.

"Ella tiene razón", dijo Matus. "Has creado un enemigo no sólo en Reece, sino en todo el continente del Anillo. Todas las esperanzas que teníamos para cualquier unión, ahora se ha hecho pedazos".

Stara sintió su mundo derrumbarse a su alrededor, al pensar en las consecuencias. Se puso a llorar, al darse cuenta que lo que había tenido con Reece había acabado. Nunca podría sobrevivir a esto. Ellos — sus hermanos, su padre — con todas sus intrigas ridículas — habían destruido su verdadero amor en la vida.

Peor aún, Stara sentía la culpa por la sangre derramada por esta pobre mujer en sus manos.

Los ojos de Stara se ensombrecieron al mirar a Karus.

"¡TE ODIO!", gritó.

Ella corrió hacia adelante y levantó sus manos y le arañó la cara. Tomado desprevenido, levantó sus manos a la cara, pero era demasiado tarde, ya que lo envió volando hacia atrás de la mesa y se derrumbó sobre una silla, con un golpe.

Stara entonces se volvió y salió corriendo de la habitación, abriendo la puerta y azotándola detrás de ella, sin detenerse, llorando, sabiendo que todo lo que le importaba en el mundo le había sido quitado para siempre.

CAPÍTULO TREINTA

Thor estaba parado en el centro de los campos de entrenamiento de la Legión, observando a un recluta tras otro, correr frente a él, al galope de sus caballos, sosteniendo sus lanzas mientras intentaban perforar el centro de un pequeño aro. Mientras Thor estaba allí parado con su nueva armadura de Los Plateados, con su nueva daga en su cinturón, recordaba una y otra vez sus inicios en Los Plateados. Siendo reconocido entre todos esos hombres. Era surrealista. Era el mayor honor que podría haber esperado alguna vez, con el que no se atrevería ni siquiera a soñar en toda su vida. Ahora, con esta armadura, se sentía un hombre diferente. Miró hacia abajo, se vio brillando en los soles de la tarde, y se sentía invencible.

Thor oyó galopar a los caballos y miró a varios reclutas de la Legión galopando frente a él, yendo con todo su esfuerzo hacia el aro, pero fallando. Uno tras otro fallaron y Thor meneó la cabeza, preocupado por el lamentable estado de algunos de estos chicos.

Mientras miraba, algunos lograron perforar el aro más grande con su lanza, recogiendo los anillos de metal en la punta; pero al seguir avanzando al siguiente aro, aún más pequeño, fallaron. Sólo un recluta, Ario, el pequeño niño del Imperio, logró perforar un aro tras otro con su lanza. Thor observó con sorpresa cómo terminó todo el curso en un amplio círculo, triunfante, sosteniendo su lanza, llena de pequeños aros de metal.

Todos desmontaron, y los otros chicos, jadeando, lo miraron, envidiosos.

Thor caminó arriba y abajo de las filas, examinándolos. Después de muchos días de pruebas, él estaba empezando a ver a algunos de los reclutas sobresalir en ciertos ejercicios y fallando en otros. Era un cultivo mixto. Thor le vio futuro a muchos de ellos; pero para algunos otros, ya estaba claro que no lo lograrían.

Thor se sentía mal alejándolos, pero sabía que no tenía sentido prolongar lo inevitable.

"Tú, tú y tú", dijo Thor, señalando a tres reclutas. "Lo siento. Pero es mejor que se vayan ahora".

Un tenso silencio llenó el aire, mientras los tres reclutas se acercaron y

caminaron, abatidos, hacia las puertas. Uno de ellos se detuvo y se dirigió hacia Thor.

"Pero Thorgrin, señor, no lo entiendo", dijo. "Encesté los anillos. Muchos de los otros chicos no lo hicieron. ¿Por qué elegiría mandarme a casa?"

Thor meneó la cabeza.

"No entiendes", respondió Thor. "Este ejercicio no se trataba de encestar los anillos. Eso era lo de menos".

Él lo miró, intrigado.

"Entonces ¿de qué se trataba?", preguntó.

"De tu lanza", dijo Thor. "¿Es tuya?"

El muchacho miró la lanza que había dejado atrás y parecía nervioso.

"Lo es. La recogí mientras todos corrieron por las armas".

Thor lo miró, serenamente, con calma, esperando la respuesta adecuada. Una respuesta diferente.

Finalmente, el muchacho parecía darse cuenta de lo que Thor sabía, y miró al suelo, avergonzado.

"Se la quité a un chico", admitió.

Thor asintió, satisfecho.

"Ser miembro de la Legión no sólo es ser un hábil guerrero", explicó Thor. "Se trata de cuidar a tus hermanos. Cuando estás en la batalla, lo que te hace fuerte es tu compañero. El mejor guerrero es aquel que piensa primero en sus hermanos. Sólo si piensas en los demás, te salvarás. Eso es tener heroísmo. Es por lo que nos esforzamos aquí. No quiero a solamente a los mejores guerreros; quiero al mejor grupo de hermanos".

El chico finalmente desistió, con la cabeza baja, al darse cuenta.

Thor se dirigió a los demás. Todos miraron a Thor con temor y respeto.

Thor analizó el campo de entrenamiento, mirando por encima de todas las armas, queriendo probar a los chicos con algo que todavía no habían intentado. Sus ejercicios y pruebas estaban sacando a los chicos, uno a uno.

"¡Las espadas pesadas!", ordenó Thor.

Al unísono, todos corrieron a una rejilla con espadas largas, del doble de largo y grueso que las demás, tan pesadas, que debían ser blandidas con las dos manos. Thor miró cómo cada uno luchaba por sostener una.

"Son pesadas", gritó Thor, viéndolos sostener esas espadas con esfuerzo, tambaleando. "Fueron diseñadas así. Son espadas de entrenamiento, más pesadas que cualquier cosa que blandirán en la batalla. Ahora, quiero que

cada uno de ustedes levante una segunda espada y sostenga las dos espadas juntas".

Todos se volvieron y miraron a Thor como si estuviera loco.

"¿Dos espadas, mi señor?", preguntó un chico. "Va a ser muy pesado".

Thor lo miró, inquebrantable, hasta que todos hicieron lo que ordenó, cada uno tomando dos espadas pesadas y luchando para levantarlas.

"Estas dos espadas que sostienen, pesan más que cualquier espada que blandirán. Estas son las espadas que los harán fuertes. Cada uno de ustedes girará hacia el hombre que está a un lado de él, y con esas cuerdas que ven ahí, unirán las dos espadas y las convertirán en una".

Los chicos entraron en acción, uniendo mutuamente sus espadas. Cuando terminaron, cada muchacho levantó las dos espadas, unidas, luchando con las dos manos para levantarla en el aire, el doble de grueso de cualquier espada.

Thor asintió con satisfacción.

"Cada uno de ustedes elevará sus espadas por lo alto y las sostendrán frente a ustedes".

Mientras Thor miraba, cada chico levantó las espadas dobles, con los brazos temblando, luchando para mantenerlas estables. Ellos las elevaron vacilantes, a algunos chicos se les cayó, con un gruñido. Sólo un puñado de muchachos logró sostenerlas. Thor tomó nota.

"¡Pero es demasiado pesada, señor!", gritó un chico, sudando, temblando. "¡Nadie podrá blandir una espada como ésta!". Su espada se estrelló en el suelo. "¿Cuál es el caso?".

Thor se dio vuelta y se acercó a él, mirándolo fijamente.

"Ese es exactamente el punto", dijo Thor. "En la batalla, deben ser capaces de empuñar las armas el doble de pesadas que las de su oponente. Deben ser más rápidos que ellos, más fuertes que ellos. Deben ser capaces de blandir la espada más pesada que empuñarán en su vida. Sólo entonces serán capaces de derrotar a su oponente. Es la velocidad, siquiera por un segundo, lo que les salvará la vida y evitará la muerte".

Thor se volvió y analizó la fila, y vio que sólo una docena de chicos seguían sosteniendo sus espadas, gimiendo y luchando. Los chicos que quedaron eran los más grandes, los más altos, los de hombros más anchos, evidentemente más fuertes que los demás.

Todos, a excepción de uno. Merek. El ladrón. No era tan grande como los demás, y sin embargo demostró ser aún más fuerte que la mayoría. Se las

arregló para sostener la espada de manera más estable y más alto, que los chicos del doble de su estatura. Thor estaba impresionado.

"¡Bien!", gritó Thor.

Los chicos restantes tiraron sus espadas con alivio, todos jadeando, exhaustos.

"Duramos más que los otros", dijo un muchacho. "¿Eso significa que entraremos en La Legión?", preguntó esperanzado.

Thor meneó la cabeza y sonrió.

"Eso significa que sólo tienen que pelear entre ustedes. ¡Todos formen un círculo alrededor de ellos!"

La docena de chicos giró hacia Thor asombrados, mientras los demás se reunían alrededor de ellos.

"Ahora van a pelear entre ustedes", dijo Thor, "¡usando sus espadas dobles! ¡Formen su parejas y vamos a ver lo que pueden hacer!"

Los chicos se apresuraron a hacer la formación, formando parejas. Sus espadas eran tan pesadas que apenas podían levantarlas, y cuando lograban izarla por arriba de su cabeza, algunos se iban hacia atrás, mientras que otros lo hacían de manera tan torpe que no lograban acercarse a su oponente.

Su oponente, sin embargo, era igualmente lento, apenas capaz de levantar su propia espada para bloquear o detener a alguien.

Thor caminó entre los chicos, moviendo la cabeza, disgustado.

"¡Son muy lentos!", gritó, "¡puedo caminar entre ustedes!"

Cuando un muchacho levantó su espada por lo alto, Thor se reclinó y usó su pie para empujarlo del pecho, haciéndolo retroceder. Thor sacudió a otro chico con su hombro, mientras él levantaba su espada, derribándolo.

De uno en uno, Thor derribó a cada uno de ellos sobre sus traseros, cada uno cayendo con sus espadas pesadas. Pronto, todos se desplomaron en el suelo, jadeando, agotados.

"¿Y tú podrías hacerlo mejor?", dijo uno de los reclutas, sentado allí con la cara enrojecida.

Todos los chicos se dieron vuelta, horrorizados por la demostración de falta de respeto hacia Thor. Era un chico grande, arrancado de una provincia del noroeste, a Thor no le gustó. Lo había mantenido debido a su tamaño, pero no estaba sorprendido por su falta de respeto.

"Vamos a ver", dijo Thor. "Toma una sola espada y dame una doble".

El muchacho se alegró ante la idea; corrió y agarró una sola espada ligera y

se enfrentó a Thor con una sonrisa arrogante, seguro de su victoria.

Thor levantó la espada doble fácilmente; luego cambió de manos, lanzándola hacia adelante y hacia atrás entre ellos, sujetándola con una sola mano, ante la mirada sorprendida de los chicos.

"¡Una tercera espada!", gritó Thor.

Los chicos miraron con asombro mientras uno se abalanzó, tomó una tercera espada y la ató con cuerdas a las dos de Thor.

Los chicos vieron, con la boca abierta, cómo blandía Thor tres espadas con ambas manos, enrojecido de la cara por el esfuerzo.

El chico rival de Thor lo miró, ahora muy inseguro — y con mucho miedo.

Thor no esperó; atacó al chico, levantando su espada triple por lo alto y la bajó con tal velocidad que, mientras el muchacho levantaba su única espada, Thor la cortaba por la mitad, mientras se escuchaba el sonido del corte a través del aire.

Thor luego hundió su espada hacia abajo en la tierra y la utilizó como poste, agarrando la empuñadura e impulsándose sobre ella, y pateando al muchacho en el pecho, haciéndolo volar hasta el suelo, sobre su trasero.

Thor estaba parado encima de él, mientras el muchacho lo miraba, sorprendido.

"Ya puedes irte a tu casa", dijo Thorgrin. "Puedes volver si aprendes a hablar con tus superiores con respeto".

El chico se volvió y se arrastró, corriendo para alejarse de los campos de entrenamiento de la Legión. Todos los otros reclutas se volvieron y miraron a Thor con asombro.

"¿Entonces sólo tres espadas?", gritó una voz alegre.

Thor se dio vuelta, eufórico con el sonido de la voz conocida y estaba emocionado de ver a sus amigos más cercanos, sus hermanos de la Legión: Elden y O'Connor, acercándose.

Elden caminó derecho a las espadas dobles, recogió una, y la sostuvo por lo alto por encima de su cabeza con una sola mano.

"Parece ser que la norma del entrenamiento de la Legión es dejarlas caer, por lo que recuerdo", dijo con una sonrisa.

Elden se abalanzó, sosteniendo las espadas por lo alto, y con un grito de batalla partió un tronco colgando en el campo de entrenamiento. Con un gran ruido de cuchillada, el grueso tronco se partió en dos.

Todos los chicos miraron a Elden, asombrados.

Elden dejó las espadas, se acercó a Thor y lo abrazó, al igual que O'Connor. Thor estaba encantado de volver a ver a sus antiguos miembros de la Legión. Todo este entrenamiento, todos los días, lo había mantenido cerca de sus pensamientos.

"Parece que tienes un grupo de reclutas lamentables aquí", dijo Elden en voz alta, para que todos los chicos pudieran escucharlo. "Me pregunto si alguno deberá hacer el corte".

"Tal vez unos pocos", respondió Thor en voz alta, para que los chicos lo oyeran.

"¿Qué sigue en el entrenamiento del día?", preguntó O'Connor, con una sonrisa.

"Bueno, es gracioso que lo preguntes — es hora de los arcos".

Thor tuvo una idea, y se volvió y enfrentó al grupo.

"¿Hay alguien aquí que crea que puede disparar una flecha mejor que mi amigo O'Connor? Si alguien puede, se le concederá un lugar inmediato en la Legión".

Todos miraron a O'Connor de arriba a abajo y al parecer decidieron, dada su frágil estructura y su sonrisa infantil, su cabello rojo y pecas, que él no era un digno oponente.

Todos corrieron hacia adelante, agarraron uno de los arcos alineados a lo largo del borde del campo y apuntaron a los grandes montones de heno a unos treinta y cinco metros de distancia. Sólo un puñado de ellos dio en el blanco, sólo unos pocos llegaron cerca del círculo interno y sólo uno de ellos dio en la diana. Era un chico alto, delgado, del doble de alto de los demás, de cabello castaño, largo, despeinado, que llevaba en una cola de caballo. Se quedó allí, satisfecho consigo mismo, claramente fue el mejor tirador del grupo. Thor tomó nota.

O'Connor, sonriendo de par en par, levantó el arco que sacó de su espalda, dio un paso adelante, lamió su dedo y lo sostuvo hacia arriba en el viento. Él miró hacia arriba, como examinando el cielo, luego bajó la cabeza, tomó su arco y disparó tres flechas rápidas.

Las tres flechas navegaron en el aire en un arco alto y salió volando más allá del objetivo. Continuaron navegando y todas aterrizaron en el objetivo más lejano, a cuarenta y cinco metros de distancia. Todas en el centro.

Los chicos observaban, con la boca abierta — pero O'Connor aún no había terminado. Colocó una flecha más, apuntó y disparó. La flecha voló, y golpeó

la flecha del chico que había caído en el blanco, el tiro fue tan preciso que partió la flecha del chico por la mitad.

Los chicos se quedaron allí parados, asombrados ante las habilidades de O'Connor, y Thor sonrió ampliamente.

"O'Connor es el producto de años de entrenamiento de la Legión", gritó Thor. "Si tienen lo que se necesita, y entrenan lo suficientemente duro, estarán peleando con nosotros. Y esto es lo que les exigiremos. Piensen en esto cuando duerman esta noche y decidan si desean volver en la mañana. ¡Ahora, váyanse!".

Los chicos se volvieron lentamente y comenzaron a alejarse del campo de entrenamiento, cada uno desplomándose, exhaustos por el día agotador.

Thor se volvió y miró a Elden y a O'Connor. Verlos le trajo recuerdos, y les extrañaba muchísimo.

Vieron la nueva armadura de Thor de arriba a abajo, con los ojos radiantes.

"¡Mírate!", exclamó Elden. "¡Un miembro de Los Plateados!".

"Esa armadura tuya es tan brillante, ¡que voy a tener que bloquear mis ojos!", añadió O'Connor, pretendiendo proteger sus ojos.

"Imaginen eso", dijo Elden, "uno de los nuestros — ¡es uno de Los Plateados!".

"Sabíamos que lo lograrías un día", dijo O'Connor.

Lo apretó en el hombro, eufórico, como si hubieran sido los que lo reclutaron y Thor disfrutaba de su aprobación.

"Gracias, mis hermanos", dijo, orgulloso, "y gracias por volver aquí en tan poco tiempo".

"Para ti, lo que sea", dijo Elden.

"Mi visita a mi ciudad natal puede esperar", dijo O'Connor.

"Lamento eso", dijo Thor. "Pero te necesito aquí. Quiero que ustedes dos sean los primeros en saberlo: Voy a irme del Anillo".

Ambos lo miraron, claramente aturdidos.

"Debo buscar a mi madre", dijo Thor. "Me embarcaré a la Tierra de los Druidas".

"¿Solo?", preguntó Elden.

"¡Te acompañaremos!", imploró O'Connor.

Thor meneó la cabeza, sujetando a cada uno del hombro.

"No hay nadie más con quienes preferiría ir", dijo, "pero es un viaje que debo hacer solo. Iré volando sobre Mycoples. Debo encontrar a mi madre, y

luego volveré. Volveré más fuerte. Y ayudaré a hacer más fuerte al Anillo.

Thor vio a los reclutas alejarse.

"En tanto", añadió, "la formación de la Legión debe continuar. ¿En quién más puedo confiar que en mis hermanos de la Legión? Necesito que tomen mi lugar por un tiempo, mientras me voy. ¿Pueden convertir a estos chicos en hombres?"

Las caras de Elden y de O'Connor se endurecieron en expresiones de honor y aprecio.

"Somos hermanos de la Legión hasta el final", dijo Elden. "Lo que nos pides es una tarea sagrada. Nos sentimos honrados de lo que nos pides".

"Cuando regreses, estos chicos serán hombres", agregó O'Connor. "Entonces podrás elegir a quiénes quieres que sigan".

Thor se sintió muy aliviado; iba a responder, cuando de repente, Merek se acercó, quedando a 30 centímetros de distancia, como si estuviera ansioso por hablar con él.

"Disculpe, mi señor, por la interrupción", dijo Merek. "Pero tengo noticias que no pueden esperar".

"¿Qué pasa, muchacho?", preguntó Thor, receloso.

Merek se volvió y miró a Elden y a O'Connor, como si no estuviera seguro de hablar delante de ellos.

"Cualquier noticia que me traigas, la pueden escuchar mis hermanos", le aseguró Thor.

Merek asintió con la cabeza y comenzó: "Uno de mis socios, que se sigue revolcando en las mazmorras de nuestras épocas de ladrones, conoce a todos los que entran y salen allá abajo. Acaba de decirme que uno de sus hermanos de la Legión ha sido encarcelado en el calabozo real. Conven".

Thor, Elden y O'Connor todos se miraron entre ellos, atónitos.

"¿Conven?", preguntó Thor. "¿Estás seguro?"

Merek asintió con la cabeza.

"Gracias", dijo Thor. "Has cumplido bien con tu deber. No olvidaré esto".

Merek asintió con la cabeza y se fue corriendo.

"Debo ir con él enseguida, y averiguar lo que ha sucedido. Debe ser liberado".

"Iremos contigo", dijeron Elden y O'Connor. "Es nuestro hermano de la Legión, también".

Thor asintió con la cabeza, y los tres se volvieron y se apresuraron,

montando sus caballos y yendo rápidamente a la mazmorra real, Thor decidido a liberar a su hermano de cualquier problema en el que estuviera.

*

Thor marchó hasta las puertas principales de la mazmorra real, flanqueado por Elden y O'Connor, y varios guardias estaban parados en posición de firmes, sorprendidos por su presencia. Se saludaron y abrieron las puertas, y todos ellos entraron.

Los tres se apresuraron a bajar la escalera de piedra hacia un pasillo de techo bajo, arqueado; sus botas y armadura haciendo eco, Thor se preguntaba qué rayos podría haber hecho Conven para terminar en este lugar. Fuera lo que fuera, él sabía que no era bueno, y temía, como hacía a menudo, por el futuro de su hermano. El velo de tristeza, Thor estaba llegando a darse cuenta, no desaparecía tan fácilmente como con otros.

Avanzaron por el pasillo de la mazmorra sombría, con corrientes de aire, los prisioneros haciendo ruidos por todos lados de ellos, golpeando los barrotes con sus tazas de estaño. Caminaron delante de ellos, todo el camino hasta el final del corredor, pasando celda tras celda, hasta que finalmente, los guardias les condujeron a una celda grande al final del pasaje.

El guardia levantó su llave maestra y la abrió, el metal reverberando en el corredor de la celda.

Cuando la puerta se abrió, Thor miró la celda solitaria y vio, desplomado en la esquina, apenas visible bajo la luz de las antorchas parpadeando, a su hermano de la Legión. Conven estaba sentado encorvado, totalmente abatido, sin afeitar, con su pelo largo y revuelto y Thor sintió un hoyo en el estómago al verlo. ¿Cómo había llegado tan bajo? Conven había sido un feliz, jovial, orgulloso y valiente miembro de la Legión. Ahora estaba aquí sentado, en su celda, como si fuera un prisionero común.

Thor no podría soportar verlo así. Ningún miembro de la Legión debería ser tratado de esta manera.

Thor todavía sentía una tremenda tristeza por la muerte de Conval. Nunca lo había dejado. Pero Thor había sido capaz de seguir adelante.

Era evidente que Conven, no. Había estado en una espiral descendente desde entonces, y lo había conducido a este lugar. Thor temía que si algo no cambiaba, su amigo no viviría mucho tiempo.

Thor entró en la celda, Elden y O'Connor le siguieron y se acercaron a Conven, parados cerca de él. Conven apenas levantó la mirada para verlos.

Thor se agachó ante Conven, mirándolo a los ojos. Parecía como si toda la vida y espíritu se hubieran alejado de él. Cualquiera amor y alegría que hubiera tenido, había desaparecido.

"¿Conven?", preguntó Thor, suavemente.

Conven no se movió.

Thor extendió la mano y tocó su hombro.

"¿Conven?", preguntó Thor, otra vez.

Lentamente, Conven se movió.

"¿Por qué has venido aquí?", preguntó Conven, sin mirar a Thor a los ojos.

"Porque soy tu hermano", respondió Thor.

"Todos somos tus hermanos", agregaron Elden y O'Connor.

Conven los miró, y luego movió lentamente la cabeza.

"Ustedes son hermanos de otra época", dijo Conven.

"Te equivocas", respondió Thor. "Somos hermanos de *todos* los tiempos".

Conven meneó la cabeza.

"Somos tus hermanos cuando estás en la cima de la gloria", agregó Thor "y tus hermanos cuando estás en las profundidades del dolor. Eso es lo que significa ser un hermano. Un hermano es más que un amigo. La hermandad significa que cuando uno de nosotros está deprimido, todos lo estamos".

Thor hizo que Conven lo mirara a los ojos.

"Ningún hombre es abandonado", dijo, firmemente, inquebrantable.

Conven se dio vuelta y miró hacia abajo, y Thor vio una lágrima corriendo por su mejilla.

"No soy digno de ser salvado", dijo Conven. "Estoy feliz aquí. No queda nada para mí allá arriba".

"Quedamos nosotros", dijo Elden. "¿Eso no es nada?".

Conven se sentó ahí, en silencio.

"Todavía tienes toda una vida por delante", dijo O'Connor. "Eres joven. Eres un gran guerrero. No te vas a consumir aquí, como un criminal común."

"Lo haré", dijo Conven.

"No lo harás", dijo Thor enfáticamente. "No lo permitiré".

"¡No puedes detenerme!", dijo Conven, desafiante.

Thor pensó en eso, sorprendido ante la respuesta de Conven. Finalmente, suspiró.

"Tienes razón", dijo finalmente Thor. "No puedo detenerte. Tu vida es tuya para destruirla. Pero ten esto en cuenta: si destruyes tu vida, no sólo destruirás la tuya, sino también la de nosotros. No sólo te lastimas a ti mismo, sino a los que te rodean. Somos tus hermanos. Nos necesitas. Pero lo que olvidas es que te necesitamos, también. Tal vez hoy no. Pero seguramente llegará un día en que estemos abatidos y te necesitaremos, y tú estarás allí para nosotros".

Thor hizo una pausa, cuando vio a Conven escuchando todo. Podía sentirlo pensando, debatiendo. Siguió un largo silencio.

"La Legión debe ser reconstruida", continuó diciendo Thor, finalmente. "Ahora debo partir del Anillo. Elden y O'Connor lo supervisarán, y te necesitan, también. Te necesito. Ven con nosotros. Únete a nosotros. Ayúdanos a reconstruir la Legión. Si no quieres hacerlo por ti, entonces hazlo por los demás. Sería egoísta quedarte aquí, cuando los demás necesitan tu ayuda".

Thor se inclinó y extendió una sola mano, esperando.

Conven estaba ahí sentado, vacilante, en un silencio que parecía durar eternamente. Thor estaba empezando a preguntarse si Conven no respondería, si todas sus palabras habían sido en vano.

Finalmente, poco a poco, Conven miró hacia arriba y vio a Thor directamente a los ojos. Thor vio una chispa de algo en ellos, una pequeña chispa, posiblemente de esperanza. De luz.

Conven lentamente extendió la mano y apretó la mano de Thor. Fue el apretón de mano del hombre que conoció una vez. El apretón de mano de un hermano de armas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Reece caminó por el largo y estrecho tablón de madera inclinado, empujado del muelle, dirigiéndose directamente a la cubierta de la enorme embarcación que estaba ante él. El tablón tambaleante abarcaba unos buenos 15 metros, y Reece subió rápidamente, sus pasos haciendo eco en el hueco de madera, que se sacudían a cada paso que daba. Arriba podía ver las Islas Superiores, a los hombres de Falus, todos participando en una ráfaga de preparación, desatando cuerdas, elevando las velas, preparándose a partir de tierras altas hacia las Islas Superiores. Reece, bullendo de rabia y determinación, se preparó, se obligó a sí mismo a respirar profundo y mantener la calma, a esperar el momento perfecto antes de causar estragos en todos ellos.

Reece puso un pie en la cubierta principal e inmediatamente se dio vuelta para ver a los soldados de Falus, midiendo su reacción. Ninguno lo miró dos veces. Reece respiró con alivio: su disfraz estaba funcionando. Vestido con la armadura de alguien de las Islas Superiores, desde el casco hasta sus espuelas, todos, como él había esperado, supusieron que era uno de ellos.

Reece había hecho bien su trabajo. En el camino, cerca de los muelles, había derribado a un soldado superior desprevenido cuando no estaba mirando. Lo había arrastrado hasta un callejón, lo despojó de su uniforme y se lo puso él mismo. Sabía que podría necesitarlo, si tenía alguna posibilidad de llevar a cabo su plan.

Reece había cabalgado toda la noche, había ido de aquí a la orilla, directamente del funeral de Selese, enfadado todavía por el dolor, con sus ojos todavía inyectados de sangre. Sus uñas aún tenían tierra fresca de cuando la había enterrado, y aún podía sentir su espíritu con él, clamando venganza. Después de todo, si no hubiera sido por el engaño de Falus, Reece habría encontrado a Selese viva y feliz, se habría casado con ella al día siguiente. Tanto daño no podía quedar impune.

Reece había descubierto cuándo y de qué lugar de las tierras altas estaría saliendo Falus, y había corrido aquí, a este muelle solitario en el borde del Imperio, decidido a asegurarse de que nunca se fuera. Reece sabía que se iría

en una embarcación hostil de las Islas Superiores, y él sabía que era algo que tenía que hacer solo. Este disfraz, al menos, le había comprado tiempo.

Reece caminó rápidamente por la cubierta de la embarcación, contento porque había subido al barco antes de que partiera. Marchó en medio de cientos de soldados, todos afanosamente preparándose a partir, decidido a encontrar a Falus. La muerte de Selese no podía quedar sin respuesta.

Reece vio un frenesí de actividad, vio más cuerdas arrojadas fuera de la cubierta, y sabía que la embarcación podría salir antes de que pudiera irse. Pero ya no le importaba. Si tenía que navegar hacia el mar con estas personas, si terminaba siendo capturado y asesinado por todos ellos, no le importaba. Siempre y cuando él matara primero a Falus.

Reece caminó y caminó por el interminablemente largo barco, agarrando secretamente la daga en su cinturón, apretando la palma de su mano en la empuñadura, con su corazón latiendo en sus oídos. Finalmente, llegó a una puerta que él sabía descendería a la cabina de Falus. Su corazón se aceleró, ya que sabía que Falus estaba detrás de esa puerta. El hombre que había tomado la vida de Selese.

Dos soldados leales de Falus estaban parados afuera, cuidándolo, y al acercarse Reece, dieron un paso adelante y bajaron sus lanzas.

"¿A dónde crees que vas?", uno de ellos le preguntó a Reece burlonamente, bloqueando su camino.

Reece tenía previsto esto. Después de todo, Falus tenía muchos hombres a su disposición, y algunos estarían haciendo guardia.

Sin titubear, Reece, se preparó, se agachó y sacó un largo pergamino de su cintura, mostrándola a los guardias.

"Traigo noticias del halcón de la mañana", informó Reece de una manera realista, esperando que le creyeran.

Uno de ellos miró a Reece receloso, luego quiso sujetar el pergamino.

Reece lo retiró.

"Son asuntos oficiales", dijo Reece. "¿Ve el sello?"

Reece se dio vuelta y mostró un sello de cera.

Los dos guardias se miraron mutuamente, inseguros. Reece se quedó ahí parado, con el corazón acelerado, esperando que no se dieran cuenta de que el uniforme no le quedaba, esperando que creyeran lo del pergamino, esperando que se hicieran a un lado. Si no, tocó el puñal en la cintura, los mataría a ambos. Pero si lo hiciera, con todos los otros soldados alrededor, Reece no

podría entrar a la cabina.

Reece esperó y esperó, con su corazón acelerado, fueron los segundos más largos de su vida.

Vamos, Reece oró. Selese, por favor ayúdame. Por favor. Ayúdame por ti. Sé que he sido un mal esposo. No tienes que quererme. No tienes que perdonarme. Sólo ayúdame a conseguir la venganza, por tu bien.

Por último, para gran alivio de Reece, se hicieron a un lado, elevando sus lanzas, uno de ellos abrió la puerta para él.

Reece entró rápidamente, y la puerta se cerró detrás de él.

Los ojos de Reece se ajustaron a la cabaña con poca iluminación, mientras daba varios pasos en un cuarto largo. Solamente había un hombre en la sala, Reece se sintió aliviado al verlo. Estaba en su escritorio, de espaldas a Reece, firmando un pergamino con una pluma de ave. Probablemente era un mensaje de Victoria, Reece se dio cuenta, un mensaje para informar a los demás de su éxito. De la muerte de Selese. De la traición de él.

El cuerpo de Reece se llenó de ira. Ahí estaba: el asesino de su futura esposa.

Mientras Reece caminaba por la sala, con sus espuelas tintineando, Falus finalmente se dio vuelta, tomado desprevenido.

Él estaba parado, indignado.

"¿Quién eres tú?", dijo. "Ordené que ninguno de mis soldados debía molestarme a esta hora. ¿Lo que traes es un pergamino? ¿Y qué noticias me traes?".

Miró a Reece, caminar hacia él, con el ceño fruncido y Reece continuó acercándose a él, con calma, luego se detuvo a 30 centímetros de distancia.

Reece levantó su visor, queriendo que Falus viera su cara.

Falus lo miró, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa, mientras reconocía la cara de su primo.

"Es un mensaje de su primo", dijo Reece.

Mientras pronunciaba esas palabras, Reece dio un paso adelante, sacó la larga daga de su cintura y apuñaló a su primo en el corazón.

Falus jadeó, la sangre brotó de su boca, mientras caía de espaldas. Reece lo sujetó firmemente con la otra mano, agarrando la camisa de Falus, quien hacía muecas, mientras él clavaba la daga más y más profundamente en el corazón de Falus.

Reece, con el ceño fruncido, sostuvo el cuchillo, a unos centímetros de la

cara de Falus, con la mirada fija en sus ojos.

"Mírame a los ojos", dijo Reece. "Quiero que veas mi cara antes de morir".

Falus, con los ojos saltones, incapaz de moverse, lo miró.

"Me has quitado todo", continuó diciendo Reece. "Me robaste todo lo que me importaba en este mundo. Y ahora, pagarás el precio".

"No te saldrás con la tuya", jadeó Falus débilmente, mientras sus ojos se ponían en blanco.

Sus ojos se cerraron repentinamente, y se desplomó, con el cuerpo flácido.

Reece lo dejó caer al piso de la cabina, con su daga todavía dentro de él. Allí permaneció, congelado. Muerto.

"Ya lo hice", respondió Reece.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Luanda estaba parada al lado de Bronson en el patio del antiguo castillo de McCloud, mirando en un tenso silencio las filas y filas de los prisioneros McCloud. Cuatrocientos de los guerreros McCloud más famosos estaban parados ahí, frente a ellos, con los brazos atados detrás de ellos, con cuerdas, a la espera de su castigo. Estos hombres habían sido arrestados después de una noche de rebelión, hombres que habían tenido conocimiento del plan. No habían estado allí esa noche, pero eran cómplices en la trama, con Koovia, para atrapar y matar a los MacGil.

Luanda miró a estos hombres, a esta escoria McCloud, y ella sabía lo que haría si fuera gobernante: los haría ejecutar públicamente. Haría una demostración de ello. Solidificaría su poder, de una vez por todas y enseñaría a todos estos McCloud la forma en podrían esperar ser gobernados. Entonces nadie se rebelaría, nunca más.

Pero Luanda no era gobernante, y la decisión no era suya. Luanda estaba parada allí, en plena ebullición, impotente, sabiendo que era una decisión de su esposo, Bronson, a quien Gwendolyn había puesto a cargo. Luanda amaba a Bronson más que nada, pero aún así, menospreciaba su debilidad. Despreciaba que él fuera un soldado leal a Gwendolyn, que estuviera decidido a implementar sus políticas. Las políticas de su hermana eran políticas estúpidas, Luanda lo sabía, eran políticas de debilidad e ingenuidad. De calmar al enemigo. Con la esperanza de paz. El mismo tipo de cosa que su padre podría haber hecho.

Luanda ansiaba estar al mando, tener la oportunidad para establecer el resultado, de una manera distinta. Pero sabía que nunca ocurriría. Desde su regreso aquí, en desgracia, de vuelta a este lado de las montañas, desterrada una vez más por su hermana, Luanda había estado fuera de sí. Había llorado durante días, por su exilio, su incapacidad para volver a la Corte del Rey.

Pero Luanda había visto la mirada de aversión y odio en los ojos de sus hermanos y finalmente había llegado a darse cuenta que era un paria de su propia familia, de su propia gente, de su propia casa. Ella sentía que todos habían sido muy crueles. Sí, había cometido algunos errores; pero ¿merecía tal

castigo? Para ella, había sido avergonzada una vez más — esta vez, incluso peor que antes.

Luanda se había endurecido por dentro, desde este último viaje, desde su regreso aquí; algo en su interior se había roto, y ahora no sentía amor por sus hermanos; ahora, odiaba a su familia — y sobre todo, odiaba a Gwendolyn. Los mataría a todos si pudiera, como castigo por hacer de ella una marginada, por haberla humillado.

La única persona que quedaba en el mundo a quien Luanda amaba, estaba parado a su lado — Bronson — y sólo por lealtad a él, se quedó allí parada y aceptaba cualquier decisión de él como gobernante.

"En el nombre de Gwendolyn, la reina del Reino Occidental del Anillo, concedo a todos ustedes, que están aquí parados, misericordia", dijo Bronson a los soldados McCloud. "Todos y cada uno de ustedes será liberado. Será perdonado por sus pecados pasados. Se unirán al ejército MacGil, haciendo patrullajes en ambos lados de las tierras altas. Todos los que juren fidelidad a Gwendolyn, que juren dedicarse a la paz y la armonía, arrodíllense".

Los cientos de guerreros McCloud se arrodillaron, bajando sus cabezas.

"¿Juran lealtad a Gwendolyn?", gritó Bronson.

"¡LO JURAMOS!", gritaron al unísono.

"¿Juran lealtad eterna y paz y armonía entre los clanes?"

"¡LO JURAMOS!".

Bronson asintió con la cabeza a sus asistentes, y decenas de sus hombres se filtraron entre las filas y cortaron las ataduras de todos los hombres de McCloud. Todos los McCloud se vieron unos a otros llenos de admiración y sorpresa.

La multitud de soldados se dispersó, y al hacerlo, Luanda se volvió hacia Bronson.

"Fue el mayor error de tu vida", le dijo a él, llena de ira. "¿Realmente crees que esos hombres serán leales? ¿Que lucharán por la causa de Gwen?"

"Han sufrido suficiente", dijo Bronson. "Todos sus dirigentes han sido asesinados. Matar a más hombres no conduce a nada, mas que derramamiento de sangre. En cierto punto, tenemos que confiar, si alguna vez queremos obtener la paz".

Luanda frunció el ceño.

"Esas son las políticas de mi hermana. No las tuyas".

"Soy súbdito de tu hermana", dijo Bronson. "Y tú también. Llevo a cabo sus

políticas".

"Sus políticas harán que nos maten a todos. Acabas de hacer que nuestro reino sea inseguro".

Él meneó la cabeza.

"No estoy de acuerdo. Siento que lo hemos hecho más seguro".

Bronson se alejó cuando sus asesores lo llevaron a otros asuntos.

Luanda estaba parada ahí, mirándolo, luego se dio vuelta y vio a los soldados McCloud, tan felices, deleitándose unos con otros mientras se dispersaban. Sintió, sin lugar a dudas, que nada de esto conduciría a algo bueno.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Thor estaba parado antes ante el cañón, mirando la gran división frente a él, acogido por un remolino de niebla multicolor, y por dentro, su corazón se estaba quebrando. Se volvió y vio a Gwen, de pie ante él, sosteniendo a Guwayne, y casi no podía mantenerse en pie al mirarla a los ojos. Especialmente, no podía mirar a Guwayne. Mientras Gwen lo sostenía allí, su hijo, bien despierto, observaba a Thor, alerta. Thor sintió una energía saliendo de él, que no comprendía.

Thor sentía que sus raíces estaban en este lugar, como si nunca pudiera dejarlo. Tenía un extraño presentimiento, una sensación de que se acercaba el peligro al Anillo; sabía que no tenía ningún sentido, con el Escudo restaurado, con Ralibar atrás y teniendo el Anillo más fuerte que nunca. Aún así, se preocupó otra vez si su partida podría de alguna manera ponerlos en peligro.

Sin embargo, al mismo tiempo, Thor sintió una urgencia de buscar a su madre, sintió que ella lo llamaba. Sintió que había algo trascendental esperándolo en la Tierra de los Druidas, algunos poderes o armas que fortalecerían enormemente el Anillo. También sentía que era lo que necesitaba para completar su formación y para averiguar quién era.

Thor vio a Gwen a los ojos, brillantes, pero sin llorar, Gwen estaba más fuerte, especialmente frente a toda su gente, los miles de soldados que se habían reunido para despedir a Thor. Ya habiéndose despedido de la gente, de sus hermanos en armas, Thor ahora estaba enfrentándose solamente a Gwendolyn. A los pies de Thor estaba Krohn, y detrás de él, esperando impacientemente, Mycoples, y a su lado, Ralibar, quien bajó la cabeza tristemente, frotándola contra el cuello de Mycoples. No era normal; seguramente debía haber sabido que iban a irse.

Ralibar de repente arqueó su cuello y gritó; era un sonido feroz, impactante para todos, tan fuera de lo normal. Gwen había pensado que lo conocía, pero en ese momento, se dio cuenta de que no era así; su cara era feroz, como si estuviera angustiado, y de repente batiendo sus alas, volvió la espalda a todos ellos y voló hacia el horizonte.

Gwen lo vio irse con temor, preguntándose a dónde iba. Se preguntaba si

volvería.

Todos ellos lo vieron irse, finalmente Thor se dirigió a ella.

"No quiero dejarte, mi amor", le dijo Thor a Gwendolyn, haciendo su mejor esfuerzo para contener sus propias lágrimas. "Ni quiero dejar a Guwayne".

"Encontrarás a tu madre", respondió Gwen, manteniéndose fuerte, "y regresarás antes de que una luna haya pasado. Volverás más fuerte. Anda. Se ha predicho en todos los libros, este viaje tuyo. El Anillo te necesita. Tu madre te necesita".

"Y sin embargo", Thor respondió: "tú también nos necesitas".

Gwen asintió con la cabeza.

"Es cierto. Pero más que nada, te necesito fuerte. Yo no me antepondría al Anillo".

Thor extendió la mano y apretó la mano de Gwen.

"Lamento que no nos hayamos casado, mi amor", dijo.

Los ojos de Gwen se humedecieron, sólo un poco, lo suficiente para que Thor se diera cuenta.

"El tiempo nunca fue el adecuado para nosotros", respondió ella, "no habiendo un funeral".

"Cuando regrese", dijo Thor, "tendremos una vida juntos".

Gwen asintió con la cabeza.

"Cuando regreses", dijo ella.

Thorgrin se inclinó, puso ambas manos en la frente de Guwayne y lo besó. Sentía una tremenda energía circulando a través de él, y no quería separarse de su hijo.

Thor entonces estiró la mano, sostuvo la cara de Gwen con sus palmas y se inclinó y la besó. Mantuvo el beso todo el tiempo que pudo.

"Protege a nuestro hijo", dijo Thor. "Protege a nuestro Anillo. Tienes a Ralibar y al Escudo más fuerte que nunca y a los mejores guerreros conocidos por el hombre. Y tienes a Krohn. Espero regresar antes de que una luna haya pasado".

"No hay nada que temer", respondió Gwen.

A pesar de su demostración de fuerza, Thor pudo ver temblar el labio inferior de Gwen, podía ver que ella estaba tratando de no llorar.

Ella rápidamente limpió la formación de una lágrima.

"Ve", dijo, con evidente miedo de hablar más, por temor a romper en llanto.

Rompió el corazón de Thor. Quería cambiar de opinión, quedarse aquí.

Pero sabía que no podía hacerlo. Thor se volvió y miró al horizonte, a Mycoples esperando junto a él y sabía que su destino estaba allá. Había llegado el momento de que él viajara.

Krohn se quejó, y Thor se agachó y lo acarició, frotando su pelo, besando su cara mientras Krohn lo lamía.

"Cuídalos", le exhortó Thor.

Krohn se quejó, como si fuera su respuesta.

Sin decir otra palabra, Thor se volvió, montó a Mycoples y dio una última mirada a sus compatriotas. Miles de ellos se quedaron allí parados, observando, esperando verlo partir, entre ellos, muchos miembros de Los Plateados. El corazón de Thor se llenó de amor para toda esta gente que tanto lo amaba.

"¡THORGRINSON!", gritaron todos ellos a la vez, elevando sus puños en un saludo de respeto.

Thorgrin levantó su puño.

Entonces Mycoples gritó, batió sus grandes alas y despegó hacia el cielo, volviendo la espalda a la gente de Thor, al Anillo, a todo lo que Thor conocía, mientras volaban hacia la niebla, arriba del cañón y se dirigían al mundo que Thor nunca había conocido.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Godfrey estaba sentado en la pequeña taberna en la ciudad de McCloud, con Akorth y Fulton a ambos lados de él, bebiendo. Godfrey necesitaba hoy un trago más que normalmente, tratando de sumergirse, de sacudir de su mente las imágenes del funeral de su madre. Echó un vistazo a otro trago largo más, se acabó otro tarro, e inmediatamente empezó a beber otro, decidido a ahogarse en la bebida.

Había sido algo difícil. En primer lugar, sus esfuerzos en unir a los MacGil y a los McCloud culminó con esa pelea de taberna, explotándole en la cara, todos sus planes de paz terminaron siendo un fracaso. Después, había sido llamado a regresar a la Corte del Rey para el funeral de su madre y había tenido que estar ahí para ver como bajaban su cuerpo al suelo. Le había traído viejos sentimientos, mismos que Godfrey deseaba que hubieran permanecido enterrados.

La relación de Godfrey con su madre siempre había sido problemática, no muy distinta, en realidad, a la relación con su padre. Ambos le habían visto con desilusión, ambos habían hecho evidente que era lo opuesto del hijo real que siempre habían soñado. Godfrey había pensado que había suprimido todos sus sentimientos por su madre años atrás; pero verla siendo enterrada, había revivido todo otra vez. El nunca había ganado su aprobación en la vida, y aunque había pensado que no le importaba, verla siendo enterrada le hizo comprender que sin duda, le importaba. No se había dado cuenta de cuánto había aún no resuelto entre ellos. Se había encontrado llorando y sollozando en el funeral, como un idiota; ¿por qué? Realmente no lo entendía. Tal vez estaba llorando por la relación que deseaba haber podido tener.

No quería analizarlo más. Godfrey prefería perderse a sí mismo en la bebida, para exorcizar todo, su entera, horrible, y real crianza, y hacer que todo fuera un recuerdo lo más lejano posible.

Un soldado McCloud empujaba a Godfrey, y él reaccionó y miró a su alrededor. Ahora que Bronson había puesto en libertad a todos los captores McCloud, las tabernas estaban llenas de McCloud una vez más, el ambiente en esta ciudad era jovial una vez más, agitado. Godfrey había estado cerca de las

tabernas toda su vida, había estado alrededor de hombres imprudentes y faltos de tacto, y ninguno le había retirado. Sin embargo, en esta ciudad, con estos hombres, sentía algo diferente en el aire. Algo en que no confiaba. Sentía como si en cualquier momento, alguno de estos hombres podría asestarle una puñalada en la espalda, mientras le daba una palmada.

Su hermana había decidido que este gesto, liberar a los hombres de McCloud, creaba buena voluntad y paz con los McCloud y haría que las cosas volvieran a la normalidad. Y en la superficie así era. Pero Godfrey no podría evitar detectar algo más en el aire, una sensación general de intranquilidad, y no podía ignorar su sentido de la premonición.

Godfrey no sabía nada de política y era un mal soldado. Pero conocía a los hombres. Él conocía, sobre todo, al hombre común y corriente. Y él reconocía el resentimiento entre las masas cuando lo veía. Presintió que algo estaban preparando, aunque desearía lo contrario, y no podía evitar preguntarse si su hermana había tomado una mala decisión. Tal vez, después de todo, ella debería abandonar este lugar y simplemente patrullar la frontera, como lo había hecho su padre. Dejar que los McCloud se centraran en su propio lado del reino.

Pero mientras su política siguiera siendo lograr la paz entre ellos, Godfrey se quedaría aquí, tratando de instigar su causa en lo que pudiera, como se lo había prometido cuando ella lo envió allí.

Hubo una repentina ovación desde el otro lado de la habitación, y Godfrey vio a varios hombres McCloud derribar a varios otros en el suelo y ver que la mitad de la sala irrumpía en una reyerta.

Godfrey se volvió y miró su bebida, no queriendo involucrarse. Era ya la segunda aquí esta noche.

"No se puede domar a algunos leones", dijo Akorth tranquilamente a Godfrey y a Fulton.

"Ni la bebida fuerte puede curar a todo el mundo", agregó Fulton.

Godfrey se encogió de hombros.

"No es es asunto nuestro", dijo Akorth. "Mientras su bebida sea buena y fuerte, con mucho gusto la beberá".

"¿Y qué pasará el día en que ya no tengan bebida?", preguntó Fulton.

"Entonces iremos a otro lugar". Akorth respondió con una carcajada.

Godfrey trató de acallar a sus amigos. Estaba cansado de sus interminables conversaciones, que siempre llenaban sus oídos, sus formas de ser, juveniles.

En el pasado siempre les había seguido la corriente, pero en estos días, algún cambio se movía dentro de Godfrey, especialmente desde el funeral de su madre. Por primera vez, él estaba empezando a ver a sus amigos como infantiles, y en realidad le estaba molestando; por primera vez, sin quererlo, se encontró reprendiéndolos por no ser más maduros. Maduro. Era una palabra que asustaba a Godfrey y no entendía totalmente por qué empezaba a verlo de manera diferente. Él se estremeció, esperando no convertirse en el hombre que más odiaba: su padre.

Godfrey estaba a punto de levantarse y salir a tomar aire fresco, cuando de repente, reconoció una cara familiar — una mujer — cuando se acercó a su lado.

"¿Y qué haces aquí bebiendo?", preguntó ella, parada cerca de él, mostrando su desaprobación.

Godfrey se sorprendió de que ella le hubiera seguido la pista hasta aquí, y alejó la mirada, avergonzado. Había prometido no beber, y fue atrapado con las manos en la masa.

"Estoy tomando solamente un trago rápido", respondió Godfrey, apartando la mirada.

Illepra meneó la cabeza y le arrebató la copa en la mano.

"Estás desperdiciando tu vida aquí, ¿no te das cuenta? Acaban de enterrar a tu madre. ¿No ves lo valiosa que es la vida?"

Godfrey la fulminó con la mirada.

"No necesito recordarlo", argumentó.

"Entonces ¿por qué estás aquí?", replicó.

"¿Dónde querías que estuviera?", preguntó.

"¿Dónde más?", preguntó, atónita. "En cualquier lugar, menos aquí. Deberías estar ahí con tus hermanos y hermanas, ayudando a reconstruir el Anillo. Para defender nuestro reino. Para hacer un sinfín de cosas, menos quedarte sentado aquí".

"Tal vez estoy logrando grandes cosas al estar aquí sentado", contestó Godfrey, enderezándose, desafiante.

"¿Como qué?", preguntó ella.

"Estoy disfrutando de mí mismo", dijo. "Es genial hacerlo, ¿no? Mira cuántos grandes hombres pasan la vida construyendo y dando órdenes y matando —pero nunca disfrutan de un momento de la vida".

Illepra meneó la cabeza, molesta.

"Yo creí en ti", dijo. "Sé que puedes ser más de lo que pareces ser. Pero nunca vas a ser un gran hombre si te sumerges en la bebida. Nunca.

Ella había conseguido finalmente llegar a él, había logrado provocarlo, y le había recordado a Godfrey a su padre. Ahora, finalmente, estaba molesto y lleno de ira.

"Y entonces dime", exigió él, "¿qué tiene de bueno matarse unos a otros, que hace que los hombres sean tan grandes? ¿Qué tiene de bueno levantar una espada y quitarle la vida a alguien que hace que un hombre deba ser imitado? Tu definición de la grandeza es estrecha. No veo la virtud en matar a otros hombres, y no veo cómo eso te convierte en un hombre. Para mí, la virtud significa disfrutar de la vida. ¿Por qué es mucho mejor apuñalar y matar a un hombre que sentarse, reír y disfrutar de una copa con él?".

Illepra, con las manos en las caderas, meneó la cabeza.

"Tus palabras son las de un borracho para justificarse", dijo ella. "No del hijo de un rey".

Godfrey no se rendiría.

"Estás equivocada", dijo. "¿Realmente quieres saber lo que pienso? Yo creo que la mayoría de los hombres en este reino — incluyendo a tus caballeros valiosos — están tan obsesionados matándose unos a otros que han olvidado lo que significa vivir. Creo que se matan entre ellos por la misma razón de que no saben cómo vivir, cómo vivir de verdad. Luego lo cubren con sus grandes términos y títulos: caballerosidad, honor, gloria, valor. Caballeros, comandantes... Todo es un escape. Después de todo, es mucho más fácil aceptar la muerte que la vida".

Illepra, sonrojada de la cara, estaba furiosa.

"¿Y tú has descubierto cómo vivir de verdad?", respondió ella. "¿Esto es vida? ¿Perderse en la bebida? ¿Ahogar la vida?".

Godfrey se quedó ahí parado, nervioso, incapaz de dar una buena respuesta.

Ella meneó la cabeza.

"Me exasperas", dijo ella. "No voy a buscarte más. Me agradas. Hay algo especial en ti. Pero ya no puedo soportar esto. Si alguna vez maduras y te conviertes en hombre, búscame. De lo contrario, te deseo lo mejor".

Illepra se dio vuelta, salió furiosa de la taberna y azotó la puerta detrás de ella.

Akorth y Fulton se volvieron y miraron a Godfrey, silbando y poniendo los ojos en blanco.

"Parece que le gustas", dijo Akorth.

"¡Tal vez deberías invitarla a tomar una copa!", dijo Fulton.

Ambos rieron, encantados con ellos mismos.

Pero Godfrey se quedó allí sentado, con el ceño fruncido, reflexionando sobre sus palabras. Le habían llegado profundamente. En parte porque ella dijo exactamente las mismas palabras que había estado reflexionando sobre sí mismo. Después de todo, ¿cuál era el propósito de la vida? Godfrey no sentía, como muchos otros, que el propósito de la vida era matar a otros en el campo de batalla. Y sin embargo, al mismo tiempo, sabía que su camino actual tampoco tenía virtud alguna. "Entonces ¿qué era?". ¿Qué hacía que nuestra vida fuera más digna?

Godfrey se levantó, tropezando, un poco fuera de balance, dándose cuenta de cuánto había bebido cuando se le subió a la cabeza. Ahora necesitaba otra copa, y el camarero estaba en el otro extremo de la barra, así que Godfrey fue tropezando por el salón.

Cuando Godfrey encontró un nuevo lugar en el otro lado de la taberna, oyó dos voces susurrantes detrás de él. Él miró sobre su hombro y vio a dos soldados McCloud muy juntos, hablando de manera conspiratoria.

"¿Cuándo nos vamos?", preguntó uno.

"Antes de la puesta del sol", respondió el otro. "Se están reuniendo ahora".

"¿Quién se unirá?".

El otro se inclinó más cerca.

"¿Quién no lo hará? Todos los hombres McCloud. El camino conduce a un solo lugar, y los MacGil están en su peregrinación. Mancharemos de rojo las puertas de la Corte del Rey".

Godfrey sintió que los vellos de su brazo se erizaban. Se dio vuelta y miró hacia adelante, fingiendo que no había oído nada.

Godfrey lentamente y con calma tomó la nueva bebida que le dio el camarero y caminó a través de la taberna como si no hubiese oído nada.

Se acercó a Akorth y Fulton, con sus manos temblorosas. Se inclinó cerca de ellos, intentando ser escuchado en medio de sus risas.

"Sígueme", dijo tranquilamente y de manera urgente, "si quieren vivir".

Godfrey no esperó su reacción, pero seguía caminando directamente hacia la puerta, esperando que nadie lo estuviera observando. Akorth y Fulton le seguían de cerca.

Caminaron afuera en la tarde nublada, y al aire fresco, Godfrey se dejó

hundir en el pánico cuando se dio vuelta y enfrentó a sus amigos, cada uno con una expresión de perplejidad. Antes de que pudieran hablar, les atajó:

"Escuché algo que ojalá no lo hubiera hecho", dijo. "Los McCloud están preparando una rebelión. Ningún MacGil vivirá".

Godfrey se quedó allí parado, tambaleándose, debatiendo qué hacer, borracho, perdiendo el equilibrio. Finalmente, se volvió y se dirigió hacia su caballo.

"¿Adónde vas?", preguntó Akorth, eructando.

"A hacer algo al respecto", Godfrey se escuchó a sí mismo diciendo, luego pateó su caballo y se fue galopando, sin tener idea de lo que estaba haciendo, pero sabiendo que tenía que hacer algo.

*

Godfrey desmontó en el punto más alto de las Tierras Altas, Akorth y Fulton subiendo detrás de él y desmontando también. Tuvo que ir muy alto para llegar al mirador, para ver por sí mismo si era verdad, o conversación de taberna.

Godfrey respiraba con dificultad mientras llegaba a la cima, sin aliento, y Akorth y Fulton tropezaban al lado de él, agitados, apenas capaces de alcanzarlo. Godfrey sabía que estaba fuera de forma, pero estos dos eran incluso peores que él. Mientras corría, el aire fresco de la montaña lo hacía sentir aturdido, y le ayudaba lentamente a salir del sopor de estar ebrio.

"¿Ahora de qué huyes?", gritó Akorth, jadeando, detrás de él.

"¿Qué te pasa?", gritó Fulton.

Godfrey los ignoró, tropezando y dando tumbos mientras corrían más y más arriba, hasta que finalmente, jadeando, llegó a la cima.

La vista confirmó sus peores temores. Allí, formados en un canto lejano de las Tierras Altas, había un ejército extenso y bien organizado de soldados de McCloud, todos juntos, preparándose para lo que claramente sería un ataque organizado. Más y más hombres se reunían por minuto, y Godfrey se sintió descorazonado al darse cuenta de que sus peores temores se habían hecho realidad: todos esos hombres lanzarían un ataque hacia las Tierras Altas y directo al corazón de la Corte del Rey.

Normalmente, la Corte del Rey no tendría nada que temer; pero dado que era el Día de la Peregrinación, todos los caballeros protegiendo la Corte del

Rey seguramente se habrían ido. Los McCloud tenían programada esta traición. Sólo habría un puñado de personas para defender la ciudad, y su hermana estaría en peligro, junto con su nuevo sobrino.

Godfrey se quedó allí, jadeando, sabiendo que tenía que hacer algo. Tenía que vencer a estos hombres por la Corte del Rey. Tenía que advertirle a ella. Godfrey no era un combatiente. Pero no era un cobarde, tampoco.

Lo primero que se le ocurrió a Godfrey, fue enviar un halcón, pero vio que la cetrería estaba vacía. Evidentemente, los McCloud habían planeado esto, despojando cualquier medio para notificar a la Corte del Rey. También habían sido muy astutos para planearlo en el Día de la Peregrinación. Deben haber tomado mucho tiempo para hacerlo. Godfrey se preguntaba si atacarían a Bronson también, y tuvo el presentimiento de que podrían hacerlo.

"Debemos detenerlos", dijo Godfrey para sí mismo.

Akorth resopló burlonamente.

"¿Estás loco?". ¿Nosotros tres vamos a detenerlos?"

"Irán a la Corte del Rey sin que lo sepan. Mi hermana está ahí. "La matarán".

Fulton meneó la cabeza.

"Estás loco", dijo Fulton. "Es imposible que lleguemos a la Corte del Rey — a menos que nos vayamos ahora y galopemos toda la noche y recemos a Dios para vencer a estos hombres antes de que acaben con todos nosotros".

Godfrey se quedó allí parado, con las manos en sus caderas, jadeando, observando. Llegó a una decisión dentro de sí mismo.

"Entonces, eso es exactamente lo que debemos hacer".

Los dos se volvieron hacia él.

"Estás loco", dijo Akorth.

Godfrey sabía que era una locura. Y ni él lo entendía. Hacía un momento estaba en contra del combate, en contra de la caballería. Sin embargo, ahora que era confrontado por esta circunstancia, se encontraba reaccionando de esta manera. Por primera vez, Godfrey estaba empezando a comprender lo que Illepra quiso decir. Estaba pensando en los demás, no en sí mismo y eso lo hacía sentir más grande que él mismo, como si la vida finalmente tuviera un propósito.

"Piénsalo bien", dijo Fulton. "Vas a morir en esta misión. Podrías salvar a tu hermana y a algunos pocos más. Pero estarás muerto".

"No les estoy pidiendo que se unan a mí", dijo Godfrey, volviendo a

montar su caballo, tomando sus riendas, preparándose para salir.

"Godfrey, eres un tonto", dijo Fulton.

Fulton y Akorth miraban a Godfrey atónitos, y por primera vez, con una nueva mirada, algo parecido al respeto. Bajaron sus cabezas avergonzados, y estaba claro que no lo seguirían.

Godfrey pateó su caballo, se dio vuelta y galopó hacia abajo de la cuesta escarpada de la montaña, solo, dirigiéndose al ejército de McCloud que se estaba reuniendo, preparado para galopar hasta la Corte del Rey, para salvar la vida de su hermana.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Srog estaba sentado detrás del antiguo escritorio de roble, en el fuerte que había sido de Tirus, tratando de concentrarse, mientras escribía una misiva a Gwendolyn. Pero era otra tarde melancólica aquí, en las Islas Superiores, había una niebla gruesa colgando en el cielo afuera de sus ventanas, con la penumbra siempre presente. Srog no podía soportar estar en este lugar un día más.

Srog puso sus manos en su cabeza, tratando de concentrarse. Sin embargo, no había podido, porque durante un buen rato, mientras escribía, había ruidos, gritos interrumpidos, sonando como ovaciones, que venían de algún lugar lejano. Srog había ido a la ventana varias veces para tratar de mirar y ver lo que estaba pasando, pero el panorama siempre había sido oscurecido por la niebla.

Srog intentó bloquearlo. Probablemente era otra disputa del pueblo, u otra disputa de algún contratista en el patio de abajo. Tal vez provenía de una de las tabernas, con sus clientes alborotados desbordándose en la calle en otra pelea de taberna.

Pero mientras Srog intentaba escribir, poner en palabras la profundidad de su sufrimiento, los abucheos de la multitud continuaban aumentando en fuerza, hasta que finalmente, Srog estaba demasiado distraído para pensar.

Él aporreó su pluma, lleno de frustración, se levantó y cruzó el cuarto otra vez, yendo a la ventana al aire libre, sacando la cabeza, decidido a averiguar la fuente de todo. Claramente, algo estaba pasando abajo. ¿Era una especie de celebración? ¿Algún tipo de protesta? En esta isla de descontentos, uno nunca sabía.

De repente, la enorme puerta de madera de la habitación de Srog se abrió de un golpe, sorprendiéndolo, era la primera vez que se abría sin previo aviso, la antigua puerta golpeó la piedra. Srog rodó, sorprendido, al ver corriendo hacia él a un mensajero, uno de sus hombres, con los ojos bien abiertos, en pánico.

"Señor, ¡debe salir de aquí de inmediato! ¡Han asaltado el fuerte! ¡Estamos rodeados!".

Srog miró al hombre, confundido, tratando de entender lo que estaba diciendo. ¿Rodeados?

El mensajero se abalanzó y agarró la muñeca de Srog.

"Habla claramente, hombre", le exhortó Srog. "¿Debo irme? ¿Por qué?". ¿Quién nos ha rodeado?"

Srog escuchó otro alarido, esta vez venía de dentro del fuerte, y de repente se dio cuenta de que algo estaba muy, muy mal, y mucho más cerca de lo que pensaba.

"¡Son los hombres de Tirus!", respondió el mensajero. "Ha habido una revuelta en la isla. ¡Tirus fue liberado! ¡Vienen a matarlo!"

Srog lo miró, sorprendido.

"¿Una revuelta?", preguntó. "¿Desatada por qué? ¿Y nuestros hombres?"

El mensajero meneó la cabeza, tratando de recuperar el aliento.

"¡Ellos han matado a todos nuestros hombres! No hay nadie para montar guardia para usted. ¿No escuchó? Un barco llegó con un cadáver adentro. El hijo de Tirus. Falus. Asesinado por Reece. Ha provocado una revolución. La isla entera está levantada en armas. Mi señor, usted debe entender. No tiene tiempo".

De repente, el mensajero agarró a Srog con ambas manos sobre sus hombros, lo miró, con los ojos bien abiertos y se inclinó hacia sus brazos, como si fuera a abrazarlo.

Srog lo miró, confundido, hasta que vio sangre brotando de su boca. El hombre se desplomó muerto en sus brazos, y se deslizó hasta el suelo, Srog vio un cuchillo alojado en la espalda.

Srog vio, corriendo en la habitación, a cinco de los soldados de Tirus — todos yendo hacia él.

Srog, con el corazón latiendo furiosamente, sabía que no podía huir. Lo arrinconaron en una esquina. Era una emboscada. Srog pensó en la cámara oculta en la habitación, con la salida trasera podría escapar, estaba construida en la pared de piedra para momentos como éste, precisamente. Pero él no era así. Era un caballero, y él no huía. Si iba a encontrar la muerte, lo haría de frente, con una espada en la mano, de frente a su enemigo. Él lucharía o moriría.

Y era el tipo de retos que le gustaban.

Srog soltó un gran grito de guerra, sin esperar a que llegaran a él, y fue corriendo hacia los hombres. Él sacó su espada y la levantó por lo alto, y

mientras el soldado líder tomaba otro puñal de su cinturón, Srog se abalanzó y recortó su espada, cortando la muñeca del hombre antes de que él pudiera lanzarla. El soldado cayó al suelo, gritando.

Srog no hizo una pausa, balanceando su espada una y otra vez, más rápido que todos ellos, decapitando a uno, apuñalando a otro en el corazón. Años de combate habían hecho que no temiera a una emboscada, le habían enseñado a no vacilar nunca, y Srog derribó a estos tres hombres en un abrir y cerrar de ojos.

Los otros dos hombres se acercaron a él desde un costado y por detrás, y Srog giró y bloqueó sus golpes con su espada, las chispas volaban mientras los ahuyentaba, luchando con ambos a la vez. Srog estaba haciendo un trabajo magistral al combatir a los dos atacantes a la vez, incluso cuando lo empujaron a través del cuarto. El sonido de metal se hizo eco en las paredes de piedra, los hombres gruñendo, luchando por sus vidas.

Srog finalmente encontró una abertura, levantó su pie y pateó a uno en el pecho. El hombre tropezó hacia atrás y cayó, y Srog giró y le dio un codazo al otro en la mandíbula, haciéndole caer de rodillas.

Srog estaba satisfecho al ver a sus cinco atacantes, todos tirados en el piso, pero antes de que pudiera terminar de examinar el daño, de repente sintió un dolor agudo en la espalda.

Srog, expuesto mientras luchaba contra los demás, no había visto al sexto soldado entrar a hurtadillas en la sala, detrás de él y lo apuñaló por la espalda. Sin embargo, gimiendo de dolor, Srog convocó a cierta reserva de fuerza en su interior. Él se dio vuelta, agarró al hombre, lo jaló con fuerza, y de un cabezazo le rompió la nariz, haciéndolo caer al piso.

Srog entonces extendió la mano atrás de su espalda con un brazo, agarró la empuñadura de la espada corta que se alojó en su columna y la extrajo.

Srog gritó, el dolor era insoportable y cayó de rodillas. Pero al menos quitó la espada, y ahora sujetó la empuñadura, con los nudillos blancos, se paró y la hundió en el corazón de su atacante.

Srog, gravemente herido, cayó sobre una rodilla, tosió y escupió sangre. Hubo una pausa momentánea en la batalla, sin embargo, se dio cuenta de que con esta lesión, le quedaba poco tiempo.

Se escuchó el sonido de otro soldado corriendo en la habitación, y Srog se forzó a sí mismo a enfrentarlo, a pesar del dolor. No sabía si tendría fuerzas para levantar de nuevo su espada.

Pero Srog se sintió muy aliviado al ver quién era. Era Matus, hijo menor del rey, corriendo hacia él. Matus corrió a la habitación, se volvió y cerró de golpe las puertas, trabándolas.

"Mi señor", dijo Matus, girando y corriendo hacia él. "Está herido".

Srog asintió con la cabeza, cayendo sobre una rodilla, el dolor era insoportable, se sentía débil.

Matus se acercó corriendo y agarró su brazo.

"Tiene suerte de estar vivo", dijo Matus rápidamente. "Todos los demás en el castillo están muertos. Yo estoy vivo porque soy de las Islas Superiores. "Lo van a matar". ¡Debe ir a un lugar seguro!".

"¿Qué haces aquí, Matus?", dijo Srog, sintiéndose débil. "Te asesinarán si te encuentran ayudándome. Vete. ¡Sálvate a ti mismo!".

Matus movió la cabeza.

"No", dijo. "No lo abandonaré".

De repente, hubo un golpeteo en la puerta, el sonido de los hombres tratando de entrar.

Matus se volvió y miró a Srog, con miedo en sus ojos.

"No tenemos tiempo. ¡Tenemos que irnos! ¡Ahora!".

"Me quedaré y pelearé", dijo Srog.

Matus movió la cabeza.

"Son demasiados detrás de esa puerta. Será un hombre muerto. Viva y luchará otro día. Sígame".

Srog finalmente aceptó, por el bien de Matus, queriendo que el chico viviera y sabiendo que no podía pelear él mismo.

Corrieron por toda la habitación hacia el pasaje secreto oculto en la pared de piedra, Matus tocaba la pared con las manos. Finalmente encontró una piedra un poco más floja que las demás, tiró de ella, y al hacerlo, apareció una abertura estrecha en la piedra, sólo lo suficientemente amplia para que cupieran los hombres.

Los golpes en la puerta fueron más fuertes, y Matus agarró a Srog, mientras Srog titubeaba.

"No le servirá muerto a Gwendolyn", dijo Matus.

Srog cedió y permitió que Matus lo arrastrara dentro, los dos se ocultaron en la oscuridad, mientras el muro de piedra se cerraba detrás de ellos. Al hacerlo, se escuchó un ruido detrás de ellos, el sonido de la puerta abriéndose, y decenas de hombres entraron corriendo a la habitación. Continuaron

caminando, más adentro del pasadizo, Matus llevándolos a un lugar seguro, Srog cojeando, sin saber cuánto tiempo viviría, y sabiendo que las Islas Superiores y el Anillo, nunca serían iguales otra vez.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Gwendolyn estaba sentada en el estudio que había sido de su padre, revisando otra pila de pergaminos, revisando asuntos de negocios del reino. A Gwen le encantaba pasar el tiempo aquí en el estudio de su padre, donde se sentía conectada con él. Pasó días incontables aquí cuando era niña, sus oscuras paredes llenas de libros antiguos, libros valiosos que él había reunido desde todos los rincones del Reino, como si le dieran compañía. Sin duda alguna, cuando ella había reconstruido la Corte del Rey, se había asegurado de hacer que este estudio fuera el punto focal, y había sido restaurado según su antiguo esplendor. Ahora era más bello que antes, y a Gwen le hubiera gustado ver el rostro de su padre después de que lo había restaurado. Ella sabía que le habría encantado.

Gwen miró los pergaminos, y trató de volver al trabajo de administrar su reino, trató de forzar las cosas para que volvieran a la normalidad. Sin embargo, ella sabía que las cosas estaban lejos de ser normales. Ella apenas podía concentrarse, se sentía inquieta por dentro y abrumada por el dolor, las imágenes de la salida de Thor, o la muerte de Selese, destellaban en su mente.

Gwen finalmente bajó los pergaminos. Se frotó los ojos y dio masaje a sus sienes, suspirando, con los ojos borrosos de tanto leer. Los asuntos del Anillo eran interminables, y no importaba cuántos pergaminos tuviera, siempre llegaban más. Ya era tarde en el día, ella había estado toda la noche con Guwayne y se sintió más sola que nunca ya que Thor se había ido. No estaba pensando claramente en estos días, y necesitaba un descanso.

Gwen se levantó del escritorio de su padre y entró por la alta puerta de arco que llevaba al balcón de piedra. Era un día de verano hermoso y se sentía bien de estar al aire libre mientras soplaba una suave brisa, y respiró profundamente. Miró hacia la Corte del Rey, a toda la gente que estaba abajo, contenta. En la superficie, todo parecía bien; pero por dentro, Gwen estaba temblando.

Gwen miró las enormes banderas agitándose ligeramente en el viento, que había pedido que se colgaran a media asta en honor a Selese. El funeral aún pesaba en la mente de Gwen — así como la cancelación de su boda. Se sentía

muy perturbada por la muerte de su nueva amiga, por su día de felicidad, que ella había estado preparando durante muchas lunas, que de repente se transformó en uno de dolor. Gwen estaba empezando a preguntarse si alguien alguna vez se quedaría en su vida permanentemente. También se preguntaba si ella y Thor llegarían a casarse; una parte de ella se preguntaba si deberían salir corriendo a casarse solos, en algún lugar de reclusión, lejos de los ojos de todo el mundo. No le importaba la pompa y solemnidad; todo lo que quería era estar casada con él.

Gwen no se sentía con ganas de celebrar. Ella se sentía enferma, vacía, por lo que le había sucedido a Selese. Por el dolor de su hermano. Por el trágico malentendido. Podía decir que Reece nunca sería el mismo, y eso la asustaba. Una parte de ella sentía que había perdido a un hermano. Ella había estado cerca de Reece toda su vida, siempre había apreciado su manera feliz, alegre, y despreocupada de ser, y nunca lo había visto tan feliz como cuando había estado con Selese.

Y aún ahora, podía ver en los ojos de Reece que nunca sería el mismo. Él se culpaba a sí mismo.

Gwen no pudo evitar sentir que uno por uno, la gente que estaba cerca de ella, le era arrebatada. Miró a los cielos y pensó en Thor. Se preguntaba dónde estaría él ahora. Cuándo volvería por ella. *Si alguna vez volvería.*

Afortunadamente, al menos, Gwen tenía a Guwayne. Ella pasaba casi cada hora con él, sosteniéndolo cerca, valorando mucho el precioso regalo de la vida. Se encontró llorando sin razón, sintiendo lo frágil que era la vida. Ella oró a cada dios que conocía para que nada malo de pasara a él.

Por primera vez en mucho tiempo, Gwen se sentía débil, vulnerable, insegura de qué hacer a continuación. Toda su vida, estas últimas lunas, había girado en torno a su boda, y ahora, sin previo aviso, todo había cambiado. Gwen no pudo evitar sentir como si la tragedia con Selese fuera sólo el comienzo, como una premonición de que cosas horribles se aproximaban.

Gwen se estremeció cuando se escuchó un aporreo en la puerta del estudio de su padre, golpeaban la aldaba de hierro y eso hizo que sintiera una sacudida en su cuerpo, como confirmando sus horribles pensamientos.

Gwen se dio vuelta y caminó de vuelta hacia el estudio; aún sin tener que esperar por ella, la puerta se abrió sola. Aberthol entró corriendo, seguido por Steffen y varios otros asistentes, con sus caras duras, de emergencia; Aberthol sostenía un pergamino mientras corría hacia el estudio de su padre,

directamente hacia ella. Gwen, al verlos, sintió un agujero en el estómago; sabía que fuera lo que fuera, tenía que ser algo muy, muy serio. Ninguno de estos hombres entraría en el estudio de su padre sin haber sido invitado, a menos que fuese una cuestión de vida o muerte.

"Mi señora", dijo Aberthol, haciendo una reverencia con los demás al acercarse, con una voz de urgencia. "Perdone mi interrupción, pero traigo una noticia que es una emergencia".

Se detuvo, y Gwen pudo ver que él estaba dudando, y ella se preparó para lo que fuera.

"Habla ya", dijo ella.

Aberthol tragó saliva. Sostenía un pergamino con una mano temblorosa, y Gwen lo tomó.

"Parece que el hijo mayor de Tirus, Falus, ha sido asesinado. Fue encontrado muerto en su barco, esta mañana. Y todos los hechos dan fe de que fue asesinado por su hermano. Reece".

Gwen sintió un frío recorrer su sangre mientras escuchaba la noticia. Ella agarró el pergamino y miró a Aberthol, sin necesidad de abrirlo, no queriendo leer un pergamino más. Lentamente, entendió las palabras, así como las consecuencias que eso conllevaba.

"¿Reece?", preguntó Gwen, tratando de procesar todo.

Aberthol asintió con la cabeza.

Él debió haberlo sabido. Reece estaba muy enojado y dolido, hambriento de venganza. Qué estúpido de parte de ella no haberlo frenado.

La mente de Gwen dio vueltas con las implicaciones. El hijo mayor de Tirus está muerto. Ella sabía que sus hijos eran amados por la gente de las Islas Superiores. Se dio cuenta de que quizá ya se había extendido la noticia. ¿Quién sabía qué medidas tomarían? Ella sabía que no sería bueno y que lo que fuera a seguir, arruinaría sus esfuerzos por unir a los dos MacGil.

"Hay más, mi señora", dijo Aberthol. "Hemos recibido informes de que ha habido revueltas en las Islas Superiores. Han destrozado la mitad de su flota, mi señora. Y Tirus ha sido liberado".

"¿Liberado?", preguntó Gwen, horrorizada.

Aberthol asintió con la cabeza.

"Es peor, mi señora. Ellos han emboscado el castillo de Srog, y Srog ha sido gravemente herido. En este momento está detenido. Enviaron el mensaje de que matarán a Srog y destruirán el resto de su flota, si no se hace algo por

la muerte de Falus".

El corazón de Gwen latía aceleradamente; era como una pesadilla desplegándose ante ella.

"¿Qué compensación piden?", preguntó.

Aberthol aclaró su garganta.

"Quieren que Reece vaya a las Islas Superiores y se disculpe con Tirus personalmente por la muerte de Falus. Sólo entonces liberarán a Srog y harán la paz".

Gwen involuntariamente golpeó su puño en la mesa de su padre, era el mismo gesto que su padre solía hacer cuando estaba molesto. Ella ardía de frustración; todos sus planes cuidadosamente trazados se habían ido a la basura por el impulsivo asesinato de Falus por parte de su hermano. Ahora Srog, su emisario de confianza, estaba herido y fue tomado como prisionero. Estaba destruida la mitad de su flota. Era su responsabilidad, y sentía la culpa pesando sobre ella.

Sin embargo, al mismo tiempo, Gwen recordó la profecía de Argon, de la invasión del Anillo, y sabía que no podría abandonar las Islas Superiores. Necesitaba un lugar de refugio, ahora más que nunca. Lo que Reece había desencadenado era la peor cosa que podía suceder en el peor momento posible.

Gwen no podía abandonar a Srog, tampoco. Ni a su flota. Tenía que hacer lo necesario para enmendar los errores, para traer paz a su reino. Especialmente si sólo exigían una disculpa.

"Quiero ver a mi hermano", dijo fríamente, Gwen, endureciendo.

Aberthol asintió con la cabeza.

"Sabía que lo haría, mi señora. Está esperando afuera".

"Tráiganlo", ordenó ella. "Y el resto de ustedes, déjenos solos".

Aberthol y los demás hicieron una reverencia y se apresuraron a salir de la sala.

Mientras salían, Reece entró, solo, con sus ojos inyectados en sangre, pareciendo frío y duro y furioso por el dolor, no parecía ser el hermano que Gwen había conocido toda su vida.

"Cierra la puerta detrás de ti", le ordenó Gwen, con la voz de una reina, no de una hermana, tan fría y dura como los rasgos de Reece.

Reece extendió la mano y cerró la puerta arqueada de roble del estudio de su padre, y Gwen caminó hacia adelante mientras él se acercaba a saludarla.

Cuando estuvieron cerca uno del otro, Gwen, furiosa con Reece por haber puesto al reino en este lío, abofeteó a Reece. Era la primera vez en su vida que ella hacía algo así, y el sonido hizo eco en la habitación.

Reece la miró, sorprendido.

"¿Cómo te atreves a desafiarme?", le dijo Gwen, con furia en su voz.

Reece la miró, y su asombro se convirtió en ira, sus mejillas enrojecieron.

"¡Nunca te desafié!".

"¿No?", gritó ella. "¿Crees que matar a nuestro primo — un MacGil real, hijo de Tirus, uno de los líderes de facto de las Islas Superiores — era algo que estabas en libertad de hacer libremente, sin mi orden?".

"Se lo merecía ¡y mucho más!".

"¡No me importa si se lo merecía!", gritó Gwen, con su rostro ardiendo de ira. "¡Tengo un reino que gobernar! Hay muchos hombres que merecen morir cada día y no los mato. Puedes darte ese lujo — yo no".

"¿Entonces sacrificarás lo que es justo por la política?", preguntó él.

"No me hables de justicia", dijo Gwen. "Muchos de nuestros hombres — buenos hombres — murieron en las Islas Superiores hoy, debido a tus acciones. ¿Eso fue justo para ellos?".

"Entonces mataremos a las personas que los mataron, también".

Gwen meneó la cabeza, increíblemente frustrada.

"Puedes ser un buen guerrero", dijo ella, "pero no sabes cómo gobernar un reino".

"Deberías estar de mi lado", protestó Reece. "Tú eres mi hermana".

"Yo soy tu *Reina*", corrigió Gwen.

A Reece le cayó eso de sorpresa.

Estaban ahí, frente a frente, en silencio, a Gwen le costaba respirar, con la sensación de falta de sueño, sintiéndose abrumada por emociones contradictorias.

"Lo que has hecho afecta al estado, afecta al Anillo, afecta la seguridad de todos nosotros", continuó diciendo ella. "Srog está herido. Ahora está retenido en el punto de la muerte. La mitad de mi flota ha sido destruida. Eso significa que cientos más de nuestros hombres han sido asesinados. Todo por tus acciones precipitadas".

Reece se sonrojó, también.

"Yo no empecé esta guerra", dijo, "lo hicieron ellos. Falus se lo tenía merecido. Me traicionó a mí; nos traicionó a todos".

"Tú te traicionaste solo", corrigió Gwen. "Falus no la asesinó. Sólo trajo la noticia. Noticias que contenían una verdad parcial, debido a tus acciones. Puede ser engañoso y merecedor de castigo, o incluso la muerte, pero debes reconocer tu participación en esto. Y debes darte cuenta de que no eres tú quien imparte el castigo — ciertamente no sin consultarme".

Gwendolyn se dio vuelta y salió furiosa de la habitación, necesitando despejar su mente.

Ella llegó al escritorio de su padre, se inclinó y tiró de todos los libros, enviándolos al suelo con gran estrépito, levantando una nube de polvo. Ella gritó, en señal de frustración.

En el tenso silencio que persistió, Reece no se movía, la observaba; Gwen suspiró y se dirigió a la ventana, mirando hacia fuera, respiró profundamente, tratando de mantener la calma. Una parte de ella sabía que Reece tenía razón. Odiaba a los MacGil, también. Y quería a Selese. De hecho, una parte de ella admiraba lo que había hecho su hermano. Ella estaba contenta de que Falus estuviera muerto.

Pero como reina, no importaba lo que quisiera o admirara; tenía que equilibrar la vida de mucha gente.

"No te entiendo", dijo Reece finalmente, rompiendo el silencio. "Amabas a Selese tanto como yo. ¿No tenías deseos de venganza por su muerte?"

"La quería como a una amiga", respondió Gwen, más calmada. "Y como cuñada".

Ella suspiró.

"Pero como reina, debo equilibrar la venganza con el razonamiento. Yo no mato a un hombre para hacer que maten a otros cientos más. Tampoco puedo permitir que hagas eso — seas mi hermano o no".

Se quedó allí parada, inclinándose, bajando la cabeza, con su mente hecha un enjambre.

"Me has puesto en una situación imposible", dijo ella. "No puedo permitir que Srog sea asesinado, ni alguno de mis hombres. Es más, el resto de mi flota es valiosa, y no puedo abandonar las Islas Superiores, que necesita ahora, más que nunca, por razones que no conoces".

Suspiró, pensando bien las cosas.

"Me he quedado con una única solución", dijo, volviendo a su hermano. "Viajarás a las Islas Superiores de inmediato y le ofrecerás disculpas a Tirus".

Reece jadeó.

"¡NUNCA lo haré!", exclamó.

Gwen endureció.

"¡SÍ LO HARÁS!". Gwen gritó también, el doble de fuerte, con su cara enrojecida. Fue un grito que incluso le aterrorizó a ella, con la voz de una reina endurecida, de una mujer poderosa. Era la voz de su padre, fluyendo a través de ella.

Sin embargo, Reece, su hermano, también tenía la voz de su padre. Allí permanecieron, en el estudio de su padre, cada uno frente a frente con la fuerza de sus padres, cada uno igualmente voluntarioso.

"Si no lo haces", dijo ella, "tendré que encarcelarte por tus acciones ilegales".

Reece la miró, y su rostro era de incredulidad.

"¿Encarcelarme? ¿A tu hermano? ¿Por ejercer la justicia?".

Él la miró de una manera que a ella le dolió, con una mirada que decía que ella lo había traicionado.

"Tú eres mi hermano", dijo ella, "pero primero eres mi súbdito. Harás lo que yo digo". Vete de mi vista. Y no regreses hasta que me ofrezcas una disculpa".

Reece, con la boca abierta de asombro, con la cara de dolor y angustia en su cara, la miró, sin pronunciar palabra. Ella deseaba poder tener compasión por él, pero le quedaba muy poca.

Lentamente, Reece se volvió, caminó hacia la puerta como si estuviera en trance, la abrió y la cerró de un portazo, detrás de él.

Gwen se quedó allí parada, en el silencio, deseando estar en cualquier parte del mundo menos ahí, y deseando ser cualquier persona del mundo, cualquiera, menos la reina.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Erec galopaba en su fino caballo blanco, Alistair yendo en la parte posterior de él, con sus manos sujetas alrededor de su cintura, nunca se había sentido tan contenta como en este momento. Aquí estaba él, viajando hacia el sur, hacia su tierra natal, con Alistair a su lado, y finalmente, después de todos estos años, a punto de regresar a su patria, para reunirse con su familia. Erec no podía esperar para introducir a Alistair a su familia, a su gente y casarse con ella. Conocer a Alistair había sido lo mejor que le había pasado, y él no podía imaginar estar alejado de ella, ni siquiera por un minuto. Él estaba muy contento de que ella hubiera decidido venir con él.

Mientras cabalgaban más y más al sur, como lo habían estado haciendo durante días, Erec podía sentir el aire cargado de humedad, podía oler el aire del océano, y sabía que se estaban acercando a la costa sur. Su corazón se aceleró. Sabía que a la vuelta de la esquina estarían los acantilados, el océano, el barco, esperando por él, para llevarlos a su patria. Erec no había estado allí desde que era niño, y estaba lleno de emoción. Extrañaba mucho a su familia, y sobre todo, ansiaba ver a su padre antes de que muriera. Esperaba llegar a tiempo.

Mientras Erec cabalgaba, sintió emociones contradictorias acerca del Anillo. Después de todo, el Anillo se había convertido en su hogar. Él había sido traído aquí cuando era niño, había sido criado para convertirse en el mejor caballero del Reino, y el Rey MacGil había sido como un segundo padre para él. Había sido llevado y criado en la Corte del Rey como si fuera su propia casa. Había sido criado con la Hermandad de Los Plateados, y detrás de él, Erec podía oír el sonido de las espuelas de una docena de ellos, que lo acompañaban hasta ahora, como un gesto de respeto. Eran verdaderos hermanos para él. Una parte de él se sentía culpable por dejarlos, por dejar al Anillo sin protección.

Sin embargo, al mismo tiempo, Erec sabía que dejaba el Anillo en buenas manos, con Kendrick y todos los demás aquí para protegerlo. También sabía que el Anillo era más fuerte que nunca, con todas sus fortalezas y castillos reparados, el Cañón protegido, el Escudo activado, con los puentes y torres

reforzados. Y sobre todo, Ralibar vigilando. Marcharse era doloroso, pero al menos Erec podía estar seguro de que el Anillo era invulnerable, y si alguna vez había un momento de regresar a su patria, era ahora que su padre se estaba muriendo, y de cumplir con su promesa de casarse con Alistair, de estar con su gente; ese momento ya había llegado.

Finalmente, llegaron a una colina, y todos se detuvieron y miraron el panorama frente a ellos. Erec vio el dramático vaivén de las olas del Océano Meridional y vio hacia los acantilados que estaban abajo, con enormes nubes de espuma rociando el aire, mientras las olas se estrellaban en la costa. El Océano Meridional.

Erec observó las costas, esperando ver que estaba aguardando por él en la costa, la enorme embarcación con las blancas velas imponentes que lo llevaría a casa.

Sin embargo, mientras todos los caballeros se detenían junto a él, Erec miró hacia abajo, perplejo.

Su barco no estaba en la costa.

Erec, atónito, observó la costa hacia arriba y hacia abajo.

"No puede ser", dijo para sí mismo.

"¿Qué pasa, mi señor?", preguntó uno de los caballeros.

"Nuestra embarcación", dijo. "No está aquí".

Erec sentado en su caballo, se preguntaba qué había pasado, cómo podría suceder esto. No podía volver a su casa sin el barco. ¿Tendrían que regresar?

Sabía que había solamente una manera de averiguarlo: tendrían que bajar y ver por sí mismos.

Erec pateó su caballo, y galoparon hacia abajo de los abruptos acantilados, tomando caminos sinuosos hacia la roca, dando vueltas y vueltas hasta que finalmente llegaron a la costa.

Cabalgaron por la arena hasta la orilla del agua y Erec miró a la derecha y a la izquierda, buscando alguna señal de ellos. En la distancia, a su izquierda, vio otra embarcación. Pero tenía otro color de velas, negras y verdes, que no reconocía. No era la suya.

"No entiendo", dijo Erec. "Era el barco que mi padre envió. Se suponía que nos esperaría aquí. No sé qué pudo haber pasado".

"¡Se fue!", dijo una voz.

Erec se volvió y vio a un hombre grande con un mentón rugoso y poco pelo, que parecía haber sido un guerrero, pero ya había pasado su mejor momento.

Se fue por la parte trasera de un acantilado, flanqueado por varios hombres en ropas andrajosas, marineros y todos se dirigieron hacia Erec.

"¡Salieron hace tres días!", dijo el hombre una vez más, mientras se acercaba. "Esperaron; después deben haber pensado que usted no vendría. Regresaron al lugar de donde vinieron. Al parecer, usted llegó tarde".

"Porque tomamos otra ruta", uno de los caballeros le dijo a Erec. "En esa bifurcación".

Erec meneó la cabeza.

"Llegamos con solamente tres días de retraso", dijo. "Deberían haber esperado".

Otro grupo llegó ayer", dijo el hombre, y "pagaron más. Tenían un cliente. Y se lo llevaron".

Erec enrojeció.

"Se lo prometieron a mi padre. ¿Ya no existe el honor?", se preguntó en voz alta a sí mismo.

"¿Adónde va?", el hombre le preguntó, acercándose, encendiendo una pipa. "Esa mi nave", añadió, gesticulando sobre su hombro al otro barco en la orilla. "Tal vez yo puedo llevarlo allí".

Erec miró sospechosamente al hombre, de arriba hacia abajo. No le daba una buena impresión. Luego miró la embarcación del hombre. Era evidente que sus mejores días habían terminado. Se veía sucio, desgastado, e incluso desde aquí, parecía estar lleno de gente ordinaria.

"Tengo que ir a las Islas del Sur", dijo Erec. "A mi patria, mi padre, el rey, nos espera".

"Por el precio justo, yo los llevaré", dijo el hombre.

"¿Por el precio justo?", dijo uno de los caballeros de Erec, avanzando en su caballo. "¿No sabes con quién hablas? Él es Erec, el campeón de Los Plateados. Hablarás con él con el mayor respeto".

El hombre lo miró, inexpresivo, imperturbable, mientras chupaba tranquilamente su pipa.

"Plateados o no, todo el mundo tiene un precio", dijo el hombre con calma. "Soy un hombre de negocios. Y con la caballerosidad no gano nada".

Erec miró el barco, atónito. Suspiró, dándose cuenta de que sus opciones eran pocas. Tenía que ver a su padre moribundo.

"El dinero no es un problema", dijo Erec. "Lo que me importa es la seguridad de tu embarcación. No pondré en peligro a mi esposa en un barco

con filtraciones".

El hombre sonrió y miró a Alistar de una manera que a Erec no le gustó.

"Mi barco es el más seguro del mar. No se deje engañar por su aspecto. Un saco de oro y el viaje es suyo. Si no", dijo, inclinando su sombrero, "fue un placer hacer negocios con usted".

Uno de los caballeros de Erec gritó: "¡Un saco entero!". "¡Eso es exorbitante!".

Erec miró al hombre de arriba a abajo y pensó. Esto no era lo que quería. Pero no había ninguna otra opción. Tenía que ver a su padre antes de morir.

Erec buscó en su cintura, agarró un saco de oro y se lo lanzó al hombre. Golpeó al hombre en el pecho, y lo atrapó, lo abrió y sonrió.

"Ahí están tus honorarios y mucho más", dijo Erec. "Llévanos ahí rápidamente. Y con seguridad".

El hombre hizo una reverencia, sonriendo ampliamente.

Erec se dio vuelta, desmontó, ayudó a bajar a Alistar y abrazó a sus hermanos.

"Protejan al Anillo", dijo Erec.

Ellos también lo abrazaron.

"Te veremos pronto, mi señor", respondieron.

"Sí que lo harán".

Erec tomó de la mano a Alistair, y juntos caminaron por la costa, siguiendo al grupo de hombres harapientos. En su interior, Erec sabía que algo andaba mal, pero no podía saber qué era. Mientras caminaba hacia la nave, sosteniendo a Alistair de la mano, firmemente, se volvió y vio que sus hombres ya se habían marchado. Volvió a ver a la enorme embarcación que estaba ante ellos, acercándose más y más y se preguntó si acababa de cometer el mayor error de su vida.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Luanda se encontraba inmersa en el frío manantial, sola, en lo alto de las montañas de la zona montañosa, como era su costumbre cada mañana. Pasó el agua fría a través de su pelo, que ya había crecido completamente, y la sensación helada en su cuero cabelludo la hacía sentir viva, despierta. Le recordaba dónde estaba. Ella no estaba en casa; estaba en una tierra extranjera. En el lado equivocado del altiplano. Era una exiliada. Y nunca volvería a casa. El agua fría le hizo recordarlo, como lo hacía cada mañana, y de alguna manera, había llegado a disfrutarlo. Era su forma de recordarse a sí misma en lo que se había convertido su vida.

Estaba vacía, aquí, en estos manantiales de montaña, rodeada de gruesos bosques de verano y hojas y cubiertas por la neblina de la mañana. Y a pesar de odiar todo acerca de este lado de la Sierra, Luanda tenía que admitir que había llegado a gustarle esto, en este lugar que nadie conocía. Ella lo había descubierto accidentalmente un día, en una de sus largas caminatas y desde entonces había venido aquí todos los días.

Luanda lentamente emergió del agua, se secó con la fina toalla de lana que había traído y luego, como era su costumbre cada mañana, tomó la larga rama larga de hierbas que el boticario le había dado y se alivió con ellas. Colocó las hierbas sobre una roca a la luz del sol, al lado del agua y esperó. Vio de cerca su color verde, como lo había hecho todos los días durante varias lunas, esperando y esperando que se volvieran blancas. Si cambiaban, el boticario le dijo que significaba que estaba embarazada.

Todas las mañanas Luanda se había parado allí, secándose y había visto las largas hojas curvadas — y todas las mañanas se había decepcionado. Ya había perdido la esperanza; ahora, era sólo una cuestión de rutina.

Luanda estaba empezando a darse cuenta de que nunca conseguiría embarazarse. Su hermana también la vencería en esto. La vida sería cruel con ella de esta manera, también, como lo había hecho en cualquier otro aspecto.

Luanda se inclinó sobre el agua y miró su reflejo. Las aguas quietas reflejaban el cielo de verano, las nubes, los dos soles y Luanda se reflejaba en los giros y vueltas de la vida. ¿Había alguien que realmente la amara en su

vida? Ya no estaba segura. Ella sabía que amaba a Bronson, y que él también la amaba. Quizás eso debería ser suficiente, con o sin el niño.

Luanda reunió sus cosas y se dispuso a irse, y por si acaso, miró la rama que estaba sobre la roca.

Quedó fría cuando lo hizo, conteniendo la respiración.

No lo podía creer: allí, en el sol, la rama se había vuelto blanca.

Luanda jadeó. Ella subió la mano a su boca, con miedo de estirar la mano hacia la rama. Se levantó con las manos temblorosas, y la examinó por todos lados. Era blanca. Blanca como la nieve. Como nunca había estado.

Luanda, a pesar de sí misma, empezó a llorar. Ella empezó a llorar, abrumada por la emoción. Se inclinó y puso la mano en su estómago y se sintió renovada, se sintió desbordada de alegría y felicidad. Finalmente, la vida había dado un giro a su favor. Finalmente, tenía todo lo que Gwendolyn tenía.

Luanda se dio vuelta y se fue corriendo desde el manantial, a través del bosque, hacia la colina. En la distancia ya podía ver la fortaleza donde estaba su marido. Corrió a toda velocidad, con lágrimas en su rostro, con lágrimas de alegría. Ella casi no podía esperar para darle la noticia. Por primera vez desde que recordaba, estaba feliz.

Estaba realmente feliz.

*

Luanda irrumpió en el salón del castillo, corrió más allá de los guardias, subió la escalera espiral de piedra de tres en tres. Sin aliento, ella corrió y corrió, deseando ver a Bronson. No podía esperar para ver su reacción. Él, Bronson, el hombre a quien había llegado a amar más que a nada en el mundo, con quien había querido tener un hijo con todas sus fuerzas.

Finalmente, sus sueños se habían hecho realidad. Finalmente, serían una familia. Tendrían una familia propia.

Luanda llegó al final del pasillo y se apresuró a través de las altas puertas arqueadas, sin darse cuenta de que no había ningún guardia allí, que la puerta estaba abierta, sin ver nada extraño. Ella corrió a la habitación y se detuvo en seco.

Estaba confundida. Algo estaba mal.

El mundo empezó a moverse en cámara lenta alrededor de Luanda mientras miraba la habitación, y allí, en el frío suelo de piedra, al lado de la puerta, se

dio cuenta de que había dos cuerpos. Eran los guardias de Bronson. Ambos estaban muertos.

Antes de que ella pudiera darse cuenta del horror, Luanda notó, ahí tirado, en la parte trasera de la sala, otro cuerpo. Ella reconoció su ropa inmediatamente: Bronson. Estaba ahí tirado, sobre su espalda. Inmóvil. Con sus ojos abiertos, mirando al techo.

Luanda sintió su cuerpo temblar violentamente, como si alguien lo hubiera partido en dos. Tropezó hacia adelante, con sus rodillas débiles, y se derrumbó en el piso, cayendo encima del cuerpo de su marido.

Ella agarró las manos frías de Bronson y miró hacia su cara morada, hacia las heridas por todo su cuerpo. Y lentamente, pero con seguridad, entendió todo.

Su marido. La única cosa que aún amaba en el mundo. El padre de su hijo. Muerto.

Asesinado.

"¡NO!". Luanda gimió, una y otra vez, sacudiendo a Bronson, como si de alguna manera tratara de resucitarlo. Lloró y lloró, sujetándolo, con su cuerpo convulsionando, llena de lágrimas.

Luanda necesitaba a alguien, algo, a quien culpar. Estaban los McCloud, por supuesto, quienes habían hecho esto, y a quienes quería asesinar. Si tan sólo Bronson hubiera escuchado, si tan solo no los hubiera liberado.

Pero eso no fue suficiente. Ella tenía que culpar a alguien más. A la persona detrás de todo esto.

En su mente, Luanda se fijó en una persona: su hermana.

Gwendolyn.

Era su culpa. Sus políticas; su ingenuidad estúpida; todo había conducido a la muerte de su marido. Ella había arruinado todo. Ella no sólo le había quitado la vida, sino la vida de la única persona que amaba en el mundo.

Luanda gritó, fuera de sí, decidida. Ahora, con la muerte de Bronson, no quedaba nada para ella en el mundo. Todo lo que quedaba para ella era inculcar en los demás el mismo sufrimiento que habían depositado en ella.

Y lo haría.

Luanda se quedó parada, fría y dura, resuelta. Se dio vuelta y salió del pasillo, con el corazón acelerado. Se le ocurrió una idea. Algo que arruinaría a Gwendolyn, de una vez por todas.

Y ya era hora de ponerlo en marcha.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Kendrick, devastado desde su encuentro con su madre, trató de despejar su mente y aliviar sus pensamientos en este día sagrado, mientras caminaba lentamente por la superficie de la montaña, siguiendo el camino en círculos lisos, amplios, andando con cientos de los Plateados y soldados, mientras subían por la montaña sagrada, cada uno con una piedra en la mano. El Día de la Peregrinación había llegado, uno de los días más sagrados del año, y como Kendrick hacía cada año, se unió a sus hermanos en armas en la caminata hasta este lugar. Ellos habían pasado la mañana inmersos en el río, recogiendo rocas selectas, luego pasaban la tarde en la larga caminata por la montaña, caminando lentamente, rodeando su camino hacia arriba, cada vez más y más alto.

Cuando llegaron a la cima, la tradición era colocar una roca, arrodillarse y rezar. Purgar los pecados del año pasado y prepararse para el año siguiente. Era un día sagrado para todos aquellos que defendían el Reino. Se consideraba especialmente propicio para un caballero caminar con una mujer que amara. Kendrick había invitado a Sandara, y ella había accedido a venir con él. Ahora, caminaba a su lado, también inmersa en el silencio.

Aunque lo intentaba, era difícil para Kendrick sacudir los pensamientos del encuentro con su madre. Aunque habían pasado cientos de kilómetros desde el encuentro, todavía lo tenía presente en su corazón. Deseaba no haberla conocido nunca, deseaba nunca haberla buscado. Por el contrario, Kendrick deseaba haber vivido con el misterio toda su vida, vivido con la fantasía de que su madre era otra persona. Se daba cuenta de que a veces, la fantasía era más valiosa que la realidad. La fantasía podía sostenerte, mientras que la vida real podría aplastarte.

"¿Estás bien, mi señor?", preguntó Sandara.

Kendrick se volvió y la miró, interrumpiendo sus pensamientos. Como siempre, mirarla le hacía olvidar sus preocupaciones. Amaba a Sandara más de lo que podría decir. Era tan hermosa, tan alta, con hombros anchos, piel oscura, ojos oscuros y la mirada de la raza del Imperio, tan exótica, tan diferente a todas las que había conocido. Tomó su mano mientras caminaban.

"Estaré bien", dijo.

"Creo, mi señor, que todavía estás molesto por tu encuentro con tu madre", dijo ella.

Kendrick se mordió la lengua, sabiendo que tenía razón, pero no se sentía listo para hablar de ello.

Sandara suspiró.

"Mi madre era una mujer fría, cruel, despiadada", dijo. "Ella me odiaba". Mi padre era un gran guerrero y amable con todos. No soy cruel ni mala, como mi madre. Elegí asumir las características de mi padre".

Él la miró y notó que ella lo miraba intensamente.

"¿No lo ves?", dijo ella. "Quien haya sido tu madre o tu padre, no te afecta. Buscas identificarte con ellos. Pero eres tú mismo. Para entender quién eres, mírate a ti mismo. Sé la persona que elijas ser. Tú eliges ser quién eres, tú te moldeas a ti mismo, cada momento de cada día".

Kendrick pensó en sus palabras mientras caminaban, rodeando la montaña y se dio cuenta de que tenían gran sabiduría. Era difícil hacerlo, pero tenía que olvidarse de sus padres. Tenía que descubrir quién era, él mismo.

Kendrick ya se sentía mejor, y se volvió y la observó.

"Mis padres nunca se casaron", dijo él. "No pasaron su vida juntos. Yo no quiero vivir esta vida solo. Me gustaría estar casado. Tener hijos que me conozcan. Niños legítimos. "Sandara", dijo Kendrick, carraspeando su garganta, "quiero casarme contigo. Sé que te lo he pedido antes. Pero realmente quiero que pienses en ello. Por favor".

Sandara miró hacia el suelo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

"Te amo, mi señor", respondió. "En verdad. Pero mi casa está lejos. Si no hubiera un océano entre nosotros, sí, me casaría contigo. Pero debo regresar a casa. Con mi gente. Al Imperio. Con los que conozco y amo".

"Pero no estás ahí", dijo Kendrick. "Estás aquí, ahora. Y tu familia está esclavizada allí".

Sandara se encogió de hombros.

"Es cierto. Pero prefiero vivir siendo una esclava en mi casa que libre, lejos de mi pueblo".

Kendrick realmente no podía entender, pero sabía que tendría que aceptar sus deseos.

"Por lo menos estoy contigo, mi señor", dijo. "No me iré hasta dentro de varios días".

Kendrick apretó la mano de Sandara con más fuerza, y se preguntó por qué todas las mujeres que le importaban en el mundo debían desaparecer de él. Él sabía que sólo debía apreciar el tiempo que estaba con ella ahora. Pero pensar en que ella se fuera, dificultaba las cosas.

Caminaban, en silencio, con cientos de otras personas, hasta que finalmente llegaron a la cima de la montaña. Era solemne aquí, tranquilo, y había un sentimiento sagrado en el aire. Kendrick se sintió inmediatamente en paz.

Kendrick se arrodilló en el césped de la amplia meseta y junto con otros caballeros, colocó su piedra en el creciente montículo de rocas. Al hacerlo, inclinó su cabeza.

Por favor, Dios, oró en silencio, no alejes a esta hermosa mujer de mí. Permítenos estar juntos. Encuentra la manera. No quiero separarme de ella.

Kendrick abrió los ojos y lentamente se levantó, sorprendido por la oración que eligió. No lo había estado planeando. Generalmente oraba por el año que venía, generalmente oraba para tener fuerza contra sus enemigos, para tener gallardía, para tener valor. Pero esta fue la oración que pasó por la mente de Kendrick, y no la detuvo.

Se dirigió a Sandara, y ella sonrió de nuevo.

"Oré por ti, mi señor", dijo. "Para que encuentres la sabiduría y la paz".

Kendrick sonrió.

"Yo también dije una oración muy especial".

Kendrick vio sobre el hombro de Sandara, detectó movimiento en el horizonte, y de repente, su sonrisa se derrumbó. Estaba confundido por lo que vio; no tenía sentido.

Kendrick empujó a un lado a Sandara y analizó el horizonte con los ojos de un guerrero profesional. Al hacerlo, su corazón latió más rápido en su pecho.

No podía ser. Allí, en el horizonte, había una nube de polvo, humo negro y miles de guerreros con armadura, a la carga, yendo por el camino hacia la Corte del Rey, que no tenía vigilancia. Este fue el único día del año, el Día de la Peregrinación, cuando las puertas quedaron abiertas. Por supuesto, Kendrick nunca pensó que necesitaría ser protegida. ¿Quién podría atacarlos cuando el Anillo era tan seguro y estaba protegido?

Kendrick miró de cerca, con su cara enrojecida mientras reconocía la armadura de la McCloud. Enfureció, enfadado consigo mismo, por no haber dejado más protección. Estaban a medio día de viaje y los McCloud ya estaban cerca, muy cerca, ya en las puertas.

En momentos, Kendrick se dio cuenta atónito, que su hermana, desprotegida, estaría muerta.

Kendrick soltó un gran grito de guerra y todos sus hombres se volvieron y vieron lo que él vio, luego todos hicieron lo mismo, mientras Kendrick bajó corriendo por la montaña, a buscar su caballo, deseosos de unirse a la lucha, pero dándose cuenta, con una sensación de hundimiento, que ya era demasiado tarde.

En pocos momentos, todo el mundo que él conocía y amaba, estarían muertos.

CAPÍTULO CUARENTA

Godfrey galopaba por el camino sin fin, como lo había estado haciendo toda la noche, solo, jadeando, mirando sobre su hombro buscando cualquier señal del ejército McCloud. Lo vio, como había hecho a lo largo de todo su camino, levantando una enorme nube de polvo en el horizonte, a no más de media hora detrás de él. Godfrey tragó saliva y pateó su caballo con más fuerza.

Godfrey sabía que no había ningún margen para el error mientras galopaba, estaba más agotado que nunca en su vida, el sopor de su ebriedad había pasado, y sentía que podía caer en cualquier momento. Estaba sudando, muy fuera de forma para esto, el sudor goteaba en sus ojos, y ardía. Había un risco delante de él, y oró a todos los dioses que conocía, para que al llegar, la Corte del Rey estuviera a la vista.

Sus oraciones se hicieron realidad. Finalmente, en la distancia, Godfrey se sintió aliviado al ver las puertas reconstruidas de la Corte del Rey. Como sospechaba, estaban abiertas completamente, con solamente un puñado de soldados haciendo guardia. Desde luego. Era el Día del Peregrinaje, y cientos de caballeros que generalmente estaban de guardia, estaban arriba, en la montaña y no volverían hasta la noche. Pero para entonces, Godfrey sabía, que sería demasiado tarde. Todos serían asesinados, toda la ciudad saqueada.

Godfrey pateó su caballo con determinación mientras iba a una velocidad vertiginosa, respirando con dificultad, con su corazón golpeando en su pecho.

Finalmente, al acercarse a las puertas de la ciudad, los pocos guardias que estaban ante ellas, soldados jóvenes, novatos, lo miraron sorprendidos, sin entender.

"¡TRANQUEN LAS PUERTAS!", gritó Godfrey.

"¿Qué?", gritó uno de ellos.

Los soldados se miraron entre ellos, perplejos, pensando que Godfrey estaba enojado. Godfrey se dio cuenta, sin duda, de que probablemente parecía estar loco, teniendo en cuenta su aspecto, con el pelo desaliñado, sudoroso, sin afeitado, con resaca, con el pelo en sus ojos y habiendo viajado toda la noche.

Godfrey enrojeció, resuelto.

"¡VIENE UN EJÉRCITO!", gritó. "¡CIERREN LAS PUERTAS O LOS VOY A MATAR YO MISMO!".

Los soldados finalmente miraron sobre el hombro de Godfrey, observando el horizonte; al principio, eran inexpresivos, desconfiaban.

Pero entonces, Godfrey vio sus ojos bien abiertos, en pánico, y se dio cuenta de que los McCloud debían haber llegado a la colina.

Los soldados, de repente frenéticos, se apresuraron a bajar la puerta.

"¡SUENEN LOS CUERNOS!". Godfrey gritó, mientras cabalgaba a través de las puertas abiertas, antes de que los hombres las bajarán.

El sonido de los cuernos llenó la ciudad, haciéndose eco uno al otro, en coro. Sonaban siguiendo un patrón de tres, el sonido de una evacuación de la ciudad, un sonido que Godfrey nunca había escuchado en su vida.

Miles de civiles salieron rápidamente de sus viviendas, disciplinados, preparados, corriendo a través de las calles de la ciudad, dirigiéndose en forma ordenada para la ruta de evacuación a lo largo de la parte posterior de la ciudad. Gwendolyn había pensado en todo y había preparado bien a su gente. Godfrey estaba complacido de ver que estaba funcionando y tuvo una sensación extraña, una que nunca había sentido: fue una sensación de propósito. Un sentimiento de haber contribuido, de haber hecho una diferencia. De ser valiente. De ser querido y ser necesario.

Un sentimiento de responsabilidad. Era ajeno a él. Y le gustó.

Godfrey, envalentonado, fue velozmente hacia el castillo donde sabía que iba a estar su hermana, y mientras corría, los asistentes lanzaron las puertas, al reconocerlo como hermano de la reina.

Él no tomó el tiempo para desmontar, sino que prefirió galopar a través de la entrada, en el gran salón y todo el camino por el pasillo hasta llegar a la escalera.

Saltó de su caballo, cayendo al suelo, tratando de respirar, y tropezó en las escaleras, subiendo tres y cuatro a la vez, jadeando.

Finalmente, llegó a la planta superior, corrió por el pasillo y llegó a las antiguas puertas de la Sala del Consejo de la reina, el lugar donde su padre se había sentado con su Consejo.

Godfrey ni siquiera se detuvo cuando los guardias intentaron bloquear su camino; corrió hacia ellos con su hombro, quitándoles del camino de un golpe, después puso un hombro en la puerta y la abrió de golpe.

Godfrey tropezó en el cuarto, asustando a todo el mundo. Su hermana, en su trono, sosteniendo a Guwayne, estaba parada, igual que las decenas de miembros del Consejo, todos mirándolo, asombrados. Evidentemente había interrumpido una reunión importante.

"Godfrey", dijo Gwendolyn, "¿por qué estás aquí? ¿Qué significa esto?".

"¡Vete, ahora!". Godfrey jadeó, sin aliento. "¿No escuchaste los cuernos? ¡Nos están atacando!".

La sala se convirtió en un caos, mientras Gwen y todos los concejales corrieron hacia las ventanas, Gwen sosteniendo a su bebé, Abrieron las recién instaladas vidrieras en las ventanas. Al hacerlo, el sonido de los cuernos se escuchó en la habitación, al igual que el sonido de la conmoción y el caos que había abajo.

Godfrey se unió a ellos y cuando todos miraron, sus caras tenían una expresión de horror. Godfrey, de pie junto a su hermana, pudo ver al ejército McCloud corriendo hacia sus puertas.

Mientras el pánico y el temor se extendían por toda la habitación, incluso entre todos estos soldados curtidos, Gwen se mantuvo en calma. Godfrey se dio cuenta de que ella se había vuelto una líder dura, incluso más dura que todos estos hombres.

"¡Evacuen de inmediato!". Ordenó Gwendolyn a sus hombres. "Hagan lo que dice mi hermana. Todos ustedes. ¡Ahora!".

Los concejales entraron en acción, corriendo de la habitación. Steffen, sin embargo, se negó a alejarse de su lado, subiendo y parándose a su lado.

Gwen estaba sosteniendo a Guwayne; Steffen era el único que quedaba en la habitación con ella, aparte de Godfrey.

"Debes ir con ellos", le dijo Gwen a Godfrey.

"¿Y tú?", preguntó Godfrey, asombrado por su calma, por su intrepidez.

Gwen meneó la cabeza.

"Estaré bien", dijo ella.

Sin embargo Godfrey sospechaba que ella estaba siendo fuerte; cuando miró, se inspiró en ella.

"No", dijo, algo dentro de él cambió. "No puedo irme. Los hombres necesitan ayuda custodiando las puertas".

Gwen meneó la cabeza.

"Vas a morir", dijo ella.

"Entonces lo haré", dijo Godfrey. Y por primera vez, no tenía miedo.

Realmente no tenía miedo.

Gwen debe haber sentido el cambio en él, porque por primera vez en su vida, lo miró de manera diferente.

Ella puso una mano de aprobación sobre su hombro y lo miró firmemente a los ojos.

"Papá estaría orgulloso de lo que has hecho hoy", dijo.

Godfrey se sintió lleno de amor y agradecimiento. Era la primera vez que alguien en su familia lo aprobaba, que lo veía como otra cosa que no fuera un borracho.

Godfrey asintió con la cabeza, con los ojos brillantes y le dio una larga, última mirada, esperando volver a ver algún día a su hermana. Temía que no lo haría.

"Que estés bien, hermana mía".

Godfrey se dio vuelta y corrió hacia abajo del pasillo, determinado, bajando rápidamente las escaleras y saliendo por la puerta del castillo y hacia las enormes puertas delanteras de la ciudad. Él no hizo una pausa mientras saltaba y ayudaba a una docena de soldados luchando para cerrarla. Él llegó y puso un hombro sobre ella, e hizo una diferencia; gracias a él, la puerta de hierro finalmente se cerró por completo. Tan pronto como lo hizo, Godfrey ayudó a los hombres a levantar una barra de hierro grueso y lo puso antes de las barras.

Fue justo a tiempo. Unos segundos más tarde, el ejército McCloud llegó a las puertas y las golpeó. Se detuvieron, incapaces de abrirlas.

Godfrey siguió al otro soldado, corriendo por las escaleras hasta el nivel superior de la fortaleza y tomó un arco junto con los otros. Se arrodilló y tomó un lugar entre las murallas con los demás. Apuntó y disparó su primera flecha, y se sintió bien.

Él defendería esta ciudad. No ganaría; de hecho, sabía que iba a morir este día. Pero eso ya no le importaba; lo único que le importaba era morir en un gran acto de honor.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Gwendolyn estaba parada en las murallas superiores de su castillo, con Guwayne en sus brazos, llorando, Steffen a su lado, y miró hacia el horizonte, hacia el este. Su corazón se partió en dos cuando vio, llenando el horizonte, hileras e hileras de banderas negras, blandidas por guerreros McCloud, miles y miles de ellos, a caballo, yendo hacia la Corte del Rey. En el horizonte lejano detrás de ellos, humaredas negras se elevaban al cielo, claramente desde las aldeas que ya habían saqueado.

Era un río de devastación — y se dirigía hacia ella.

Los cuernos sonaban una y otra vez, arriba y abajo de los muros del castillo, y abajo, la gente de Gwendolyn corría para evacuar la Corte del Rey, como ella había ensayado todas estas lunas. La evacuación fue más ordenada de lo que ella había imaginado, sin duda porque ella lo había planeado y ensayado muy bien, y cuando miró hacia abajo, estuvo satisfecha al ver que la Corte del Rey ahora estaba casi vacía, toda su gente reuniéndose en la puerta trasera, hacia el sinfín de caballos y carros que les esperaban, para llevarlos, como había planeado, hacia la orilla, hacia una flota de embarcaciones que los llevaría muy lejos de aquí, a las Islas Superiores. A la seguridad.

Llegaron los sonidos de los McCloud golpeando a sus puertas de hierro, una y otra vez, y cuando el hierro comenzó a ceder, ella miró hacia abajo y se dio cuenta de que los McCloud podrían destruir su ciudad, todo lo que ella había trabajado tan duro para reconstruir.

Pero no matarían a su pueblo. Mientras Gwen lloraba por dentro por lo que le pasaría a su ciudad, al menos se sintió satisfecha al saber que su gente no sería dañada. Los McCloud podrían tomar la ciudad y todas sus riquezas; pero su gente viviría otro día.

"Mi señora, no tenemos mucho tiempo", dijo Steffen, a su lado.

Gwendolyn observó los cielos, su estómago estaba hecho nudo, y deseaba ahora más que nunca, que Thor pudiera estar aquí, a su lado, que pudiera llegar con Mycoples y salvarlos a todos.

Pero su marido se había ido hacía mucho tiempo, a una tierra lejana, y quién sabe si alguna vez regresaría.

Thor, oró ella. "Regresa a mí. Te necesito.

Gwen cerró los ojos y en silencio, deseó que regresara. Ella también deseaba que Ralibar apareciera. En el fondo, sin embargo, presentía que no lo haría. La partida de Mycoples le había hecho algo a él, y ella no lo había visto desde entonces. Era como si hubiera caído en una especie de depresión; todas las mañanas solía venir con ella, pero ahora no vino. No podía evitar preguntarse si tal vez él la había abandonado para siempre.

Gwen abrió los ojos, esperanzada, pero el cielo permanecía vacío, lleno sólo con los gritos de los hombres comprometidos en la batalla. No estaba Thor. Ni Ralibar.

Estaba sola, una vez más. Sabía, como ella siempre había sabido, que tendría que confiar en ella misma y en nadie más.

"¿Mi señora?". Espetó Steffen, con su voz cada vez más alarmada.

"Te ordené irte", le dijo.

Steffen negó con la cabeza.

"Lo siento, mi señora", dijo, "pero esa es una orden suya que yo debo desafiar. No me iré sin usted".

Guwayne se retorció y lloraba en sus brazos, y Gwen miró hacia abajo y sintió todo el amor que podía sentir por su hijo. Ella no podía soportar dejar su ciudad — y sin embargo, sabía que no había mucho tiempo para llevarlo a un lugar seguro.

"Esta es mi casa", dijo Gwen, aferrándose a este lugar, aguantando. "Es la casa de mi padre".

Gwen estaba parada viendo todo, y ella no podía soportar dejar su ciudad, este lugar donde nació. Después de todo lo que había hecho para reconstruirla, estaría a merced de estos bárbaros.

"Es tiempo de encontrar otro hogar", dijo Steffen.

Gwen miró a los cielos por última vez, esperando alguna señal de Thor o Ralibar. Miró los caminos, esperando alguna señal de Los Plateados. Pero las carreteras también estaban vacías. Ella sabía que no podrían venir. Estaban todos muy lejos, en su peregrinaje. Los McCloud habían calculado bien.

Gwen respiró profundamente y exhaló lentamente.

"Vámonos", dijo.

Gwen se dio vuelta y sosteniendo a Guwayne, que ahora gritaba, se fue rápidamente con Steffen a través de las murallas, hacia la escalera de caracol. Pronto llegaron a la planta baja del castillo, corriendo por la puerta trasera, y

se unieron con el resto de la multitud, todos rumbo a las puertas de atrás de la Corte del Rey, hacia los caballos y los carros.

Cuando Gwen y Steffen llegaron a la puerta trasera de la Corte del Rey, Gwen se sintió conmovida al ver que varios asistentes se pusieron delante de ella, manteniéndola abierta, esperando por ella. De hecho, toda la gente estaba esperándola, todos sentados en sus carros, ninguno de ellos se iba hasta que ella apareció.

Gwen fue la última persona que pasó a través de las puertas. Al hacerlo, los asistentes tiraron de las pesadas puertas de hierro hacia atrás, cerrándolas de un portazo, haciendo eco el golpe.

Gwen se subió a un carro que la esperaba, con Guwayne, el último carro que abandonó la Corte del Rey. El conductor había azotado el caballo, y ella y toda su gente, salieron a galope.

Gwen se dio vuelta y miró sobre su hombro cuando se iban, y vio cómo la Corte del Rey desaparecía de su vista. El sonido de las puertas cerrándose, del metal reverberando, hizo eco en su mente mientras observaba la ciudad que amaba hacerse más y más pequeña; ella sabía que pronto se convertiría en un montón de escombros y cenizas. Todo lo que amaba estaba a punto de ser destruido.

Se dirigían a las Islas Superiores, hacia otro lugar hostil, y quién sabe qué clase de vida les esperaba allí.

Sabía que la vida nunca sería la misma otra vez.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Rómulo marchaba, liderando a su ejército a través de los bosques ardientes de la selva, con los sonidos de miles de botas crujiendo las hojas detrás de él, los cielos llenos del sonido de gritos de dragones por encima, y sonrió en señal de triunfo. Aquí estaba, invencible, habiendo cruzado el océano con una flota de barcos, al mando de su ejército, y los dragones, en la última etapa de su marcha, a sólo unos minutos de llegar al cañón y siendo capaz de destruir el Escudo. Había llegado su hora de la venganza, para tener el control completo del mundo.

Mientras marchaban, los dragones caían en picado y soplaban fuego, destruyendo kilómetros de bosque, diezmado a las criaturas que vivían en este lado del cañón. Los dragones habían sacado a las criaturas fuera de los bosques, y hordas de ellos, chillando, se dirigían hacia Rómulo y sus hombres.

Rómulo se abalanzó, con la espada por lo alto y cortó la cabeza de una bestia salvaje tras otra, mientras todos sus hombres se unían a él. Era una masacre, los hombres destruían todo a su paso como una plaga de langostas, matando todo lo que habían dejado los dragones. Rómulo no había tenido tanta diversión desde que era un niño.

Rómulo marchó y marchó, sintiéndose victorioso, triunfante, preparado para la victoria más grande de su vida. En unos momentos, podría destruir el Escudo, invadir el Anillo, tomar la Corte del Rey y asesinar a Gwendolyn. Tendría lo que sus predecesores, incluso Andrónico, nunca tuvieron: el completo dominio del mundo. Él esclavizaría y torturaría a todos los que viera.

Rómulo sonrió y respiró profundo ante ese pensamiento. Ahora casi podía saborear el derramamiento de sangre.

El hechicero había profetizado que Rómulo destruiría el Escudo — pero él no había especificado exactamente cómo. Rómulo sólo podría suponer que, con todos estos dragones en su poder, su fuerza embestiría, destruiría e iría al mando del camino para que cruzara el cañón, hacia el Anillo. Después de todo, ¿cómo podría la fuerza del Escudo ir en contra de estos dragones?

Rómulo finalmente dio vuelta en una curva, y al hacerlo, respiró profundo,

con asombro ante el panorama que nunca envejeció: allí, ante él, estaba el gran cañón, sus nieblas elevándose, atrayéndolo a acercarse. Ahí estaba su destino.

Rómulo marchó hasta el borde del cruce del cañón, el gran puente que abarcaba los dos mundos, y al hacerlo, miró al cielo y esperó. Él cerró los ojos y ordenó a su ejército de dragones avanzar, hacia el Escudo invisible.

Él abrió los ojos y vio a todos volar hacia el enorme cañón, con su corazón latiendo de emoción. Él se preparó para la destrucción. Por su momento.

Pero mientras Rómulo miraba, se sorprendió al ver a todos los dragones chocar contra el muro invisible y rebotar. Los dragones gritaron con furia, dando vueltas en círculo, y rebotaron en él una y otra y otra vez.

Pero no pudieron pasar el Escudo.

Rómulo se quedó allí, frustrado, decepcionado. ¿Cómo podría el Escudo posiblemente resistir el poder de todos estos dragones? Él iba a entrar en el Anillo. Había sido profetizado. ¿Qué había salido mal?

Rómulo, ardiendo de frustración, sabía que tenía que probar el Escudo de otra manera. Agarró a uno de sus hombres y lo lanzó al Escudo invisible.

El hombre salió volando de frente y al hacerlo, gritó cuando fue destripado, ardiendo, aterrizando en una pila de cenizas a sus pies.

Rómulo enfureció. No podía ser. ¿Qué había salido mal? ¿Se había equivocado? ¿Tendría que regresar, humillado, una vez más? Sólo de pensarlo, era demasiado para soportarlo.

No tenía sentido. Él era el señor de los dragones. No había nada en este planeta — nada — que fuera capaz de detenerlo.

Rómulo se paró y miró, el Anillo parecía estar muy lejos. Mientras miraba, todas sus esperanzas y sueños comenzaron a derretirse. Por primera vez, su sentido de poder imparable comenzó a sentirse sacudido. ¿Qué faltaba?

Mientras Rómulo estaba parado esperando, observando, dándose cuenta con humillación que tendría que girar, abandonar sus planes de una vez por todas, cuando de repente, lentamente, algo apareció en la distancia. Era una mujer. Caminaba lentamente, en el extremo del cañón y caminó hacia el puente.

Se movió titubeante al principio, de un paso a la vez. Tenía sus brazos a los costados, y con cada paso que daba, se acercó un poco más. Rómulo la reconoció.

¿Podría ser? ¿Sus ojos estaban jugándole una broma?

No tenía sentido. Una mujer voluntariamente cruzaba el puente, hacia su lado del Anillo. Era una mujer que reconoció. La única mujer que necesitaba

más en el mundo:
Luanda.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Luanda se paró ante el gran puente sobre el cañón, y con un corazón endurecido, frío, insensible al mundo, miró hacia lo que tenía a la vista. Al otro lado del cañón, en la tierra de la selva, había miles de soldados del Imperio, liderados por Rómulo, parados ahí, esperando cruzar. Por encima de ellos había una serie de dragones, gritando, agitando sus alas contra el Escudo invisible que les detenía. El mismo Rómulo se quedó parado antes del otro extremo del puente, con las manos sobre sus caderas, observando.

Luanda se sentía lista para acabar con todo, cuando dio su primer paso hacia el puente, sola, sin un motivo para vivir. Una ráfaga de viento pegó en su cara, helada, a pesar del día de verano, que combinaba con su estado de ánimo. Ya que Bronson estaba muerto, Luanda era fría, estaba amargada, con su corazón muerto por dentro. Ella sabía que había un bebé en su vientre, pero ahora era una broma cruel, un bebé sin un padre, un bebé condenado por el destino. ¿Qué otros trucos crueles para ella tendría la vida? ¿Le quitaría también a su bebé?

Sintió que ya era hora de dejar este mundo. De dejar este Anillo. De abandonar este planeta.

Pero antes de que lo hiciera, en primer lugar, más que nada, sentía un ardiente deseo de vengarse de Gwendolyn. Sentía la necesidad de destruir a Gwendolyn y a los MacGil, a su antigua familia, a la Corte del Rey, y todo lo bueno que quedara en el Anillo. Ella quería que todos sufrieran, que supieran lo que se sentía sufrir como ella. Quería que supieran lo que se sentía ser una marginada, una exiliada.

Luanda, entumecida, dio otro paso hacia el puente. Luego otro más.

Ella sabía que Rómulo quería que ella cruzara. Ella sabía que era la clave. Ella sabía que cuando ella cruzara al otro lado, se desactivaría el Escudo. Rómulo podría entrar en el Anillo con sus hombres y sus dragones, y lo aplastaría para siempre. Y eso era exactamente lo que ella quería. Era lo único que quedaba que ella quería.

Luanda dio otro paso, luego otro. A mitad del puente, ella cerró los ojos y mantuvo sus brazos extendidos, sosteniendo sus palmas en su costado. Ella

continuó caminando, con los ojos cerrados, inclinando su cabeza hacia atrás, hasta los cielos.

Luanda pensó en su padre muerto, en su madre muerta. En su marido muerto. Pensó en todo lo que una vez había amado, y cuán lejos estaba todo para ella.

Sintió el mundo moverse bajo sus pies, escuchó el grito de los dragones, olió la humedad de los remolinos de nieblas, y sabía que en pocos momentos, estaría al otro lado, en los brazos de Rómulo. Sin duda, él la mataría. Pero eso ya no importaba.

Lo único que importaba era que ella no había estado allí con tiempo suficiente para evitar la muerte de su marido.

Por favor, Bronson, ella oraba. Perdóname.

Perdóname.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Reece, en las Islas Superiores, en el castillo de Tirus, lentamente caminó el largo pasillo con la alfombra roja que guiaba hacia un enorme trono — en cuya cima estaba sentado Tirus. En su interior, Reece estaba ardiendo de emoción, apenas era capaz de creer que estaba aquí. La gran sala estaba llena de cientos de súbditos leales de Tirus, sus soldados alineados a ambos lados de la sala, junto con cientos de personas de las Islas Superiores, todos metidos en la sala para presenciar el momento. Para presenciar la disculpa de Reece.

Reece caminó lentamente, sintiendo cientos de miradas sobre él, dando cada paso deliberadamente. Miró a lo lejos y vio a Tirus observándolo triunfalmente, claramente saboreando el momento. La tensión era tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Con cada paso que daba Reece, repiqueteaban las espuelas, el único sonido en una sala completamente en silencio.

Gwendolyn había enviado a Reece aquí, a esta misión humillante, para hacer una tregua entre los dos MacGil, para unir las Islas Superiores, para cumplir con su gran propósito, sin importar cual fuera. Él amaba y respetaba a su hermana más que a nada, y sabía que necesitaba hacer esto. Ella necesitaba esto para todo su reino, por el Anillo, por su súbdito leal, por Srog, que resultó herido, y a quien Reece podía ver incluso ahora, al lado de Tirus, junto con su primo, Matus. La disculpa de Reece los liberaría a los dos. Habría una tregua entre los reinos. Ayudaría al plan principal de Gwendolyn, unir a las Islas Superiores. Y liberaría a la otra mitad de la flota de Gwendolyn que tenía secuestrada en las rocas de abajo y los miles de marineros a bordo, rodeado de los hombres de Tirus. Reece sabía lo que debía hacerse, aunque su orgullo le dijera lo contrario.

Con cada paso que daba Reece, pensaba en Selese. Pensaba en la venganza que había llevado a cabo en Falus. Fue satisfactoria. Pero nunca le regresaría a Selese. Nunca cambiaría lo que había sucedido con ella. Para Reece, fue sólo el comienzo. Él quería matarlos a todos, a cada uno de los de las Islas Superiores que estaba en esta habitación. Y a Tirus, sobre todo. El hombre que lo estaba obligando a ofrecer una disculpa.

Reece se acercó a Tirus, más cerca que nunca, quien aún estaba sentado en su trono. Reece comenzó a subir los escalones de marfil hacia él, de uno en uno, subiendo más y más alto, más cerca de él. Sintió que todo el mundo lo observaba, toda la gente arrogante y presumida de las Islas Superiores, saboreando este momento histórico, el momento en que un guerrero verdadero y sincero se vería obligado a arrodillarse y ofrecer una disculpas a un traidor, cerdo mentiroso.

Reece ardía ante el pensamiento de cómo la política obligaba a una persona a actuar, a traicionar la moral; a traicionar el propio sentido de derecho. Lo forzaba a comprometer sus principios, incluso la integridad, en aras de un bien mayor. ¿Pero los principios y la integridad no eran el bien mayor? ¿Qué tenía uno sin ellos?

Reece entendía las decisiones de Gwen. Eran las decisiones de un gobernante sabio y sereno. Pero ser un gobernante, si eso es lo que significaba, era algo con lo que Reece no quería tener nada que ver. Prefería ser un guerrero que un gobernante, cualquier día. Preferiría tener un poder limitado y vivir su vida con la más alta integridad, que tener el mayor poder y tener que comprometer quién era.

Reece terminó de subir, dando el paso final y parándose ante Tirus, mirando desafiante a Tirus mientras éste lo miraba.

La tensión era tan espesa en la sala, tan palpable en el aire, Reece casi podía sentirlo.

"Me has quitado a uno de mis hijos", dijo Tirus, con su voz fría, dura. "Lo asesinaste a sangre fría".

"Y él se había llevado a mi esposa", contestó Reece, igualmente sombrío.

Tirus frunció el ceño.

"Ella no era tu esposa", contestó. "Todavía no lo era. Y él no la mató. Ella se suicidó".

Reece frunció el ceño.

"Ella tomó su propia vida debido a los informes falsos que le dio tu hijo. Fue él quien la asesinó".

"Él no esgrimió la daga", dijo Tirus.

"Él portaba un mensaje", respondió Reece, "que es más fuerte que una espada".

Tirus enrojeció, claramente cansado.

"Tu acto merece la muerte", concluyó. "Pero como un acto de misericordia

a Gwendolyn, he decidido permitirte vivir. Todo lo que necesitas hacer es ofrecer disculpas. Arrodíllate y ofrece disculpas por tomar la vida de mi hijo".

Reece sintió que ardía con todas las emociones conflictivas, todo dentro de él, gritaba que estaba equivocado. *Todo* esto estaba mal. Sería una buena política, pero iba en contra del código de honor de un caballero. El hijo de Tirus merecía morir. Tirus merecía morir, este cerdo que había traicionado al Anillo, que había colaborado con Andrónico y había intentado asesinar a todos ellos.

Sin embargo, a pesar de que cada gramo de su cuerpo protestaba, Reece lentamente, dolorosamente, se obligó a sí mismo a arrodillarse ante Tirus.

Tirus sonrió, saboreando el momento.

"Muy bien", dijo él. "Ahora, discúlpate. Y hazlo bien".

"Ofrezco disculpas..." Reece comenzó diciendo, luego se le fue la voz, las palabras se atoraban en su garganta.

Tirus miró hacia abajo, impaciente.

"¿Por qué?", preguntó Tirus.

Reece se sintió dominado por la emoción, con pasión, incapaz de contenerlo. Todo el mundo se nubló, su cabeza giraba. Sentía como si su vida le hubiese conducido hasta este momento en el tiempo. Como si todo el destino hubiera convergido aquí. El momento de su vida donde se reunían todos los caminos, la intersección entre lo que era sabio y lo que era *correcto*.

Reece levantó la cabeza, miró hacia arriba, y vio a Tirus directamente a los ojos.

"Ofrezco disculpas...", continuó diciendo, "...por no tomar tu vida, también".

Al decir las palabras, Reece se agachó, agarró un puñal de su cinturón, se lanzó hacia adelante, y, antes de que Tirus o cualquier otra persona pudiera reaccionar, la clavó en el corazón de Tirus.

Tirus soltó un grito terrible, mientras Reece se inclinó, con el ceño fruncido, sosteniendo la daga todavía. Reece sabía que había firmado su sentencia de muerte; sabía que estaba completamente rodeado y estaba a punto de ser asesinado por todos en esa habitación. Sabía que había puesto al Anillo en peligro, en una guerra civil, que miles de hombres encontrarían sus muertes.

Pero ya no le importaba. Hizo lo que era correcto. Fue vengada su amada Selese. El honor fue restaurado. La caballerosidad seguía viva. Pasara lo que

pasara, él moriría con honor.

"Saludos", dijo Reece, "de Selese".

¡YA ESTÁ DISPONIBLE!



UN REINADO DE HIERRO

(LIBRO #11 DE EL ANILLO DEL HECHICERO)

En UN REINADO DE ACERO (LIBRO 3 11 DE EL ANILLO DEL HECHICERO - THE SORCERER'S RING), Gwendolyn debe proteger a su pueblo al encontrar a la Corte del Rey bajo asedio. Ella se esfuerza por evacuarlos del Anillo — pero hay un problema: la gente se niega a irse. Mientras sobreviene una lucha de poder, Gwen encuentra un reto a su reinado por primera vez, mientras surge la mayor amenaza para el Anillo.

Detrás de la mentira de los McCloud, la amenaza de Rómulo y sus dragones, quien, con el Escudo destruido, emprende una catastrófica invasión, no quedando nada que se interponga entre ellos y la destrucción completa del Anillo. Rómulo, con Luanda a su lado, es imparable mientras dure la luna, y Gwen debe luchar por sobrevivir — para sí misma, para su bebé y su gente — en medio de una batalla épica de dragones y hombres. Kendrick lleva a Los Plateados a una valiente batalla, y le acompañan Elden y los nuevos reclutas de la Legión, junto con su hermano Godfrey, que sorprende a todos, incluido él mismo, con sus actos de valor. Pero aún así, quizás no sea suficiente.

Thor, mientras tanto, se embarca en la búsqueda de su vida en la Tierra de los Druidas, andando en una temible y mágica tierra, diferente a cualquier otra, con reglas mágicas diferentes a las suyas. Cruzando esta tierra requerirá hasta la última gota de fuerza y entrenamiento que tiene, le obligará a profundizar dentro, para convertirse en el gran guerrero — y druida — que estaba destinado a ser. Mientras encuentra monstruos y desafíos como nunca, tendrá que dar su vida para tratar de llegar a su madre.

Erec y Alistair van a las Islas del Sur, donde son recibidos por toda su gente, incluyendo su hermano competitivo y su hermana envidiosa. Erec tiene una dramática reunión final con su padre, mientras la isla se prepara para que él ascienda al trono como rey. Pero en las Islas del Sur, uno debe luchar por el derecho a ser rey, y en una batalla épica, Erec será puesto a prueba como nunca antes. En un giro dramático, aprendemos que la traición se oculta incluso aquí, en este lugar de nobles y grandes guerreros.

Reece, asediado y rodeado de las Islas Superiores, debe luchar por su vida tras su venganza sobre Tirus. Desesperado, él se encuentra unido a Stara, desconfiando uno del otro, sin embargo, desatados en una búsqueda para sobrevivir — que culminará en una batalla épica en el mar y amenazará la isla entera.

¿Gwen cruzará el mar hacia la seguridad? ¿Rómulo destruirá el Anillo? ¿Reece y Stara estarán juntos? ¿Erec llegará a ser el rey? ¿Thor encontrará a su madre? ¿Qué será de Guwayne? ¿Nadie quedará vivo?

Con su sofisticada construcción del mundo y caracterización, UN REINO DE ACERO (A REIGN OF STEEL), es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de cumplir la mayoría de edad, de corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una historia de honor y valor, de suerte y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos, y que gustará a personas de todas las edades y géneros.

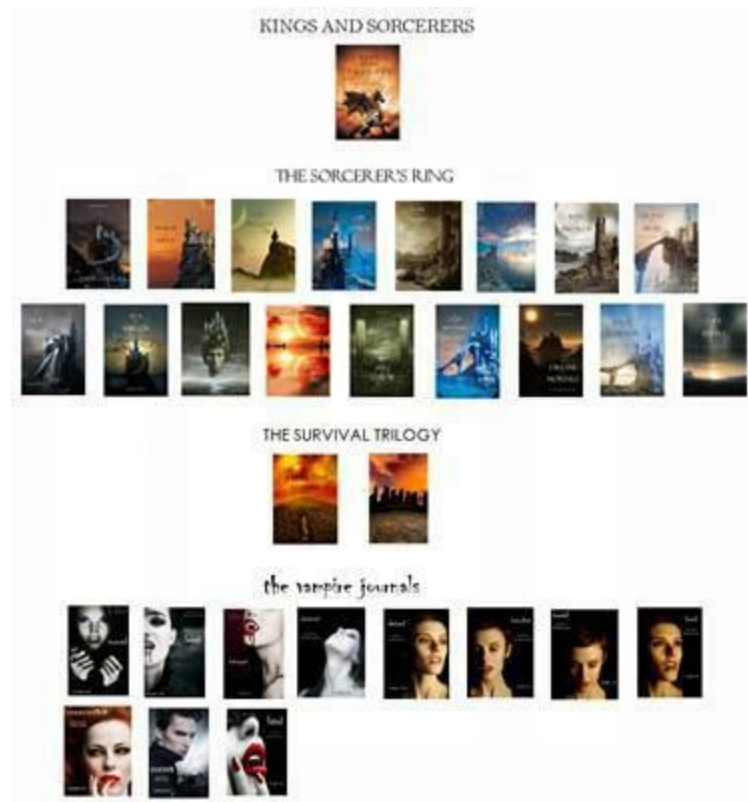
Los libros #12 - #15 de la serie, ¡ya están disponibles también!

[UN REINADO DE HIERRO](#)

(LIBRO #11 DE EL ANILLO DEL HECHICERO)



[¡Descarga libros de Morgan Rice en Amazon ahora!](#)





Escuche la saga de EL LIBRO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)
EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)
UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)
UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)
UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)
UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)
UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)
UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)
UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)
UN REINO DE ACERO (Libro #11)
UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)
UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)
UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)
UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)
UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)
EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)
ARENA DOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)
AMORES (Libro # 2)
TRAICIONADA (Libro # 3)
DESTINADA (Libro # 4)
DESEADA (Libro # 5)
COMPROMETIDA (Libro # 6)
JURADA (Libro # 7)
ENCONTRADA (Libro # 8)
RESUCITADA (Libro # 9)
ANSIADA (Libro # 10)
CONDENADA (Libro # 11)

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita www.morganricebooks.com para unirte a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!